# GIACOMO LEOPARDI

# DIÁLOGOS MORALES

EDICIÓN DE ÁLVARO OTERO

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO

BIBLIOTECA NUEVA

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO
Colección dirigida por
Jacobo Muñoz

Giacomo Leopardi

# DIÁLOGOS MORALES

## UNA INVESTIGACIÓN SATÍRICA Y ESTÉTICA DE LAS RAÍCES DE LAS MISERIAS HUMANAS

Edición y traducción de Álvaro Otero

BIBLIOTECA NUEVA

Leopardi, Giacomo
[Operette morali. Español]
Diálogos morales : una investigación histórica y estética de las raíces de las miserias humanas / Giacomo Leopardi; edición y traducción del italiano por Álvaro Otero.- Madrid : Biblioteca Nueva, 2017.
296 págs. ; 21 cm (Colección: Clásicos del Pensamiento)
ISBN: 978-84-9940-443-1
1. Historia de la filosofía occidental 1600-1900 2. Estética 3. Romanticismo 4. Italia
hpcb hpn acvc 1dts

Título original: *Operette morali*.

Cubierta: Departamento de diseño de Malpaso Ediciones

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2017
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-444-8

Edición digital

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

# ÍNDICE

Introducción ..... 15

Bibliografía ..... 41

Cronología ..... 47

## DIÁLOGOS MORALES

### Una investigación satírica y estética de las raíces de las miserias humanas

Historia del género humano ..... 57
Diálogo de Hércules y Atlas ..... 73
Diálogo de la Moda y la Muerte ..... 79
Propuesta de premios hecha por la Academia de xilógrafos ..... 85
Diálogo entre un duende y un gnomo ..... 89
Diálogo entre Malambruno y Farfarello ..... 95
Diálogo de la Naturaleza y un alma ..... 99
Diálogo de la Tierra y la Luna ..... 105
La apuesta de Prometeo ..... 113
Diálogo de un físico y un metafísico ..... 125
Diálogo de la Naturaleza y un islandés ..... 133
Diálogo entre Torcuato Tasso y su genio familiar ..... 141

Parini o de la gloria ..... 149
Capítulo primero ..... 149
Capítulo segundo ..... 151
Capítulo tercero ..... 155
Capítulo cuarto ..... 159
Capítulo quinto ..... 162
Capítulo sexto ..... 164
Capítulo séptimo ..... 166
Capítulo octavo ..... 168
Capítulo noveno ..... 174
Capítulo décimo ..... 175
Capítulo undécimo ..... 176
Capítulo duodécimo ..... 179

Diálogo de Federico Ruysch y sus momias ..... 181
Dichos memorables de Filippo Ottonieri ..... 189
Capítulo primero ..... 189
Capítulo segundo ..... 192
Capítulo tercero ..... 196
Capítulo cuarto ..... 200
Capítulo quinto ..... 204
Capítulo sexto ..... 207
Capítulo séptimo ..... 211

Diálogo entre Cristóbal Colón y Pedro Gutiérrez ... 213
Elogio de los pájaros ..... 219
Cántico del gallo silvestre ..... 227
Fragmento apócrifo de Estratón de Lampsaco ..... 233
Del origen del mundo ..... 233
Del fin del mundo ..... 235

Diálogo de Timandro y Eleandro ..... 239
Copérnico. Diálogo ..... 251
Primera escena ..... 251

Segunda escena ..... 255
Tercera escena ..... 256
Cuarta escena ..... 257

Diálogo de Plotino y Porfirio ..... 263
Diálogo entre un vendedor de almanaques y un paseante ..... 279
Diálogo entre Tristán y un amigo ..... 283

Noticias sobre estos diálogos ..... 293

*A Beatriz Hervella,*
*que ha dividido el tiempo en dos*

# INTRODUCCIÓN

El conjunto de escritos que presentamos a continuación, reunidos bajo el nombre genérico de *Operette morali,* muestran la reflexión de Leopardi sobre el presente que le tocó en suerte vivir. En ellos, a pesar de la aparente ligereza de alguno, se hace patente la sensación de catástrofe que le transmite su tiempo histórico, pues como veremos más adelante, las fuerzas revolucionarias italianas fracasaron en su intento de crear un orden social democrático e igualitario.

Los acontecimientos históricos más importantes durante la breve vida de Leopardi estuvieron marcados por las convulsas consecuencias de la Revolución francesa. El discurso teórico-político inaugurado por el levantamiento se convirtió en una potente herramienta para la praxis revolucionaria. Los textos ilustrados franceses señalaban las causas de la miseria y los medios para subsanarla. La península Itálica mantenía a finales del XVIII una organización socioeconómica feudal, lo que implicaba el progresivo empobrecimiento de la clase campesina, pues el usufructo de la tierra cada vez rendía menos en comparación con la escalada de precios de los productos manufacturados de las metrópolis del norte. La Revolución francesa mostró el camino para subvertir este estado de cosas. Las discusiones y rupturas que mantendrán las fuerzas progresistas sobre la idoneidad de la revolución o de la reforma finalizarán en un fracaso que franqueará el camino de los poderes contrarrevolucionarios.

La censura ejercida por la nobleza y el clero y la escasez de espacios públicos contribuyeron al surgimiento de sociedades secretas que a partir de este momento serán una constante en la historia italiana. Estas sociedades consideraban que para acabar con la pobreza y el bandidaje se necesitaba renovar otra vez todo el sistema político, crear una nueva utopía. Sin embargo, los *Illuminati* o los masones, por citar las sociedades secretas más importantes, carecían de la fuerza para poder llevar a cabo las reformas.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX transcurrió la campaña de Italia comandada por Napoleón. La debilidad de las ciudades-Estado italianas consintió el rápido avance del ejército francés. La llegada de los gobernantes franceses permitió que las ciudades fueran gobernadas bajo las leyes revolucionarias, estas implicaron la venta de tierras de la Iglesia, la abolición de los privilegios feudales, un mayor número de servicios sociales y un sistema educativo. Formalmente rigieron las leyes revolucionarias, sin embargo, la mayor parte de los jacobinos italianos eran propietarios de tierras, lo que supuso una resistencia a la mancomunidad. De hecho, la venta de tierras fue a parar a la incipiente burguesía y a terratenientes que pertenecían a la baja nobleza, aquellos que podían adquirir la tierra, con lo que la redistribución fue mucho más limitada que en Francia. Sin embargo, hubo excepciones, como el caso de Oneglia, ciudad de la Liguria gobernada por Filippo Buonarroti, perteneciente a los Illuminati, en la que se ensayó una forma de gobierno fundamentado en la igualdad, redistribuyó la riqueza entre los ciudadanos y fue asilo político de los prófugos italianos, que fueron empleados como profesores en la enseñanza pública.

La vuelta de Napoleón, esta vez como emperador, no tuvo las celebraciones de la primera. La península era el campo de confrontación de las potencias europeas, lo que implicaba que las fronteras de los diferentes territorios estuvieran poco claras. Esta confusión impedía poner en funcionamiento un sistema administrativo eficiente que gestionara los problemas de la comarca,

con la consiguiente insatisfacción de la población, que reclamaba ayuda y protección a la nobleza, con lo que las reformas jurídicas realizadas los años anteriores eran inservibles. El imperio napoleónico defendía un potente centralismo, con lo que las provincias periféricas carecían de los derechos que regían en el Estado francés. Además, hay que añadir que los ideales revolucionarios no fueron implantados y que la campaña de Italia consistía en un saqueo continuo para financiar las costosas empresas militares realizadas por Napoleón.

La invasión napoleónica tuvo como consecuencia el despertar de una conciencia nacional, que se reclamaba originada en los ideales renacentistas y que era fundamentada en un nacionalismo cultural. En la esfera política, esta conciencia gravitaba entre dos posturas diferenciadas: por una parte, estaban aquellos que consideraban la importancia de la unidad del pueblo italiano, y por otra, aquellos que juzgaban prioritarios la independencia y el poder de sus propias ciudades. El conflicto entre estas dos actitudes debilitó a las fuerzas progresistas, que no pudieron hacer frente a la contrarrevolución católico-monárquica la cual, ante la idea de que los ideales ilustrados habrían llevado a la revolución, volvió a la censura y al control policial.

La contrarrevolución se apoyaba en la jerarquía, la tradición y la autoridad. Volvieron los antiguos nobles; el poder de la Iglesia quedó de manifiesto al encargar a los jesuitas educar a las nuevas generaciones, basándose esta formación en el repudio de las ideas progresistas. La restauración del poder de la Iglesia no solo fue promovida desde el campo institucional, además se pusieron en marcha sociedades secretas católicas que alentaron revueltas campesinas en nombre de esta.

La nobleza recuperó sus cargos de gobierno y, para poder mantenerse en ellos, debido a las acechanzas tanto de las potencias europeas como Francia o Austria, como de la propia desconfianza que existía entre los reinos itálicos, tuvieron un ingente gasto militar financiado por unos duros impuestos y por una subida de precios que empobrecía aún más a la clase campesina.

La Restauración introdujo una censura más férrea que trajo problemas a los intelectuales y literatos italianos, como es el caso de nuestro autor. El clero y el trono suponían un obstáculo político, una enorme barrera para la diseminación del espíritu humanista ilustrado y para las ideas de democracia que se fraguaban en Europa y, sobre todo, en la guerra de Independencia americana.

A pesar de la vigilancia y el control, emergió un concepto de Italia por el que, además de ser una unidad cultural, esta debería convertirse en una unidad política, una nación cuyo fundamento consistiría en una soberanía popular que tendría el derecho colectivo para determinar la forma bajo la cual vivir como ciudadano. Para hacer realidad esta idea, y por culpa de la vigilancia y la represión ante ellas, las fuerzas progresistas se unieron bajo la sociedad de la *Carboneria.* Esta organización adquiría su fuerza del secreto en el que se movía, pero esto también sería su debilidad.

El pronunciamiento liberal en Cádiz fue acogido con gran interés en Italia y numerosos intelectuales consideraron que era el momento de la insurrección. Así se llevó a cabo en 1820 en el reino de Nápoles y al año siguiente en el Piamonte; aunque, por motivo de discusiones internas y por la fortísima represión, se diluyó en pocos meses. El fracaso de este levantamiento supuso una agudísima sensación de desilusión, que acompañó al joven Leopardi el resto de su vida.

La Carboneria quedó formalmente proscrita y se propagó por toda la península un control opresivo por el cual en algunos ducados estaba prohibido escribir la palabra Italia.

A pesar de los desesperados intentos de los gobernantes por aniquilar cualquier disensión, diez años más tarde la Carboneria volvió a alzarse en armas en el ducado de Módena, en Bolonia y en las Marcas, región esta última de la que era originario Leopardi, y de hecho fue escogido por unanimidad como diputado por Recanati en la Asamblea Nacional que debía convocarse en Bolonia. Sin embargo, la reocupación austríaca impidió este gobierno. De nuevo este levantamiento no pudo mantenerse más

allá de unos meses, siendo derrotado por el ejército austríaco, que impuso la condena a muerte a los cabecillas vencidos. Este último golpe acabó definitivamente con la Carboneria.

En 1831, habiendo aprendido de los errores del pasado, G. Manzzini funda la *Giovine Italia.* Una asociación también secreta cuyo principal objetivo consistía en la liberación y en la unidad de Italia. A lo largo de la década se adherirán a esta causa políticos y literatos de renombre, y revolucionarios como Garibaldi, desembocando en la década siguiente en las guerras de independencia italiana; pero estos últimos hechos nuestro autor ya no los pudo contemplar.

En esta obra Leopardi realiza una ontología del presente, un estudio sobre sí mismo para el que es necesario dar un rodeo por lo que podríamos llamar «espíritu del tiempo». Una de sus características principales consiste en el dominio de la naturaleza gracias a la técnica; la hegemonía de este rasgo se convertirá en una mediación de la propia autoconciencia, «es bien sabido que el dominio sobre las cosas pasa por la relación con los otros; y esta implica siempre relaciones de uno consigo mismo, e inversamente» (Foucault, 1999).

Leopardi vinculará estos tres ámbitos; su pensamiento sobre la nulidad de todo, incluido de sí mismo, se establece dentro del ámbito que el desarrollo técnico del siglo XIX abre y del que podríamos decir que todavía hoy sufrimos con violenta intensidad. Leopardi va a entender su presente como aniquilación; la Ilustración, o más bien la concepción vulgar de Ilustración, ha dejado de ser un movimiento emancipatorio para significarse como una pérdida irreparable de los objetivos que le dieron origen, como dice el mismo Leopardi, el Siglo de las Luces no ha iluminado el mundo, lo ha quemado.

La revolución científica con la que se abre el mundo moderno se convierte en el paradigma hegemónico desde el que interpretar el mundo; ha pasado de convertirse en un potente medio de eliminación de prejuicios a convertirse en prejuicio ella misma. El horizonte epistemológico en el que se sitúa Leopardi consiste

en el de la supremacía de la cuantificación, en la reducción de los objetos a valores discretos con los que realizar sistematizaciones. Esta cuantificación que nos permite el dominio sobre las cosas se fundamenta en considerarlas como una nada, como algo que surge y vuelve a la nada, y que por eso mismo podemos manipular mediante la técnica y el análisis.

Las *Operette morali* han conocido diversas ediciones en vida del autor, y a lo largo de ellas se han ido añadiendo, reordenando y eliminando alguna de ellas. Siguiendo a Toni Negri (2001), podemos dividir los diálogos en tres grupos diferenciados: los que fueron escritos en 1824, que comprenden «Historia del género humano» hasta «Cántico del gallo silvestre», que a su vez subdivide en dos clases: desde «Historia» hasta «Prometeo», y por otra parte el resto. En segundo lugar, se encontrarían los editados en el 1827, de «Copérnico» a «Plotino». Y, por último, los compuestos en 1831, destacando sobre todo «Tristán», que es un trasunto del propio poeta.

La obra se abre con una parodia del *Génesis,* en el que irán apareciendo los temas que se desarrollarán en el resto de los diálogos. En esta primera parte, Leopardi constata el dolor y el tedio que se ha adueñado de la existencia humana.

En el segundo subconjunto, con el fondo anterior presente, el autor desmantela las falsas creencias de su tiempo: la humana presunción de la ciencia, la denuncia del antropocentrismo y de la teleología. Concibe la razón instrumental como una locura humana, que animada por la presunción, nutrida por el conocimiento pervertido, destruye a la humanidad y a la naturaleza. Desmitifica del pretendido fin del conocimiento la conquista de la felicidad.

Durante el tercer período reflexiona sobre el tiempo y su diferencia con la vida, considera otro tiempo más allá del discurrir de la vida, un tiempo que es potencialidad y deseo. El tiempo abstracto se confirma como absoluto, y debe buscarse otro abstracto con el que oponerse, las cosas particulares vienen aniquiladas cuando se enfrentan a este absoluto. El placer, la gloria no son

absolutos y por ello no pueden oponerse. Hay que oponerse con un absoluto temporal y vital, aunque este absoluto (esperanza) puede ser ilusorio; por otra parte, la búsqueda de una vida y de un tiempo diferentes se encuentra con la enormidad de la ley.

Sin embargo, Leopardi intenta trascender la nada, construirse como otro; la sola esperanza es la imaginación. La analítica de la razón se destruye en su posibilidad de construir una línea de verdad, porque la verdad es la construcción de una alteridad, y para ello hay que aceptar la muerte como parte de la vida. Por lo tanto, perder el miedo a la muerte y el tiempo diferente que es necesario a la imaginación se mueve en esta esperanza. La imaginación debe sufrir el peso de la muerte internamente y hacerlo suyo.

Por último, en los editados en 1832 el nihilismo leopardiano se conforma como una reacción contra la razón analítica, que se pone a sí misma como totalidad. La nada, aunque sea el destino de todo ente, no impide que una cosa que es, sea, esté delante. La actividad poética es un acto metafísico que evita la abstracción filosófica; se desarrolla en la praxis, que produce conocimiento verdadero. Fija en el tiempo-ahora, completamente diferente al tiempo abstracto y homogéneo, una figura creativa, un tiempo como dimensión del actuar, una posibilidad y una decisión. El engaño de la cultura y del saber es total porque ese mundo no sabe hacerse portador de la realidad de la vida. El sentido de la catástrofe deviene una reafirmación de la subjetividad poética.

Leopardi reflexiona a partir de la evidencia originaria del devenir e intenta conocer cómo se pueden constituir sobre él las condiciones de verdad para que pueda darse un conocimiento verdadero. Se intenta comprender el devenir, saber cuáles son sus causas y si realmente podemos prever lo que sucederá. El éxito que ha alcanzado el pensamiento técnico-científico en este aspecto ha sido extraordinario, pero al confiar en su poderío el ser humano se ha vuelto audaz. Para nuestro autor, lo que la ciencia proporciona no son más que las reglas de un juego, de uno de los posibles e infinitos juegos de la naturaleza. En cualquier momento puede desvanecerse, pues este conocimiento se basa en la ingenua ilusión

de la estabilidad y de la racionalidad de la naturaleza, sin embargo, esta es un movimiento de creación y de destrucción sin porqué.

Esta conclusión se cimenta en el enérgico materialismo leopardiano. En primer lugar, estima que la realidad es única y exclusivamente materia, no hay ninguna teleología ni ningún orden que sea previo a ella; la necesidad se funda y es siempre posterior al acontecimiento, pero este se da como podría no darse en la configuración natural; por lo tanto, la necesidad se instaura a partir del caso. En segundo lugar, si consideramos, como consideran sus contemporáneos, que el acceso privilegiado a la verdad es a través de la razón (razón científico-tecnológica, recordemos) y que esta es además el atributo distintivo del ser humano, ¿por qué la verdad que nos es más propia la experimentamos de manera dolorosa? El pensamiento técnico, en su expresión más alta, se muestra como nihilismo. El análisis y la cuantificación nos permiten descomponer el mundo dado, pero este mundo es devenir, es decir, emerger y sumergirse en la nada; este es el fundamento que tienen todas las cosas. Los resultados de la analítica de la razón son completamente insatisfactorios, las condiciones en las que puede darse la verdad son demasiado estrechas para nuestras inquietudes; si consideramos la razón como nuestro rasgo privativo, ¿cómo podemos explicar que sus resultados puedan turbar nuestra mente tal como lo hacen? No es la búsqueda de la verdad un movimiento que se pone en marcha por la ilusión de encontrar algo? Por ahora, realizamos la conjetura de que la razón técnica, que se ha puesto como base del ser humano, se ha extralimitado en sus funciones. Podemos adelantar que para Leopardi la razón solo tendrá sentido cuando esta se basa en la ilusión; cuando no es así, destruye sus propios fundamentos convirtiéndose en un instrumento inerte. Leopardi piensa que la verdad entendida como análisis de las condiciones dadas es la aniquilación de la vida y de las cosas. Esta verdad es insatisfactoria y por ello produce dolor.

Pensando en su radicalidad, observamos en el devenir que su movimiento y transformación no es solo imprevisible, sino que su imprevisibilidad es absoluta. Las cosas están unidas a la

nada, mantienen una existencia efímera. Cualquier conocimiento concluyente se funda a sí mismo en la nada; la obligación de pensar el devenir se trasmuta en fracaso. No existe una estabilidad epistémica desde la cual contemplar el devenir, solo restan fragmentos, juegos sin motivo.

Tenemos las cosas delante, esto es cierto con una certeza que solo pueden darnos las sensaciones: es algo incontrovertible. Sin embargo, estas no son más que configuraciones de la materia sin un modelo preexistente, son el puro devenir de aquella que en su contenido no son más que nada. El devenir es un juego de producción y destrucción sin motivo; la finalidad se inscribe dentro de este juego y tiene la misma consistencia. Nos apoyamos en nuestra subjetividad para considerar cuáles son las condiciones posibles del conocimiento y de la verdad, pero siempre dentro de este juego. El mundo será entonces el sistema de las cosas que nosotros conocemos, pero ¿qué podemos conocer realmente y por qué deseamos conocer?

El análisis consistirá, por una parte, en la eliminación de la ilusión, y por la otra en la creación de una mediación abstracta que se pone como inmediata en el mundo cultural, civilización o segunda naturaleza, como la llama Leopardi. Esta mediación abstracta es una mistificación que el arte debe desenmascarar con toda su crudeza y dolor. El desenmascaramiento de la ilusión es dolor, pues la ilusión es la que me constituye a mí mismo, la que funda mi identidad a pesar de que esta sea también nada, es el desenmascaramiento el que me hace ver como una nada, una sólida nada; pero es necesario recorrer este camino del dolor para poder ejercer nuestro rasgo distintivo, que no es razón sino potencia, imaginación creativa.

Dejamos más arriba señalada una pregunta a la que debemos dar cumplida respuesta, ¿por qué el conocimiento produce dolor? Si el conocimiento se bastase a sí mismo, si hacemos lo que por naturaleza nos es más propio, no habría motivo para que esto causase dolor. La muerte solo es dolorosa para quien no la ha asumido, si nuestra condición es la de mortal, el sabernos

mortales no debería generar angustia de ningún tipo; incluso, desde la perspectiva de la muerte, podemos considerar este dolor más ridículo que trágico. Podemos sospechar entonces que el camino emprendido por la razón calculadora es un callejón sin salida y doloroso, pues se postula a sí misma como salvación de los problemas que ella misma causa. La promesa de esperanza y la constatación de su imposibilidad de cumplirla se sufre como dolor, pues la razón, cuando ahonda en su fundamento, es la demostración patente del fracaso; la evidencia suprema y terrible de que todo es nada.

La civilización, o segunda naturaleza de la que el ser humano no puede prescindir, es interpretada por Leopardi como alienación. La autoconciencia está mediada por la razón cuantificadora, atendiendo solo a las cualidades cuantificables de los entes, obviando las otras dimensiones. El mundo cultural que así surge pone como condiciones supremas del criterio de verdad las condiciones del modelo axiomático-deductivo de la matemática. La naturaleza es interpretada desde un lenguaje matemático, sin embargo, este modelo no puede contener la intensidad del dolor que desborda los estrechos marcos de la razón analítica. El dolor es un exceso que evidencia la disparidad entre la magnitud de la promesa del pensamiento moderno y la parvedad de sus resultados. La sensación de desánimo y nihilismo que nos embarga es debida a que la autoconciencia abandona aquello que le es más propio al deseo. El deseo es la raíz del conocimiento, pero este puede aniquilarse a sí mismo cuando, en lugar de concretarse como voluntad de potencia, se cristaliza como voluntad de dominio; cuando la existencia se asienta en esta última, la vida es duración, y no es vida. Esta voluntad se desgarra a sí misma, se anula, aliena el deseo y lo transforma en tedio, convirtiéndose este último en la experiencia primordial de la vida moderna.

Dejemos por ahora las consecuencias que la noción de tedio tiene para Leopardi y continuemos observando la relación entre la verdad y la ilusión. La verdad basada en las condiciones críticas de nuestro conocimiento es análisis; descripción de una pequeña parte de nuestras facultades, que ni siquiera son para nuestro au-

tor las más significativas, y que por eso mismo produce insatisfacción. La experiencia es experiencia del devenir, experiencia de la transitoriedad de la existencia en un continuo proceso de producción y destrucción que acarrea angustia. Sin embargo, la angustia no está motivada por el devenir, sino por el incumplimiento de la promesa que el conocimiento expresa al ponerse a sí mismo como remedio contra el devenir. La angustia emerge en el interior de la conciencia de la nulidad. Si el pensamiento concibe la naturaleza como sistema, Leopardi la intuye como espontaneidad y no como sistema, la necesidad se busca después del acontecimiento, pero ninguna necesidad guía la aparición del acontecimiento.

La infelicidad no proviene tanto del pensamiento de que todas las cosas son nada como de la desilusión a la que tal verdad conduce. El saber, o al menos cierta clase de saber, ha desvalorizado el mundo, ha condenado a la materia para presentarse como salvación del sufrimiento que el mundo material produce. Ha transformado el mundo humano, mistificando una realidad que en el fondo se muestra como nada.

Si el saber que todas las cosas son nada produce infelicidad, es más bien debido a la ilusión que albergábamos de que hubiera algo eterno duradero que guiara nuestra voluntad de existir. Pero esta voluntad de existir es lo mismo que la voluntad de potencia. Veremos más adelante que la voluntad de existir será una de las manifestaciones del deseo, y como el mundo mistificado lo que hace es dirigir el deseo al padecimiento y no hacia la actividad.

El ser humano es voluntad, querer; y este querer no radica en otra cosa que prevalecer en el propio ser. Sin embargo, el ser humano se nos presenta como la existencia de lo imposible, pues la voluntad de existir puede ser al mismo tiempo voluntad de aniquilarse por la propia mano; el suicidio muestra una aporía en la que la voluntad se quiere y no se quiere al mismo tiempo y al mismo respecto.

En el acto suicida se ejemplifica como en ningún otro acto la corrupción de la naturaleza, pues el deseo de existir se transmuta en deseo de aniquilación. La corrupción de la naturaleza no

es otra que la civilización científico-técnica, porque la voluntad de existir es voluntad de potencia, tiene que expresarse como actividad; sin embargo, la técnica ha transformado la voluntad de potencia en voluntad de dominio, que no es un poder activo ejercido sobre las cosas, sino una adecuación violenta del mundo y sus componentes a un orden falaz. Hasta 1824, Leopardi creía ingenuamente en la ilusión, pensando que poseíamos un criterio con el que podíamos designar algo como ilusión enfrentado a un conocimiento verdadero, pero esta concepción ingenua se desmorona, pues la ilusión es inseparable del propio conocimiento, aquella funda a este. Solo la experiencia de la nada sirve como criterio extrínseco para considerar todo conocimiento una ilusión; la necesidad que las diversas disciplinas creen encontrar es hipotética, depende de la pura factualidad del existir.

No podemos separar el conocimiento de la ilusión, ni esta del deseo, pues es este el que la produce. Cuando la razón analítica se examina a sí misma no considera el deseo, pues lo estima como productor de engaños. Pues la razón así entendida no soporta la energía del deseo. La razón se convierte en análisis de lo dado, valorando lo producido por el deseo como fuente de error o de desvarío. De este modo se ciega una parte importante de nuestra subjetividad, ya que esta no es solo conocimiento. Se cancela del mismo modo la posibilidad de transformación, pues el saber se presenta como inventariado, y no como producción de realidad.

La imaginación productiva también puede presentarse como verdad, lo que permanece lo fundan los poetas. La imaginación no es una facultad engañadora, y por lo tanto despreciable, sino que abre un horizonte en el que también se puede dar el conocimiento.

El desprecio del deseo es causa de la impotencia, de la frustración de nuestra facultad más íntima. Esto se experimenta en el interior de la edad de la técnica como dolor, y uno de los remedios ante este dolor será el amor por el placer. Una tensión hacia los objetos que se nos presentan como apetecibles. Pero esta experiencia

de placer está determinada por el cálculo de tales placeres. Hemos hablado de objetos apetecibles porque, desde el momento en que aplicamos un tipo de medida, estamos eliminando cualquier diferencia, lo único que importa es lo computable, lo que convierte a los entes en objetos manipulables para la voluntad de dominio, inclusive otros sujetos que puedan aparecer en este horizonte. El placer así entendido también está sometido irremediablemente a la mediación abstracta del tiempo considerado como suma de unidades, siempre iguales y siempre las mismas. El placer además es algo pasivo, es consumo, entendiendo este como la repetición de lo mismo que mantiene al ser humano en la esterilidad, que rinde impotente. Placer que es cedido y no producido.

Si la desesperación se origina a través del conocimiento, es porque este se fundaba en las expectativas de hallar un alivio del sufrimiento, a la dolencia de la vida. La angustia es producida por la voluntad de permanecer en el propio ser y por la certeza de saber que esto es un imposible.

La voluntad de permanecer es una ilusión poderosa que se genera a partir del conocimiento que se pone a sí mismo como remedio y consuelo ante el terror del devenir. Pero este conocimiento es en el fondo una interpretación mistificada de la realidad.

La voluntad de existir, de prevalecer, también es nada. El sentimiento es ilusión incluso cuando es sentimiento de la nada. El contenido de la autoconciencia es una recepción de lo ya dado; sin embargo, el sentimiento más doloroso, la contemplación más atroz, siempre viene acompañada de la intensidad que tal sentimiento produce. La intensidad ya no es algo que nos viene dado, sino que es producido por nosotros; es la cualidad más importante de la materia que permite la transformación.

Si tornamos a la idea de suicidio, podemos constatar que el suicidio, a pesar de ser la aniquilación de la voluntad, es intensidad, es potencia. En el mundo civilizado que rinde impotente a la voluntad, el suicidio se presenta como la última capacidad de deseo, como la única capacidad de dar salida a la voluntad de

potencia, a la transformación de lo real, aunque esta solo sea por un momento. Este instante es un tiempo diferente, y que trasciende el tiempo abstracto que consiste en la adición de unidades siempre iguales de la repetición de lo mismo. La voluntad de potencia es una transformación sin garantías, es una producción del acontecimiento que no puede ser valorada de antemano. Es una literal *mise en abîme,* el miedo del alma bella, miedo del instante revolucionario que se debe asumir y superar.

El conocer limitado a la espontaneidad del concepto sobre la sensación receptiva es impotencia; si el deseo no puede expresarse, si no consigue ser transformación, se vuelve contra nosotros mismos, se convierte en tedio. La imaginación productiva es la que permite sobrepasar este profundo tedio, esta parálisis vital. El tedio no pertenece al orden natural, es el mal del ser humano moderno, y según Leopardi es desconocido en otras culturas y también es desconocido por los animales.

El uso de la razón que hemos venido utilizando consiste en considerar el raciocinio como una operación matemática del intelecto en la que solo se valora el aspecto cuantitativo de los entes, como expresa Galileo diciendo que la naturaleza es un libro escrito en lenguaje matemático. Para Leopardi, esta razón es una ilusión que horada su propia base; como decíamos antes, desvaloriza el mundo, y no solo eso, además representa la infinitud como la iteración indefinida de la unidad.

Uno de los subterfugios para escapar de la angustia de la impotencia consiste en intentar alcanzar la infinitud, con la que auxiliar la fragilidad y contingencia de la existencia singular; pero esta infinitud es una mala infinitud, es una acumulación perpetua, ya que la iteración de la unidad puede ser indefinida. Es un consuelo momentáneo porque en la base se encuentra la potencia del deseo, pero al no ser producción es un deseo que se agota a sí mismo y que no logra romper con el tedio, es un vértigo inmóvil.

Algunos autores, como Severino (1990 y 1997), afirman que la tendencia hacia el infinito y el sufrimiento por no alcanzarlo

derivan del sentimiento de placer. Como sabemos, estos son efímeros y desearíamos que duraran el mayor tiempo posible; sin embargo, al fundar la idea del infinito en el placer, nos movemos en la razón del cálculo; el placer es una de las posibles caracterizaciones del deseo, pero que no recoge su elemento principal, la capacidad de producción. El placer solo es pasión, padecimiento; el dolor no surge por el querer frustrado, sino por la impotencia de no poder realizar una actividad transformadora.

El devenir solo puede ser entendido como la energía en movimiento de la materia. Es una fuerza que arrastra, es producción y destrucción. La destrucción solo es tal desde un punto de vista, ya que toda ruptura es el origen de algo nuevo. La ruptura es la muerte de la singularidad, pero quien sienta viva y fuertemente el sentimiento de la muerte y de la nada recibirá vida de ello; es más, hay que atravesar tal sentimiento, que la intensidad producida por él no se pierda; si la producción imaginativa no atraviesa por tal sentimiento se convierte en una creación vacía e inútil, en un contenido de la civilización, en expresión de una vida que es muerte.

El principio fundamental de la naturaleza es potencia de la naturaleza; es un juego en el que las reglas se van creando a medida que vamos jugando, y que deben abandonarse una vez establecidas. Esta potencia que se expresa en el ser humano es voluntad de crear de hacer, como una dulce catástrofe. El sensismo ilustrado no permite recoger esta característica de la materia; entiende la naturaleza como un proceso sin sujeto y al ser humano como espectador, sin embargo, el materialismo, aunque también entiende a la naturaleza como un juego sin porqué, se funda en la capacidad humana de la creación gozosa.

El principio de la existencia es un puro hecho sin fundamento; dado el hecho, de ello derivan necesariamente ciertas consecuencias ilusorias, pues no hay un criterio que sea garante de la verdad. La ilusión solo es ilusión desde fuera, pero ¿quién puede ponerse en ese lugar? Caeríamos otra vez en un realismo ingenuo, solo el sentimiento de la nada puede funcionar como

un criterio, en este caso negativo, pues no proporciona contenido alguno que acuse el engaño de las ilusiones. Por otra parte, la necesidad de la naturaleza es una convicción candorosa; tal y como ha surgido este sistema, puede volver a desaparecer.

El principio de la existencia es un puro hecho sin fundamento; a partir de este hecho sin fundamento procuramos buscarle un sentido (cualquier sentido, sea el que sea, es una pura ilusión), existe por lo tanto un enfrentamiento entre la ilusión y el conocimiento de la nada.

La imaginación puede concebir las cosas que no son, y en un modo en el que las cosas reales no son, pero ello no implica que lo que concibe sea simple ingenuidad; si lo concebido está vinculado con la fuerza de la materia, puede concebir las cosas que no son pero que pueden llegar a ser gracias a la imaginación productiva. Cuando la creación imaginativa es mímesis de lo real no amplía los límites del mundo, no es actividad transformadora, es evasión y escapismo.

Las ilusiones no son consideradas como tales por quien las vive, sino como verdad. La muerte es la suprema potencia demistificadora. La nada será el criterio externo que permitirá poner en cuestión todos los conocimientos y saberes de la civilización, todo aquello que se presente bajo las condiciones de verdad en el fondo es una nada, no existe ningún tipo de garantía para que algo sea verdadero; solo se puede entender la verdad como transformación, y el criterio que empleamos para poder considerar algo como verdadero es el sentimiento de alegría que notamos durante la realización de una actividad.

El deseo también es devenir y, como tal, también es nada.

El placer, sin embargo, es una concreción del deseo que ahonda en el tedio, se vuelve tedio, pues puede llegar a la saciedad, al hartazgo. Durante el aburrimiento, el ser humano no encuentra ningún objeto que calme su ansiedad, aun cuando todos los objetos son novedades incesantes, siempre es la repetición de lo mismo. El consumo de la novedad para abandonar el tedio produce un alivio momentáneo que empuja a un consumo con-

tinuo, a una acumulación perpetua, pero que no puede eliminar jamás la sensación de aburrimiento. El deseo es imaginación productiva, no solo pura receptividad, en cuanto se circunscribe al placer es receptividad, padecimiento, impotencia; de ahí el tedio, lo más contrario y lejano de la naturaleza.

Aunque la razón muestre que todo es nada, queda todavía un resto imposible de eliminar que es el mostrar mismo, este mostrar es un hecho sin porqué. Si reflexionamos sobre el dolor, que puede en determinados momentos saturar la conciencia, nos percatamos de que no es solo pura presencia, sino que implica su relación con la ilusión, con la esperanza. No puede existir el dolor por sí solo, no es algo positivo en sí. El propio dolor es una ilusión, ya que se fundamenta en el paradigma de la estabilidad, concibiendo que cualquier cambio tiene que ser sentido como doloroso. La muerte es dolorosa para quien tenga la ilusión de ser eterno o para quien no haya vivido. En el pensamiento de la muerte se halla el alzamiento trágico de la autoconciencia de la propia nulidad, es el mayor grado de autoconciencia y, por ello, hasta cierto punto, de libertad. La libertad absoluta que proporciona el pensamiento de la muerte no necesita garantías para obrar, obra a partir de sí misma. El espectáculo de la nulidad engrandece el alma.

La intensidad es fuerza de la materia, la intensidad de la visión de la nada libera de los límites. La ilusión, si la entendemos como el horizonte epistemológico en el que se hace presente la visión de la nulidad, es imperecedera e insuperable. A pesar de que todo sea nada, que esta sea el destino de todo ente, permanece el instante de la apercepción de la propia nulidad, que es expresión de la voluntad de potencia; y ese instante podrá ser aniquilado pero jamás anulado.

La indiferencia e insensibilidad del tedio, la apercepción de la propia nulidad, consigue superarse cuando se nos presenta sensiblemente la nulidad de las cosas y de mí mismo.

Aunque el contenido de la apercepción produce angustia, parálisis, cuando es asumida en la acción estética no es mera re-

ceptividad pasiva, revivifica; la relación se establece dentro de la sensibilidad de lo «bello», entendido esto no como un concepto positivo, sino como la relación que se establece por medio de la obra entre dos subjetividades. En la obra artística se produce el reconocimiento de la imaginación creadora y se establece una comunicación que no se da en otras partes del mundo civilizado. En el acto estético, que es una de las determinaciones de la voluntad, se muestra su potencia: ya que la muerte es trascendida, se toma conciencia de ello como un elemento profundamente íntimo, y se supera.

La nada constituye la *natura* corrupta del ser humano, pero ¿cuáles son las condiciones de verdad que me muestra la nada como verdad? Podemos adelantar que las condiciones de verdad son las del análisis del raciocinio. El devenir de todos los entes, su salir de la nada y a ella regresar implica necesariamente la inexistencia de ningún ser inmutable y eterno. El conocimiento analítico solo nos proporciona una certeza parcial, impotente, que deja fuera la base en que ese conocimiento se apoya, que es la ilusión. La abstracción en la que se basa el tiempo cuantitativo es la mala infinitud; ante ello hay que oponer un tiempo diverso, el tiempo de lo concreto, que es la producción imaginativa.

El contenido de nuestra autoconciencia es también esperanza y deseo, capacidad deseante o fuerza que nos arrastra, pero este deseo cuando es posesión se agota a sí mismo, formalmente el deseo es inagotable, pero este deseo es producción, es potencia. Cuando el deseo formal viene negado, se vuelve impotencia y apagarse de la existencia. El suicidio es cuando la impotencia del deseo se dirige hacia su último elemento o límite, el propio cuerpo, por ello el deseo de suicidio vuelve a revivificar, recrea, aunque en su grado más bajo, la sensación de potencia, como dijo Nietzsche en *Más allá del bien y del mal,* en el aforismo 157: «Siempre es consolador pensar en el suicidio: de este modo se puede sobrellevar más de una mala noche».

En la obra artística se conjugan un contenido de verdad negativo, es decir, la nulidad de todas las cosas como elemento

demistificador, y la forma sensible del arte. Este instante abre un nuevo horizonte de tiempo, un nuevo espacio en el que a través del médium sensible aumenta nuestra capacidad de potencia.

Le evidencia del devenir exige necesariamente que no exista ningún eterno ni ningún inmutable. Cuando la razón es análisis detiene este proceso y se convierte en cosificación, pone sus contenidos como verdad incontrovertible y se convierte en mitología, corrupción, fanatismo; la naturaleza se contradice si es razón.

El origen del juego es pura accidentalidad, estamos en este como perfectamente podríamos estar inmersos en cualquier otro, es pura accidentalidad. Pero como todo juego, para que no se niegue a sí mismo, también tiene sus reglas, y la más importante de todas ellas es la fuerza de la materia, que en el ser humano se concretiza en voluntad de existir.

La razón es contradicción, pero no porque su contenido sea contradictorio, sino porque ella necesita tener un sentido, pero se percata de que el acaecer de la razón es absolutamente gratuito y sin porqué. En la existencia aparece el sentimiento de la nulidad de la existencia, y la razón es la forma más acabada de tal sentimiento, se funda en él. La existencia misma es un acontecer que tiene como fundamento la nada.

La razón y la ilusión están unidas indisolublemente, ya que la razón sin ilusión no tendría contenidos, mientras que para la naturaleza la aparición de la razón es puramente fortuita, no hay nada que les ligue; es un instrumento que ha aparecido pero que no es esencial. En un primer momento parece que la razón desmonta sus propios fundamentos porque introduce en la voluntad de existir la voluntad de no existir, pero como hemos dicho más arriba, creemos que esta es una contradicción aparente, porque a fin de cuentas la voluntad no deja de ser voluntad. La razón tiene necesidad de lo que ella destruye; la razón, en un sentido preciso, cuando es análisis (acumulación) o mistificación, es impotencia, nulidad, parálisis de la acción; trascender la nada es la potencia.

El artista, pero no solo él, despliega su imaginación creativa, es potente, capaz de crear cuando todo es estéril, es la voluntad

que puede sobrevivir a la aniquilación de cualquier otra forma, porque es la fuerza con la que se ve la nulidad de toda voluntad de potencia.

La voluntad de dominio es una voluntad deturpada, manifestación de la razón mistificada. Al interno de esta mistificación se produce el análisis, la descomposición entendida como cálculo. La razón mistificadora se origina al interno de la ilusión de eternidad; la ilusión de espiritualidad es una herida decisiva en el corazón mismo de la materia; esta razón horada la propia conciencia hasta extirpar el mismo vigor físico.

La razón es corrupción de la vida, devenir, angustia inacción, impotencia; el progreso es el progreso de la nada; la civilización es la destrucción creciente del ser humano, pues busca durar en su impotencia.

La razón considera que lo existente aparece como numerable y calculable. Aparece en su carácter matemático, incluso el tiempo en el que la autoconciencia se despliega va tener este carácter calculable y homogéneo. Cálculo que también afecta a los placeres, y que por eso mismo no puede desembarazarse del dolor, ya que el placer se constituye al interno de la abstracción matemática; la voluntad de potencia no acepta medida, la imaginación no es calculable, se despliega en otro tiempo, el tiempo del instante, un tiempo-ahora.

La filosofía moderna es la voluntad de poner como fundamento del saber la observación y la experiencia, y el sentido del mundo que emerge en tales fundamentos. La observación es pasiva, y muestra que la experiencia es la experiencia del devenir de los entes.

La naturaleza es existencia, y es prevalecer en la existencia, la alegría es aumentar la capacidad de actuar, y eso solo puede conseguirse a través de la ilusión y la imaginación.

Para poder confrontar ilusión con verdad, y mostrar lo erróneo de las ilusiones, debemos utilizar un criterio que nos sirva de guía para hacer tal trabajo; además de tal criterio debemos saber cuáles son los presupuestos que deben satisfacer las condiciones por las

que algo se presenta como verdad. Como vemos, en la época de Leopardi el criterio es el paradigma científico; este se ha apoderado de las condiciones por las cuales debe juzgarse todo saber que se presente como saber; sin embargo, Leopardi nos muestra lúcidamente cómo estas condiciones hablan más de la muerte en vida que de lo que conviene y es más propio al ser humano. La razón rápidamente se vuelve mistificación y análisis; estas condiciones traspasan la mera subjetividad para convertirse en fundamento y sentido del mundo. Pero este sentido son determinaciones y contenidos del puro dato, dato que es sin porqué; las conexiones necesarias que el ser humano cree descubrir son debidas a su antropocentrismo y no porque haya una mente que diseñe la naturaleza y se despliegue de manera necesaria. El conocimiento consiste en averiguar la conexión necesaria de las determinaciones internas de un sistema formal cuyo contenido es lo dado; pero este conocimiento, que es una facultad de la mente, se pone a sí mismo como totalidad; excluye el deseo y condena todo aquello que no respete sus límites.

La naturaleza es movimiento productivo del «juego», detrás del juego no hay más que la indeterminada materia, la dimensión constituida por el mismo devenir de las cosas. La voluntad no precede a la existencia, es la existencia misma, la voluntad de la naturaleza es la consecuencia necesaria del puro hecho de existir.

La razón hará sentir su fuerza aniquiladora sobre la voluntad de potencia, alienando al ser humano de su único recurso, al alienarlo de su voluntad de potencia aparece con su presencia abrumadora el tedio. La consolación es la consolación del desierto.

La imaginación productiva se apoya nada más que en la conciencia de inexistencia de cualquier apoyo; no necesita garantías, además, ¿qué tipo de garantías se pueden dar para el futuro? La fuerza de la imaginación productiva en su vertiente estética nos hace sentir el tiempo-ahora cuando niega todo tiempo. Cuando niega toda eternidad y nos traslada del tiempo homogéneo; la eternidad del instante.

La infelicidad como culpabilidad no es sino una falta contra la propia naturaleza de la potencia; al igual que el deseo que se objetiva en algo concreto, así como la culpa, no dejan de ser dos expresiones de la impotencia.

La potencia, sin embargo, es entusiasmo, en su sentido clásico, una posesión divina; en cuanto que es imaginación creativa, en cuanto es producción, es también acción. Entusiasmo aunque sea producción, que tiene como contenido la nada, la nulidad incluso del propio entusiasmo.

El canto poético anima a los seres humanos, hacen que se reconozcan entre sí, aumenta la potencia y la alegría del devenir, de estar en un mundo infinitamente posible. Cuando la voluntad de dominio se cosifica en algo inmutable, lo afirma de manera soberbia; esta es la razón mistificadora que establece la verdad, una fábula que, como tela de araña, enreda a quien en ella se apoya. En el último desenmascaramiento que realiza la obra artística se encuentra la intensa y fría mirada de la nada, sin embargo, es en esta fría intensidad en la que la conciencia se reconoce, y esa fuerza es la que permite asumirla y transcenderla, y no huir de ella. La huida es distracción y la perversión del tedio, que es matar el tiempo. Separada de su raíz, el amor entre los hombres no es posible, y la sociedad es el prevaricar de los más fuertes sobre los más débiles; prevalece la voluntad de dominio y la forma que ella se expresa: la mediocridad, el *statu quo* o el conservadurismo. La voluntad de dominio es reacción y supresión de la voluntad de potencia apoyada en la muerte. La voluntad de dominio sofoca la creación, en el siglo de la estadística no hay espacio para la singularidad.

El progreso de la razón empuja hacia la esterilidad y el agotamiento, se convierte en «ciertísima locura… La locura más razonable de la tierra, es decir, la sola cosa razonable», una razonabilidad que no tiene más fin que la acumulación y en la que todo deviene un medio para tal fin; implica la homogeneización de todo ente, ya que estos solo tienen una característica importante: su calculabilidad, su abstracción matemática; los entes están mediados por su abstracción matemática, que en el fondo

es nihilismo y asolamiento de las cosas y de los seres humanos que pierden sus características para convertirse en meras cosas entre las cosas. El criterio de verdad será lo útil o lo inútil en referencia a la acumulación del capital. La voluntad de dominio se muestra a sí misma como movimiento que busca la producción del paraíso, pero no se da cuenta que la tendencia fundamental de ese movimiento es hacia la esterilidad y la desolación

El carácter analítico-matemático es el trazo esencial de lo existente, pero este trazo es una mediación de la racionabilidad, en cuanto voluntad de dominio; y ese carácter es la cosificación, de que algo no sea más que una cosa. Esa voluntad de dominio es evasión, distracción, es no afianzarse en la muerte, es huida de la muerte, que es lo más íntimo y propio, y se muestra en el fondo como contradicción e impotencia. La racionalidad es una de las más potentes formas de ilusión.

La naturaleza corrupta no es una naturaleza totalmente destruida, y en la búsqueda de la felicidad, en la huida del dolor, el ser humano busca salvarse por medio de la razón y de la expresión más absoluta, que es la voluntad de dominio en su vertiente técnico-matemática; sin embargo, los resultados que esta obtiene no son vivificantes; al contrario son, a lo sumo, duración, una duración que se hace más insoportable que la propia muerte. Al menos esta última, al presentarse por mi propio deseo, reabre, aunque sea por un instante, la dimensión de la vida.

El mundo de la abstracción, que es el mundo de la civilización, impide una vuelta atrás, cualquier intento de huir de este mundo por medio de una reconciliación con la naturaleza está condenado al fracaso. El abandono de la sociedad nos deja aún con menos armas ante el azar de la naturaleza, incluso puede ser sentido como crueldad el perpetuo crear y destruir de la natura cuando no es más que puro juego, puro caso. La felicidad fundada en la voluntad de dominio es una ilusión ingenua. El deseo, la imaginación productiva, no responden a ningún criterio matemático, no son cuantificables ni analizables; además constituyen mundo, abren el horizonte de la acción, no puede

descomponerse. El porvenir, pues, no es algo estable, fijo, sino que es algo dinámico, que siempre está en proceso y que no se agota en lo creado. Por ello, la voluntad de potencia contrasta con el carácter matemático de la voluntad de dominio, que necesariamente compete a todo aquello que ya es, que ya existe, sujeto a la ilusión del conocimiento. Este nuevo mundo que el crear funda es irreducible a la realidad analítico-matemática, porque en el momento que se constituye se solidifica y cosifica, es anticuariado y no producción.

La obra de arte literaria es la potencia del lenguaje antes de devenir palabrería: la designación de las virtudes iban acompañadas de la potencia activa que les daba su significado, hoy es un simple *flatus vocis.* La voluntad de dominio está destinada al fracaso, a la aniquilación de sí misma; sin embargo, la voluntad de poder todavía puede resistir.

La voluntad de potencia, en cuanto imaginación creativa, es principio de producción de lo que es deseado, de lo que es querido, no depende del cálculo de los medios ni de los límites de este, es creación absoluta. A pesar de que la creación tenga como destino la nada, el acto mismo de creación es siendo, no puede anularse, el instante creativo es un tiempo-ahora que se despliega y trasciende el tiempo homogéneo. Ese tiempo puede ser recuperado a partir de la intensidad con la que un sujeto accede y experimenta a la obra creada, aniquilando la mistificación de los contenidos de su conciencia en el médium continuum de la experiencia estética.

El poeta crea ilusiones sensibles en las que se puede dar la terrible conciencia de que todo es nada, una nada yo mismo; pero esto es libertad y no inacción. El saber no es tal cuando no implica acción, el único criterio que nos queda para esclarecerse entre el mundo de ilusiones es comprobar si el saber ilusorio conduce a la acción o al tedio. Observar la vida desde el mundo de los muertos, ilusión suprema para que podamos observar el ridículo de la existencia.

# BIBLIOGRAFÍA

Bellucci, Novella, *G. Leopardi e i contemporanei: testimonianze dall'Italia e dall'Europa in vita e in morte del poeta,* Florencia, Ponte alle Grazie, cop. 1996.

Binni, Walter, *La Nuova poetica leopardiana,* Milán, Sansoni, 1997.

— *La Protesta di Leopardi,* Florencia, Sansoni, 1982.

Blasucci, Luigi, *Leopardi e i segniali dell'infinito,* Bolonia, Il Mulino, cop. 1985.

Borsellino, Nino, *Leopardi: introduzione all'opera e antologia della critica,* Roma, Bulzoni, cop. 1973.

Cassano, Franco, *Oltre il nulla: studio su Giacomo Leopardi,* Roma, GLF Laterza, cop. 2003.

Damiani, Rolando, *All'apparir del vero: vita di Giacomo Leopardi,* Milán, Mondadori, imp. 1998.

— *Leopardi e il principio di inutilità,* Ravena, Longo, imp. 2000.

Fabio, Nicoletta, *L'Entusiasmo della ragione: studio sulle «Operette morali»*, Florencia, Le Lettere, cop. 1995.

Ferrucci, Franco, *Il Formidabile deserto: lettura di Giacomo Leopardi,* Roma, Fazi, 1998.

Ficara, Giorgio, *Il Punto de vista della natura: saggio su Leopardi*, Génova, Il Melangolo, 1996.

Folin, Alberto, *Leopardi e la notte chiara,* Venecia, Marsilio, 1993.

FOUCAULT, MICHEL, *Entre filosofía y literatura,* Barcelona, Paidós 1999.

FRATTINI, ALBERTO, *Leopardi alle soglie dell'infinito: e altri saggi leopardini,* Pisa (Italia), Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 1998.

— *Giacomo Leopardi,* Roma, Studium, cop. 1986.

GALIMBERTI, CESARE, *Linguaggio del vero in Leopardi,* Florencia, Leo S. Olschki, 1959.

GIOANOLA, ELIO, *Leopardi, la malinconia,* Milán, Jaca Book, 1996.

GUARRACINO, VINCENZO, *Guida alla lettura di Leopardi,* Milán, Mondadori, 1998.

IENGO, FRANCESCO, *Momenti di critica alla modernità da Leopardi a Nietzsche,* Roma, Bulzoni, 1992.

LUPORINI, CESARE, *Decifrare Leopardi,* Nápoles, Gaetano Macchiaroli, 1998.

— *Leopardi progressivo,* Roma, Riuniti, 1996.

NATOLI, SALVATORE, *Dialogo su Leopardi: natura, poesia, filosofia,* Milán, Mondadori, 1998.

NEGRI, ANTONIO, *Lenta ginestra*, Milán, Editore Mimesis, 2001.

— *1933-Spinoza subversivo: variaciones (in)actuales,* Madrid, Akal, 2000.

PODDIGHE, GRAZIA, Maria, *Sull'abisso del nulla: il pensiero di Giacomo Leopardi e la filosofia del Novecento,* Roma, Bulzoni, cop. 1998.

PRETE, ANTONIO, *Finitudine e infinito: su Leopardi,* Milán, Feltrinelli, 1998.

— *Il Pensiero poetante: saggio su Leopardi,* Milán, Feltrinelli, 1996.

REICHENBACH, GIULIO, *Studi sulle «Operette morali» di Giacomo Leopardi,* Florencia, La Nuova Italia, 1964.

ROBERTIS, GIUSEPPE DE, *Saggio sul Leopardi,* Florencia, Vallecchi, cop. 1973.

RUGGIANO, MICHELE, *Leopardi: la pena di vivere,* Benevento, Edimedia, 1998.

Russo, Fabio, *Leopardi politico o della felicità impossibile,* Roma, Bulzoni, imp. 2000.

Savoca, Giuseppe, *Giacomo Leopardi,* Roma, Marzorati, imp. 1998.

Severino, Emanuele, *Il Nulla e la poesia: alla fine dell'età della tecnica: Leopardi,* Milán, Rizzoli, 1990.

— *Cosa arcana e stupenda: l'Occidente e Leopardi,* Milán, Rizzoli, 1997.

Vitale, Maurizio, *La Lingua della prosa de G. Leopardi: le «Operette morali»*, Florencia, La Nuova Italia, 1992.

VV. AA., *Giacomo Leopardi: poeta e filosofo: atti del convegno dell'Istituto italiano di cultura,* Nueva York, 31 marzo-1 abril 1998.

— *Leopardi e l'età romantica,* Venecia, Marsilio, cop. 1999.

# CRONOLOGÍA

| Vida y obra de Leopardi | Acontecimientos históricos | Acontecimientos filosóficos | Contexto cultural |
|---|---|---|---|
| **1798**<br>— Nacimiento de Leopardi en Recanati. | **1798**<br>— Napoleón en Egipto. | **1798**<br>— Fichte: *Sistema de la doctrina moral.* | **1798-1800**<br>— Revista *Atheneum.* |
| | | **1799**<br>— Schleiermacher: *Discursos sobre la religión.* | **1799**<br>— Schiller: *Wallenstein.* |
| | **1800**<br>— Batalla de Marengo. | **1800**<br>— Schelling: *Sistema del Idealismo trascendental.* | |
| | **1801**<br>— Paz de Lunéville. | **1801**<br>— Hegel: *Diferencia entre los sistemas de Fichte y de Schelling.* | **1801**<br>— Schiller: *María Estuardo.* |
| | **1802**<br>— Paz de Amiens. | **1802**<br>— Hegel: *Fe y saber.* | **1802**<br>— Hölderlin: *Patmos.* |
| | **1804**<br>— Napoleón emperador.<br>— Código napoleónico. | **1804**<br>— Muere Kant. | **1804**<br>— Schiller: *Guillermo Tell.*<br>— Beethoven: Tercera sinfonía. |
| | **1805**<br>— Batalla de Trafalgar. | | |

| Vida y obra de Leopardi | Acontecimientos históricos | Acontecimientos filosóficos | Contexto cultural |
|---|---|---|---|
| | **1807**<br>— Fulton, barco a vapor.<br>— Londres, alumbrado a gas. | **1807**<br>— Hegel: *Fenomenología del espíritu.* | |
| | **1808-9**<br>— Napoleón en España. | **1808**<br>— Fichte: *Discursos a la nación alemana.* | **1808**<br>— Goethe: *Fausto* (Iª parte).<br>— Beethoven: Sexta sinfonía. |
| | | **1809**<br>— Lamarck: *Filosofía zoológica.* | |
| | | | **1810**<br>— Nacimiento de Chopin. |
| | **1811**<br>— Independencia de Venezuela. | | |
| **1812**<br>— *Pompeyo en Egipto.* | **1812**<br>— Constitución de Cádiz.<br>— Napoleón en Rusia. | **1812**<br>— Hegel: *Ciencia de la lógica* (I vol.) | |
| **1813**<br>— *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos.* | **1813**<br>— Derrota de Napoleón en Leipzig. | | **1813**<br>— Madame de Staël: *Alemania.* |

**1814**
— Napoleón es obligado a abdicar.
— Stephenson, locomotora a vapor.

**1815**
— Oración a los italianos con motivo de la liberación de Piceo.

**1816**
— Traducción de la *Eneida* y de la *Odisea.*

**1817**
— *Il primo amore.*
— Inicio de *Zibaldone*.

**1818**
— *Discurso de un italiano sobre la poesía romántica.*

**1816**
— Independencia de Argentina.

**1818**
— Independencia de Chile.

**1819**
— Independencia de Colombia.

**1816**
— Hegel: *Ciencia de la lógica* (II vol.).

**1817**
— Hegel: *Enciclopedia.*

**1818**
— Nacimiento de Marx.

**1819**
— Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación.*

**1816**
— Rossini: *El barbero de Sevilla.*

**1817**
— Ricardo: *Principios de economía política.*

| Vida y obra de Leopardi | Acontecimientos históricos | Acontecimientos filosóficos | Contexto cultural |
|---|---|---|---|
| **1820**<br>— Canciones de Giacomo Leopardi a Angelo Mai. | **1820**<br>— Levantamiento en Nápoles. | | **1820**<br>— Scott: *Ivanhoe.* |
| | **1821**<br>— Independencia de Perú y Brasil. | **1821**<br>— Hegel: *Filosofía del derecho.* | **1821**<br>— Goethe: *Los años de aprendizaje de W. Meister* (Iª parte). |
| | | | **1822**<br>— Manzoni: *Adelchi.* |
| **1824**<br>— *Operette morali.* | | | **1824**<br>— Beethoven: *Novena sinfonía.* |
| | **1825**<br>— Rusia, alzamiento decembrista. | | |
| **1826**<br>— *Idilios.* | | | |
| | | | **1827**<br>— Manzoni: *Los novios.* |
| | **1828**<br>— Independencia de Uruguay. | | |

| | | | |
|---|---|---|---|
| | | **1829**<br>— Herbart: *Metafísica general.* | **1829**<br>— Goethe: *W. Meister* (IIª parte).<br>— Rossini: *Guillermo Tell.* |
| | **1830**<br>— Ferrocarril Liverpool-Manchester. | **1830**<br>— Comte inicia su *Curso de Filosofía positiva*. | **1830**<br>— Stendhal: *Rojo y negro.* |
| **1831**<br>— *Cantos.* | **1831**<br>— Mazzini funda la *Joven Italia.* | **1831**<br>— Muere Hegel. | **1831**<br>— Bellini: *Norma.* |
| **1832**<br>— *Pensamientos.* | | | **1832**<br>— Goethe: *Fausto* (II parte). |
| **1834**<br>— Segunda edición de las *Operette morali.* | **1835**<br>— Colt, revólver. | | |
| **1836**<br>— Tercera edición de las *Operette morali* secuestrada por la censura borbónica.<br>— Compone *La ginestra.* | | | **1836**<br>— Gogol: *El inspector general.* |
| **1837**<br>— Muere Leopardi. | **1837**<br>— Inglaterra: Comienza el reinado de Victoria. | | |

# DIÁLOGOS MORALES

## UNA INVESTIGACIÓN SATÍRICA Y ESTÉTICA DE LAS RAÍCES DE LAS MISERIAS HUMANAS

# Historia del género humano

Cuéntase que todos los hombres que desde el principio poblaron la Tierra fueron creados en todas partes al mismo tiempo, y todos niños, y fueron nutridos por las abejas, por las cabras y por las palomas del mismo modo que los poetas fabularon la educación de Júpiter. La Tierra era mucho más pequeña de lo que ahora es, casi todos los países llanos, el cielo sin estrellas, no había sido creado el mar, y se mostraba en el mundo mucha menor variedad y magnificencia de la que se descubre hoy. Pero a pesar de todo, los hombres se complacían incansablemente mirando y contemplando el cielo y la Tierra, se fascinaban sobremanera, y reputaban uno y otro bellísimos, y no vastos sino infinitos, tan llenos de grandeza como de esplendor y de gracia; se apacentaban con alegres esperanzas, y obtenían con cada sensación de su vida increíbles placeres, crecían con gran contento, y poco menos que estimándose felices. Consumida dulcemente la niñez y la primera adolescencia, y llegados a edad más firme, comenzaron a sentir algún cambio. Las esperanzas, que ellos hasta aquel momento habían estado aplazando día tras día, no se habían verificado y les parecía que merecían poca fe; y contentarse con lo que disfrutaban presentemente, sin prometerse un crecimiento de bien, no les parecía posible; sobre todo cuando el aspecto de las cosas naturales y cada una de las partes de la vida diaria, o por la costumbre o por haber disminuido en su ánimo la primera intensidad, no eran desde hace tiempo tan placenteros y gratos como al principio.

Marchaban por la Tierra visitando lejanísimos territorios, cosa que podían hacer cómodamente, por ser los lugares llanos, y no separados por mares ni por otras dificultades impedidos. Pasados no muchos años, la mayoría advirtió que la Tierra, aunque grande, tenía confines definidos, y no tan extensos que fueran inabarcables; y que todos los lugares de la Tierra y todos los hombres, salvo ligerísimas diferencias, eran semejantes los unos a los otros. Por tales cosas crecía su insatisfacción, de modo que no habiendo todavía salido de la juventud, sentían ya un gran fastidio de ser sí mismos que había ocupado todo su ánimo. Y poco a poco en la edad adulta, y especialmente en el declinar de los años, se convirtió la saciedad en odio; algunos tuvieron tal desesperación que, no soportando ni luz ni vida que en los primeros años habían tenido en tanto amor, voluntariamente, de uno u otro modo, se privaron de ella.

Les parecía horrendo a los dioses este suceso, que en las criaturas vivientes la muerte fuera preferida a la vida, y que esta misma en algunos individuos, sin ser forzados por la necesidad ni por otra causa, fuera instrumento para deshacerse de ella. Ni se puede decir fácilmente cuánto les sorprendía que sus dones fueran considerados tan viles y abominables que debiesen con toda su fuerza despojarse de ellos y rechazarlos, pues estimaban que habían dispuesto en el mundo tanta bondad y gracia, y tal orden y condición, que la estancia debía ser, no solo tolerada, sino sumamente amada por cualquier animal, y máximamente por los hombres, cuyo género habían formado con singular estudio y maravillosa excelencia. Se compadecieron de la miseria humana que se mostraba en tales casos, y albergaban la creencia de que renovándose y multiplicándose aquellos tristes ejemplos, la estirpe humana en poco tiempo, contra el orden de los hechos, llegase a perecer, y las cosas fueran privadas de la perfección que procedía de nuestro género, y ellos de los honores que recibían de los hombres.

Decidido, por tanto, Júpiter a mejorar, pues parece que era necesario, la condición humana, y de dirigirla a la felicidad con

mayores auxilios, comprendió que los hombres se lamentaran principalmente porque las cosas no eran inmensas de grandeza ni de infinita belleza, perfección y variedad, como ellos con anterioridad habían juzgado; por el contrario, las cosas eran angostísimas, todas imperfectas y más o menos de una sola forma; y que doliéndose no solo de la edad provecta, sino también de la naturaleza, y de la misma juventud, y deseando la dulzura de sus primeros años, rogaban fervientemente ser devueltos a la niñez, y en ella persistir toda la vida; de lo cual no podía Júpiter satisfacerles, siendo contrario a las leyes universales de la naturaleza y a los deberes y utilidad que los hombres debían, según la intención y los designios divinos, ejercer y producir. Ni tampoco podía comunicar la propia infinitud a las criaturas mortales, ni hacer la materia infinita ni infinita la perfección y la felicidad de las cosas y de los hombres. Mas le pareció conveniente alargar los confines de lo creado, y de orlarlo y variarlo: y siguiendo esta resolución, aumentó la Tierra en todas partes, y ahondó el mar para que, interponiéndose entre los lugares habitados, diversificase la semblanza de las cosas e impidiese que sus confines pudieran ser fácilmente conocidos por los hombres, interrumpiendo los caminos, y representando a la mirada una viva semejanza de la inmensidad. En aquel tiempo ocuparon las nuevas aguas la Atlántida, y no solo ella, sino un conjunto de innumerables y extensísimos territorios, si bien de aquella quede especial memoria que sobrepasa la infinidad de siglos. Muchos lugares sumergió, muchos cubrió levantando montes y colinas, diseminó de estrellas la noche, hizo más fina y purificó la naturaleza del aire, y acrecentó el día de claridad y de luz, consolidó y mezcló los colores del cielo y del campo, confundió las generaciones de los hombres de modo que la vejez de unos concurriese al mismo tiempo con la juventud y la niñez de otros. Y se resolvió a multiplicar las apariencias del infinito que los hombres sumamente deseaban (puesto que él no podía realizarlo con la sustancia), queriendo promover y alimentar su imaginación, con la virtud de la que, principalmente comprendía, era precedida la felicidad

de la niñez; entre las muchas estratagemas que puso en marcha (como fue la del mar), creó el eco y lo escondió en los valles y en las cavernas, y puso en las selvas un rumor sordo y profundo, con un vasto ondear de ramas y copas. Creó igualmente el país de los sueños, y les encomendó que engañaran de muchas maneras el pensamiento de los hombres para que se imaginaran la plenitud de una ininteligible felicidad, que él no veía modo de hacer sensible: ya que de esa imagen indefinida e indeterminada, de la cual él mismo, aunque habría querido hacerlo, y por la que los hombres suspiraban ardientemente, no podía producir ningún ejemplo real.

Fue por estas disposiciones de Júpiter, distraído y confortado el ánimo de los hombres, y reintegrada en cada uno la gracia y el amor por la vida, además de la opinión, el placer y el estupor por la belleza y por la inmensidad de las cosas terrenas. Y duró este buen estado más largamente que el primero, sobre todo por la diferencia temporal introducida por Júpiter en los nacimientos, por lo que los ánimos fríos y cansados por la experiencia de las cosas eran reconfortados viendo el calor y las esperanzas de la juventud. Mas con el pasar del tiempo y faltada de nuevo por completo la novedad, y resurgido y reconfirmado el tedio y la desestima por la vida, se redujeron los hombres a tal abatimiento que nació entonces, como se cree, la costumbre referida en las historias, practicada por algunos pueblos antiguos y que algunos aún conservan[1], consistente en que en un nacimiento se reúnen parientes y amigos para llorarlo, y en la muerte se celebra ese día con fiestas y proclamas congratulándose con el extinto. Finalmente todos los mortales se volvieron impíos, pues les parecía que no eran escuchados por Júpiter, o la propia naturaleza de

---

[1] Heródoto, lib. 5, cap. 4. Estrabón, lib. 11, edit. Casaub. pág. 519. Mela, lib. 2, cap. 2. *Antologia greca,* ed. H. Steph, pág. 16. Coricio sofista, *Orat. fun. in Procop. gaz.* cap. 35, ap. Fabric. *Bibl. Graec.* ed. vet. vol. 8, pág. 859. [Para no sobrecargar el texto hemos decidido incorporar únicamente las notas añadidas por el propio Leopardi a su obra. *N. del T.*]

las miserias endurecían y corrompían los ánimos, incluso los de mejor carácter, y los desvinculaba de lo honesto y lo correcto. Por lo que se engaña quien estima que la infelicidad humana ha nacido primeramente de la iniquidad y de los actos cometidos contra los dioses; no de otra cosa tuvo origen la maldad de los hombres que de sus calamidades.

Tras ser castigada por los dioses con el diluvio de Deucalión la soberbia de los mortales, y habiéndose vengado de las injurias, los dos únicos salvados del naufragio universal de nuestro género, Deucalión y Pirra, convenciéndose de que con ninguna cosa podrían ayudar a la estirpe humana al ser del todo apagada, se sentaban en la cima de un peñasco llamando a la muerte con ardentísimo deseo, pues ni temían ni deploraban la suerte de sus semejantes. Obligados por Júpiter a reparar la soledad de la Tierra; y sin ser capaces, tal como estaban apesadumbrados y desdeñosos de la vida, de dar comienzo a la generación, los dioses les mostraron las piedras de la montaña y, arrojándolas por encima de sus hombros, restauraron la especie humana. Júpiter, reparando, por las cosas pasadas, en la naturaleza de los hombres, y que no se satisfacen, como los demás animales, con vivir y estar libres de dolores y molestias corporales; que, al contrario, anhelan siempre y en todo modo lo imposible, y más se afanan en este deseo cuando menos afligidos están por otros males, decidió valerse de nuevas artes para conservar este mísero género, las cuales fueron principalmente dos: introducir en su vida verdaderos males y envolverla en mil ocupaciones y fatigas, al efecto de entretener a los hombres y distraerlos lo más posible de conversar con el propio ánimo, o al menos del deseo de su desconocida y vana felicidad.

Por consiguiente, primero difundió entre ellos una varia multitud de enfermedades y un infinito género de desventuras: pues por una parte quería, con el variar las condiciones y las fortunas de la vida mortal, que los mortales obviasen la saciedad y creciesen, tras soportar los males, apreciando más los bienes; y por otra parte, que los espíritus se ejercitaran en cosas desagradables, con

el fin de que el defecto de los goces fuera más llevadero que en el pasado; y en parte también con intención de enervar y amansar la ferocidad de los hombres, amaestrarlos a inclinar la cabeza y ceder a la necesidad, que se contentasen más fácilmente con la propia suerte, y reprimir, en los ánimos debilitados tanto por las enfermedades del cuerpo como por los esfuerzos propios, la agudeza y la vehemencia del deseo. Además de esto, pensaba que los hombres, oprimidos por las enfermedades y por la calamidad, estarían menos dispuestos que antes a dirigir las manos contra sí mismos, que devendrían viles y postrados, como sucede por el hábito de los padecimientos. Los cuales también suelen, dando lugar a esperanzas mejores, anudar el alma a la vida: pues los infelices tienen la firme opinión de que serán felicísimos cuando se recuperen de sus males; cosa que, por la naturaleza humana, no dejan nunca de esperar que les sucederá de algún modo. Después creó las tempestades de vientos y de nubarrones, se armó del trueno y de los relámpagos, dio a Neptuno el tridente, decretó la órbita de los cometas y ordenó los eclipses. Con tales cosas y con más signos y efectos terribles se dispuso a atemorizar a los mortales de tiempo en tiempo: sabiendo que el temor y los presentes peligros reconciliarían con la vida, al menos por breves horas, no solo a los infelices, sino incluso a aquellos que la tuvieran como cosa abominable y que estuvieran dispuestos a eludirla.

Y para excluir la pasada ociosidad, indujo en el género humano la necesidad y el apetito de nuevos alimentos y de nuevas bebidas, de las que con mucho y grave esfuerzo se pudieron proveer; mientras que, antes del diluvio, los hombres se refrigeraban solo con el agua y se apacentaban con las hierbas y con las frutas que la tierra y los árboles les suministraban espontáneamente, y de otros alimentos sencillos y fáciles de procurar, como acostumbran a alimentarse incluso hoy día en California. Asignó a los diferentes lugares diversas cualidades celestes y dividió en partes el año, que hasta ese día había sido siempre y en toda la Tierra benigno y agradable, de modo que los hombres no habían tenido necesidad de usar vestimenta; pero de ahí en adelante

estuvieron obligados a abastecerse y resguardarse de los cambios y de las inclemencias del cielo con muchas prevenciones. Impuso a Mercurio fundar la primera ciudad y diferenciar el género humano en pueblos, naciones y lenguas, creando rivalidad y discordia entre ellos; y mostrar a los hombres el canto y otras artes que, sea por su naturaleza sea por su origen, fueron llamadas, y todavía se llaman, divinas. Él mismo dio leyes, estados y órdenes civiles a las nuevas gentes; y, por último, queriendo con un incomparable don obsequiarlos, les envió ilusiones excelentísimas y sobrehumanas, a las cuales concedió en gran parte el gobierno y la potestad sobre esa gente: y fueron llamadas Justicia, Virtud, Gloria, Amor patrio y nombres semejantes. Entre las ilusiones hubo una llamada Amor que, por vez primera, al igual que las demás, llegó a la Tierra: por lo que antes del uso de vestimentas no era amor, sino el impulso de la concupiscencia, que no se distinguía en los hombres del que experimentaban los animales, lo que empujaba un sexo hacia el otro, en el modo en que cada uno es atraído por los alimentos y a símiles objetos, los cuales verdaderamente no se aman pero se apetecen.

Fue cosa admirable cuánto fruto proporcionaron estas divinas disposiciones a la vida mortal, y cuánto la nueva condición de los hombres, a pesar de las fatigas, los miedos y los dolores, cosas antes ignoradas por nuestro género, superase en comodidad y dulzura a la que había antes del diluvio. Y este efecto provino en gran parte por las maravillosas ilusiones, las cuales fueron por los hombres consideradas ora genios ora dioses, y seguidas y honradas con ardor inestimable y con vastos y portentosos esfuerzos por larguísima edad: encendiendo a esto con su canto con infinito esfuerzo los poetas y los nobles artistas, tanto que un grandísimo número de mortales no dudaron donar y sacrificar, a una u otra de esas ilusiones, la sangre de la propia vida. Cosa que no desagradaba a Júpiter, al contrario, le placía sobremanera, entre otros motivos por el hecho de juzgar que debía ser para los hombres tanto menos fácil quitarse voluntariamente la vida cuanto más dispuestos estuvieran a gastarla por motivos bellos y

gloriosos. Incluso en duración estas buenas prácticas excedieron grandemente a las antiguas, pues, a pesar de que muchos siglos después estuvieron en manifiesta decadencia, el declinar y la ruina de estas fueron suficientes, hasta entrada una edad no muy remota de la presente para la vida humana, la cual por virtud de tales prácticas, que habían concedido incluso en algún tiempo, casi la alegría, se mantuvo para su beneficio mediocremente fácil y tolerable.

Las causas y los motivos de sus trastornos fueron los muchos inventos hallados por los hombres para proveer cómodamente y en poco tiempo a las propias necesidades; el desmesurado crecimiento de la disparidad de condiciones y de oficios establecida por Júpiter entre los hombres cuando fundó y dispuso las primeras repúblicas; la ociosidad y la vanidad que por estos motivos, de nuevo, después de antiquísimo exilio, ocuparon la vida; el haber, no solo por la sustancia de las cosas, sino también por la estimación de los hombres, disminuido en esa vida la gracia de la variedad, como siempre sucede por la larga costumbre; y finalmente otras cosas más graves, las cuales por haber sido ya descritas y tratadas por muchos, no es el caso de tratar ahora. Lo cierto es que en los hombres se renovó el aburrimiento por las cosas que los habían abatido antes del diluvio, y se refrescó el amargo deseo de felicidad ignota y ajena de la naturaleza del universo.

Pero la completa perturbación de su fortuna y el desenlace del estado de cosas que hoy solemos llamar antiguo vino principalmente de un motivo diverso de los precedentes, y fue este. Había entre aquellas ilusiones, tan apreciadas por los antiguos, una llamada en su lengua Sabiduría que, honrada universalmente como todas sus compañeras, y en particular seguida por muchos, había cooperado en gran medida en la prosperidad de los siglos pasados. Esta, una y otra vez, continuamente, había prometido y jurado a sus partidarios querer mostrarles la Verdad, de la que decía que era un genio grandísimo, su propia señora, que nunca había descendido a la Tierra y que se sentaba con los dioses en el cielo; ella aseguraba que con su propia autoridad y

gracia pretendía traerla y obligarla, por algún espacio de tiempo, a peregrinar entre los hombres: y gracias al uso y a la familiaridad con la verdad, debía el género humano alcanzar tal estado, que por la altura de los conocimientos, excelencia de instituciones y de costumbres, y felicidad de vida, poco se diferenciase del divino. ¿Pero cómo podía una pura sombra y un semblante vacío cumplir sus promesas, e incluso llevar a la Tierra la Verdad? Los hombres, después de muchísimo creer y confiar, agudizados por la vanidad de las promesas; y al mismo tiempo famélicos de cosas nuevas, sobre todo por el ocio en que vivían; y estimulados en parte por la ambición de igualarse a los dioses, en parte por el deseo de la felicidad que por boca de la ilusión reputaban, conversando con la Verdad, capaces de conseguir; se dirigieron con insistentísimas y presuntuosas voces pidiendo a Júpiter que por algún tiempo concediese a la Tierra el nobilísimo genio, reprochándole que vedase a sus criaturas la utilidad infinita que la presencia de ella les reportaría, y además se quejaban de la suerte humana, renovando las antiguas y odiosas querellas sobre la pequeñez y la pobreza de sus cosas. Y porque las bellísimas ilusiones, principio de tantos bienes en las edades pasadas, ahora se tenían por la mayor parte en poca estima; no porque ya eran notas por lo que verdaderamente eran, sino porque la común vileza de los pensamientos y la pereza de las costumbres hacía que casi ninguno hoy día las siguiera, por ello los hombres blasfemaban perversamente contra el mayor obsequio que los eternos habían hecho y habían podido hacer a los mortales, gritaban que a la Tierra solo habían sido concedidos genios menores; y a los mayores, a los cuales la estirpe humana más adecuadamente se inclinarían, no les era ni lícito ni digno poner el pie en esta ínfima parte del universo.

Muchas cosas habían desde hace ya mucho tiempo alejado nuevamente la voluntad de Júpiter de los hombres; y entre ellas los innumerables vicios y fechorías, que por número y por maldad habían desde hace mucho dejado atrás las maldades vengadas por el diluvio. Le indignaba completamente, después de tantas expe-

riencias hechas, la inquieta, insaciable, inmoderada naturaleza humana; a la tranquilidad de la cual, ya que no a la felicidad, no veía por cierto, ninguna decisión que tomar, ningún estado que le conviniese ni ningún lugar suficiente; aun cuando él hubiese querido por mil veces aumentar los espacios y los placeres en la Tierra, y la universalidad de las cosas, aquellos y estos a los hombres, igualmente incapaces y ansiosos de lo infinito, en breve tiempo habrían parecido estrechos, desagradables y de poco valor. Pero finalmente la estulta y arrogante petición suscitó de tal modo la ira del dios, que resolvió, eliminando toda piedad, punir perpetuamente a la especie humana, condenándola por toda la edad futura a miserias mucho más grandes que las pasadas. Para lo cual decidió no solo enviar a la Verdad a estar entre los hombres, como ellos pedían, por bastante tiempo, sino dándole eterno domicilio entre ellos, y excluidas de aquí abajo las vagas ilusiones que él había asentado, hacerla perpetua moderadora y señora de la gente humana.

Y sorprendiéndose los demás dioses con esta decisión, como a los que parecía que él hubiese conseguido ensalzarlos demasiado de su estado y en perjuicio de su superioridad, Júpiter les disuadió de esa opinión mostrándoles que no todos los genios, incluso los grandes, tienen propiedad benéfica; y no es de tal índole la Verdad que ella deba hacer los mismos efectos en los hombres que en los dioses. En el lugar donde los inmortales encontraban su felicidad descubrirían los hombres y encontrarían continuamente delante de su mirada la infelicidad representándola además, no como obra solamente de la fortuna, sino tal que por ningún accidente ni por ningún medio la puedan evitar, ni nunca, viviendo, interrumpir. Y teniendo la mayor parte de sus males esta naturaleza, que lo son en la medida que lo cree quien los soporta, y más o menos grave según como los estime; se puede juzgar de cuán grandísimo daño sea para los hombres la presencia de este genio. A los cuales ninguna cosa parecerá verdadera salvo la falsedad de todos los bienes mortales y ninguna sólida, sino la vanidad de toda cosa excepto los propios dolores. Por estos motivos estarán también privados de la esperanza; con

la cual desde el principio hasta el presente, más que con otro placer o consuelo alguno, sostuvieron la vida. Y nada esperando ni viendo en sus empresas y esfuerzos fin digno alguno, llegarán a tal negligencia y aborrecimiento de toda obra profunda o magnánima que la común costumbre de los vivos será poco diversa de la de los sepultos. Mas de esta desesperanza y lentitud no podrán evitar que el deseo de una inmensa felicidad, congénito a sus almas, no les punce y atormente tanto más que antes, ya que estará menos obstaculizado por la variedad de las curas y del ímpetu de las acciones. Y al mismo tiempo se encontrarán destituidos de la natural virtud imaginativa, que sola podía por algunos instantes satisfacerlos de esta felicidad imposible e incomprensible para mí e incluso para ellos que la desean. Y todas las semejanzas del infinito que yo estudiadamente había puesto en el mundo para engañarlos y pacerlos conforme a sus inclinaciones, de pensamientos vastos e indeterminados, serán insuficientes para este efecto por la doctrina y por las costumbres que ellos aprenderán de la Verdad. De modo que la Tierra y las otras partes del universo, si antes les parecían pequeñas, les parecerán a partir de ahora mínimas porque serán instruidos y aclarados los arcanos de la natura; y porque, contra la presente expectación de los hombres, aparecen tanto más estrechas cuanto más de ella se sepan. Finalmente, serán arrebatados de la Tierra sus fantasmas, y por las enseñanzas de la Verdad, por las cuales los hombres tendrán pleno conocimiento del ser de aquellos, carecerá la vida humana de todo valor, toda rectitud, tanto de pensamiento como de hecho; y no solo el estudio y el amor, sino que el nombre mismo de las naciones y de las patrias será apagado en todas partes, llevándose a todos los hombres, como ellos están acostumbrados a decir, a una sola nación y patria, como fue desde el principio, y haciendo profesión de amor universal hacia toda su especie, pero verdaderamente disipándose la estirpe humana en tantos pueblos como hombres. Por lo tanto, no proponiendo ni patria a la que particularmente amar ni extranjeros para odiar, cada quien odiará a todos los demás, amando solo, de

todo su género, a sí mismo. De tal cosa, cuántos y cuáles males hayan de nacer sería infinito de contar. Ni por tanta y tan desesperada infelicidad se arriesgarán los mortales de abandonar la luz espontáneamente, pero el imperio de este genio les hará no menos viles que míseros; y aumentado grandemente la dureza de su vida, les privará del valor de rechazarla.

Por estas palabras de Júpiter parecía a los dioses que nuestra suerte sería mucho más cruel y terrible de lo que la divina piedad podría autorizar. Pero Júpiter prosiguió diciendo: Tendrán, sin embargo, algún mediocre consuelo del fantasma que ellos llaman Amor; el cual estoy dispuesto, quitando todos los demás, dejar en el consorcio humano. Y no estará permitido a la Verdad, aun cuando potentísima y combatiéndolo de continuo, ni exterminarlo nunca de la Tierra, ni vencerlo sino raramente. Así que la vida de los hombres, igualmente ocupada en el culto de ese fantasma y de este genio, estará dividida en dos mitades; y uno y otro tendrán en las cosas y en las almas de los mortales común imperio. Todas las demás ocupaciones, excepto unas pocas y de poca importancia, se minimizarán en la mayor parte de los hombres. En la edad anciana la carencia de la consolación de Amor será compensada por el beneficio de su natural propiedad de estar casi contentos con la vida misma, como acaece en otras clases de animales, y de cuidarla diligentemente por su propia causa, no por el placer ni por la ventaja que obtengan.

Así eliminados de la Tierra los beatos fantasmas, salvo solamente Amor, el menos noble de todos, Júpiter envió entre los hombres a la Verdad, y le concedió entre ellos perpetua estancia y señorío. De lo que derivaron todos los luctuosos efectos que él había previsto. Y sucedió cosa de gran maravilla: mientras el genio antes de su descenso, cuando él no tenía poder ni convicción alguna entre los hombres, había estado por ellos honrado con un grandísimo número de templos y de sacrificios, ahora llegado a la Tierra con autoridad de príncipe, y manifestando su presencia, a diferencia de todos los otros inmortales que además son más venerados, entristeció de tal modo las mentes de los hombres y

las golpeó con tantos horrores que ellos, si bien esforzándose en obedecerlo, rechazaron adorarlo. Y mientras que las ilusiones en cualquier ánimo habrían usado su fuerza, y por ello solían ser más respetadas y amadas, este genio obtuvo más fieras maldiciones y mayor odio de aquellos en los que él tuvo mayor imperio. Pero no pudiendo por ello ni sustraerse ni repugnar su tiranía, viven los mortales en la suprema miseria que ellos sufren hasta hoy, y que siempre sufrirán.

Si la piedad, que en el ánimo de los celestes no está nunca apagada, conmovió no hace mucho tiempo la voluntad de Júpiter ante tanta infelicidad; y sobre todo por algunos hombres singulares por exquisitez de intelecto, unida a la nobleza de costumbres e integridad de vida, a los cuales él veía estar comúnmente oprimidos y afligidos más que los demás, por la fuerza y por la dura dominación de aquel genio. Habían usado los dioses en los antiguos tiempos, cuando Justicia, Virtud y los otros fantasmas gobernaban las cosas humanas, visitar alguna vez a sus criaturas, descendiendo uno u otro en la Tierra y manifestando su presencia de diversos modos, lo que había sido siempre de grandísimo beneficio para todos los mortales o para alguno en particular. Pero corrupta de nuevo la vida, y sumergida en toda indignidad, desdeñaron aquellos por muchísimo tiempo la conversación humana. Ahora Júpiter, compadeciéndose de nuestra suma infelicidad, propuso a los inmortales si alguno de ellos estaría dispuesto a visitar, como habían hecho en la Antigüedad, y consolar de nuevo de las fatigas a su progenie, y particularmente a aquellos que demostraban ser, en cuanto a sí, indignos de las desgracias universales. A lo que callando todos los demás, Amor, hijo de Venus Celeste, conforme de nombre al fantasma así llamado, pero de *natura,* de virtud y de obras diversísimas, se ofreció (como es singular entre todos los númenes su piedad) a hacer el oficio propuesto por Júpiter y descender del cielo, de donde él nunca antes había salido; no soportando el concilio de los inmortales, por tenerlo indeciblemente querido, que él partiera, ni por poco tiempo, de su asamblea. Si bien de cuando en

cuando muchos hombres antiguos, engañados por transformaciones y por diversos fraudes por el fantasma llamado con el mismo nombre, pensaron tener signos indudables de la presencia de este gran dios. Pero él no visitó a los mortales, antes de que ellos estuvieran sometidos al imperio de la Verdad. Después del cual, no suele descender sino raramente y poco se detiene; tanto por la general indignidad de la gente humana como porque los dioses soportan de mala gana su lejanía. Cuando viene a la Tierra, escoge los corazones más tiernos y más amables de las personas más generosas y magnánimas; y aquí se detiene por breve espacio, difundiendo tan rara y admirable dulzura, y llenándolos de afectos tan nobles y de tanta virtud y fortaleza que ellos entonces sienten cosa del todo nueva en el género humano, más bien verdad que apariencia de felicidad. Rarísimamente une dos corazones, abrazando uno y otro al mismo tiempo, e incitando recíproco ardor y deseo en ambos; aunque se lo suplican con grandísima insistencia todos aquellos que él ocupa; pero Júpiter no le consiente complacerlos salvo a unos pocos porque la felicidad que nace de tal beneficio es por pequeño intervalo separada de la divina. De todos modos, los seres llenos con su numen vencen de cualquier modo a la que fuese la condición más afortunada en los mejores tiempos. Donde él se posa, circundan, invisibles a los demás, las estupendas ilusiones, ya segregadas de la costumbre de los hombres, las cuales ese dios reconduce para este efecto sobre la Tierra, permitiéndolo Júpiter; y no pudiendo ser prohibido por la Verdad, a pesar de ser enemiguísima de esos fantasmas, y en el ánimo gravemente ofendida por su retorno: pero no es dado a la naturaleza de los genios confrontarse con la de los dioses. Y así como los hados le dotaron de niñez eterna, convenientemente a su naturaleza, satisface de algún modo el primer voto de los hombres, que fue el de volver a la condición de la niñez. Por ello en los ánimos que él escoge habitar, suscita y reverdece por todo el tiempo que él permanece la infinita esperanza y las bellas y queridas imaginaciones de los años tiernos. Muchos mortales, inexpertos e incapaces de sus placeres, lo escarnecen y muerden

todo el tiempo, tanto lejano como presente, con desenfrenada osadía: pero él no oye tales oprobios; y cuando los oyese ni una represalia tomaría; tanto es de naturaleza magnánima y mansa. Además, los inmortales, contentos con la venganza que infligen a toda la estirpe, y de la incurable miseria que les castiga, no se cuidan de las singulares ofensas de los hombres ni con nada más son castigados los fraudulentos y los injustos y los despreciadores de los dioses, que de ser ajenos a su gracia.

# Diálogo de Hércules y Atlas

Hércules.—Padre Atlas, Júpiter me envía, y quiere que te salude de su parte, y, en caso de que estuvieras fatigado por ese peso, que yo me lo adose durante algún tiempo, como hice no recuerdo cuántos siglos hace, para que tú recobres aliento y descanses un poco.

Atlas.—Te lo agradezco, estimado Hércules, y doy gracias también a la majestad de Júpiter. Pero el mundo[1] se ha vuelto tan ligero que esta toga que llevo para protegerme de la nieve me pesa más; y si no fuese por la voluntad de Júpiter que me fuerza a estar aquí firme, y manteniendo esta pelota sobre la espalda, yo la llevaría bajo la axila o la guardaría en el bolsillo o me la ataría bamboleante en un pelo de la barba, y me ocuparía de mis asuntos.

Hércules.—¿Cómo puede ser que se haya aligerado tanto? Bien advierto que ha cambiado figura y ha adquirido forma de hogaza, y que ya no es redonda como cuando yo estudié geografía para hacer aquella grandísima navegación con los Argonautas, pero a pesar de todo, no entiendo por qué tengo que pensar menos que antes.

---

[1] De todos modos, se ha dicho muchísimas veces que Atlas sostenía el cielo, como se ve en el primer libro de la *Odisea,* vers. 52 y siguientes, y en el *Prometeo* de Esquilo, v. 347 y siguientes; y los antiguos también se imaginaban que sostenía la Tierra.

ATLAS.—La causa no la sé, pero de la ligereza de la que hablo puedes cerciorarte ahora, solo con que la tomes en la mano por un momento y verifiques su peso.

HÉRCULES.—A fe mía, que si no lo hubiese comprobado no lo habría creído nunca. ¿Mas qué es esta otra novedad que descubro? La otra vez que la sostuve, batíame fuerte en la espalda, como hace el corazón de los animales; y producía un zumbido continuo, parecido a un avispero. Pero ahora el batir semeja el de un reloj que tenga roto el muelle; y en cuanto al estrépito, yo no oigo sino silencio.

ATLAS.—Tampoco sobre esto puedo decirte más; hace ya tiempo que el mundo dejó de hacer cualquier movimiento o ruido sensible; tenía la grandísima sospecha de que estuviera muerto, y aguardaba día tras día a que me infectase el hedor; pensaba cómo y en qué lugar lo podría sepultar y el epitafio que le debería escribir. Mas después, observando que no se pudría, resolví que de animal que antes era, se habría convertido en planta, como Dafne y tantos otros; y que por ello no se movía ni alentaba: y todavía hoy no me sorprendería que dentro de poco prendiera raíces por mi espalda y arraigase.

HÉRCULES.—Yo me inclino a creer que duerme, y que este sueño sea de la calidad del de Epiménides[2], que duró más de medio siglo, o como se cuenta del de Ermotimo[3], que el alma le salía del cuerpo cuando quería, y estaba fuera muchos años, yendo por diversión por diferentes países, y después

---

[2] Plinio, lib. 7, cap. 52. Diógenes Laercio, lib. 1, segm. 109. Apollonio, *Hist. commentit.* cap. 1. Varrón, *de Ling. lat.* lib. 7. Plutarco, *an seni gerenda sit respub.* opp. ed. Francof. 1620, tom. 2, pág. 784. Tertuliano, *de Anima* cap. 44. Pausanias, lib. 1, cap. 10, ed. Kuhn, pág. 35. *Appendice vaticana dei Proverbi*, centur. 3, proverb. 97. Suida, voc. Ἐπιμενίδης; Luciano, *Timon.* opp. ed. Amstel. 1687, tom. 1, pág. 69.

[3] Apolonio, *Hist. commentit.* cap. 3. Plinio, lib. 7, cap. 52. Tertuliano, *de Anima* cap. 44. Luciano, *Encom. Musc.* opp. tom. 2, pág. 376. Orígenes, *contra Cels.* lib. 3, cap. 32.

volvía hasta que los amigos, para terminar con esta historia, le quemaron el cuerpo; y así el espíritu, cuando volvía a su morada, descubrió que la casa estaba deshecha, y que si quería alojarse a cubierto le convenía tomar otra en alquiler o ir al albergue. Pero para hacer que el mundo no duerma eternamente o que algún amigo o benefactor, pensando que está muerto, le prenda fuego, yo quiero que nosotros intentemos de algún modo despertarlo.

Atlas.—Bien, ¿pero de qué forma?

Hércules.—Yo le daría un buen golpe con esta maza, pero quizá acabaría por achatarlo y haría una oblea; o la corteza, visto que parece tan ligera, no haya disminuido tanto que se resquebraje bajo el golpe como un huevo. O podría ocurrir que los hombres, que en mi tiempo combatían cuerpo a cuerpo con los leones y ahora con las pulgas, no sean todos sacudidos al momento del golpe. Lo mejor será que yo pose la maza y tú el manto, y juguemos juntos a la pelota con esta esferucha. Siento no haber traído las cestas o las raquetas que usamos Mercurio y yo para jugar en casa de Júpiter o en el jardín, pero los puños bastarán.

Atlas.—Cierto; seguro que a tu padre, si ve nuestro juego, le entran ganas de ser el tercero, y con su pelota encendida nos arroje a ambos quién sabe dónde, como Faetón en el Po.

Hércules.—Podría suceder, si yo fuera como Faetón, hijastro de un poeta y no su propio hijo; y no fuese también tal que si los poetas poblaron las ciudades con el sonido de la lira, a mí me es suficiente el sonido de maza para despoblar el cielo y la Tierra. Y su pelota, con una patada que le diese, la haría rebotar de aquí hasta el último tejado del cielo empíreo. Y ten por seguro que aunque tuviese en mente desclavar cinco o seis estrellas para jugar a las tabas, o de tirar al blanco utilizando un cometa, a modo de honda, asiéndolo por la cola o servirme incluso del Sol para jugar al disco, mi padre haría como que no ve. Además, nuestras intenciones con este juego es hacer bien al mundo, y no como Faetón, cuya

intención fue mostrar la agilidad de su cuerpo a las Horas, que le sujetaban el estribo cuando subió en el carro; y adquirir opinión de buen cochero ante Andrómeda y Calixto y las demás bellas constelaciones, a las cuales es sabido que al pasar echaba montoncitos de rayos y bolitas de luz confitadas; y de dar una bella muestra de sí ante los dioses del cielo durante el desfile de aquel día, que era de fiesta. En suma, por la cólera de mi padre no te preocupes, que yo me comprometo, en cualquier caso, a compensar los daños y, sin más, sácate el manto y lanza la pelota.

ATLAS.—O por agrado o por fuerza, tendré que hacer como dices; porque tú eres robusto y estás armado, y yo estoy desarmado y soy viejo. Pero evita al menos dejarla caer, que no se la añadan más bultos o que alguna parte se abolle o parta, como cuando Sicilia se separó de Italia y África de España; o no salte alguna astilla como, por ejemplo, una provincia o un reino, y que por ello que naciese una guerra.

HÉRCULES.—Por mi parte no te preocupes.

ATLAS.—Hacia ti va la pelota. Mira que renquea, porque está estropeada su figura.

HÉRCULES.—Vamos, dale un poco más fuerte, que las tuyas no llegan.

ATLAS.—Aquí el golpe no vale, porque suele haber Garbino, y la pelota se la lleva el viento porque es ligera.

HÉRCULES.—Este es un viejo defecto suyo, andar en busca del tiempo.

ATLAS.—La verdad es que no le vendría mal que la hinchásemos, pues veo que ella no rebota en el puño más que un melón.

HÉRCULES.—Este es un defecto nuevo, antiguamente rebotaba y saltaba como un corzo.

ATLAS.—¡Corre rápido! Deprisa, te digo; mira, por Dios, que cae: madito el momento en que has venido.

HÉRCULES.—Así, a contrapié y a ras de tierra como me la has lanzado, no podría llegar a tiempo aunque me partiese el cuello. Escúchame, pobrecita, ¿cómo estás? ¿Te has hecho

daño en algún sitio? No se oye un aliento y no ve moverse un alma, parece que todos duerman como antes.

Atlas.—Déjala, por todos los cuernos de la Estigia, que yo la ponga sobre la espalda; y tú recoge la maza, y vuelve enseguida al cielo a disculparme ante Júpiter de este caso que ha sucedido por tu culpa.

Hércules.—Así haré. Hace muchos siglos que está en casa de mi padre un cierto poeta, de nombre Horacio, admitido como poeta de corte a instancia de Augusto, el cual había sido deificado por Júpiter por las consideraciones que se debieron tener al poder de los romanos. Este poeta va canturreando ciertas cancioncillas, y entre ellas una donde dice que el hombre justo no se mueve aunque caiga el mundo. Creeré que hoy todos los hombres son justos, porque el mundo ha caído y ninguno se ha movido.

Atlas.—¿Quién duda de la justicia de los hombres? Pero tú no pierdas más tiempo y sube inmediatamente a disculparme con tu padre, que yo temo que en cualquier momento un rayo me transforme de Atlas en Etna.

# Diálogo de la Moda y la Muerte

Moda.—Señora Muerte, señora Muerte.

Muerte.—Aguarda que sea la hora, y vendré sin que tú me llames.

Moda.— Señora Muerte.

Muerte.—Vete con el diablo. Vendré cuando tú no quieras.

Moda.— Como si yo no fuese inmortal.

Muerte.—¿Inmortal? Ya pasados han sido más de mil años desde que el tiempo de los inmortales ha acabado.

Moda.—¿Señora, también petrarquea como si fuese un lírico italiano del siglo dieciséis o diecinueve?

Muerte.—Tengo estima a las rimas de Petrarca, porque de mí hablan casi en todas partes y en ellas encuentro mi Triunfo. Pero, en definitiva, márchate.

Moda.—Vamos, por el amor que depositas en los siete pecados capitales, detente por un momento y mírame.

Muerte.—Te miro.

Moda.—¿No me reconoces?

Muerte.—Deberías saber que tengo mala vista y que no puedo usar gafas porque no las hacen que me sirvan; aun cuando las hiciesen, yo no tendría dónde asentarlas.

Moda.—Yo soy la Moda, tu hermana.

Muerte.—¿Mi hermana?

Moda.—Sí, ¿no recuerdas que ambas hemos nacido de la Caducidad?

MUERTE.—Qué he de recordar, si soy enemiga capital de la memoria.

MODA.—Mas yo bien lo recuerdo; y sé que una y otra nos inclinamos igualmente a deshacer y cambiar continuamente las cosas de aquí abajo, aunque para esta causa tú vayas por un camino y yo por otro.

MUERTE.—En caso de que no le estés hablando a tu pensamiento o a persona que tengas dentro de la garganta, alza más la voz y articula mejor las palabras; que si barboteas entre dientes con esa vocecita de telaraña, te oiré mañana, porque el oído, por si no lo sabes, no me sirve mejor que la vista.

MODA.—Aunque sea contrario a la educación, y en Francia no se acostumbre a hablar para ser oídos, ya que somos hermanas y entre nosotras podemos proceder sin demasiadas consideraciones, hablaré como tú me indicas. Digo que nuestra naturaleza y rutina común es la de renovar continuamente el mundo; pero tú, desde el principio, te abalanzaste sobre las personas y la sangre; yo me contento como mucho con las barbas, los cabellos, con los vestidos, los enseres, con los edificios y cosas así. Sin embargo, bien es cierto que no me he detenido y no ceso de hacer juegos semejantes a los tuyos; por ejemplo, agujereando orejas o labios o nariz, y rasgarlos con las naderías que yo les obligo a prenderse: abrasando las carnes de los hombres con estampas incandescentes que yo sé que se imprimen por belleza; deformando la cabeza de los niños con vendajes y otros artificios, introduciendo la costumbre de que todos los hombres del país pongan el sombrero de la misma manera, como he hecho en América y en Asia[1]; lisiando a la gente con calzados ceñidos; quitando

---

[1] A propósito de esta costumbre, la cual es común en muchos pueblos bárbaros, de cambiar a la fuerza las cabezas, es notable un texto de Hipócrates, *De Aere, Aquis et Locis,* opp. ed. Mercurial, class. 1, pág. 29, sobre una nación del Ponto, llamada de los Macrocéfalos, es decir, Cabezaslargas, los cuales tuvieron por costumbre apretar la cabeza de los niños de manera que

el aliento y haciendo que los ojos les estallen por la estrechez de los corsés; y cien cosas más de esta clase. Incluso, hablando en general, persuado y constriño a todos los hombres benévolos a soportar cada día mil penas y mil incomodidades y, a menudo, dolencias y tormentos, y a alguno a morir gloriosamente, por el amor con el que me obsequian. Y nada quiero decir de los dolores de cabeza, de los resfriados, de las congestiones de todo tipo, de las fiebres cotidianas, tercianas, cuartanas, que los hombres se ganan por obedecerme; consintiendo temblar de frío o ahogarse de calor según yo disponga, o protegerse la espalda con prendas de lana y el pecho con las de tela, y hacer cada cosa a mi modo, aunque sea en perjuicio suyo.

Muerte.—Concluyendo, creo que eres mi hermana y, si quieres, lo tengo por más cierto que la muerte, sin necesidad de consultar documentos. Pero estando tan quieta, yo desvanezco; si tienes aliento para caminar a mi lado, intenta no desfallecer, pues yo huyo bastante, y en la carrera me podrás contar tu necesidad; si no, en consideración al parentesco, te prometo que cuando muera te dejaré todas mis cosas, y quédate en buena hora.

Moda.—Si nosotras tuviésemos que competir en el palio, no sé quién de las dos vencería la prueba porque si tú corres, yo galopo; y detenidas en un lugar, si tú desvaneces, yo me desahogo. Así que retomemos la carrera y corriendo, como tú dices, hablaremos de nuestras cosas.

Muerte.—Sea en buena hora. Puesto que has nacido del cuerpo de mi madre, sería conveniente que tú me ayudases de algún modo a hacer mis asuntos.

Moda.—Los he hecho ya, en el pasado, más de lo que te imaginas. Yo, que anulo o trastorno continuamente todas las costumbres, no he permitido nunca abandonar en lugar al-

---

fueran lo más largas que se pudiese: olvidad esta práctica, los niños nacían con la cabeza alargada porque, dice Hipócrates, así eran los progenitores.

guno la costumbre de morir, y por ello ves que dura universalmente, desde los orígenes del mundo hasta hoy.

MUERTE.—¡Gran milagro, que tú no hayas hecho lo que no podías!

MODA.—¿Cómo, no podía? Tú demuestras ignorar el poder de la Moda.

MUERTE.—Bien, bien. Estaremos a tiempo de discutirlo cuando comience la ocurrencia de no morir. Pero ahora querría que, como buena hermana, me ayudases a obtener lo contrario más fácilmente y más deprisa de lo conseguido hasta ahora.

MODA.— Ya te he contado algunas de mis obras con las que logras mucho beneficio. Pero ellas son naderías en comparación con lo que te voy a contar. Un poco cada vez, y sobre todo en los últimos tiempos, para favorecerte he difundido el desuso y el olvido de las fatigas y ejercicios que eran útiles para el bienestar corporal; introduciendo y valorizando innumerables hábitos que abaten el cuerpo de mil modos y que acortan la vida. Además he puesto en el mundo tales disposiciones y costumbres, que la vida misma, tanto respecto del cuerpo como del alma, está más muerta que viva; de tal modo que de este siglo se puede decir con verdad que es ciertamente el siglo de la muerte. Y mientras antiguamente no tenías más hacienda que fosas y cavernas, donde sembrabas osarios y polvaredas en la oscuridad, que son simientes que no arraigan; ahora tienes terrenos al sol; y gentes que se mueven y que corretean con sus pies; son cosas que aunque tú no hayas cosechado, se pueden considerar tuyas por derecho tan pronto como nacen. Es más, donde antiguamente solías ser odiada y vituperada, hoy, por obra mía, hemos conseguido incluso que quien tiene intelecto te aprecie y te alabe, y te prefiera a la vida, y te quiera tanto que siempre te invoque, y a ti dirija los ojos como a su mayor esperanza. Finalmente, veía que muchos proclamaban con orgullo querer hacerse inmortales, es decir, no morir del todo, pues

una buena parte de ellos no habrían caído bajo tus manos; y aun cuando supiese que estas eran habladurías, y que cuanto estos u otros viviesen en la memoria de los hombres, vivirían, como decir, de engaño, y no gozarían de su fama más de lo que padecerían la humedad de la sepultura; acordando que este negocio de los inmortales te escocía porque parecía que disminuyese tu honor y reputación, he suprimido la usanza de buscar la inmortalidad, e incluso la costumbre de otorgarla en caso de que alguno la mereciese. De modo que al presente, de cualquiera que muera, estate segura de que no quedará una brizna que no esté muerta, y le convenga ir de inmediato bajo tierra entero, como un pececito que sea tragado en un bocado con toda la cabeza y las espinas. Estas cosas, que no son pocas ni pequeñas, han sido hechas hasta ahora por amor hacia ti, queriendo acrecentar tu poder en la Tierra, como así ha sido. Y con este propósito estoy dispuesta a hacer cada día lo mismo y más; con tal intención te estuve buscando; y me parece conveniente que nosotras en el fututo no nos apartemos la una del lado de la otra, pues estando siempre en compañía podremos consultarnos según los casos, y tomar mejores decisiones y ejecutarlas mejor juntas que por separado.

Muerte.—Dices verdad, y así quiero que hagamos.

# Propuesta de premios hecha por la Academia de xilógrafos

La Academia de xilógrafos, atendiendo constantemente a su primordial finalidad, y procurando con todas sus energías la utilidad común, y estimando lo más conforme a este propósito la ayuda y el estímulo a los modos de obrar y a las vocaciones «del afortunado siglo en que estamos», como dice un poeta ilustre, ha decidido considerar diligentemente las cualidades y la índole de nuestro tiempo, y tras largo y maduro examen ha resuelto poder llamarlo la edad de las máquinas, no solo porque los hombres de hoy día proceden y viven quizá más mecánicamente que todos los pasados, sino también por deferencia al grandísimo número de máquinas inventadas recientemente y asentadas o que se van cada día inventando y estableciendo en tantas y tan varias labores; que ahora ya se puede decir que no son los hombres sino las máquinas las que tratan las cosas humanas y hacen las obras de la vida. De lo que dicha Academia se place sumamente, no tanto por la manifiesta comodidad que resulta cuanto por dos consideraciones que ella juzga ser importantísimas, aun cuando inadvertidas comúnmente. Una consiste en confiar que, con el correr del tiempo, las funciones y usos de la máquina lleguen a comprender, además de las cosas materiales, también las espirituales; de modo que por virtud de las máquinas estemos ya libres y seguros de los perjuicios de los rayos y del granizo, y de muchos males y horrores semejantes; y así, poco a poco, co-

miencen a descubrirse, por ejemplo (y repárese en la gracia, en la novedad de los nombres), alguna paraenvidia, paracalumnias o paraperfidias o paraengaños, algún hilo de salud u otro aparato que nos salve del egoísmo, del predominio de la mediocridad, de la próspera fortuna de los insensatos, de los bribones y de los viles, del universal abandono y miseria de los sabios, los virtuosos y los magnánimos, y demás hechos incómodos, los cuales hoy son más inevitables que los efectos de los rayos y del granizo. La otra causa, y principal, consiste en que la mayor parte de los filósofos desconfían de la posibilidad de que alguna vez se curen los defectos del género humano, los cuales, como se sabe, son bastante superiores y en mayor número que las virtudes; teniéndose por seguro que sea más factible extirparlos del todo en una nueva generación, o reemplazarlos, que remediarlos. Por todo ello, la Academia de xilógrafos considera de gran utilidad que los hombres se liberen todo lo posible de las ocupaciones de la vida y que, poco a poco, permitan que las máquinas ocupen su lugar; y está decidida a contribuir con todo su poder al progreso de este nuevo orden de cosas, proponiendo actualmente tres galardones a quienes hallen las tres máquinas infrascritas.

El objetivo de la primera será hacer las funciones y el papel de un amigo que no culpe ni censure al amigo ausente ni deje de apoyarlo cuando oiga reprobarlo o escarnecerlo; ni anteponga la fama de ingenioso y mordaz, ni la obtención de la risa de los hombres al compromiso de la amistad; ni divulgue, para tener materia de charla o para jactarse o por otro propósito el secreto confiado; ni se sirva de la familiaridad y de la franqueza del amigo para suplirlo y dominarlo más fácilmente; ni envidie su preeminencia; tenga cuidado de su bien y obvie o repare sus daños, y sea solícito, no solamente de palabra, con sus peticiones y necesidades. Además de otras cosas, al componer este autómata se tendrán en cuenta los tratados de Cicerón y de la marquesa de Lambert sobre la amistad. La Academia piensa que la invención de una máquina con las cualidades descritas no debe ser juzgada ni imposible ni tampoco excesivamente difícil, dado

que, dejando a un lado los autómatas del Regiomontano, de Vaucanson y otros semejantes, y aquel que en Londres dibujaba figuras y retratos, y escribía cuanto le era dictado por cualquier persona, más de una máquina se ha visto que jugaba al ajedrez por sí misma. Y, a juicio de muchos sabios, la vida humana es un juego, y hay quien afirma que es más sencilla, puesto que, en comparación, el ajedrez es más acorde a la razón, y sus casos más prudentemente ordenados de lo que están los de la vida. La cual, además de esto, según lo dicho por Píndaro, no siendo cosa de mayor sustancia que el sueño de una sombra, bien debe ser capaz de realizarla la vigilia de un autómata. En cuanto al habla, parece que no pueda ponerse en duda que los hombres tengan facultad de concederla a la máquina que ellos crean, conociéndose varios ejemplos, y en particular por lo que se lee de la estatua de Memnón y de la cabeza fabricada por Alberto Magno, la cual era tan locuaz que por ello santo Tomás de Aquino, lleno de odio, la rompió. Y si el papagayo de Nevers[1], a pesar de ser un animalito, sabía responder y charlar con conciencia, cómo no podría cumplir estas mismas acciones una máquina imaginada por la mente del hombre y construida con sus manos; la cual ya no debe ser tan lenguaraz como el papagayo de Nevers y otros similares que se ven y oyen todos los días, ni como la cabeza hecha por Alberto Magno, que molesta al amigo hasta el punto de inducirlo a romperla. El inventor de esta máquina recibirá como premio una medalla de oro de cuatrocientos cequines de peso, y en un perfil llevará grabadas las imágenes de Pilades y de Orestes, y en el otro el nombre del premiado, con el título *Primo verificador de las fábulas antiguas*.

La segunda máquina debe ser un hombre artificial a vapor, apto y preparado para hacer obras virtuosas y magnánimas. La Academia reputa que el vapor, pues otro medio no parece que se encuentre, debe ser provechoso para avivar un semoviente y

---

[1] Véase el *Vert-Vert* de Gresset.

encaminarlo al ejercicio de la virtud y de la gloria. Aquel que intente hacer esta máquina, repare en los poemas y novelas a partir los cuales se deberá gobernar, y en lo tocante a las cualidades y las operaciones que se exigen a este autómata. El premio será una medalla de oro de cuatrocientos cincuenta cequines de peso; en el anverso se cincelará cualquier pintura significativa de la edad de oro y en el reverso el nombre del inventor de la máquina con este título tomado de la cuarta égloga de Virgilio, *Quo ferrea primun desinet ac toto surget gens aurea mundo*.

La tercera máquina debe estar dispuesta a hacer las funciones de una mujer conforme a la imaginada, en parte por el conde Baltasar Castiglione, el cual describió su hechura en el libro *El Cortesano;* en parte por otros, que la representaron en varios escritos, que sin esfuerzo se encontrarán y que se podrán consultar o adaptar, como con el libro del conde. Ni siquiera la invención de esta máquina deberá parecer imposible a los hombres de nuestro tiempo, puesto que Pigmalión, en tiempos antiquísimos y ajenos a las ciencias, pudo fabricarse una esposa con las propias manos, la cual se juzga como la mejor mujer que haya habido hasta el presente. Se le asigna al autor de esta máquina una medalla de oro con peso de quinientos cequines, en la cual será representada el fénix árabe de Metastasio posada sobre una planta de especie europea, y en la otra cara estará escrito el nombre del premiado con el título *Inventor de las mujeres fieles y de la felicidad conyugal*.

La Academia ha decretado que los gastos que se necesiten para estos premios se sufraguen con cuanto fue encontrado en la bolsa de Diógenes, que fue secretario de esta Academia, o con uno de los tres asnos de oro que pertenecieron a tres académicos xilógrafos, es decir, a Apuleyo, a Firenzuola y a Maquiavelo, bártulos que obtuvieron los xilógrafos por testamento de los susodichos, como se lee en la historia de la Academia.

# Diálogo entre un duende y un gnomo

Duende.—¡Oh! ¿Estás aquí, hijo de Sabazio? ¿Dónde vas?

Gnomo.—Mi padre me ha enviado para saber qué diantre andan maquinando esos canallas de los hombres porque siente un gran recelo debido a que desde hace un tiempo no dan fastidio alguno, y ninguno se ve en todo su reino. Teme que estén tramando alguna cosa en nuestra contra, a no ser que haya regresado la costumbre de vender y comprar con ovejas, en lugar de en oro y plata; o que los pueblos civilizados se contenten con billetes en lugar de monedas, como han hecho más veces, o con abalorios de cristal como hacen los bárbaros, o que se hayan revalorizado las leyes de Licurgo, que le parece lo menos probable.

Duende.—Vosotros los esperáis en vano: están todos muertos, decía el final de una tragedia donde morían todos los personajes.

Gnomo.—¿Qué quieres concluir?

Duende.—Quiero indicar que los hombres están todos muertos, y la raza se ha perdido.

Gnomo.—¡Oh! Esto es asunto de periódicos. Pero ni incluso ellos se hacen eco de la noticia

Duende.—Estúpido, ¿no crees que, muertos los hombres, no se imprimirán más diarios?

Gnomo.—Estás en lo cierto. ¿Ahora cómo haremos para saber las nuevas del mundo?

DUENDE.—¿Qué nuevas? ¿Que el Sol se ha alzado o puesto, que hace calor o frío, que aquí o allí ha llovido o nevado o ha soplado el viento? Porque, ausentes los hombres, la fortuna se ha quitado la venda, se ha puesto las lentes y ha colgado la rueda de la pared, y está con los brazos cruzados, sentada, mirando las cosas del mundo sin meter más las manos en ellas; no se encuentran más reinos ni imperios que se hinchen y exploten como burbujas porque se han esfumado todos; no se hacen guerras, y los años se asemejan todos unos a otros como un huevo a otro huevo.

GNOMO.—Tampoco podrá saberse a qué día estamos porque no se imprimirán más almanaques.

DUENDE.—No será un gran mal; además la Luna, por ello, no equivocará su camino.

GNOMO.—Y los días de la semana ya no tendrán nombre.

DUENDE.—¿Acaso tienes miedo de que si no los llamas por su nombre, no vengan? ¿O quizá crees que, una vez pasados, puedas hacerlos volver si los llamas?

GNOMO.—Y no se podrá saber el número de los años.

DUENDE.—Así pasaremos por jóvenes aun después del tiempo; y no sabiendo la edad pasada nos afligiremos menos; y cuando seamos viejísimos no estaremos esperando la muerte día tras día.

GNOMO.—¿Pero cómo han podido desvanecerse esos granujas?

DUENDE.—En parte guerreando entre ellos, en parte navegando, en parte comiéndose unos a otros, en parte matándose y no pocos de propia mano, en parte marchitándose con el ocio, en parte devanándose el cerebro con los libros, en parte festejando, y excediéndose en mil cosas; en fin, estudiando todas las maneras de arruinar la propia naturaleza y de acabar mal.

GNOMO.—De todos modos, soy incapaz de entender cómo toda una especie animal se pueda perder por completo, como tú dices.

DUENDE.—Tú, que eres maestro en geología, deberías saber que el caso no es nuevo, y que varias clases de animales que

existían antiguamente hoy no se encuentran, salvo algunos osarios fosilizados. Y cierto que esas pobres criaturas no adoptaron ninguna de las muchas destrezas que, como anteriormente indicaba, han usado los hombres para ir a la perdición.

Gnomo.—Sea como tú dices. Bien querría que resucitara uno o dos de aquella chusma y saber lo que pensarían viendo que las demás cosas, aunque haya desaparecido el género humano, todavía duran y continúan como antes, cuando ellos creían que todo el mundo había sido hecho y conservado para ellos solos.

Duende.—Y no querrían oír que el mundo está hecho y conservado para los duendes.

Gnomo.—Ciertamente enloqueces, si hablas en serio.

Duende.—¿Por qué? Digo la verdad, en serio.

Gnomo.—Anda, bufón, vete. ¿Quién no sabe que el mundo está hecho para los gnomos?

Duende.—¿Para los gnomos, que siempre están bajo tierra? ¡Oh! Es lo más gracioso que he oído. ¿De qué utilidad es para los gnomos el Sol, la Luna, el mar, los campos?

Gnomo.—¿De qué utilidad es para los duendes las minas de oro y de plata, y todo el cuerpo de la Tierra, excepto su primera piel?

Duende.—Está bien, útil o inútil, olvidemos esta discusión; tengo por seguro que incluso las lagartijas y los mosquitos creen que el mundo entero está hecho a propósito para uso de su especie. Por ello, cada uno guarde su parecer, que nadie se lo sacará de la cabeza: por mi parte digo solo esto, que si no hubiera nacido duende, me desesperaría.

Gnomo.—Lo mismo me sucedería a mí, si no hubiese nacido gnomo. De buena gana me gustaría saber qué dirían ahora los hombres sobre su presunción, por culpa de la cual, además de las cosas que les hacían a unos y otros, descendían bajo tierra mil brazos y nos arrebataban nuestras cosas a la fuerza, diciendo que pertenecían al género humano, y que la

naturaleza las había escondido y sepultado allá abajo, como si de un juego se tratase, para comprobar si las encontraban y eran capaces de extraerlas.

DUENDE.—Era asombroso, cuando no solo se persuadían de que las cosas del mundo no tenían otro objeto que el de estar a su servicio, incluso hacían la consideración de que todas juntas, frente al género humano, eran una nimiedad. Sin embargo, a sus propias vicisitudes las llamaban revoluciones del mundo, y las historias de sus gentes, historias del mundo. Aunque se pudieran contar, dentro de los confines de la Tierra, sin ni siquiera considerar todas las criaturas, quizá tantas especies de animales como cabezas de hombres vivos. Y pese a todo, tales animales, que habrían sido creados expresamente para su uso, no advertían nunca que el mundo se movía.

GNOMO.—¿También los mosquitos y las pulgas fueron creados para beneficio de los hombres?

DUENDE.—Sí, así es; para adiestrarlos en la paciencia, como ellos decían.

GNOMO.—En verdad que les faltaría ocasión de adiestrar la paciencia, si no fuese por las pulgas.

DUENDE.—Además los puercos, según Crisipo[1], eran piezas de carne dispuestas intencionadamente por la naturaleza para las cocinas y las despensas de los hombres y, para que no se pudriesen, sazonados con las almas en lugar de sal.

GNOMO.—Sin embargo, creo que si Crisipo hubiese tenido en el cerebro un poco de sal en lugar del alma, no habría imaginado un despropósito similar.

DUENDE.—Y no deja de ser cómico que infinitas especies de animales no hayan sido nunca vistas ni conocidas por los hombres, sus amos; o porque tales especies viven en lugares

---

[1] «En verdad Crisipo llega a decir que el alma se le dio a él para que le sirviera de sal y lo preservara de la putrefacción», Cicerón, de *Nat. Deor.* lib. 2, cap. 64.

donde los hombres no han puesto pie, o por ser tan menudas que ellos no han sido capaces de descubrirlas. Y de otras muchísimas especies no las advirtieron sino en los últimos tiempos. Y lo mismo se puede decir acerca del género vegetal y de otros mil más. Igualmente, de cuando en cuando, gracias a sus telescopios, se percataban de alguna estrella o planeta, que hasta entonces, por miles y miles de años, no habían sabido que estuviese en el mundo; y enseguida lo registraban entre sus enseres, porque se imaginaban que las estrellas y los planetas eran, cómo decir, pábilos de velas plantados allá arriba en lo alto, con el objeto de dar luz a sus señorías, que por la noche atendían importantes asuntos.

Gnomo.—Entonces, en verano, cuando veían caer pequeñas llamas que ciertas noches descienden por el aire, habrán dicho que algún espíritu andaba atizando las estrellas en servicio de los hombres.

Duende.—Pero ahora que han desaparecido todos, la Tierra no siente que le falte nada, y los ríos no se cansan de discurrir, y el mar, aunque ya no sirva ni para la navegación ni para la comunicación, no se observa que se seque.

Gnomo.—Y estrellas y planetas no cesan de nacer y de declinar, y no han guardado luto.

Duende.—Y el Sol no se ha envuelto en herrumbre, como sucedió, según Virgilio, a la muerte de César, de la cual yo creo que el Sol padeció tanta angustia como la estatua de Pompeyo.

## Diálogo entre Malambruno y Farfarello

Malambruno.—¡Espíritus del abismo, Farfarello, Ciriato, Baconero, Astaroth, Aliquino y comoquiera que seáis llamados, yo os conjuro en nombre de Belcebú, y os ordeno por la virtud del arte mío, que puede desvencijar la Luna e inmovilizar al Sol en medio del cielo, venga uno de vosotros con libre permiso de vuestro príncipe y plena potestad para usar todas las fuerzas del infierno en mi servicio!

Farfarello.—Heme aquí.

Malambruno.—¿Quién eres?

Farfarello.—Farfarello, a tus órdenes.

Malambruno.—¿Traes el mandato de Belcebú?

Farfarello.—Sí, lo traigo; y puedo hacer en tu servicio todo lo que podría el propio Rey, y más de lo que podrían hacer todas las demás criaturas juntas.

Malambruno.—Está bien. Tú has de satisfacerme un deseo.

Farfarello.—Serás complacido. ¿Qué deseas? ¿Nobleza mayor que la de los Átridas?

Malambruno.—No.

Farfarello.—¿Mayores riquezas de las que se encontrarán en la ciudad de Manoa[1] cuando sea descubierta?

Malambruno.—No.

---

[1] Ciudad fabulosa llamada también *El Dorado*, la cual buscaron los españoles y creyeron que se encontraba en América del Sur entre el río Orinoco y el Amazonas. Véase los geógrafos.

FARFARELLO.—¿Un gran imperio como el que dicen Carlos V soñó una noche?

MALAMBRUNO.—No.

FARFARELLO.—¿Someter a tus apetencias a una mujer con mayor pudor que Penélope?

MALAMBRUNO.—No. ¿Te parece que para eso sería necesario un diablo?

FARFARELLO.—¿Honores y buena fortuna, ribaldo como eres?

MALAMBRUNO.—Más bien me haría falta el diablo, si quisiera lo contrario.

FARFARELLO.—En fin, ¿qué me ordenas?

MALAMBRUNO.—Hazme feliz por un instante.

FARFARELLO.—No puedo.

MALAMBRUNO.—¿Cómo no puedes?

FARFARELLO.—Te juro en conciencia que no puedo.

MALAMBRUNO.—En conciencia de demonio de bien.

FARFARELLO.—Sí, cierto. Ten en cuenta que como hay hombres también hay diablos de bien.

MALAMBRUNO.—Pues tú ten en cuenta que yo te cuelgo aquí mismo por la cola en una de estas vigas si no me obedeces rápidamente y sin más preámbulos.

FARFARELLO.—Aunque me mates, no podré contentarte en lo que me pides.

MALAMBRUNO.—Entonces regresa con el mal año, y venga Belcebú en persona.

FARFARELLO.—Aunque viniera Belcebú con toda la Giudecca y todos los Fosos, no podría hacerte feliz ni a ti ni a otros de tu especie más de lo que puediera hacerlo yo.

MALAMBRUNO.—¿Ni siquiera por un solo instante?

FARFARELLO.—Es tan posible por un instante, es más, por la mitad de un instante o por la milésima parte de un instante, como por toda la vida.

MALAMBRUNO.—Pero, no pudiendo hacerme feliz en manera alguna, ¿al menos tienes suficiente espíritu para liberarme de la infelicidad?

Farfarello.—Si tú puedes conseguir no amarte supremamente.

Malambruno.—Eso lo podré después de muerto.

Farfarello.—Pues en vida no lo puede ningún animal, porque vuestra naturaleza os permitiría cualquier otra cosa antes que esta.

Malambruno.—Así es.

Farfarello.—Entonces, por amarte necesariamente con el mayor amor del que eres capaz, necesariamente deseas todo lo posible la felicidad propia; y no pudiendo nunca ser satisfecho de este deseo tuyo, que es sumo, resulta que no puedes huir por ningún medio de no ser infeliz.

Malambruno.—Ni siquiera en los momentos en que yo sienta algún placer, pues ningún placer me hará sentir ni feliz ni satisfecho.

Farfarello.—Ninguno, ciertamente.

Malambruno.—Es más, no igualando el natural deseo de felicidad que fijo mantengo en el alma, no será verdadero placer; y aun a pesar del tiempo que este dure, yo no cesaré de ser infeliz.

Farfarello.—No cesarás, pues en los hombres y en los otros seres vivientes la privación de la felicidad, aunque sin dolor ni desventura alguna e incluso en la duración de aquellos que vosotros llamáis placeres, comporta manifiesta infelicidad.

Malambruno.—Tanto que, desde el nacimiento hasta la muerte, nuestra infelicidad no puede cesar por espacio, ni siquiera, de un solo instante.

Farfarello.—Sí, cesa siempre que durmáis sin sueños o que padezcáis un desmayo u otra cosa que os interrumpa el uso de los sentidos.

Malambruno.—Sin embargo, nunca mientras sintamos nuestra propia vida.

Farfarello.—No, nunca.

Malambruno.—De modo que, hablando claramente, el no vivir es siempre mejor que vivir.

FARFARELLO.—Si la privación de la infelicidad es simplemente mejor que la infelicidad.

MALAMBRUNO.—¿Entonces?

FARFARELLO.—Entonces, si decides darme el alma antes de tiempo, yo estoy aquí preparado para llevármela.

# Diálogo de la Naturaleza y un alma

Naturaleza.—Ve, predilecta hija mía, que de tal modo serás considerada y llamada por la larga serie de los siglos. Vive y sé grande e infeliz.

Alma.—¿Qué mal he yo cometido antes de vivir para que tú me condenes a esta pena?

Naturaleza.—¿Qué pena, hija mía?

Alma.—¿No me prescribes el ser infeliz?

Naturaleza.—Pero solo en cuanto que yo quiero que seas grande, y no se puede esto sin aquello. Además, tú estás destinada a vivificar un cuerpo humano; y todos los hombres, por necesidad, nacen y viven infelices.

Alma.—Pero sería razonable que tú proveyeses el modo en el que ellos fueran felices por necesidad o, no pudiendo hacer esto, te convendría abstenerte de ponerlos en el mundo.

Naturaleza.—Ni una ni otra cosa está en mi poder, pues estoy sometida al destino; el cual, cualquiera que sea la causa, ordena de tal modo que ni tú ni yo lo podemos entender. Ahora bien, como tú has sido creada y dispuesta a conformar una persona humana, cualquier fuerza, mía o de otros, no está en grado de librarte de la infelicidad común a los hombres. Además de esta, te hará falta sostener una infelicidad propia, y bastante mayor, por la excelencia con la cual yo te he provisto.

Alma.—Yo, comenzando a vivir en este momento, todavía nada he aprendido; y de ello debe depender que no te entienda.

Pero dime, ¿excelencia e infelicidad extraordinaria son sustancialmente la misma cosa?, o, si son dos cosas, ¿no podrías separar la una de la otra?

NATURALEZA.—En las almas de los hombres, y proporcionalmente en todos los géneros de animales, se puede decir que una y otra cosa son casi lo mismo; porque la excelencia de las almas ocasiona una mayor intensidad de la vida, lo cual conlleva un mayor sentimiento de la propia infelicidad. Igualmente, la mayor vida de los animales incluye mayor eficiencia de amor propio, dondequiera que se dirija o bajo cualquier aspecto que se manifieste: la mayor cantidad de amor propio conlleva mayor deseo de felicidad, y por eso mayor descontento y pesadumbre al ser privados de ella, y mayor dolor ante las adversidades que sobrevienen. Todo esto está contenido en el orden primigenio y perpetuo de las cosas creadas, el cual yo no puedo alterar. Además de esto, la delicadeza de tu propio intelecto y la vivacidad de la imaginación te excluirán de una grandísima parte del dominio de ti misma. Los animales usan fácilmente todas sus facultades y su fuerza para los fines que ellos se proponen. Pero los hombres en contadas ocasiones hacen todo lo que pueden; impedidos ordinariamente por la razón y la imaginación, las cuales crean mil dudas al deliberar, y mil reservas al actuar. Los menos aptos o menos acostumbrados a reflexionar y examinarse a sí mismos son los más diligentes en resolver, y los más eficaces en el obrar. Mas tus semejantes, envueltas continuamente en sí mismas, y como superadas por la grandeza de sus propias facultades, y por lo tanto impotentes ante sí mismas, yacen la mayor parte del tiempo en la incertidumbre, tanto deliberando como actuando, lo cual es una de las mayores miserias que afligen a la vida humana. Añade que, mientras por la excelencia de tus disposiciones naturales superarás fácilmente y en poco tiempo a casi todas las otras de tu tiempo en conocimientos más graves, e incluso en las más complejas disciplinas, no obstante te resultará

siempre o imposible o sumamente penoso aprender o poner en práctica muchísimas cosas mínimas, pero muy necesarias para convivir con los otros hombres; y estas cosas se las verás ejercitar perfectamente y aprender sin fatiga de mil ingenios, no solo a hombres inferiores a ti, además, más despreciables en todos los aspectos. Estas y otras infinitas dificultades y miserias ocupan y circundan las grandes almas. Pero ellas son recompensadas abundantemente por la fama, por las alabanzas y por los honores que rinden a estos egregios espíritus su grandeza, y por la duración de la memoria que dejan de sí a la posteridad.

Alma.—Pero estas alabanzas y estos honores de los que tú me hablas, ¿los recibiré yo del cielo, de ti o de quién?

Naturaleza.—De los hombres, porque, aparte de ellos, nadie los puede dar.

Alma.—Ahora bien, yo pensaba que no sabiendo hacer aquello que es sumamente necesario, como tú dices, para el comercio con los otros hombres y que incluso resulta sencillo hasta a los más pobres ingenios, quizá yo sea vilipendiada y evitada más que loada por esos mismos hombres; o quizá deba vivir ignorada por casi todos ellos, como inepta para el consorcio humano.

Naturaleza.—A mí no me es dado prever el futuro ni, por lo tanto, predecirte infaliblemente lo que los hombres harán y pensarán sobre ti mientras estés sobre la Tierra. Si bien es cierto que de la experiencia del pasado yo concluyo que lo más verosímil es que ellos te persigan con envidia; la cual es otra calamidad que acostumbra ir al encuentro a las almas excelsas; o bien te oprimirán con el desprecio y la indiferencia. Además, la misma fortuna, e igualmente el caso, suelen ser enemigos de tus símiles. Pero, inmediatamente después de la muerte, como aconteció a uno llamado Camoens, o como mucho de allí a algunos años, como ocurrió a otro llamado Milton, tú serás alabada y alzada al cielo, no diré que por todos pero sí al menos del pequeño número de los

hombres de buen juicio. Y quizás las cenizas de la persona en la que tú habrás demorado reposarán en magnífica sepultura; y tu semblante, imitado de diversos modos, estará por las manos de los hombres; las vicisitudes de tu vida serán descritas por muchos y mantenidas por otros en la memoria con gran estudio; y al final todo el mundo civilizado estará lleno de tu nombre. A menos que, por la maldad de la fortuna o por la sobreabundancia misma de tus facultades, no te sea perpetuamente impedido mostrar a los hombres algún adecuado signo de tu valía; de lo cual no han faltado ciertamente muchos ejemplos, advertidos a mí sola y al hado.

ALMA.—Madre mía, no obstante de estar todavía de otros conocimientos, siento, sin embargo, que el mayor, es más, el solo deseo que tú me has dado es el de la felicidad. Y aunque sea capaz de aquel de la gloria, si bien es cierto que no sé si para bien o para mal, pues yo no puedo desear de otra manera, es solamente como felicidad, o como útil para adquirirla. Ahora bien, según tus palabras, la excelencia con la cual me has dotado bien podrá ser o necesaria o de provecho para la obtención de la gloria, sin embargo, no me conduce a la felicidad, es más, me arrastra violentamente a la infelicidad. Ni siquiera la misma gloria es creíble que me sobrevenga antes de la muerte, llegada la cual, ¿qué utilidad o qué gozo me podrá alcanzar de los mayores bienes del mundo? Y por último, puede fácilmente suceder como tú dices, que esta modesta gloria, precio de tanta infelicidad, no me venga concedida de manera alguna, ni siquiera tras la muerte. De modo que de tus propias palabras concluyo que tú, en lugar de amarme singularmente, como afirmabas al principio, sientes más bien una ira y una animosidad mayor de la que me tendrán los hombres y la fortuna mientras esté en el mundo, pues no has dudado en hacerme tal calamitoso don como es esta excelencia que tú me ensalzas. La cual será uno de los principales obstáculos que me impedirá alcanzar mi único propósito, es decir, la felicidad.

Naturaleza.—Hija mía, todas las almas de los hombres, como te decía, están destinadas a ser presas de la infelicidad, sin que yo tenga la culpa. Pero en la universal miseria de la condición humana, y en la infinita vanidad de cada uno, sé sus gozos y prerrogativas, la gloria es juzgada por la mayor parte de los hombres el más preciado bien concedido a los mortales, y el más digno objeto al que ellos pueden dirigir sus cuidados y sus acciones. De donde, no por odio, sino por verdadera y especial benevolencia con la que te consideraba, resolví prestarte para la consecución de este fin todas las ayudas que estaban en mi poder.

Alma.—Dime, de los animales que mencionabas, ¿está por ventura alguno previsto de menor vitalidad y sentimiento que los hombres?

Naturaleza.—Comenzando por aquellos que son como plantas, todos son en esto, los unos más, los otros menos, inferiores al hombre, el cual tiene mayor abundancia de vida y mayor sentimiento que ningún otro animal, por ser de todos los vivientes el más perfecto.

Alma.—Entonces alójame, si me amas, en el más imperfecto; o si no puedes esto, despojada de las funestas dotes que me ennoblecen, hazme conforme al más estúpido e insensato espíritu humano que jamás hayas producido nunca.

Naturaleza.—De esta última cosa yo puedo complacerte y estoy dispuesta a hacerlo, pues tú rechazas la inmortalidad, hacia la cual yo te había encaminado.

Alma.—Y en lugar de la inmortalidad, te ruego que apresures la muerte lo antes que puedas.

Naturaleza.—De esto consultaré con el destino.

# Diálogo de la Tierra y la Luna

Tierra.—Querida Luna, sé que puedes hablar y responder por ser una persona, según he oído muchas veces decir a los poetas. Además, nuestros niños dicen que en verdad tienes boca, nariz, ojos, como ellos; y que los ven con sus propios ojos, que en esa edad razonablemente deben ser agudísimos. En cuanto a mí, no dudo que sepas que soy, ni más ni menos, que una persona; tanto que, cuando era más joven, tuve muchos hijos, así que no te maravilles por sentirme hablar. Entonces, Luna, hermosa mía, con todo lo cercana que he estado a ti durante tantos siglos, que no recuerdo el número, no te he dicho nunca una palabra hasta ahora porque los quehaceres me han tenido ocupada de tal modo que no me sobraba tiempo para charlar. Pero hoy, que mis ocupaciones han disminuido a poca cosa, que incluso puedo decir que van por sí solas, no sé qué hacer y exploto de aburrimiento: por eso quiero, en lo venidero, fabular contigo a menudo y ocuparme de tus cosas, siempre que no te cause ninguna molestia.

Luna.—No lo dudes, la fortuna me salve de cualquier otro fastidio; estoy segura de que tú no me darás fastidio alguno. Si quieres fabular conmigo, fabulemos si te place, que, aunque amiga del silencio como creo que sabes, yo te escucharé y te responderé, para servirte.

Tierra.—¿Oyes ese sonido placenterísimo que hacen los cuerpos celestes con sus movimientos?

LUNA.—A decir verdad, yo no oigo nada.

TIERRA.—Tampoco yo oigo nada, salvo el estrépito del viento que va de mis polos al Ecuador y del Ecuador a los polos, y no muestra saber nada de música. Pero Pitágoras dice que las esferas celestes hacen cierto sonido tan dulce que es una maravilla, y en el que tú tienes tu parte y eres la octava cuerda de esta lira universal, pero yo estoy ensordecida por el sonido mismo, y no puedo oírlo.

LUNA.—También yo sin duda estoy ensordecida y, como he dicho, no lo oigo; y no sabía que fuera una cuerda.

TIERRA.—Pues mudemos propósito. Dime, ¿estás realmente poblada, como afirman y juran mil filósofos antiguos y modernos desde Orfeo a De la Lande? Pues yo, por más que me esfuerce en alargar estos cuernos míos, que los hombres llaman montes y picos, con la cima de los cuales te vengo observando, como los caracoles, no llego a descubrir ningún habitante: si bien he oído que un tal David Fabricio, que veía mejor que Linceo, una vez descubrió algunos que extendían la colada al Sol.

LUNA.—De tus cuernos no sé qué decir, pero el hecho es que estoy habitada.

TIERRA.—¿De qué color son estos hombres?

LUNA.—¿Qué hombres?

TIERRA.—Aquellos que tú contienes. ¿No dices estar habitada?

LUNA.—Sí, ¿y qué?

TIERRA.—Y por ello no serán desde luego solo bestias todos tus habitantes.

LUNA.—Ni bestias ni hombres; que yo no sé qué clase de criatura sean ni unos ni otras. Y, a propósito, creo que de las varias cosas que me has venido señalando de los hombres yo no he comprendido un comino.

TIERRA.—¿Pero qué clase de pueblos son estos?

LUNA.—Muchísimos y diversísimos, que tú no conoces, como yo no conozco los tuyos.

TIERRA.—Esto me resulta tan extraño de modo que, si yo no lo escuchase de ti misma, no lo creería por ninguna cosa del

mundo. ¿No has sido nunca conquistada por ninguno de los tuyos?

Luna.—No, que yo sepa. ¿Y cómo? ¿Y por qué?

Tierra.—Por ambición, por codicia, con las artes políticas, con las armas.

Luna.—Yo no sé qué quieren decir armas, ambiciones, artes políticas, en fin, nada de lo que dices.

Tierra.—Pero si no conoces las armas, seguro que conoces bien la guerra; porque hace poco un físico de aquí abajo, con ciertos anteojos, que son instrumentos hechos para ver desde muy lejos, ha descubierto ahí una gran fortaleza, con sus derechos bastiones, que es un signo de que tus gentes se sirven, cuando menos, de los asedios y de las batallas murales.

Luna.—Perdona, señora Tierra, si te respondo un poco más libremente de lo que quizá convendría a una súbdita tuya o una sirvienta, como yo soy. Pero, la verdad, me pareces más que fatua si piensas que todas las cosas de cualquier parte del mundo son conformes a las tuyas; como si la naturaleza no hubiese tenido otra intención que la de copiarte puntualmente por todas partes. Yo digo que estoy habitada y tú de esto concluyes que mis habitantes deben ser hombres. Te hago notar que no lo son; y tú, consintiendo que sean otras criaturas, no dudas de que tengan las mismas cualidades y los mismos lances que los de tus pueblos, y alegas los anteojos de no sé qué físico. Pero estos anteojos no ven mejor en otras cosas; yo creeré que tienen la buena vista de tus niños: que descubren en mí los ojos, la boca, la nariz, que yo no sé dónde los tengo.

Tierra.—Entonces tampoco será cierto que tus provincias estén provistas de caminos largos y limpios, y que tú estés cultivada, cosas que desde Alemania, utilizando unos anteojos, se ven claramente[1].

---

[1] Véase en las revistas alemanas del mes de marzo de 1824 los descubrimientos atribuidos al señor Gruithuisen.

LUNA.—Si yo estoy cultivada, no me lo noto y mis caminos yo no los veo.

TIERRA.—Querida Luna, tú tienes que saber que yo soy de gruesa pasta y de cerebro necio, y no es sorprendente que los hombres me engañen fácilmente. Pero te digo que si los tuyos no se preocupan de conquistarte, sin embargo, no estás libre de peligro porque en diferentes tiempos muchas personas de aquí abajo tuvieron en mente conquistarte, y con este objetivo hicieron muchos preparativos; pero, a pesar de que se subieron a lugares altísimos, y se elevaron sobre la punta de los pies, y extendieron los brazos, no te pudieron tocar. Además de esto, desde hace no pocos años, veo espiar minuciosamente cualquiera de tus parajes, recabar los mapas de tus territorios, medir la altura de esos montes, de los cuales sabemos hasta los nombres. Estas cosas, por la benevolencia que siento por ti, me ha parecido bien advertírtelas, a fin de que no dejes de protegerte de cualquier eventualidad. En este punto, vayamos a otro. ¿Eres incordiada por los perros que te ladran? ¿Qué piensas de aquellos que te muestran a los demás dentro de un pozo? ¿Eres tú hembra o macho?, pues antiguamente hubo varias opiniones[2]. ¿Es cierto o no que los arcadios estuvieron en el mundo antes que tú?[3] ¿Que tus mujeres, o del modo en que yo deba llamarlas, son ovíparas, y que uno de sus huevos cae aquí abajo de vez en cuando?[4] ¿Que tú estás horadada a modo de las cuentas del rosario, como cree un

---

[2] Véase Macrobio, *Saturnal.* lib. 3, cap. 8. Tertuliano, *Apologet.* cap. 15. La Luna también era honrada bajo nombre masculino, como dios Luno. Espariano, *Caracall.* cap. 6 y 7. Y también hoy en las lenguas teutónicas el nombre de la Luna es de género masculino.

[3] Menandro retórico, lib. 1, cap. 15, in *Rhetor, græc. veter.* A. Manut. vol. 1, pág. 604. Meursio, *ad Lycophron. Alexandr.* opp. ed. Lamii, vol. 5, col. 951.

[4] Ateneo, lib. 2, ed. Casaub. pág. 57.

físico moderno?[5] ¿Que estás hecha, como afirman algunos ingleses, de queso fresco?[6] ¿Que Mahoma un día, o quizás una noche, te partió por la mitad, como una sandía, y que un buen pedazo de tu cuerpo se deslizó dentro de su manga? ¿Cómo estás gustosamente en la cima de los minaretes? ¿Qué te parece la fiesta del Bairam?

Luna.—Continúa si quieres que, mientras sigas así, no tengo intención de responderte ni de faltar a mi acostumbrado silencio. Si tienes estima de entretenerte con tonterías y no encuentras otras materias que estas, en lugar de dirigirte a mí, que no te puedo entender, será mejor que te hagas fabricar por los hombres otro planeta para girarte alrededor, que sea compuesto y habitado a tu modo. No sabes hablar de otra cosa que no sea de hombres y de perros y de cosas símiles, de las cuales tengo tantas noticias como de aquel sol grande grande, alrededor del cual oigo que gira nuestro Sol.

Tierra.—Realmente, por más que yo intente, en el fabular, de abstenerme de tocar las propias cosas, no lo consigo. Pero de ahora en adelante tendré más cuidado. Dime, ¿eres tú quien se divierte atrayendo el agua del mar, y después dejándolo caer?

Luna.—Puede ser. Pero admitiendo que yo te cause este o cualquier otro efecto, yo no me percato de hacerlo, como igualmente, por lo que creo, no reparas en los muchos efectos que aquí causas que deben ser mayores que los míos, en tanto que me superas en grandeza y fuerza.

Tierra.—De estos efectos realmente yo no sé más que de tanto en tanto te quito la luz del Sol, como tú me la quitas a mí;

---

[5] Antonio de Ulloa. Véase Carli, *Lettere Americane*, par. 4, lett. 7, opp. Milano 1784, tom. 14, pág. 313 y siguientes, y las *Memor. enciclo-ped. dell'anno 1781, compilate dalla Società letterar.* di Bologna, págs. 6 y siguientes.

[6] *That the moon is made of green cheese.* Se dice en un proverbio sobre aquellos que experan cosas fantásticas.

como también que yo te doy gran luz en tus noches, cosa que en parte algunas veces veo[7]. Pero me olvidaba una cosa que importa más que cualquier otra. Querría saber si realmente, según escribe Ariosto, todo aquello que cada hombre va perdiendo, es decir, la juventud, la belleza, la salud, las fatigas y gastos que invierten en los estudios para ser honrados por los otros, para encaminar a los niños en las buenas costumbres, en el hacer o promover las instituciones útiles, todo sube y se reúne allí, de modo que se encuentran todas las cosas humanas excepto la locura, que no se aleja de los hombres. En caso de que esto sea cierto, yo me doy cuenta de que tú debes estar tan llena que no te sobra espacio; especialmente cuando, en los últimos tiempos, los hombres han perdido muchísimas cosas (por ejemplo, el amor patrio, la virtud, la magnanimidad, la rectitud), y no tan solo parte ni una u otra de ellas, como antaño, sino que todas y por completo. Y cierto que si ellas no se encuentran allí, no creo que se puedan encontrar en sitio alguno. Por eso querría que nosotros hiciésemos juntas un convenio por el cual tú me restituyeses ahora y después, poco a poco, todas estas cosas; además creo que tú misma tienes ganas de ser desescombrada, sobre todo del juicio, el cual entiendo que ocupa allí un grandísimo espacio, y yo te haré pagar por los hombres todos los años una buena suma de dinero.

LUNA.—Tú regresas a los hombres; y, aunque la locura, como afirmas, no se aleja de tus confines, quieres de todos modos hacerme enloquecer, y quitarme el juicio buscando el de ellos; el cual no sé dónde está ni si se va o permanece en algún lugar del mundo; sé bien que aquí no se encuentra, como tampoco se encuentran las otras cosas por las que tú consultas.

---

[7] Véase los astrónomos donde hablan de la luz, llamada opaca o cenicienta, que se ve en la parte oscura del disco lunar durante la luna nueva.

Tierra.—¿Al menos me sabrás decir si ahí son habituales los vicios, los crímenes, las desdichas, los dolores, la vejez… En conclusión, los males? ¿Entiendes estos nombres?

Luna.—¡Oh, estos sí que los entiendo! Y no solo los nombres, también las cosas designadas las conozco perfectamente porque estoy llena de ellas, en vez de aquellas otras que tú creías.

Tierra.—¿Qué prevalece en tus pueblos, las virtudes o los defectos?

Luna.—Los defectos.

Tierra.—¿De qué tienes mayor abundancia, de bienes o de males?

Luna.—De males, sin comparación.

Tierra.—¿Y, generalmente, tus habitantes son felices o infelices?

Luna.—Tan infelices que yo no me cambiaría por el más afortunado de ellos.

Tierra.—Lo mismo sucede aquí. De modo que me sorprende que, cómo siendo tan diferente en las otras cosas, en esta concordemos.

Luna.—También en la figura y en el girar, y en el estar iluminadas por el Sol concordamos; y no es más maravilloso aquello que esto, porque el mal es algo común a todos los planetas del universo, o al menos de este mundo solar, como la redondez y las otras condiciones que he dicho, ni más ni menos. Y si tú pudieses alzar tanto la voz que fueras escuchada por Urano y por Saturno, o por cualquier otro planeta de nuestro mundo, y les preguntases si en ellos tiene lugar la infelicidad o si los bienes prevalecen o ceden a los males, cada uno te responderá como yo he hecho. Digo esto por haberles preguntado las mismas cosas a Venus y a Mercurio, a los cuales de cuando en cuando me encuentro más cercana que tú; como también les he preguntado a algunos cometas que me han pasado cerca: y todos me han respondido como he dicho. Y pienso que el mismo Sol y cada estrella responderían otro tanto.

TIERRA.—A pesar de todo, yo espero el bien, y sobre todo hoy, los hombres me prometen para el advenir mucha felicidad.

LUNA.—Espera cuanto te plazca: yo te prometo que podrás esperar eternamente.

TIERRA.—¿Sabes qué pasa? Estos hombres y estas bestias alborotan: porque en la parte donde yo fabulo contigo es de noche, como tú ves, o más bien no ves; así que todos duermen y, con el estrépito que nosotros hacemos hablando, se despiertan con gran miedo.

LUNA.—Mas aquí de esta parte, como tú ves, es de día.

TIERRA.—Ahora bien, yo no quiero ser causante de asustar a mi gente ni de quebrar su sueño, que es el mayor bien que tienen. Pero hablaremos en otro momento. Adiós entonces, buenos días.

LUNA.—Adiós, buenas noches.

# La apuesta de Prometeo

En el año ochocientos treinta mil doscientos setenta y cinco del reino de Júpiter, el colegio de las Musas hizo imprimir y pegar en los lugares públicos de la ciudad y los suburbios de Hipernéfalos diversos carteles que invitaban a todos los dioses mayores y menores, y a los demás habitantes de dicha ciudad, que recientemente o en la Antigüedad hubieran hecho cualquier loable invención, a presentarla, ya físicamente o en figura o por escrito a los jueces representantes de ese colegio. Y excusándose por su notable pobreza, pues no podrían mostrarse tan dadivosos como hubieran querido, prometían como premio a aquel cuyo hallazgo fuese juzgado más bello o más provechoso una corona de laurel con el privilegio de poderla llevar en la cabeza de día y de noche, privada y públicamente, en la ciudad y fuera de ella; y poder ser pintado, esculpido, grabado, forjado, representado de cualquier modo y material, con el signo de aquella corona alrededor de la cabeza.

Concurrieron a este premio no pocos de los celestes por pasatiempo, pues era este un asunto tan necesario para los habitantes de Hipernéfalos como para los de otras ciudades, y sin ningún deseo de aquella corona, la cual en sí no valía la consideración de una gorra de esparto; y en cuanto a la gloria, si los hombres desde que se han convertido en filósofos la desprecian, se puede conjeturar qué estima le tendrán los dioses, más sabios que los hombres. Es más, los únicos sabios, según Pitágoras y Platón. Por

tanto, con ejemplo único y hasta ahora inaudito en casos similares de recompensas propuestas a los más malignos, fue otorgado este premio, sin intervención de apremios ni de favores ni de promesas ocultas ni de artificios; y tres fueron los preferidos: Baco, por la invención del vino; Minerva, por la del aceite, necesario para las unciones, del que los dioses hacen cotidianamente uso después del baño; y Vulcano, por haber descubierto una olla de cobre, llamada económica, que sirve para cocer cualquier cosa con poco fuego y velozmente. De este modo, debiéndose repartir el premio en tres partes, le quedaba a cada uno una ramita de laurel, pero los tres rechazaron tanto la parte como el todo; Vulcano alegó que, estando la mayor parte del tiempo al fuego de la fragua con gran fatiga y sudor, le sería muy inoportuno aquel estorbo sobre la frente. Además, lo pondría en peligro de ser achicharrado o quemado si por casualidad alguna chispa, enredándose a aquellas ramas secas, prendiera fuego. Minerva dijo que teniendo que sostener sobre su cabeza un yelmo, suficiente —como escribe Homero— para ocultar con él a los ejércitos de cien ciudades, no le convenía en modo alguno aumentar este peso. Baco no quiso cambiar su mitra y su corona de pámpanos por aquella de laurel, si bien la habría aceptado gustoso si le hubieran permitido colocarla como divisa fuera de su taberna; pero las Musas no consintieron dársela para este fin, de modo que permaneció en su erario.

Ninguno de los competidores sintió envidia de los tres dioses que lo habían conseguido y, rechazado este premio, ni se quejó a los jueces ni reprobó la sentencia, excepto uno, Prometeo, que tomando parte del concurso tras mandar el modelo en tierra que había hecho y empleado para formar a los primeros hombres, añadía un escrito en el que declaraba las cualidades y los oficios del género humano descubierto por él. Produce asombro el pesar mostrado por Prometeo en este caso, que todos los demás, tanto vencidos como vencedores, consideraban un juego. Por ello, investigando el motivo, se ha sabido que él deseaba poderosamente no ya el honor, sino el prestigio que habría alcanzado con la

victoria. Algunos pensaron que pretendía servirse del laurel para proteger la cabeza de las tempestades, como según se cuenta hizo Tiberio, que siempre que oía tronar se ponía la corona, creyendo que el laurel no es sacudido por los rayos[1]. Pero en la ciudad de Hipernéfalos no caen rayos ni truena. Otros, más verosímilmente, afirman que Prometeo, por defecto de los años, comenzó a perder pelo, desventura soportada, como sucede a muchos, de malísima gana, y no habiendo leído las loas a la calvicie escritas por Sivesio, o no habiendo sido convencido por ellas, que es más creíble, querría bajo la diadema esconder, como César dictador, la desnudez de la cabeza.

Pero volviendo a los hechos, un día entre otros, razonando Prometeo con Momo, se lamentaba amargamente de que el vino, el aceite y las ollas hubieran sido antepuestos al género humano, el cual decía ser la mejor obra de los inmortales que ha aparecido en el mundo. Y pareciéndole que no persuadía lo bastante a Momo, el cual aducía no sé qué razones en contra, le propuso descender ambos a la Tierra, y posarse por azar en el primer lugar que descubrieran habitado por los hombres de las cinco partes en que la Tierra estaba dividida. Hacían antes recíprocamente esta apuesta: si en los cinco lugares, o en la mayor parte de ellos, encontrarían o no argumentos manifiestos de que el hombre es la más perfecta criatura del universo. Una vez aceptada por Momo, y conviniendo el precio de la apuesta, comenzaron sin demora a descender hacia la Tierra; dirigiéndose en primer lugar al Nuevo Mundo, como aquel que por el nombre mismo, y por no haber puesto pie hasta entonces ninguno de los inmortales, estimulaba poderosamente su curiosidad. Detuvieron el vuelo en el país de Popairon, de la parte septentrional, no muy lejos del río Cauca, en un lugar donde aparecían muchos signos de actividad humana: vestigios de cultivo en los campos, bastantes caminos a pesar de haber troncos en muchos lugares y escombros en la mayor parte,

---

[1] Plinio, lib. 16, cap. 30; lib. 2, cap. 55; Suetonio, *Tiber.* cap. 69.

árboles cortados y caídos, y, particularmente, algunos que parecían sepulturas, y algún hueso de hombre de cuando en cuando. Pero no por esto pudieron los dos celestes, alargando las orejas o extendiendo la vista a cada confín, escuchar una voz o descubrir la sombra de un hombre vivo. Marcharon ora caminando ora volando por espacio de muchas millas, pasando montes y ríos, y encontrándose en todas partes los mismos signos y la misma soledad. ¿Cómo están ahora desiertas estas aldeas, decía Momo a Prometeo que, sin embargo, muestran evidencias de haber sido habitadas? Prometeo recordaba las inundaciones del mar, los terremotos, los temporales, las lluvias descomunales, que sabía que eran comunes en las regiones cálidas, y ciertamente al mismo tiempo oían, de todos los boscajes vecinos, las ramas de los árboles que, sacudidos por el aire, goteaban agua continuamente, Momo no podía comprender cómo podía aquel lugar estar sujeto a las inundaciones del mar, tan lejano de allí que no aparecía por ningún lado; y tampoco entendía por qué destino los terremotos, los temporales y las lluvias hubieran llegado a destruir a todos los hombres del pueblo, perdonando a los jaguares, a los simios, a los osos hormigueros, a los canguros, a las águilas, a los papagayos y a otros cientos de animales terrestres y voladores que estaban por los alrededores. Al fin, descendiendo a un valle inmenso, descubrieron, por decirlo así, un pequeño grupo de casas o cabañas de madera cubiertas por hojas de palma y rodeada cada una por una cerca a modo de empalizada: delante de una de ellas se encontraban muchas personas, unas de pie, otras sentadas, alrededor de una vasija de tierra puesta sobre un gran fuego. Se acercaron los dos celestes, tomando forma humana, y Prometeo, saludando a todos cortésmente, al volverse uno que tenía trazas de ser el más importante, lo interrogó: ¿Qué hacéis?

SALVAJE.—Se come, como veis.
PROMETEO.—¿De qué buenas viandas disponéis?
SALVAJE.—De este poco de carne.
PROMETEO.—¿Carne doméstica o salvaje?

Salvaje.—Doméstica, es más, de mi hijo.

Prometeo.—¿Tenéis por hijo un ternero como tuvo Perséfone?

Salvaje.—No es un ternero, sino un hombre, como tuvieron todos los otros.

Prometeo.—¿Lo dices en serio? ¿Comes tu propia carne?

Salvaje.—La mía propia no, más bien la de este: que por esta sola razón lo he traído yo al mundo, y he tenido el cuidado de nutrirlo.

Prometeo.—¿Por la razón de comértelo?

Salvaje.—¿De qué te sorprendes? E incluso a la madre, que ya no debe ser apta para tener más hijos, pienso comérmela pronto.

Momo.—Como se come la gallina después de haber comido los huevos.

Salvaje.—Y las otras mujeres que tengo, cuando sean inútiles para parir, me las comeré igualmente. Y estos esclavos míos que veis, no los tendría vivos si no fuera para tener de cuando en cuando hijos de ellos y comérmelos. Pero cuando sean viejos, si yo aún vivo, uno tras otro me los comeré también a ellos[2].

---

[2] Quiero reproducir un texto poco agradable ciertamente y poco amable con la materia, pero muy curioso, por la manera tan natural de describir que el autor usa. Él es un tal Pedro de Cieza, español, que vivió durante los primeros descubrimientos y conquistas hechos por sus compatriotas en América, de las cuales formó parte durante diecisiete años. De su veracidad y fe en la narración se puede ver la primera nota de Robertson al sexto libro de *Historia de América.* Reproduzco las palabras en ortografía moderna. «La segunda vez que volvimos por aquellos valles, cuando la ciudad de Antioquía fue poblada en las sierras que están por encima de ellos, oí decir que los señores o caciques de estos valles del norte buscaban por las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían; las cuales, traídas a sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias y si se empreñaban de ellos, los hijos que nacían los criaban con mucho regalo hasta que tenían doce o trece años; y de esta edad, estando bien gordos, los comían con gran sabor, sin mirar que eran su sustancia y carne propia; y de esta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas para después comer; pecado mayor

PROMETEO.—Dime, ¿estos esclavos son de tu mismo pueblo o de algún otro?

SALVAJE.—De otro.

PROMETEO.—¿Muy lejano de aquí?

SALVAJE.—Lejanísimo, tanto que entre sus casas y las nuestras transcurre un arroyuelo.

E indicando una montaña, añadió: «He allí el lugar en el que estaba. Pero los nuestros lo han destruido»[3]. En ese momento le

---

que todos los que ellos hacen. Y para tener por cierto lo que digo, ved lo que pasó con el licenciado Juan de Vadillo (que en este año está en España; y si le preguntan lo que digo, dirá ser verdad): y es que la primera vez que entraron cristianos españoles en estos valles, que fuimos mis compañeros y yo, vino de paz un señorete que tenía por nombre Nabonuco, y traía consigo tres mujeres; y viniendo la noche, dos de ellas se recostaron encima de un tapete o estera, y la otra atravesada para servir de almohada; y el indio se echó encima de los cuerpos de ellas, muy tendido; y tomó de la mano a otra mujer hermosa, que quedaba atrás con otra gente suya, que luego vino. Y como el licenciado Juan de Vadillo le viese de aquella suerte, preguntóle que para qué había traído aquella mujer que tenía de la mano y, mirándolo al rostro el indio, respondió mansamente que para comerla y que si él no hubiera venido, lo hubiera ya hecho. Vadillo, oído esto, mostrando espantarse, le dijo: "¿Pues cómo, siendo tu mujer, la has de comer?" El cacique, alzando la voz, tornó a responder diciendo: "Mira, mira; y aun al hijo que pariere comería". Esto que he dicho pasó en el valle del norte, y en el Guaca, que es el que queda atrás; oí decir a este licenciado Vadillo que algunas veces, como supo por dicho de algunos indios viejos, por las lenguas que traíamos, que cuando los naturales de él iban a la guerra, a los indios que prendían en ella hacían sus esclavos, a los cuales casaban con sus parientas y vecinas; y los hijos que hacían en ellas aquellos esclavos, los comían, y que después que los mismos esclavos eran muy viejos y sin potencia para engendrar, los comían también aquellos. Y la verdad, como estos indios no tenían fe ni conocían al demonio, que tales pecados les hacía hacer, cuán malo y perverso era; no me espanto de ello, porque hacer esto más lo tenían ellos por valentía que por pecado.» Parte Primera de la *Crónica del Perú* hecha por Pedro de Cieza, cap. 12, ed. de Anvers 1554, hoja 30 y siguientes.

[3] El número de indígenas que viven en las dos Américas descienden anualmente. Se cuenta que todavía alrededor de 500.000 en el norte y al

pareció a Prometeo que no sé cuántos de ellos lo estaban contemplando con una cariñosa mirada semejante a la que el gato hace al ratón. Así que, para no ser comido por sus propias criaturas, alzó súbito el vuelo, y con él igualmente Momo; y fue tanto el temor que tuvieron el uno y el otro que, al partir, cubrieron el alimento de los bárbaros con aquella clase de inmundicias que las arpías derramaran por envidia sobre las mesas troyanas. Pero ellos, más famélicos y menos reticentes que los compañeros de Eneas, prosiguieron con su comida. Prometeo, insatisfecho del Nuevo Mundo, se volvió enseguida al más viejo, es decir, a Asia. Transcurrido casi en un momento el intervalo que hay entre las nubes y las antiguas Indias, descendieron ambos cerca de Agra en un campo lleno de infinita gente, reunida alrededor de una fosa colma de madera, sobre el borde de la cual, de un lado, se veían a algunos con antorchas encendidas, a punto de prenderle fuego; y del otro lado, sobre un cadalso, una mujer joven, cubierta con vestidos suntuosísimos y con toda clase de ornamentos bárbaros, la cual danzando y vociferando, hacía signos de grandísima alegría. Prometeo, viendo esto, imaginaba para sí mismo a una nueva Lucrecia o a una nueva Virginia o a alguna emuladora de las hijas de Ereteo, de Ifigenia, de Codro, de Meneceo, de Curcio, o de los Decios, que guiándose por la fe de algún orácu-

---

oeste de los Estados Unidos, y 400.000 en el sur de las repúblicas de Río de la Plata y de Chile. Han sido diezmadiados no tanto por las guerras que han tenido contra los gobiernos americanos, que por su funesta pasión por los licores fuertes y a los combates y exterminios que libran entre ellos, a lo que debemos atribuir su rápido decrecimiento. Llevan a un tal punto estos dos excesos, que podemos predecir con certeza que antes de un siglo habrán desaparecido completamente de esta parte del globo. La obra de M. Schoolcraft (titulada, *Travels in the central portions of the Mississipi Valley;* publicada en Nueva York, el año 1825) está llena de detalles curiosos sobre los dueños primitivos del Nuevo Mundo; tendrá que ser por tanto más investigado, ya que es, por así decir, la historia del último periodo de existencia de un pueblo que va a desaparecer. *Revue Encyclopédique,* t. 28,noviembre 1825, pag. 444.

lo, se inmolara voluntariamente por su patria. Comprendiendo después que el motivo del sacrificio de la mujer era la muerte del marido, pensó que ella, poco diferente de Alcestes, quisiera con el precio de sí misma recomprar el espíritu de él. Pero cuando supo que ella no resolvía arder sino porque esta era la costumbre de las mujeres viudas de su secta, y que había siempre sentido odio por el marido, y que estaba embriagada y que el muerto, en lugar de resucitar, debería arder en aquel mismo fuego, dando de súbito la espalda a ese espectáculo, tomó el camino de Europa y mientras partían, tuvo con su compañero este coloquio:

MOMO.—¿Habías pensado, cuando robaste con un grandísimo peligro el fuego del cielo para transmitirlo a los hombres, que estos lo utilizarían, unos para cocerse los unos a los otros, otros para quemarse espontáneamente?

PROMETEO.—No, ciertamente no. Pero considera, querido Momo, que aquellos que hasta ahora hemos visto son bárbaros, y que de los bárbaros no se debe enjuiciar la naturaleza de todos los hombres, pero sí de los civilizados hacia los cuales vamos al encuentro. Y tengo la firme opinión de que entre ellos veremos y oiremos casos y palabras que te parecerán dignas no solo de alabanza, sino de asombro.

MOMO.—No entiendo por qué, si los hombres son el género más perfecto del universo, es necesario que sean civilizados para que no se quemen entre ellos ni se coman a sus propios hijos: pues los demás animales son todos bárbaros y, no obstante, ninguno se quema espontáneamente, excepto el fénix, que no se encuentra; raramente se comen a algún semejante; y mucho más raro es que se alimenten de sus crías, quizá por algún accidente insólito y no porque las hayan generado para este menester. Advierto también que de cinco partes del mundo, una sola, y no toda entera, y esta no parangonable por grandeza a ninguna de las otras cuatro, está dotada de la civilización que tú alabas; añade alguna pequeña porción de otra parte del mundo. Y ni siquiera tú podrás decir que

esta civilización sea completa, de modo que hoy día los hombres de París o de Filadelfia no pueden tener por completo todas las perfecciones que les puedan convenir a su especie. Ahora bien, para llegar al presente estado de civilización no todavía perfecta, ¿cuánto tiempo han debido penar tales pueblos? Tantos años como se puedan contar desde el origen del hombre hasta nuestros tiempos. Y casi todas las creaciones que eran o de mayor necesidad o de mayor provecho para la obtención del estado civilizado han tenido su origen no en la razón, sino en los casos fortuitos; de modo que la civilización humana es obra de la fortuna más que de la naturaleza; y donde tales casos no han ocurrido, vemos que los pueblos son todavía bárbaros. Entonces yo digo: si el hombre bárbaro demuestra ser inferior por muchos aspectos a cualquier otro animal; si la civilización, que es lo opuesto de la barbarie, no es poseída ni siquiera hoy sino por una pequeña parte del género humano; si además de esto, esta parte no ha podido llegar de otro modo que con esfuerzo al presente estado civil después de una cantidad innumerable de siglos, y gracias al azar, más bien que a cualquier otra causa; y por último, si dicho estado civilizado no es ni siquiera perfecto, considera un momento si quizá tu sentencia sobre el género humano no sería más certera enmendándola de la siguiente manera, es decir, diciendo que es verdaderamente sumo entre los géneros, como tú piensas, pero sumo en la imperfección, más bien que en la perfección; cuanto más, que los hombres, en el hablar y en el juzgar cambian continuamente una por otra, argumentando desde ciertos presupuestos que ellos han inventado y toman por verdades palpables. Es cierto que los otros géneros de criaturas desde el comienzo son perfectísimos cada cual en sí mismo. Y aun cuando no estuviese claro que el hombre bárbaro, considerado respecto a otros animales, es el menos bueno de todos, yo no creo que el ser naturalmente imperfectísimo en el propio género, como parece que sea el hombre, se tenga que tener en consideración

como perfección mayor que cualquier otra. Agrega que la civilización humana, tan difícil de obtener y quizás imposible de llevar a su consumación, no es tampoco tan estable de manera que no pueda caer, como de hecho se observa que ha ocurrido muchas veces y en diferentes lugares que habían adquirido una buena parte de ella. En suma, concluyo que si tu hermano Epimeteo llevara el modelo que empleó cuando formó al primer asno o a la primera rana, quizá obtendría el premio que tú no has conseguido. De todos modos, yo te concederé gustosamente que el hombre sea perfectísimo, si tú te avienes a decir que su perfección se asemeja a aquella que Plotino atribuía al mundo, el cual, decía Plotino, es óptimo y perfecto absolutamente, pero para que el mundo sea perfecto es necesario que contenga, entre otras cosas, también todos los males posibles; y de hecho, se encuentran en él tantos males cuantos puedan caber. Y a este respecto, quizá concedería igualmente a Leibniz que el mundo presente sea el mejor de todos los mundos posibles.

No hay duda de que Prometeo tendría preparada una respuesta que en modo distinto, preciso y dialéctico contestara a todas estas razones, pero es igualmente cierto que no la dio, pues en ese mismo momento se encontraron sobre la ciudad de Londres, a la que descendieron, y viendo una gran multitud concurriendo a la puerta de una casa privada, mezclándose entre la muchedumbre, entraron en la casa y encontraron sobre una cama a un hombre tendido boca arriba que tenía una pistola en la diestra, herido en el pecho, y muerto. Junto a él yacían dos niños, igualmente muertos. Había bastantes personas de la casa en la habitación, y algunos jueces que les interrogaban mientras que un oficial escribía.

PROMETEO.—¿Quiénes son estos desdichados?
SIRVIENTE.—Mi patrón y sus hijos.
PROMETEO.—¿Quién lo ha matado?

Sirviente.—El patrón a los tres.

Prometeo.—¿Quieres decir a los niños y a sí mismo?

Sirviente.—Exactamente.

Prometeo.—¡Oh, pero qué es esto! Algún grandísimo infortunio le debía haber sucedido.

Sirviente.—Ninguno, que yo sepa.

Prometeo.—Pero ¿quizá era pobre o despreciado por todos, o desafortunado en amores o en palacio?

Familiar.—Al contrario, era riquísimo y creo que todos lo estimaban, de amores no se preocupaba y en palacio tenía mucho favor.

Prometeo.—Entonces, ¿cómo ha caído en esta desesperación?

Sirviente.—Por tedio de la vida, según lo que ha dejado escrito.

Prometeo.—¿Y estos jueces qué hacen?

Familiar.—Averiguan si el patrón había enloquecido o no, pues en el caso de que no hubiera enloquecido, sus bienes recaerán en el erario público por ley. Y, ciertamente, no se podrá evitar que no recaigan.

Prometeo.—Pero dime, ¿no tenía ningún amigo o pariente a quien pudiera encomendar estos niños en lugar de matarlos?

Sirviente.—Sí tenía, y entre todos, uno que le era muy íntimo, y al cual ha confiado su perro[4].

Momo estaba por congratularse con Prometeo sobre los buenos efectos de la civilización, y sobre la satisfacción que aparecía resultase de ella para nuestra vida; y quería también recordarle que ningún otro animal, fuera del hombre, se mata voluntariamente ni por desesperación de la vida apaga la de sus hijos. Pero Prometeo se anticipó y, sin preocuparse de ver las dos partes del mundo que quedaban, le pagó la apuesta.

---

[4] Este es un hecho real.

# Diálogo de un físico y un metafísico

Físico.—Eureka, eureka[1].
Metafísico.—¿Qué sucede?¿ Qué has encontrado?
Físico.—El arte de vivir largamente[2].

---

[1] Famosa voz de Arquímedes, que habría pronunciado cuando encontró el modo de conocer el robo hecho por el fabricante de la corona votiva de Gerón.

[2] Los objetivos de este arte podrán, en efecto, no sé si aprenderlos pero sí ciertamente estudiarlos en diversos libros tanto modernos como antiguos como, por ejemplo, en las *Lecciones del arte de prolongar la vida humana,* escritas en nuestros días por el alemán Hufeland, que han sido incluso traducidas y editadas en Italia. Una nueva manera de adulación fue la de un Tommaso Giannotti, médico de Ravena, llamado con el apodo de *el filólogo,* fue famoso en sus tiempos y en el año 1550 escribió a Julio III, llegado aquel mismo año al pontificado, un libro *De vita hominis ultra CXX annos protrahenda*, muy a propósito de los Papas, porque cuando comienzan a reinar, suelen ser de edad avanzada. Sería libro de risa si no fuera tan oscuro. Dice el médico haberlo escrito con el principal fin de prolongar la vida al nuevo Pontífice, necesario al mundo, animado incluso a escribirlo por dos cardenales desmesuradamente deseosos del mismo efecto. En la dedicatoria, *vives igitur*, dice: *beatissime pater, ni fallor, diutissime.* Y en el interior de la obra, habiendo dedicado un capítulo entero *cur Pontificum supremorum nullus ad Petri annos pervenerit*, titula otro de este modo: *Iulius III papa videbit annos Petri et ultra; huius libri, pro longæva hominis vita ac christianæ religionis commodo, immensa utilitate.* Mas el Papa murió cinco años después a la edad de sesenta y siete. En cuanto al autor, prueba que si por caso no pasara o no llegara a los ciento veinte

METAFÍSICO.—¿Y ese libro que llevas?

FÍSICO.—Aquí lo explico. Y por este descubrimiento, si los otros viven abundante tiempo, yo viviré por lo menos eternamente, es decir, adquiriré gloria inmortal.

METAFÍSICO.—Haz una cosa tal como te digo. Busca una pequeña caja de plomo. Encierra ese libro en ella, entiérrala, y antes de morir, acuérdate de decir el lugar a fin de que se pueda volver y desenterrar el libro cuando se haya encontrado el arte de vivir felizmente.

FÍSICO.—¿Y mientras tanto?

METAFÍSICO.—Mientras tanto no servirá para nada. Lo estimaría más si contuviese el arte de vivir poco.

FÍSICO.—Este arte es conocido desde hace tiempo, y no fue difícil descubrirlo.

METAFÍSICO.—De cualquier modo, lo estimo más que el tuyo.

FÍSICO.—¿Por qué?

METAFÍSICO.—Porque si la vida no es feliz, que hasta ahora no lo ha sido, más nos conviene que sea breve que larga.

FÍSICO.—¡Oh, esto no! Pues la vida es un bien en sí mismo y cada cual naturalmente la desea y la ama.

METAFÍSICO.—De tal parecer son los hombres, pero se engañan como el vulgo se engaña pensando que los colores son cualidades de los objetos, cuando no son de los objetos, sino de la luz. Yo digo que el hombre no desea y no ama más que la propia felicidad. Por ello no ama la vida sino en cuanto la considera instrumento o sujeto de esa felicidad. De modo que propiamente viene a amar esta y no aquella, aunque frecuentemente atribuya a una el amor que siente por la otra. Cierto es que este engaño y aquel de los colores son ambos naturales. Puede que el amor a la vida sea natural o, digamos, sea necesario; sin embargo, muchísimos en los tiempos anti-

---

años, no será culpa suya y sus preceptos no se deberán despreciar por esto. Se cierra el libro con una prescripción titulada *Iulii III vita longævae ac semper sanæ consilium.*

guos eligieron morir pudiendo vivir, y muchísimos en nuestros tiempos desean la muerte en diversas ocasiones y algunos se matan con la propia mano. Cosas que no podrían suceder si el amor a la vida por sí misma fuese natural en el hombre. Como es la naturaleza de cada viviente el amor por la propia felicidad, antes caería el mundo que alguno de ellos cesase de amarla y procurarla a su manera. Que después, la vida sea un bien por sí misma, espero que tú me lo demuestres con sutilísimas razones metafísicas o de cualquier otra disciplina. Por mi parte, digo que la vida feliz sería un bien sin duda: pero en cuanto feliz, no como vida. La vida infeliz, en cuanto es infeliz, es un mal; y considerando que la naturaleza, al menos la de los hombres, comporta que vida e infelicidad no se pueden separar, examina tú mismo las consecuencias.

Físico.—Tenga la amabilidad, dejemos esta materia, que es demasiado melancólica y, sin tantas sutilezas, respóndame sinceramente: si el hombre viviese y pudiera vivir eternamente, es decir, sin morir, y no después de muerto, ¿crees tú que no le agradaría?

Metafísico.—A un presupuesto fabuloso responderé con una fábula: tanto más, dado que nunca he vivido la eternidad, así que no puedo responder por experiencia ni tampoco he hablado con alguien que fuera inmortal; y a no ser en las fábulas, no he tenido noticias de personas de tal clase. Si estuviera aquí presente Cagliostro, quizás nos podría dar un poco de luz, habiendo vivido bastantes siglos; si bien, ya que después murió como los otros, no parece que fuera inmortal. Diré por lo tanto que el sabio Quirón, que era divino, con el pasar del tiempo se hastió de la vida, pidió permiso a Zeus para poder morir y murió[3]. Ahora piensa, si la inmortalidad aflige a los dioses, qué no hará con los hombres. Los hiperbóreos, pueblo desconocido pero famoso, al cual

[3] Véase Luciano, *Dial. Menip. et Chiron.* opp. tom. 1, pág. 514.

no se puede acceder ni por tierra ni por mar, ricos de todo bien y especialmente de hermosísimos asnos con los cuales suelen hacer hecatombes, pudiendo, si yo no me engaño, ser inmortales, pues no tienen enfermedades ni guerras o discordias ni carestía ni vicios ni culpas, no obstante mueren todos porque, al cabo de aproximadamente miles de años de vida, saciados de la Tierra, saltan espontáneamente desde una cierta roca en el mar, y allí se ahogan[4].

Escucha esta otra fábula: Bitón y Cleobi, hermanos, un día de fiesta que no estaban dispuestas las mulas, tomaron su puesto en el carro de su madre, sacerdotisa de Júpiter, y la condujeron al templo; ella suplicó a la diosa que remunerase la piedad de sus hijos con el mayor bien que pudiera concedérsele al hombre. Júpiter, en lugar de hacerlos inmortales, como habría podido y entonces se acostumbraba, hizo que uno y otro pereciesen en esa misma hora. Lo mismo le sucedió a Agómede y a Trofonio. Una vez finalizado el templo de Delfos, hicieron ruegos a Apolo para que les recompensase: él les respondió que los satisfaría en siete días; que durante ese tiempo se entregaran a hacer fiestas a su costa. La séptima noche les envió un dulce sueño del cual todavía no se han despertado. Y habiendo obtenido esta, no reclamaron otra paga. Mas ya que estamos con las fábulas, he aquí otra, acerca de la cual quiero proponer una cuestión. Yo sé que hoy los de vuestra laya tienen por dato cierto que la vida humana, en cualquier país habitado y bajo cualquier cielo, dura de modo natural, excepto pequeñas diferencias, la misma cantidad de tiempo considerando cada pueblo en su conjunto. Pero algún buen antiguo[5] cuenta que los hombres de ciertas partes de la India y de Etiopía no se mantienen más de cuarenta años; quien muere a esta edad

---

[4] Píndaro, *Pyth.* od. 10, v. 46 et seqq. Estrabón, lib. 15, pág. 710 et seqq. Mela, lib. 3, cap. 5. Plinio, lib. 4, cap. 12 hasta el final.

[5] Plinio, lib. 6, cap. 30; lib. 7, cap. 2. Arriano, *Indic.,* cap. 9.

muere viejísimo, y las niñas de siete años de edad están en tiempo de casarse. Y de este último fenómeno sabemos que, desde hace poco, se verifica en Guinea, Decon y en otros lugares expuestos a la zona tórrida. Por lo tanto, tomando por cierto que haya una o más naciones, los hombres de las cuales regularmente no pasen de los cuarenta años de vida, y esto sea por naturaleza, y no, como se ha creído de los Hotentotes, por otras causas; pregunto si respecto a esto te parece que dichos pueblos deban ser más miserables o más felices que los demás.

Físico.—Más míseros, sin duda, debiendo morir más pronto.

Metafísico.—Yo creo lo contrario por esa misma razón. Pero en esto no consiste el asunto. Presta atención: yo negaba que la pura vida, es decir, el simple sentimiento de ser uno mismo, fuese cosa amada y deseable por naturaleza. Mas aquello que quizá más dignamente recibe también el nombre de vida, es decir, la eficiencia y abundancia de las sensaciones, es naturalmente amado y deseado por todos los hombres, pues cualquier acción o pasión viva e intensa, con tal de que no nos sea desagradable, molesta o dolorosa, con solo ser viva e intensa nos resulta grata, aunque carezca de cualquier otra cualidad deleitosa. Con que en aquella clase de hombres, la vida de los cuales se consume en cuarenta años, es decir, en la mitad del tiempo destinado por la naturaleza a los otros hombres; esa vida en cada una de sus partes sería el doble de viva que la nuestra: pues, debiendo ellos creer y alcanzar la perfección e igualmente marchitarse y desaparecer en la mitad de tiempo, las operaciones vitales de su naturaleza, proporcionalmente a esta celeridad, serían en cada instante el doble de intensas en comparación con lo que nos sucede a nosotros; e incluso las acciones voluntarias de estos, la movilidad y la vivacidad extrínseca, corresponderían a esta mayor eficacia. De modo que ellos tendrían en menor espacio de tiempo la misma cantidad de vida que tenemos nosotros; la cual, distribuyéndose en menor número de años, bastaría para colmarlos, o solo dejaría

pequeños vanos; cuando, sin embargo, ella no es suficiente para henchir un espacio doble y las acciones y las sensaciones de ellos, siendo más fuertes y recogidas en círculos más estrechos, serían casi suficientes para ocupar y vivificar toda su existencia; mientras que en la nuestra, mucho más larga, permanecen frecuentísimos y grandes intervalos, privados de cualquier acción y viva afección. Y puesto que no el simple ser, sino únicamente solo el ser feliz es deseable; y la buena o mala fortuna de cualquiera no se evalúa por el número de días, yo concluyo que la vida de esas naciones, cuanto más breve, menos pobre será de placeres o de eso que es designado con este nombre; y se preferiría anteponer su vida a la nuestra, e incluso la preferirían los primeros reyes de Asiria, de Egipto, de China, de India, y de otros países que vivieron para volver a la fábula miles de años. Por eso no solo no me preocupo de la inmortalidad y estoy contento de dejársela a los peces, a los cuales la dona Leeuwenhoek, con tal de que no sean comidos por los hombres o por las ballenas; pero, en lugar de demorar o interrumpir la energía de nuestro cuerpo para alargar la vida, como propone Maupertuis[6], yo querría que la pudiésemos acelerar de modo que nuestra vida se redujese a la medida de la de algunos insectos, llamados efímeros, de los cuales se dice que los más longevos no viven más allá de un día, y, no obstante, mueren bisabuelos y tatarabuelos. En tal caso, yo estimo que no quedaría lugar para el tedio. ¿Qué piensas de este razonamiento?

FÍSICO.—Pienso que no me convence y que si tú amas la metafísica, yo me atengo a la física; quiero decir que mientras tú te atienes a lo sutil, yo observo lo general y me contento con ello. Pero sin utilizar el microscopio, juzgo que la vida sea más bella que la muerte, y le doy la manzana a aquella, mirando a ambas vestidas.

---

[6] *Lettres philosophiques,* lett. 11.

Metafísico.—Así juzgo también yo. Pero cuando me vuelve a la mente la costumbre de aquellos bárbaros, que por cada día infeliz de su vida arrojaban en una aljaba un canto negro, y por cada día feliz uno blanco[7], piensas que poco número de los blancos es verosímil que fueran encontrados en el carcaj de cada uno, y que gran multitud de los negros, y deseo verme delante de los cantos de los días que me quedan; y, separándolos, tener la facultad de deshacerme de los negros y eliminarlos de mi vida; reservándome solo los blancos, a pesar de que yo bien sepa que no harían un gran número, y serían de un blanco turbio.

Físico.—Muchos, por el contrario, aun cuando todos los guijarros fueran negros, y más negros que el carbón, querrían seguir añadiéndolos, aunque fueran del mismo color: porque están seguros de que ningún guijarro sería tan negro como el último. Y estos, de cuya clase soy también yo, podrán añadir en efecto muchos guijarros a sus vidas, valiéndose del arte que se muestra en este libro mío.

Metafísico.—Cada cual piense y obre según su deseo; tampoco la muerte dejará de obrar a su modo. Pero si tú quieres, prolongando la vida, favorecer verdaderamente a los hombres, halla un arte gracias al cual sean multiplicados en número e intensidad sus sensaciones y acciones. De tal modo acrecentarás realmente la vida humana, y colmando esos desmesurados intervalos de tiempo en los cuales nuestro ser es más bien durar que vivir, te podrás vanagloriar de prolongarla. Y eso sin andar en busca del imposible o violentar la naturaleza, es más, secundándola. ¿No te parece que los antiguos vivieron más que nosotros, dado que, por los graves y continuos peligros que solían padecer, murieron habitualmente más pronto? Y harás un grandísimo beneficio a los hombres, cuya vida fue siempre, no diré feliz, pero tanto menos infeliz

---

[7] Suida, voc. Λευκή ἡμέρα.

cuanto más fuertemente agitada, y en mayor parte ocupada sin dolor ni pesar. Llena de ocio y de tedio, que es como decir vacua, permite creer cierta aquella sentencia de Pirrón, que entre la vida y la muerte no hay diferencia. Que si yo lo creyese, te juro que la muerte me atemorizaría no poco. Mas en fin, la vida debe ser viva, es decir, verdadera vida o la muerte la supera incomparablemente en mérito.

# Diálogo de la Naturaleza y un islandés

Un islandés que había recorrido la mayor parte del mundo y habitado en distintas tierras, marchando una vez por el interior de África, y cruzando bajo la línea equinoccial en un lugar nunca penetrado por hombre alguno, tuvo un caso similar a aquel que le aconteció a Vasco de Gama al pasar el Cabo de Buena Esperanza; cuando el mismo cabo guardián de las mareas australes le salió al encuentro bajo la forma de un gigante para disuadirlo de conocer aquellas nuevas aguas[1]. Vio de lejos un busto enorme que al principio imaginó hecho de piedra y a semejanza de los hermes colosales vistos por él, muchos años antes, en la isla de Pascua. Pero acercándose más, descubrió que era una forma desmesurada de mujer sentada en tierra, con el busto erguido, apoyando la espalda y el codo en una montaña; y no imaginada sino viva, el rostro entre bello y terrible, negrísimos los cabellos y los ojos que le miraban fijamente; y permaneciendo así un cierto tiempo sin hablar. Al final le dijo:

Naturaleza.—¿Quién eres? ¿Qué buscas en estos lugares donde tu especie es desconocida?

Islandés.—Soy un pobre islandés que va huyendo de la naturaleza y, eludiéndola casi todo el tiempo de mi vida por cien partes de la Tierra, le huyo ahora por esta.

---

[1] Camoens, *Lusiad.,* canto 5.

NATURALEZA.—Así huye la ardilla de la serpiente de cascabel, hasta que cae en la garganta por sí misma. Yo soy esa de la que tú huyes.

ISLANDÉS.—¿La Naturaleza?

NATURALEZA.—No otra.

ISLANDÉS.—Me apena el alma; y estoy seguro que mayor desventura que esta no me podría sobrevenir.

NATURALEZA.—Bien podrías saber que yo frecuento especialmente estos parajes, donde no ignoras que se muestra más que en otro lugar mi potencia. Pero ¿qué era lo que te empujaba a huir de mí?

ISLANDÉS.—Tú debes saber que yo desde la primera juventud, con mi escasa experiencia, fui persuadido e ilustrado sobre la vanidad de la vida y la estulticia de los hombres que, combatiendo continuamente unos contra otros por la adquisición de placeres que no disfrutan, y por bienes que no gozan, sufriendo e infligiéndose mutuamente infinitos tormentos e infinitos males, que apesadumbran y dañan al fin, más se alejan de la felicidad cuanto más la buscan. Por estas consideraciones, depuesto cualquier otro deseo, deliberé sin causar mal a nadie, sin procurar en modo alguno salvarme de mi estado, sin proceder contra los otros por ningún bien del mundo, vivir una vida oscura y tranquila; y desesperanzado de los placeres, como de cosa negada a nuestra especie, no me propuse otra disposición que la de mantenerme lejos de los padecimientos. Con lo cual no quiero decir que yo pensara en abstenerme de las ocupaciones y de las fatigas corporales, que bien sabes qué diferencia hay entre la fatiga y la molestia, y entre el vivir en calma y el vivir ocioso. Y ya al poner en acto esta resolución, conocí en carne propia cómo es vano pensar, si vives entre los hombres, de poder, sin ofender a ninguno, huir de tal modo que los otros no te ofendan; y cediendo siempre voluntariamente, y contentándose con el mínimo de cada cosa, conseguir que te sea permitido un lugar cualquiera, y que este mínimo no te sea

disputado. Mas de la molestia de los hombres me liberé fácilmente, separándome de su sociedad, y retirándome en soledad, cosa que en mi isla nativa se puede llevar a cabo sin dificultad. Hecho esto, y viviendo sin casi ninguna visión del placer, no podía yo, sin embargo, mantenerme sin padecimiento: porque la duración del invierno, la intensidad del frío y el ardor extremo del verano, que son distintivos de aquel lugar, me abatían continuamente; y el fuego, cerca del cual necesitaba pasar gran parte del tiempo, me aridecía las carnes y me desgarraba las cejas con el humo, de modo que ni en casa ni en cielo abierto me podía librar de una perpetua penuria. Tampoco podía conservar aquella tranquilidad de la vida, a la que se habían vuelto principalmente mis pensamientos, pues las espantosas tempestades en el mar y en la tierra, los bramidos y las amenazas del monte Hecla, el recelo de los incendios, frecuentísimos en las casas, como son las nuestras, hechas de madera, no cesaban nunca de turbarme. Incomodidades que, en una vida siempre conforme consigo misma y desnuda de cualquier otro deseo y esperanza, y casi de cualquier otra preocupación que no sea la de estar sosegada, salen airosas no pocas veces, y mucho más graves de cuanto aparecen cuando la mayor parte de nuestro ánimo está ocupado con los pensamientos de la vida civil y con las adversidades que provienen de los hombres. Por tanto, viendo que por más que yo me recogía y casi me contraía en mí mismo, con el fin de evitar que mi ser no causase molestia ni daño a ninguna cosa del mundo, menos evitaba que las otras cosas me inquietaran y me atormentasen, me dispuse a cambiar lugares y climas para ver si en alguna parte de la Tierra, no ofendiendo, no fuera ofendido; y no gozando, no padecer. Y a esta decisión fui llevado también por un pensamiento que tuve, que quizá tú no hubieses destinado al género humano si no a un solo clima de la Tierra (como has hecho con cada una de las otras especies de animales y de plantas) y a ciertos lugares, fuera de los cuales los hom-

bres no podrían prosperar ni vivir sin dificultad y miseria; y deberían ser imputadas no a ti sino a ellos mismos, cuando ellos despreciaron y traspasaron los confines que fueron prescritos por tus leyes a las moradas humanas. Casi todo el mundo he recorrido, y hecho vivido en casi todos los países, siempre observando mi propósito, no causar molestias a otras criaturas, siempre que pudiera, y procurar la sola tranquilidad de la vida. Pero me he quemado con el calor de los trópicos, crujido por el frío en los polos, maltrecho en los climas templados por la inconstancia del viento, asolado por las perturbaciones de los elementos en todas partes. Lugares he visto en los cuales no transcurre un día sin temporal, que es como decir que tú asaltas y luchas contra esos habitantes sin ser culpables de haberte hecho injuria alguna. En otros lugares la regular serenidad del cielo se combina con la frecuencia de los terremotos, con la multitud y furia de los volcanes, con la convulsión subterránea de todo el territorio. Vientos y huracanes desmedidos reinan en los lugares y en las estaciones libres de otros furores del aire. A veces yo he sentido derrumbarse el techo sobre mi cabeza por la gran carga de nieve; otras, por la abundancia de la lluvia; la misma tierra, hundiéndose, se ha disipado bajo mis pies; algunas veces he debido huir hasta quedarme sin aliento de las riadas, que me persiguen como si yo fuera culpable de haberles hecho cualquier ofensa. Muchos animales salvajes, no provocados por mí con un mínimo ultraje, me han querido devorar; muchas serpientes envenenarme; en diversos lugares poco ha faltado para que los insectos no me hayan consumido hasta los huesos. Dejo los peligros diarios, siempre inminentes al hombre e infinitos de número, tantos que un antiguo filósofo[2] no encuentra contra el temor otro remedio más válido que la consideración de que toda cosa es terrible.

---

[2] Séneca, *Natural. Quæstion.* lib, 6, cap. 2.

Ni las enfermedades me han perdonado, a pesar de que yo fuera, como todavía soy, no digo frugal, pero sí contenido con los placeres del cuerpo. Suelo admirarme no poco considerando como tú me has infundido tanta y tan firme e insaciable avidez por el placer, alejado del cual nuestra vida, privada de eso que ella desea naturalmente, es algo imperfecto y, por otra parte, hayas dispuesto que el uso de ese placer sea de todas las cosas humanas casi la más nociva para las fuerzas y la salud del cuerpo, la más calamitosa en los efectos para toda persona y la más contraria a la duración de la misma vida. Pero de cualquier modo, absteniéndome casi siempre y totalmente de todo deleite, no he podido evitar caer en muchas y diferentes enfermedades, algunas me han puesto en peligro de muerte, otras a perder el uso de algún miembro, o de llevar perpetuamente una vida más mísera que la pasada; y todas, por días o por meses, me han oprimido el cuerpo y el alma con mil penurias y mil dolores. Y cierto, aunque cada uno de nosotros experimente en el tiempo de la enfermedad males para él nuevos e insólitos e infelicidad mayor que la acostumbrada (como si la vida humana no fuese suficientemente miserable de ordinario), tú no has proporcionado al hombre, para compensarle, un período de salud sobreabundante e inusitado, el cual fuera motivo de algún deleite extraordinario por cualidad y grandeza. En los países cubiertos de nieve yo casi me ciego: como sucede frecuentemente a los lapones en su patria. Del Sol y del aire, cosas vitales, es más, necesarias para nuestra vida y, sin embargo, de las que no podemos huir, somos dañados continuamente: de este por la humedad, por el rigor y por otras disposiciones; de aquel por el calor y por la misma luz, tanto que el hombre nunca puede, sin mayor o menor incomodidad o daño, estar expuesto a ninguno de los dos. En fin, yo no recuerdo haber pasado un solo día de mi vida sin algún pesar; ni puedo enumerar aquellos que he consumido sin ni siquiera una sombra de placer: advierto que tanto nos está

destinado y es necesario el padecer como el no gozar; tan imposible el vivir de alguna manera sosegado como el vivir inquieto sin molestias. Y me resuelvo a concluir que tú eres enemiga encarnizada de los hombres y de los otros animales, y de todas tus obras; pero ahora nos insidias, ahora nos amenazas, ahora nos asaltas, ahora nos juzgas, ahora nos golpeas, ahora nos laceras, y siempre o nos ofendes o nos persigues; y que, por costumbre o disposición, eres verdugo de tu propia familia, de tus hijos y, por así decir, de tu sangre y tus vísceras. Por lo tanto, quedo privado de toda esperanza, habiendo comprendido que los hombres cesan de perseguir a quien les huye o se oculta con verdadera voluntad de huirles o de ocultarse; pero tú, por ningún motivo, jamás cejas de hostigarnos hasta que nos abates. Y creo cerca el tiempo amargo y lúgubre de la vejez; verdadero y manifiesto mal, es más, cúmulo de males y de pasadas miserias; y además no accidentalmente, sino destinado por ti por ley a toda clase de viviente, previsto para cada uno de nosotros desde la niñez, y ejercitado en él de continuo, desde su quinto lustro en adelante, con un tristísimo declive y pérdida sin culpa suya, de modo que apenas un tercio de la vida de los hombres es asignado a florecer, pocos instantes a la madurez y el perfeccionamiento, y todo el resto a decaer y a las incomodidades que le siguen.

NATURALEZA.—¿Creías tú quizás que el mundo era para vosotros? Ahora sabes que en las hechuras, en las órdenes y en mis operaciones, excepto poquísimas, siempre tuve y tengo la intención de otra cosa que la felicidad y la infelicidad de los hombres. Cuando yo os ofendo en cualquier modo o con cualquier medio, no me percato sino rarísimas veces: del mismo modo que, ordinariamente, si yo os plazco u os beneficio, no lo sé; y no he hecho, como creéis vosotros, tales cosas o tales acciones para deleitaros o favoreceros. Y finalmente, si incluso se me ocurriese extinguir vuestra especie, yo no lo advertiría.

Islandés.—Supongamos que alguien me invitase espontáneamente a su villa con gran insistencia, y yo por complacerlo fuese. Que allí me fuese dada para vivir una celda toda dañada y ruinosa, donde me encontrase en continuo peligro de ser aplastado, húmeda, fétida, abierta al viento y a la lluvia. Que él no se preocupara de entretenerme con algún pasatiempo o de darme alguna comodidad; por el contrario, apenas me suministre lo necesario para sustentarme; y además de esto se permitiera insultarme, menospreciarme, amenazarme y hacerme pegar por sus hijos y sus siervos. Si a él me quejara de estos maltratos, me respondería: «¿Quizás he hecho esta villa para ti? ¿Mantengo yo a mis hijos y a mis siervos para tu servicio? ¿Y no tengo otra cosa en qué pensar que en tu entretenimiento, o en procurarte una buena estancia?» A esto replicaría: «Mira, amigo, era tu facultad no invitarme. Pero puesto que espontáneamente has querido que yo venga, es tu deber obrar de tal modo que yo, en cuanto estoy bajo tu poder, viva por lo menos sin sufrimientos y sin peligro.» Tal digo ahora. Sé bien que tú no has hecho el mundo en servicio de los hombres. Más bien creería que lo hubieses hecho y ordenado expresamente para atormentarlos. Ahora pregunto: ¿Acaso yo te he rogado que me instalaras en este universo? ¿O me he entrometido violentamente y contra tu deseo? Pero si por tu voluntad y sin mi conocimiento, y de manera que no pudiera desconsentirlo ni rechazarlo, tú misma, con tus manos, me has colocado: ¿no es por tanto tu deber sino tenerme alegre y contento en este reino tuyo, al menos evitar que yo no sea atormentado y desgarrado, y que el existir no me dañe? Y esto que digo de mí lo digo de todo el género humano, lo digo de los otros animales y de toda criatura.

Naturaleza.—Tú pruebas no tener en mente que la vida de este universo es un perpetuo círculo de creación y destrucción, unidos ambos entre sí de manera que cada una sirve continuamente a la otra y a la conservación del mundo; el

cual, siempre que cesase una y otra vez, vendría asimismo disuelto. Por lo tanto, le resultaría perjudicial que hubiese en él alguna cosa libre de padecimiento.

ISLANDÉS.—Esto mismo oigo razonar por parte de los filósofos. Pero puesto que aquel que es destruido, padece; y aquel que destruye, no goza, y en breve es destruido igualmente; dime aquello que ningún filósofo me sabe decir: ¿a quién place o a quién gusta esta vida infelicísima del universo, conservada con el daño y con la muerte de todas las cosas que lo componen?

Mientras estaban con estos y símiles razonamientos, es noto que sobrevinieron dos leones, tan exhaustos y tan ajados por el agotamiento que apenas tuvieron fuerzas para comerse a aquel islandés, como hicieron; y tomando un poco de aliento se mantuvieron con vida por aquel día. Pero hay algunos que niegan este hecho y dicen que un ferocísimo viento se alzó mientras que el islandés hablaba, lo tiró por tierra, y encima le edificó un soberbísimo mausoleo de arena bajo el cual, disecado perfectamente y convertido en una bella momia, fue después hallado por ciertos viajeros y colocado en el museo de no sé cuál ciudad europea.

# Diálogo entre Torcuato Tasso y su genio familiar[1]

Genio.—¿Cómo estás, Torcuato?

Tasso.—Bien sabes cómo se puede estar en prisión, y con los problemas hasta el cuello.

Genio.—Vamos, después de cenar no es tiempo de afligirse. Ten buen ánimo y riamos juntos.

Tasso.—Soy poco apto. Pero tu presencia y tus palabras siempre me consuelan. Siéntate aquí cerca.

Genio.—¿Que yo me siente? Eso no es cosa fácil para un espíritu. Pero bien, imagina que estoy sentado.

Tasso.—Oh, si pudiese yo volver a ver a Eleonor. Cada vez que ella me viene a la mente, me da un escalofrío de felicidad que desde lo alto de la cabeza se extiende hasta la punta de los pies y no queda en mí nervio ni vena que no estén estremecidos. A veces, pensando en ella, se me reavivan en el ánimo ciertas imágenes y ciertos afectos, tales que por aquel breve tiempo me parece ser todavía aquel mismo Torcuato que era antes de haber tenido experiencia de las calamidades y de los hombres,

---

[1] Tuvo Torquato Tasso, durante su período de enfermedad mental, una opinión similar a la famosa de Sócrates: creía ver de cuando en cuando un espíritu bueno y amigo, y tener con él muchos y largos diálogos. Así lo leemos en la vida de Tasso escrita por Manso, el cual estuvo presente en uno de estos coloquios o soliloquios o como prefiramos llamarles.

y que ahora doy tantas veces por muerto. En verdad, yo diría que el uso del mundo y el ejercicio de los padecimientos suelen hundir y adormecer en cada uno de nosotros aquel primer hombre que éramos, el cual de cuando en cuando se despereza por poco tiempo, pero más raramente en el avance de los años; después se retira a nuestra intimidad y recae con mayor sueño que antes: mientras todavía dura nuestra vida, él muere. En fin, yo me maravillo de que el pensamiento de una mujer tenga tanta fuerza, de renovarme, por así decir, el alma, y hacerme olvidar tantas calamidades. Y si no fuese porque yo no tengo más esperanzas de volver a verla, creería no haber perdido todavía la facultad de ser feliz.

GENIO.—¿Cuál de las dos cosas estimas que sea más dulce: ver a la mujer amada o pensarla?

TASSO.—No lo sé. Cierto que cuando me era presente me parecía una mujer; lejana me parecía y me parece una diosa.

GENIO.—Estas diosas son tan benignas que cuando alguno se les acerca, en un momento replieglan su divinidad, se separan los rayos de alrededor y se los meten en el bolsillo para no deslumbrar al mortal que se pone delante.

TASSO.—Dices la verdad, pero no te parece este un gran pecado de las mujeres, que ellas nos parezcan tan diferentes de como nos las imaginábamos.

GENIO.—Yo no soy capaz de observar qué culpa tengan en ser de carne y sangre, y no de ambrosía y néctar. ¿Qué cosa hay en el mundo que tenga siquiera una sombra o una milésima parte de la perfección que vos pensáis que tengan que tener las mujeres? Y paréceme extraño que, no asombrándoos de que los hombres sean hombres, es decir, criaturas poco loables y poco amables, no sepáis comprender, como resulta, que las mujeres no sean ángeles.

TASSO.—A pesar de todo, yo ardo en deseos de volver a verla y volver a hablarle.

GENIO.—Bien, esta noche en sueños yo te llevaré a su lado; bella como la juventud y cortés en tal modo que tendrás necesi-

dad de ser mucho más franco y más encaminado que nunca; es más, le cogerás la mano; y ella, mirándote fijamente, te provocará en el alma una dulzura tal que tú quedarás sobrepasado; y durante todo el día, cuando te acuerdes de este sueño, te sentirás acariciar el corazón por la ternura.

Tasso.—Gran consuelo: un sueño en lugar de la verdad.

Genio.—¿Qué es la verdad?

Tasso.—Pilatos lo supo tanto como lo sé yo.

Genio.—Bien, responderé yo por ti. Sabed que de la verdad a lo soñado no hay más diferencia que este es más bello y más dulce de lo que aquella lo será jamás.

Tasso.—Entonces, ¿tanto vale un placer soñado como uno verdadero?

Genio.—Así lo creo. Es más, tengo noticia de uno que cuando la mujer que ama se le aparece en algún amable sueño, al día siguiente evita por todos los medios encontrarse con ella, sabiendo que ella no podría soportar la comparación con la imagen que el sueño le dejó impresa, y que la verdad, borrándole de la mente lo falso, le privaría del placer extraordinario que la imagen le proporciona. Pero no puedo condenar a los antiguos, mucho más solícitos, atentos e industriosos que vos, sobre cada clase de goce accesible a la naturaleza humana, que tuvieron por costumbre procurarse en varios modos la dulzura y la felicidad de los sueños; ni siquiera a Pitágoras se puede reprender por haber prohibido comer habas, creídas contrarias a la tranquilidad del sueño y aptas para enturbiarlo[2], y también hay que disculpar a los supersticiosos, que antes de acostarse solían orar y hacer libaciones a Mercurio, conductor de los sueños, para que no les privase de tal placer; y para ello tenían su imagen al

---

[2] Apolonio, *Hist. commentit.,* cap. 46. Cicerón, *de Divinai.,* lib. 1, cap. 30; lib. 2, cap. 58. Plinio, lib. 18, cap. 12. Plutarco, *Convival. Quæstion.,* lib. 8, *quæst.* 10, opp. tom. 2, pág. 734. Dioscórides, *de Materia Medica,* lib. 2, cap. 127.

pie de la cama[3]. Así, no encontrando nunca la felicidad en la vigilia, intentaban ser felices durmiendo; y creo que en parte y de algún modo lo consiguieron y que Mercurio a eso accediese mejor que los otros dioses.

TASSO.—Por tanto, ya que los hombres nacen y viven para el solo placer, o del cuerpo o del alma; y si por otra parte el placer está solo o máximamente en los sueños, conviene que nos determinemos a vivir para soñar; y a tal cosa, en verdad, no consigo reducirme.

GENIO.—Ya estáis reducido y determinado, pues vivís y consentís en vivir. ¿Qué cosa es el placer?

TASSO.—No tengo tanta experiencia de él para poder saber qué cosa sea.

GENIO.—Nadie lo conoce por experiencia, sino por especulación; porque el placer es un sujeto especulativo, y no real; un deseo, no un hecho; un sentimiento que el hombre concibe con el pensamiento y no prueba; o para decirlo mejor, un concepto y no un sentimiento. ¿No os percatáis que en tiempo mismo de vuestro placer, aunque deseado infinitamente, y procurado con fatigas y molestias indecibles; no pudiéndoos contentar el goce que obtenéis en cada uno de esos instantes, estáis siempre esperando un goce mayor y más verdadero del que consiste en suma tal placer; y os proyectáis continuamente a los instantes futuros de ese mismo placer? El cual acaba siempre antes de llegar al instante que os satisfaga; y no os deja más bien que la esperanza ciega de gozar mejor y más verdaderamente en otra ocasión, y el consuelo de fingir y contaros a vos mismo que habéis gozado, y contarlo también a los demás, no solo por orgullo, sino para ayudaros a persuadiros a vos mismo. Pero quien consiente vivir no lo hace en sustancia por otro efecto ni con

---

[3] Meursio, *Exercitat. critic.* par. 2, lib. 2, cap. 19, opp. vol. 5, col. 662.

otra utilidad que la de soñar; creer que se gozará o de haber gozado; ambas cosas fantásticas y falsas.

Tasso.—¿No pueden los hombres creer de gozar al momento presente?

Genio.—Siempre que creyesen eso, gozarían, es verdad. Pero dime tú si en algún instante de tu vida recuerdas haber dicho con plena sinceridad y opinión: «yo gozo». Más bien cada día has dicho y dices sinceramente: «yo gozaré»; y muchas veces, pero con sinceridad menor: «he gozado». De modo que el placer es siempre pasado o futuro, y nunca presente.

Tasso.—Que es como decir nunca.

Genio.—Así parece.

Tasso.—También en los sueños.

Genio.—Propiamente hablando.

Tasso.—Y, sin embargo, el objeto y la tendencia de nuestra vida, no solo esencial sino único, es el placer mismo; entendiendo por placer la felicidad, que debe en efecto ser placer; de cualquier cosa venga o proceda.

Genio.—Ciertísimo.

Tasso.—Por lo tanto, nuestra vida, faltándole siempre su fin, es continuamente imperfecta: y el vivir es por su propia naturaleza un estado violento.

Genio.—Quizá.

Tasso.—Para mí no es suficiente el quizá. ¿Para qué vivimos? ¿Por qué consentimos en vivir?

Genio.—¿Qué sé yo de eso? Mejor lo sabréis vos, que sois humano.

Tasso.—Yo te puedo jurar que no lo sé.

Genio.—Pregunta a alguien más sabio y quizá encuentres quien te resuelva esta duda.

Tasso.—Así haré. Pero cierto que esta vida es un estado violento: porque olvidándonos del dolor, el tedio me aniquila.

Genio.—¿Qué es el tedio?

Tasso.—Sobre esto la experiencia no falta para satisfacer tu pregunta. A mí me parece que el tedio tenga la naturaleza del

aire, el cual rellena todos los espacios entre las cosas materiales y todos los vanos contenidos en cada una de ellas; y cuando un cuerpo se parte y otro no lo rellena, entonces sucede inmediatamente. Así todos los intervalos de la vida humana alternando placeres y displaceres son ocupados por el tedio. Y como en el mundo material, según los peripatéticos, no se da vacío alguno, así en nuestra vida no se da vacío sino cuando la mente, por la razón que sea, interrumpe el uso del pensamiento. El resto del tiempo, el ánimo, considerado tanto en sí mismo como separado del cuerpo, se encuentra conteniendo alguna pasión; y cuando está libre de cualquier placer o displacer, está lleno de tedio, el cual también es pasión, tanto como el dolor y el deleite.

GENIO.—Además, todos vuestros placeres son de una materia similar a la tela de araña, tenue, sutil y transparente; y como el aire en ella, así el tedio penetra en todos vuestros placeres y los atesta. Verdaderamente por tedio no creo que se pueda entender más que el deseo puro de felicidad, no satisfecho por el placer y no ofendido abiertamente por el displacer. El buen deseo, como decíamos poco antes, no es nunca satisfecho; y el placer propiamente no se encuentra. Así que la vida humana, por decirlo de algún modo, está compuesta y tejida en parte por el dolor y en parte por el tedio; y tales pasiones no encuentran reposo sino cayendo la una en la otra. Y este no es tu destino particular, sino el de todos los hombres.

TASSO.—¿Qué remedio podría utilizar contra el tedio?

GENIO.—El sueño, el opio y el dolor. Y este es el más potente de todos, porque el hombre mientras padece no siente el tedio en manera alguna.

TASSO.—Ante tal medicina yo prefiero aburrirme toda la vida. Pero la variedad de acciones, ocupaciones y sentimientos, si bien no nos libra del tedio, aunque no nos proporciona deleite, nos consuela y conforta. Incluso en esta prisión, separado del comercio humano, siéndome quitado el escribir, reducido a contar por pasatiempo las campanadas del reloj,

a enumerar las vigas, las ventanas y las termitas de la madera, a considerar los ladrillos del pavimento, a distraerme con las mariposas y con los mosquitos que vuelan por la habitación, pasar casi todas las horas del mismo modo; no encuentro nada que disminuya la carga del tedio.

Genio.—Dime, ¿hace cuánto tiempo que estáis reducido a esta forma de vida?

Tasso.—Varias semanas, como sabes.

Genio.—¿No habéis notado desde el primer día hasta hoy alguna diferencia en el fastidio que te produce?

Tasso.—Es verdad que yo lo sentía mayor al principio, pues poco a poco la mente, no ocupada en otra cosa y no distraída, se está acostumbrando a conversar consigo misma cada vez más y con solaz mayor que antes, adquiriendo un hábito y una virtud de fabular consigo misma, es más, de charlar; tanto, que varias veces me parece casi tener compañía, que están dialogando, y cualquier mínimo tema que se me presente a la mente me basta para tener entre yo y yo mismo una gran parrafada.

Genio.—Este hábito lo verás conformarse y crecer día tras día, de modo que cuando se te devuelva la facultad de estar con otros hombres te parecerá estar más desocupado en su compañía que en soledad. Y esta costumbre en sí, de hecho, modo de vida, no creas que solo suceda a tus iguales, ya habituados a meditar; le sucede en mayor o menor medida a cualquiera. Es más, el estar separado de los hombres y, por así decir, de la vida misma, porta consigo esta utilidad; que el hombre, saciado, aclarado y desenamorado de las cosas humanas por la experiencia, poco a poco se acostumbra a mirarlas de lejos, desde donde parecen mucho más bellas y dignas que desde cerca; se olvida de su vanidad y miseria; torna a formarse y casi crearse el mundo a su modo; a apreciar, amar y desear la vida; de tales esperanzas, si no le ha sido arrebatado el poder o el confiar ser restituido a la sociedad, se va nutriendo y deleitando, como él solía en sus

primeros años. De modo que la soledad hace casi el oficio de la juventud, y ciertamente rejuvenece el ánimo, revaloriza y vuelve activa la imaginación, y renueva al hombre experimentado los beneficios de la primera inexperiencia por la que tú suspiras. Yo te dejo; que veo que el sueño te viene buscando; y me voy a proporcionarte el bello sueño que te he prometido. Así, entre soñar y fantasear, irás consumiendo la vida sin otra utilidad que la de consumarla; que este es el único fruto que en el mundo se puede tener, y el único objetivo que os debéis proponer cada mañana nada más despertaros. Muchísimas veces os conviene arrastrarla con los dientes: beato el día que podáis traerla con las manos o llevarla encima. Pero, en fin, tu tiempo no corre más lento en esta cárcel de lo que corre en las salas y en los huertos de quienes te oprimen. Adiós.

TASSO.—Adiós. Pero escucha. Tu conversación me reconforta mucho. No interrumpe mi tristeza; esta, la mayor parte del tiempo es como una noche oscurísima, sin Luna ni estrellas; mientras que contigo se asemeja a la bruma del crepúsculo, más grata que molesta. Confío en que de ahora en adelante yo pueda llamarte o encontrarte cuando te necesite, dime dónde acostumbras habitar.

GENIO.—¿Todavía no lo sabes? En cualquier vino generoso.

# Parini o de la gloria

## 1. Capítulo primero

Giuseppe Parini fue, en nuestra opinión, uno de los poquísimos italianos que a la excelencia en las letras aunaron la profundidad de pensamiento y un gran conocimiento y uso de la filosofía presente; cosas, por otra parte, tan necesarias a las bellas letras que no se concibe que puedan excluirse, si no fuera por los infinitos ejemplos que de esto se ve en Italia. Fue también, como es sabido, de singular inocencia, piadoso con los infelices y con la patria, confiado con los amigos, noble de ánimo y perseverante ante la adversidad de la naturaleza y la fortuna, que lo atormentaron toda su mísera y humilde vida hasta que la muerte lo libró de la oscuridad. Tuvo bastantes discípulos, a los cuales enseñaba primero a conocer a los hombres y sus cosas, y luego a complacerles con la elocuencia y con la poesía. Entre ellos había un joven de índole y ardor increíble para los buenos estudios, y con grandes expectativas, llegado no hacía mucho a su disciplina, al que un día habló del siguiente modo.

Tú buscas, hijo, la única gloria que, de entre todas, consiente hoy ser acogida por hombres de nacimiento humilde; que, a veces, se alcanza con la sabiduría, y con los estudios de las buenas doctrinas y de las buenas letras. En primer lugar, no ignores que esta gloria, a pesar de que la de nuestros sumos predecesores no se ha olvidado, fue, sin embargo, tenida en poca consideración, comparada con las demás; y bien has visto en cuántos lugares y con

cuánto esfuerzo Cicerón, su calurosísimo y felicísimo seguidor, se disculpa ante sus conciudadanos por el tiempo y el trabajo que invertía en procurarla, alegando que el estudio de las letras y de la filosofía no lo mermaban en modo alguno de los asuntos públicos, o que forzado por la iniquidad de los tiempos a abstenerse de asuntos mayores, aguardaba con el estudio consumir dignamente su ocio; y anteponiendo siempre a la gloria de sus escritos la de su consulado y la de las cosas hechas por él en beneficio de la república. Y si, ciertamente, la trama principal de las letras es la vida humana, la primera motivación de la filosofía consiste en ordenar nuestras acciones. No hay duda de que el actuar es mucho más digno y más noble que el meditar y el escribir, como es más noble el fin que el medio, y como las cosas y los sujetos importan más que las palabras y los razonamientos. Es más, ninguna disposición es creada por la naturaleza para el estudio ni el hombre nace para escribir, sino solo para actuar. Por ello vemos que la mayor parte de los excelentes escritores, y máxime de los poetas ilustres de esta nuestra época, como por ejemplo Vittorio Alfieri, fueron desde el principio inclinados extraordinariamente a emprender grandes acciones: las cuales, rechazadas en su tiempo y quizá impedidas por la propia fortuna, se encaminaron a escribir grandes cosas. Tampoco son particularmente aptos para escribir aquellos que no tienen disposición ni valor para actuar. Y puedes fácilmente considerar que en Italia, donde casi todos son de ánimo ajeno a los hechos egregios, cuán pocos adquirirán fama perdurable con la escritura. Creo que la Antigüedad, especialmente romana o griega, puede adecuadamente comprenderse por el modo en que fue esculpida en Argos la estatua de Telesilla, poetisa, guerrera y salvadora de la patria. La estatua la representaba con un yelmo en la mano que observaba atenta, manifestando el deseo de querer ponérselo; y a sus pies algunos volúmenes, casi descuidados por ella, como pequeña parte de su gloria[1].

---

[1] Pausanias, lib. 2, cap. 20, pág. 157.

Pero entre nosotros, modernos, excluidos por lo general de otra posible vía de celebridad, los que se afanan en el camino de los estudios demuestran en tal elección la mayor grandeza de ánimo que hoy puede manifestarse, y no tienen necesidad de disculparse con su patria. De manera que, en cuanto a la magnanimidad, alabo sumamente tu propósito. Mas por el hecho de que esta vía no es según la naturaleza de los hombres, no se puede seguir sin perjuicio del cuerpo ni sin multiplicar de muchos modos la infelicidad natural del propio ánimo; por eso, antes de nada, juzgo que sea conveniente y sea mi obligación, tanto por mi oficio como por la gran estima que mereces y que te tengo, hacerte presente, gracias a lo que hasta ahora he podido saber a través de la experiencia o la razón, las muchas dificultades que se interponen a la obtención de la gloria a la que aspiras; y también del fruto que ella te producirá en caso de que la consigas; para que valores por ti mismo, por una parte, cuál es la importancia y el valor del fin, y cuál la esperanza de obtenerlo; y por otra, los daños, el cansancio y el malestar que porta consigo el buscarlo (de los cuales te hablaré claramente en otra ocasión); de modo que puedas con pleno conocimiento considerar y decidir si es más conveniente seguirlo u orientarte en otra dirección.

## 2. Capítulo segundo

Podría comenzar extendiéndome largamente sobre las rivalidades, envidias, censuras acerbas, las calumnias, favoritismo, prácticas y manejos, ocultos y evidentes, contra tu reputación; y una infinidad de obstáculos más que la malignidad de los hombres opondrá al camino que has elegido. Tales obstáculos, siempre dificilísimos de superar, y a menudo insuperables, hacen que a más de un escritor, no solo en vida, sino también tras la muerte, le sea hurtado el honor que se le debe. Porque, viviendo sin fama por el odio o la envidia de los demás, muerto

persiste en la oscuridad, olvidado, pudiendo arduamente ocurrir que la gloria de alguno nazca o resurja en un tiempo en que, aparte de los escritos de por sí inmóviles y mudos, ya nada se recuerde de él. Mas las dificultades que nacen de la malicia de los hombres, habiendo sido ya abundantemente descritas por muchos, y a las cuales puedes recurrir, tengo intención de dejarlas aparte. Ni tampoco tengo ánimo de narrar los impedimentos que tienen origen en la propia fortuna del escritor, o en el caso, o en sutiles causas, las cuales no raramente hacen que algunos escritos dignos de gran alabanza y fruto de sudores infinitos sean perpetuamente excluidos de la celebridad, o sean conocidos breve tiempo, borrándose y disipándose enteramente de la memoria de los hombres; mientras que otros escritos de inferior o igual valor obtienen y se conservan con grandes honores. Yo solo quiero exponerte las dificultades y los apuros que, sin intervención de maldad humana, contrarrestan robustamente el premio de la gloria, no a uno u otro excepcionalmente, sino por lo común a la mayor parte de los grandes escritores.

Bien sabes que nadie se hace digno de este título ni se dirige a gloria cierta si no es por obras excelentísimas y perfectas, o próximas de algún modo a la perfección. Presta atención a una sentencia certísima de un autor lombardo, hablo del autor de *El Cortesano*[2], el cual dice: «Raras veces sucede que quien no está habituado a escribir, por erudito que sea, pueda nunca conocer el esfuerzo y la industria de los escritores ni apreciar la melosidad y excelencia de los estilos ni las intrínsecas advertencias que a menudo se encuentran en los antiguos». Ahora, en primer lugar, piensa cuán pequeño número de personas están acostumbradas y adiestradas a escribir, y por eso de qué ínfima parte de los hombres, presentes o futuros, puedas en algún modo esperar una magnífica opinión, que has propuesto como objetivo para tu vida. Además, considera la importancia en la escritura de la

---

[2] Lib. 1, ed. de Milán 1803, vol. 1, pág. 79.

fuerza del estilo; de cuya virtud, principalmente, y de cuya perfección depende la perpetuidad de las obras que caen de algún modo en el género de las letras amenas. Y muy a menudo sucede que si despojas de su estilo una escritura famosa, de la que pensabas que casi todo el valor estaba en las sentencias, la reduces a un estado que ella te parece cosa de escasa estima. También la lengua forma parte del estilo, es más, tiene tal conjunción con él que difícilmente se puede considerar una de estas cosas separada de la otra; a cada poco se confunden ambas, no solamente en las palabras de los hombres, también en el intelecto; y mil cualidades y mil méritos o defectos, apenas, o quizá en modo alguno, ni con la más sutil y minuciosa especulación se puedan distinguir y asignar a cuál de las dos cosas pertenece, por ser casi comunes e indivisas una y otra. Cierto que ningún extranjero está, volviendo a las palabras del Castiglione, *habituado a escribir* elegantemente en tu lengua. De modo que el estilo, parte tan importante y tan relevante del escribir, y cosa de inexplicable dificultad y esfuerzo, tanto para aprender la íntima y perfecta maestría como para ejercitarla, por instruido que se sea no tiene propiamente otros jueces ni más adecuados críticos ni capacitados para poder alabar su mérito que aquellos que en una sola nación del mundo tienen costumbre de escribir. Y para el resto del género humano todas las inmensas dificultades y esfuerzos sostenidos sobre ese estilo resultan en buena parte, o quizá en su totalidad, inútiles y esparcidos al viento. Omito la infinita variedad de juicios e inclinaciones de los literatos para los que el número de personas aptas para escuchar las cualidades loables de este o de aquel libro se reducen todavía mucho más.

Mas quiero que consideres indiscutible que para conocer el valor de una obra perfecta o cercana a la perfección, y capaz verdaderamente de la inmortalidad, no basta estar acostumbrado a escribir; es preciso saber hacerlo casi tan perfectamente como el mismo escritor que quieras juzgar. Por tanto, la experiencia te mostrará que cuando vayas conociendo más íntimamente las virtudes en que consiste el perfecto escribir, y las infinitas

dificultades que se experimentan para conquistarlo, aprenderás mejor el modo de superar unas y conseguir otras; de tal modo que ningún vano ni ninguna diferencia habrá entre conocer y aprender a poseer dicho arte. El hombre no llega a poder distinguir ni apreciar completamente la excelencia de los escritores óptimos antes de que adquiera la facultad de poder representar tal excelencia en sus escritos porque la excelencia no se conoce ni se aprecia totalmente sino por medio del uso y del propio ejercicio, es casi, por así decir, transferida a sí misma. Y antes de tal maestría, ninguno en verdad sabe qué y cuál sea propiamente el perfecto escribir. Mas no sabiendo esto, no puede tampoco tener la debida admiración por los escritores sumos. Y la mayor parte de aquellos que atienden a los estudios, escribiendo fácilmente, y creyendo escribir bien, tiene como verdad segura, aunque digan lo contrario, que escribir bien es cosa fácil. Ahora sabes a qué se reduce el número de aquellos que deberían poder admirarte y saber alabarte dignamente cuando tú, con sudores y con trastornos infinitos, seas al fin capaz de producir una obra egregia y perfecta. Puedo decirte (y cree a esta edad canosa) que hay apenas dos o tres hoy en Italia que posean el modo y el arte del óptimo escribir. Y si tal número te parece excesivamente pequeño, no pienses que sería mayor en otro tiempo o en otro lugar.

Muchas veces me sorprendo de cómo, pongamos por caso, Virgilio, ejemplo supremo de perfección para los escritores, ha llegado y se mantiene en la cima de la gloria. A pesar de que yo presuma poco de mí mismo, y crea no poder nunca disfrutar y conocer cada parte de todo su valor y de toda su maestría, realmente tengo por cierto que el número máximo de sus lectores y aduladores no aprehende en sus poemas más que una belleza por cada diez o veinte que a mí, por el mucho releerlo y meditarlo, alcanzo a descubrir. En verdad, sostengo que la altura de la estima y de la reverencia hacia los escritores sumos provenga comúnmente, incluso en los que los leen y tratan, más bien de la costumbre ciegamente abrazada que del juicio propio y del reconocer en ellos de alguna manera tal mérito. Recuerdo el tiem-

po de mi juventud, cuando leyendo los poemas de Virgilio con plena libertad de juicio por una parte, y ninguna preocupación de la autoridad de los demás, lo que no es común a muchos; y por otra parte con la impericia habitual a esa edad, pero quizá no mayor a la que en muchísimos lectores es perpetua, rechazaba participar del juicio común, no descubriendo en Virgilio mucha mayor virtud que en los poetas mediocres. Incluso casi me sorprendía de que la fama de Virgilio haya podido prevalecer sobre la de Lucano. Ves que la multitud de lectores, no solo en los siglos de juicio falso y corrupto, más incluso de sanas y bien templadas letras, está más embelesado por las bellezas toscas y evidentes que por las delicadas y veladas; más del ardid que de la sinceridad, de lo aparente que de sustancial y, por lo general, más de lo mediocre que de lo óptimo. Leyendo las cartas de un príncipe, ciertamente de escaso ingenio pero acostumbrado a disponer en las argucias, en la inestabilidad, en la sutileza, casi toda las excelencias del escribir, advierto manifiestamente que él, en la intimidad de sus pensamientos, anteponía la *Henríada* a la *Eneida;* aunque no osase proferir esta sentencia por el temor de ofender los oídos de los hombres. En fin, me asombro de que el juicio de poquísimos, aun cuando correcto, haya podido vencer el de infinitos, y producir de modo universal la conformidad de estima tan ciega como justa. Lo que no sucede siempre, pero presumo que la fama de los escritores óptimos suele ser efecto del caso más que de su mérito, como quizá te será confirmado por lo que voy a decirte en el desarrollo de mi discurso.

## 3. Capítulo tercero

Hemos visto cuán pocos tendrán la capacidad de admirarte cuando hayas llegado a la excelencia que te propones. Considera que más de un impedimento puede interponerse también ante estos pocos, y que no tengan una digna estima de tu valor, aunque vean sus signos. Sin ninguna duda, los escritos elocuentes o

poéticos, de cualquier clase, no se juzgan tanto por sus íntimas cualidades cuanto por el efecto que hacen en el ánimo de quien lee. De modo que los lectores, al formarse un juicio, los juzgan más, por así decir, por estos efectos que por sus cualidades. De ello resulta que los hombres de naturaleza torpe y de corazón e imaginación fríos, aunque dotados de buen entendimiento, gran agudeza de ingenio y de doctrina no mediocre, son casi todos incapaces de juzgar convenientemente sobre tales escritos, no pudiendo en parte alguna identificar el ánimo propio con el del escritor y, ordinariamente, en su fuero interno, los desprecian porque leyéndolos y sabiéndolos famosísimos no descubren la causa de su fama, pues no les llega de su lectura ni emoción ni imagen alguna ni, por tanto, ningún deleite significativo. Ahora bien, a aquellos que por naturaleza están dispuestos y preparados para recibir y renovar en sí alguna imagen o afecto que los escritores han sabido adecuadamente expresar, les sobrevienen muchísimos tiempos de frialdad, despreocupación, languidez de ánimo, insensibilidad y disposiciones tales que, mientras duran, los rinde o conforma o asimila a los anteriores; y ello por diversísimas causas, intrínsecas o extrínsecas, pertenecientes al espíritu o al cuerpo, transitorias o permanentes. En tales tiempos, ninguno, incluso si fuera otro escritor sumo, es buen juez de los escritos destinados a conmover el corazón o la imaginación. Omito la saciedad de los deleites probados poco antes a tales lecturas; y las pasiones, más o menos fuertes, que sobrevienen de tiempo en tiempo, y que teniendo muy a menudo ocupado gran parte del ánimo, no dan lugar a los movimientos que en otras ocasiones os habrían suscitado las cosas leídas. Así, por las mismas o símiles causas, a menudo vemos que idénticos lugares, espectáculos naturales o de otro género, las músicas y cientos de cosas tales que en otros tiempos nos conmovieron o habrían sido propicias para conmovernos si las hubiéramos visto u oído, viéndolas y escuchándolas ahora, nada nos conmueven ni placen, y no por ello son menos bellas o eficaces de lo que entonces fueron.

Pero cuando, por alguna de dichas razones, el hombre está mal dispuesto a los valores de la elocuencia y de la poesía, no deja, sin embargo, ni cesa de realizar un juicio sobre los libros pertenecientes a un género u otro, que acontece que lea entonces por primera vez. Yo acostumbro a retomar a Homero o a Cicerón o a Petrarca, y no conmoverme por tal lectura en modo alguno. Sin embargo, como sabedor y seguro de la trascendencia de escritores tales, tanto por la antigua fama como por la experiencia del placer obtenido con ellos otras veces, no hago por la insipidez presente dictamen alguno contrario a su mérito. Pero en los escritos que se leen por primera vez y que, al ser nuevos, no han podido todavía hacerse escuchar o confirmarse de tal modo que no quede lugar a dudas sobre su valor, nada prohíbe que el lector, juzgándolo por el efecto que causan presentemente en el ánimo propio, y no encontrándose este en disposición de recibir los sentimientos y las imágenes deseados por quien escribe, haga un mermado juicio de autores y obras excelentes. Juicio que no es fácil que modifique más tarde por otras lecturas de los mismos libros, hechas en tiempos mejores, porque es muy probable que el tedio probado en la primera lo desalentará de las siguientes y, en todo caso, ¿quién no sabe lo importantes que son las primeras impresiones, y el estar condicionado por un juicio previo, aunque sea falso?

Por lo contrario, algunas veces encuéntranse los ánimos, por una u otra razón, en un estado de emoción, sentido, vigor y calidez tal, o igualmente abiertos y preparados que siguen el más mínimo impulso de la lectura, sienten vivamente cada ligera pincelada, y con la ocasión de lo que leen, crean en sí mil movimientos y mil imaginaciones, errando a veces en un delirio dulcísimo y casi arrebatados, fuera de sí. De esto fácilmente deriva que, observando los deleites obtenidos en la lectura, y confundiendo los efectos de la virtud y de la disposición propia con lo que pertenecen verdaderamente al libro, resten presos de un gran amor y admiración hacia ellos, y tengan una estima mucho mayor de la apropiada, incluso anteponiéndolos a otros libros más dignos,

pero leídos en coyuntura menos propicia. Observa entonces a cuántas incertidumbres están sometidas la verdad y la rectitud de los juicios, incluso de las personas idóneas, sobre los escritos y los ingenios ajenos, omitida incluso cualquier malignidad o favor. La incertidumbre es tal que el hombre disiente grandemente de la propia estimación de obras de igual valor, e incluso de la misma obra, en diferentes momentos de la vida, en diferentes casos, e incluso en diferentes horas del día.

## 4. Capítulo cuarto

Con el fin de que no creas que las dificultades mencionadas, radicadas en el ánimo de lectores no bien dispuestos, ocurren raras veces y son insólitas, considera que ninguna cosa es más común en el hombre que atenuarse con el pasar de la edad la disposición natural a sentir los placeres de la elocuencia y de la poesía, al igual que de las otras artes figurativas y de toda belleza mundana. Tal decaimiento del ánimo, prescrito por la misma naturaleza a nuestra vida, es hoy mucho mayor que en cualquier otro tiempo; presto comienza y tiene mayor progresión, especialmente en los estudiosos, puesto que a la experiencia individual se le añade, en mayor o menor grado, el artificio nacido por la costumbre y la especulación de tantos siglos pasados. Por tal cosa, y por las presentes condiciones del vivir civil, se disipan fácilmente de la imaginación de los hombres los fantasmas de la primera edad, y con ellas las esperanzas del ánimo, y con las esperanzas gran parte de los deseos, de las pasiones, del fervor, de la vida, de las facultades. Por tal cosa admiro que hombres de edad madura, máximamente doctos y consagrados a meditar sobre las cosas humanas, estén todavía subyugados por la virtud de la elocuencia y de la poesía, y sobre todo por el hecho de que de cuando en cuando ellas se encuentren impedidas de causar en ellos efecto alguno. Por lo tanto, ten por cierto que para ser impetuosamente movido por lo bello y por la gran imaginación,

es necesario creer que haya en la humana vida algo que de verdad sea grande y bello, y que lo poético del mundo no sea todo fábula. Cosas tales que el joven siempre cree, aunque intuya lo contrario, hasta que su propia experiencia sustituye tal fe; pero son difícilmente creídas después de sufrir la mezquina disciplina del uso práctico, máxime donde la experiencia está unida al hábito de especular y a la doctrina.

De este discurso se concluiría que, generalmente, los jóvenes serían mejores jueces de las obras dirigidas a suscitar afectos e imágenes de lo que lo son los hombres maduros o viejos. Pero por otra parte, se observa que los jóvenes no habituados a la lectura buscan en ella un placer de cualidad imposible o infinito más allá de lo humano; y no encontrándolo, desprecian a los escritores, lo que también en otra edad, por causas símiles, ocurre algunas veces a los iletrados. Aquellos jóvenes que se entregan a las letras anteponen fácilmente, tanto en el escribir como en el juzgar los escritos de otros, lo excesivo a lo moderado, lo soberbio o el amanerado de los modos, los ornamentos a lo simple y natural, y las bellezas falaces a las verdaderas; en parte por la poca experiencia, en parte por el ímpetu de la edad. De donde los jóvenes, que sin duda alguna son la parte de los hombres más dispuesta a alabar lo que a ellos les parece bueno, de la manera más veraz y sincera, raras veces son aptos para apreciar la madura y completa bondad de las obras literarias. Con el progreso de los años crece la aptitud que procede del arte y decrece la natural. No obstante, ambas son necesarias a tal fin.

Cualquiera que viva en una gran ciudad, por mucho que sea por naturaleza cálido y despierto de corazón e imaginación, no sé (excepto si, por ejemplo, como tú, no pasa en soledad la mayor parte del tiempo) cómo puede obtener de la belleza de la naturaleza o de las letras algún sentimiento tierno o generoso, alguna imagen sublime o graciosa, porque pocas cosas son tan contrarias al estado de ánimo que nos hacen capaces de tales deleites como el parloteo entre hombres, el estrépito de estos lugares, el espectáculo de la magnificencia vana, por la ligereza

de las mentes, por la falsedad perpetua, por las preocupaciones míseras y por el ocio aún más mísero que imperan en ella. En cuanto al vulgo de los literatos, aseguraría que los de las ciudades grandes son menos capaces de juzgar libros que los de las pequeñas: las grandes ciudades, como las demás cosas, son por lo común falsas y vanas, así la literatura usualmente es falsa y vana, o superficial. Y si los antiguos reputaban los ejercicios de las letras y de las ciencias como reposo y placer, en comparación con los negocios, hoy la mayor parte de los que en la gran ciudad hacen profesión de estudiosos reputan y, efectivamente, acostumbran los estudios y el escribir como placer y reposo de los otros placeres.

Creo que las obras estimables de pintura, escultura y arquitectura serían más apreciadas si estuvieran distribuidas por provincias, en las ciudades medianas y pequeñas, que acumuladas como lo son en las metrópolis, donde los hombres, en parte atiborrados de infinitos pensamientos, en parte ocupados en mil divertimentos, y con el ánimo dispuesto naturalmente o constreñido a su pesar a la distracción, a la frivolidad y a la vanidad, rarísimas veces son capaces de placeres íntimos del espíritu. Además, la multitud de tantas bellezas reunidas distrae el ánimo de modo que no atendiendo a ninguna de ellas sino poco, no puede recibir un sentimiento intenso; o genera tal saciedad que ellas se contemplan con la misma frialdad interna como se hace con cualquier objeto vulgar. Lo mismo dicen de la música: la cual en las otras ciudades no se encuentra ejercitada tan perfectamente, y con tal aparato, como en las grandes, donde los ánimos están menos dispuestos a las emociones admirables de tal arte y son menos, por así decir, musicales que en otro lugar. Pero con todo, a las artes le es necesario la sede en las ciudades grandes para conseguir y para poner en marcha su perfección, pero no por ello es menos cierto que el placer que ofrecen en tal sede a los hombres sea bastante menor del que ofrecería en otra parte. Y se puede decir que los artífices, en la soledad y en el silencio, procuran con asiduas vigilias, ingenios y afanes,

el deleite a personas que, acostumbradas a moverse entre la muchedumbre y el ruido, no gustarán sino una pequeñísima parte del fruto de tantas fatigas. Tal suerte de los artífices cae también de modo proporcional en los escritores.

## 5. Capítulo quinto

Pero sea tomado lo anterior como un apunte. Ahora, volviendo al argumento, manifiesto que los escritos más cercanos a la perfección tienen esta propiedad: ordinariamente, la segunda lectura place más que la primera. Lo contrario adviene en muchos libros mediocres, aunque sean compuestos con arte y diligencia y no privados, sin embargo, de cierto valor extrínseco y aparente; los cuales, por releídos que sean, no satisfacen las expectativas que se habían creado en la primera lectura. Pero leídos unos y otros una vez sola engañan a veces de tal modo que incluso los doctos y expertos anteponen los mediocres a los óptimos. Tienes que considerar que hoy, incluso las personas dedicadas a los estudios durante toda su vida, con mucha dificultad se deciden a releer libros recientes, máxime si el género tiene por fin propio el deleite. Tal cosa no sucedía a los antiguos, debido a la menor abundancia de libros. Pero este tiempo, rico de escrituras que sucesivamente nos han dejado tantos siglos, en este presente número de naciones literarias, en esta excesiva abundancia de libros producidos diariamente por cada una de ellas, en tanto recíproco comercio entre sí; además de esto, en tanta multitud y variedad de lenguas escritas, antiguas y modernas, en tanto número y amplitud de ciencias y doctrinas de todo estilo, y estas tan estrechamente conectadas y unidas entre sí, que el estudioso está obligado a extenuarse por abrazarlas todas, según su posibilidad, bien ves que falta el tiempo no ya para las segundas, sino para las primeras lecturas, por ello cualquier juicio que se haga de los libros nuevos, una vez hecho, difícilmente se cambia. Añade que

por las mismas causas, incluso en la primera lectura de dichos libros, máxime de género ameno, poquísimas y rarísimas veces ponen tanta atención y tanto estudio como es necesario para descubrir la fatigosa perfección, el arte íntimo y las virtudes modestas y recónditas de los escritos. De modo que hoy es peor la condición de los libros perfectos que la de los mediocres; las bellezas o dotes de una gran parte de los cuales, verdaderas o falsas, son expuestas a la mirada de manera que, por pequeñas que sean, fácilmente se vislumbran a primera vista. Y podemos decir con razón que el esforzarse en escribir perfectamente es casi inútil para obtener la fama. Por otra parte, los libros compuestos, como son casi todos los modernos, apresuradamente, y lejanos de cualquier perfección, aunque sean celebrados por algún tiempo, no cesan de perecer en breve, como se ve continuamente. Bien es verdad que el uso que hoy se hace del escribir es tan grande que aunque muchos escritos dignísimos de reconocimiento, y elevados a la fama, de allí a poco, y antes hayan podido (por así decir) arraigar la propia celebridad, por el inmenso flujo de libros nuevos que vienen continuamente a la luz, perecen sin otra razón, dejando lugar a otros, dignos o indignos, que ocupan la fama por breve espacio. Así, a un mismo tiempo, una sola gloria nos es dada seguir, de las tantas que fueron propuestas a los antiguos; y esa misma con mucha mayor dificultad se alcanza hoy que antiguamente.

Solos, en este naufragio continuo y común tanto de los escritos nobles como de los plebeyos, emergen los libros antiguos, los cuales por la fama ya establecida y corroborada por lo dilatado de la edad, no solo se leen todavía diligentemente, también se releen y estudian. Y nota que un libro moderno, aunque si de perfección fuese comparable a los antiguos, difícilmente o de ningún modo podría, no digo poseer el mismo grado de gloria, sino producir tanta alegría como de los antiguos se recibe. Y esto por dos razones: la primera es que no sería leído con el esmero y sutileza que se usa en los escritos célebres desde gran tiempo, y por pocos releído, y por nadie

estudiado, porque no se estudian libros, excepto científicos, hasta que no hayan devenido antiguos. La otra es que la fama perdurable y universal de la escritura, suponiendo que al principio no naciese de más causa que del mérito propio e intrínseco, una vez nacida y crecida, multiplica de tal modo el valor de lo escrito que se torna bastante más grato a leer de lo que fue antes; y tal vez la mayor parte del deleite que se prueba nace simplemente de la misma fama. Y a tal propósito vuélvenme a la mente algunas advertencias notables de un filósofo francés; el cual[3], en resumen, discurriendo en torno al origen de los placeres humanos, dice así: «Muchas causas de goce compone y crea nuestro mismo ánimo a sí propio, máxime uniendo entre ellas diversas cosas. Por ello, muy a menudo acaece que lo que place una vez, plazca similarmente otra solo por haber sido placentero anteriormente, uniendo nosotros la imagen del presente con la del pasado. A modo de ejemplo, una comediante que ha gustado a los espectadores en la escena placerá verosímilmente a los mismos también en sus habitaciones; pues ya sea el sonido de su voz, sea la recitación, sea el haber estado presentes en los aplausos dirigidos a la mujer, y de algún modo el concepto de princesa unido al que le es propio, se compondrá una combinación de varias causas que producirá un placer solo. Indiscutiblemente en la mente de cada uno abundan todo el día imágenes de consideraciones accesorias a las principales. De aquí surge que las mujeres provistas de gran reputación y empañadas por algún pequeño defecto agregan de tal modo honor a ese defecto, provocando que los demás lo aprecien con estima y gentileza. Y verdaderamente el particular amor que ponemos unos en una, otros en otra mujer, está fundado la mayor de las veces sobre la sola preocupación que nace en su favor o de la nobleza de la sangre, o de las riquezas, o de los honores que le rinden o de la estima que le es

---

[3] Montesquieu, *Fragment sur le Goût: de la sensibilité.*

dada por algunos»; a menudo también por la fama, verdadera o falsa, de belleza o de gracia, o por el mismo amor que le han tenido antes o ahora otras personas. ¿Y quién no sabe que casi todos los placeres vienen más de nuestra imaginación que de las propias cualidades de las cosas placenteras?

Tales advertencias convienen óptimamente a los escritos no menos que a las demás cosas. Si hoy saliese a la luz un poema de igual o superior valor a la *Ilíada,* leído atentísimamente por algún perfecto juez de cosas poéticas le resultaría bastante menos agradable y menos placentero que aquella, y por tanto lo tendría en mucha menor estima porque las virtudes propias del poema nuevo no serían ayudadas por la fama de veintisiete siglos ni de mil memorias y mil respetos, como están las virtudes de la *Ilíada*. Del mismo modo, quien leyese cuidadosamente o la *Jerusalén* o el *Furioso*, ignorando totalmente o en parte su celebridad, sentiría en la lectura mucho menor deleite que los demás. En fin, hablando generalmente, los primeros lectores de cualquier obra egregia y los contemporáneos de quien la escribió, suponiendo que obtenga fama en la posteridad, son los que al leerla gozan menos de todos, lo que resulta un grandísimo perjuicio para los escritores.

## 6. Capítulo sexto

Estas son en parte las dificultades que te impedirán la adquisición de la gloria entre los estudiosos y entre los brillantes en el arte del escribir y en la doctrina. Y en cuanto a aquellos que, si bien bastante provistos de la erudición que hoy hace parte, se puede decir, necesaria de la cultura, no hace profesión alguna ni de estudio ni escritura y leen solo por pasatiempo, bien sabes que no son aptos más que para gozar mediocremente de la bondad de los libros, y esto, además de lo dicho anteriormente, por otra razón que me queda por decir. Estos tales no buscan más en lo que leen que el deleite presente. Pero

el presente es pequeño e insípido por naturaleza a todos los hombres. Donde cada cosa más dulce, y como dice Homero,

Venus, el sueño, el canto y las canciones

pronto y por necesidad se convierten en tedio si a la presente ocupación no se añade la esperanza de algún deleite o comodidad futura que de él dependa. Pero la condición del hombre le impide de algún goce satisfactorio que no consista en la esperanza, cuya fuerza es tal que muchísimas ocupaciones privadas de cualquier placer, e incluso aburridas y fatigosas, acompañándolas de la esperanza de algún fruto, transfórmanse en gratísimas y alegrísimas, por largas que sean; y al contrario, las cosas que se estiman placenteras, alejada la esperanza, producen fastidio, por así decir, apenas gustadas. En tanto vemos que los estudiosos leen insaciablemente, aunque la lectura sea aridísima, y sienten un perpetuo deleite en sus estudios, prolongándolos por buena parte del día, en cuanto que en la una y en los otros ellos tengan siempre ante los ojos un objetivo colocado en el futuro y una esperanza de progreso y de alegría, cualquiera que sea; y en el mismo leer que hacen algunas veces casi por ocio y pasatiempo, no dejan de proponerse, además del deleite presente, alguna otra utilidad más o menos determinada. Mientras los demás no buscan en la lectura más fin que el que se contiene, por así decir, en esa lectura, hasta en las primeras páginas de los libros más placenteros y más suaves, después de un vano placer, se sienten saciados: así que suelen estar nauseabundamente errando de libro en libro, y al fin se extrañan la mayor parte de ellos de cómo alguien puede recibir de la larga lectura un gran placer. De tal modo, por esto debes saber que todo arte, industria y fatiga de quien escribe es obviada casi del todo por tales personas; las cuales generalmente engrosan el número de lectores. También los estudiosos, mudando al andar de los años, como a menudo ocurre, la materia y cualidad de sus estudios, apenas soportan la lectura de libros con los cuales en otro tiempo fueron o habrían

podido ser deleitados abundantemente; y si bien tienen todavía la inteligencia y la pericia necesarias para reconocer el valor, no sienten más que tedio porque no esperan de ellos utilidad alguna.

## 7. Capítulo séptimo

Hasta aquí se ha hablado de la escritura en general, y de ciertas cosas que incumben principalmente a las letras amenas, al estudio de las cuales veo que te inclinas más que a ninguna otra. Hablemos ahora particularmente de la filosofía, no queriendo, sin embargo, separar aquella de esta, de la cual depende totalmente. Pensarás que tal vez derivándose la filosofía de la razón, de la que el universo de los hombres civilizados participa quizá más que de la imaginación y que de la facultad del corazón; el valor de las obras filosóficas deba ser conocido más fácilmente y por mayor número de personas que el valor de los poemas y demás escritos que conciernen a lo placentero y a lo bello. Mas yo estimo que el juicio equilibrado y el perfecto entendimiento sea poco menos raro sobre aquellos que sobre estos. Primeramente, ten por cosa cierta que para hacer progresos notables en la filosofía no bastan un ingenio sutil y una gran facultad para razonar, también se precisa abundante fuerza en la imaginación; Descartes, Galileo, Leibniz, Newton, Vico, con la innata capacidad de sus intelectos, habrían podido ser sumos poetas, y a la inversa Homero, Dante, Shakespeare, sumos filósofos. Pero debido a que esta materia, para explicarla y tratarla plenamente, necesitaría muchas palabras y nos alejaría demasiado de nuestro propósito, me contentaré con esta breve observación y, continuando, digo que solo los filósofos pueden conocer perfectamente el valor y sentir el deleite de los libros filosóficos. Refiriéndome a la sustancia de dichos libros, y no a cualquier ornamento que puedan tener de palabra, estilo o de otro tipo. Por lo tanto, como los hombres de naturaleza,

por decirlo así, impoética, si bien entienden las palabras y el sentido, no reciben las emociones ni las imágenes del poema, sucede a menudo a los que no están habituados ni a meditar ni a filosofar, o que no son aptos para pensar profundamente, por verdaderos y cuidadosos que sean los discursos y las conclusiones del filósofo, y por claro que sea el modo empleado para exponer los unos y las otras, entienden las palabras y lo que él quiere decir, pero no la verdad de sus dichos. Ya que, no teniendo la facultad o el hábito de penetrar con el pensamiento en la intimidad de las cosas ni de analizar y dividir las propias ideas en sus mínimas partes ni de unir y sintetizar un buen número de esas ideas, ni de contemplar con la mente al mismo tiempo muchos particulares para poder deducir una idea general, ni de seguir infatigablemente con el ojo del intelecto un largo orden de verdades conexas entre ellas sucesivamente, ni de descubrir las sutiles y secretas afinidades que tiene cada verdad con otras ciento, no pueden fácilmente, o de manera alguna, imitar o repetir con la propia mente las operaciones hechas ni probar las impresiones probadas por la mente del filósofo, siendo este el único modo de ver, comprender y estimar convenientemente todas las causas que indujeron al filósofo a hacer este o aquel juicio, afirmar o negar esta o aquella cosa, dudar de tal o de tal otra. Así que, aunque entiendan sus conceptos, no entienden que sean verdaderos y demostrables, no teniendo y no pudiendo hacer una experiencia de su verdad y de su probabilidad. Cosa poco diversa de la que a los hombres naturalmente fríos sucede con la imaginación y los afectos expresados por los poetas. Y bien sabes que es común al poeta y al filósofo el internarse en la profundidad de los ánimos humanos y traer a la luz sus íntimas cualidades y variedades, los funcionamientos, los movimientos y los sucesos ocultos, las causas y los efectos de las unas y de los otros: cosas que, los que no son aptos para sentir en sí la correspondencia de los pensamientos poéticos con los verdaderos, tampoco sienten ni conocen la de los filósofos con la de los poetas.

De dichas causas nace lo que cada día vemos, que muchas obras egregias, no obstante de ser igualmente claras e inteligibles para todos, a algunos les parece que contienen mil verdades ciertísimas, mientras a otros mil manifiestos errores: por lo que ellas son impugnadas, pública o privadamente, no solo por malignidad o por interés o por otras símiles razones, sino también por imbecilidad de mente y por incapacidad de sentir y de comprender la certeza de sus principios, la rectitud de las deducciones y conclusiones y, generalmente, la conveniencia, la eficacia y la verdad de sus razonamientos. Demasiadas veces las más estupendas obras filosóficas son acusadas de oscuridad, pero no es por culpa de los escritores, sino por la profundidad o la novedad de los sentimientos, por un lado, y por el otro, por la oscuridad del intelecto de quien no las podría comprender en modo alguno. Considera entonces cómo en el género filosófico también son muchas las dificultades para obtener alabanza, por merecida que sea. Y ten presente que, aunque yo no lo exprese, el número de filósofos verdaderos y profundos, fuera de los cuales no hay quien sepa tener adecuada estima de los demás, es mínimo incluso en la edad presente, aunque se consagre al amor de la filosofía más que las pasadas. Omito las varias facciones, o como se convenga en llamarlas, en las que están divididos hoy, como siempre ha sido, aquellos que hacen profesión de filosofar: cada una de las cuales niega ordinariamente la debida alabanza y estima a las otras no solo por voluntad, sino por tener el intelecto ocupado por otros principios.

## 8. Capítulo octavo

Si más tarde (pues nada puede augurarse de este talento) ascendieses gracias al saber y la meditación a gran altura y fueras capaz, como han hecho los espíritus electos, de descubrir alguna principalísima verdad, que no solo había sido desconocida en todo tiempo, sino que era completamente ajena a la experiencia

de los hombres, y de todo diversa o contraria a las opiniones presentes, incluso la de los sabios, no pienses que recibirás en vida alguna alabanza no vulgar por este descubrimiento. Es más, no te será dada alabanza ni siquiera de los doctos (exceptuando quizá la mínima parte), hasta que repetidas mil veces ora por uno ora por otro, poco a poco y tras largo tiempo, los hombres se acostumbren primero con las orejas y después con el intelecto a esas mismas verdades. Puesto que ninguna verdad, nueva y del todo ajena a los juicios corrientes, aun cuando fuese demostrada con evidencia y certeza conforme o similar a la geométrica por el primero que la advierte, no fue nunca posible, si es que las demostraciones no fueron experimentales, introducirla y establecerla en el mundo súbitamente, sino que solo fue posible con el curso del tiempo mediante la costumbre y el ejemplo: acostumbrándose los hombres a creerlas como a cualquier otra cosa; es más, creyendo generalmente por costumbre, no por la certeza de pruebas evidenciadas en su mente, tanto que finalmente esa verdad, comenzada a enseñar a los niños, fue aceptada comúnmente, recordada con asombro la ignorancia de la misma, y escarnecidas las sentencias diversas, tanto de los antepasados como de los presentes. Y la aceptación de las verdades fue más difícil y compleja cuando nuevas e inauditas, fueron mayores y más importantes y, por lo tanto, contrarias a la opinión mayoritaria radicada en la mente. Tampoco los intelectos agudos y activos comprenden fácilmente la validez de las razones que demuestran verdades inusitadas y que sobrepasan demasiado los términos presentes del conocimiento y del uso de esos intelectos; máxime cuando tales razones y tales verdades repugnan a las creencias inveteradas de tales términos. Descartes, en su tiempo, en la geometría, que amplificó maravillosamente adaptando el álgebra y con otros descubrimientos, no fue ni siquiera entendido sino por poquísimos. Lo mismo le sucedió a Newton. En verdad, la condición de los hombres extraordinariamente superiores en sabiduría a la propia época no es muy diferente a la de los literatos y doctos que viven en ciudades o provincias carentes de estudios,

ya que ni estos, como diré más adelante, por sus conciudadanos o provincianos, ni aquellos por los contemporáneos, son tenidos en cuenta como merecerían; es más, muchísimas veces son vilipendiados por la diversidad de vida o de opinión con respecto a los demás y por la común ineptitud para reconocer el valor de sus capacidades y obras.

No hay duda de que el género humano en estos tiempos, e incluso desde la restauración de la civilización, va prosiguiendo adelante continuamente en el saber. Pero su proceder es torpe y moderado, mientras los espíritus sumos y singulares que se dedican a la especulación de este universo sensible o inteligible al hombre, y al descubrimiento de lo verdadero, caminan, es más, a veces corren velozmente, y casi sin mesura alguna. Y no por ello hacen que el mundo, al verlos proceder así expeditos, apresure tanto el camino que los alcance un poco más tarde, allí donde se detengan. Al contrario, no muda su paso y no alcanza a veces a este o aquel fin sino solamente tras uno o más siglos y después de que un alto espíritu se haya dirigido a él.

Es opinión, se puede decir, universal que el saber humano debe la mayor parte de su progreso a los intelectos supremos, que surgen de tiempo en tiempo, cuando uno cuando otro, casi como milagros de la naturaleza. Yo, por lo contrario, estimo que el progreso se deba más a los intelectos ordinarios y poquísimo a los extraordinarios. Supongamos un intelecto brillante, provisto de todos los conocimientos de sus contemporáneos, que procede en el saber, por así decir, diez pasos adelante. Los demás hombres, no solo no se dispondrán a seguirlo, sino que la mayor parte de las veces, por no decir lo peor, se reirán de su progreso. Mientras tanto muchos ingenios mediocres, quizá en parte ayudándose por los pensamientos y los descubrimientos del brillante, pero principalmente por medio de los estudios propios, hacen conjuntamente un paso; debido la brevedad del espacio, es decir, por la poca novedad de las sentencias y también por la multitud de autores, pasando algún año, serán seguidas universalmente. Así, procediendo como lo habitual, poco a poco, y por obra

y ejemplo de otros intelectos mediocres, los hombres cumplen finalmente el décimo paso, y las afirmaciones de aquel intelecto brillante son comúnmente aceptadas por verdaderas en todas las naciones civiles. Pero él, ya apagado hace tiempo, no adquiere por tal éxito una tardía e intempestiva reputación, en parte por haber sido olvidado su recuerdo, o porque la opinión injusta tenida hacia él mientras vivía, confirmada por la larga costumbre, prevalece a cualquier otra consideración, en parte porque los hombres no han llegado a este grado de conocimiento por obra suya; y en parte porque siendo parejos en el saber, pronto lo superarán, y quizá incluso son superiores en el presente, por haberse podido a lo largo del tiempo demostrar y exponer mejor las verdades deducidas por él, reducir sus conjeturas a certezas, ordenar y dar mejor forma a sus hallazgos, y casi concebirlos. A no ser que alguno de los estudiosos, retornando a las investigaciones de tiempo atrás, repare en las opiniones de aquel grande y, comparándolas con la de sus posteriores, advierta cómo y cuánto él precedió al género humano y le ofrezca algunas alabanzas de escasa repercusión y que van presto al olvido.

Si bien el progreso del saber humano, como la caída de los graves, adquiere de momento en momento mayor celeridad, es muy difícil que suceda que una misma generación de hombres mude opinión o reconozca los errores propios de manera que crea hoy lo contrario de lo que creía ayer. Aunque prepare los medios para las generaciones siguientes, y que estas después reconozcan y crean en muchas disciplinas lo contrario de aquella. Del mismo modo que nadie siente el perpetuo movimiento que nos trasporta en elipse junto con la Tierra, así la mayor parte de los hombres no se percata del continuo adelanto que hacen sus conocimientos ni del asiduo variar de sus juicios ni nunca advierte que muda opinión. Pero ciertamente no podría no percatarse ni no advertir cada vez que abrazase súbitamente un juicio ajeno a aquellos tenidos por ciertos. Por tanto, ninguna verdad, salvo que no sea tangible, será creída comúnmente por los contemporáneos del primero en saberla.

## 9. Capítulo noveno

Supongamos que, superado todo obstáculo, ayudado el mérito por la fortuna, hayas conseguido de hecho no la celebridad sino la gloria, y no tras la muerte sino en vida. Veamos qué fruto te espera. En primer lugar, el deseo de los hombres de verte y de conocerte en persona, el ser señalado con el dedo, el honor y la reverencia expresada por los presentes con los actos y con las palabras, y cosas tales en que consiste la máxima utilidad de esta gloria que nace de los escritos, parecería que más fácilmente te deberían suceder en las ciudades pequeñas que en las grandes, ya que en estas últimas los ojos y las mentes están distraídos y arrebatados en parte por el poder, en parte por la riqueza y, por último, por las artes que sirven para el entretenimiento y la alegría de la vida inútil. Además, como todo lo raro y lo apreciable concurre y se reúne en las ciudades grandes, y como las ciudades pequeñas carecen por lo general de medios y de subsidios para que alguien alcance la excelencia en las letras y en las doctrinas, raramente se hallan habitadas por doctos y ordinariamente están privadas de buenos estudios, por lo que suelen darle poca importancia no solo a la doctrina y a la sabiduría, sino a la misma fama que alguno se ha procurado con estos medios, que la una y la otra en aquel lugar no son ni siquiera motivo de envidia. Y si por caso alguna persona respetable o incluso extraordinaria de intelecto y de estudios se encuentra viviendo en un lugar pequeño, el ser del todo única no solo no aumenta la admiración, sino que le daña de tal modo que, muchas veces, por muy famosa que sea, es para la mayor parte de los habitantes la más negligente y oscura persona del lugar. De igual modo que allí donde el oro y la plata fueran ignorados y sin valor, quien siendo privado de todo otro haber acopiase estos materiales, no sería más rico que los demás: al contrario, sería misérrimo, y como tal considerado; así, allí donde el intelecto y la doctrina no se conocen, y desconocidos no se aprecian, si hay alguien

en que tales cualidades abunden, no tendrá poder de destacar sobre los demás, y si no tiene otros bienes, será considerado vil. Y está tan lejos de poder ser apreciado en símiles lugares, que muy a menudo aunque es reputado por mayor de lo que es, no le ocasiona estima alguna. Cuando siendo joven me recogía a veces en mi pequeño Bosisio, se supo en la población que yo solía dedicarme a los estudios y que me ejercitaba un poco en la escritura; los vecinos me consideraban poeta, filósofo, físico, matemático, médico, abogado, teólogo y perito en todas las lenguas del mundo; y me preguntaban, sin hacer una mínima diferencia, sobre cualquier punto de cualquier disciplina o idioma que ocurriese por casualidad en la conversación. Mas no por ello a su juicio debían estimarme mucho; es más, me creían inferior a los hombres doctos de los demás lugares. Pero si yo les dejaba poner en duda que mi doctrina fuese un poco menos inmensa de lo que ellos pensaban, su opinión sobre mí descendía muchísimo, y finalmente se persuadían de que mi doctrina no se extendía más que la de ellos.

En las ciudades grandes, cuántos obstáculos se interponen tanto a la adquisición de la gloria como al goce del fruto por ella adquirido; no te será difícil evaluarlo por las cosas dichas anteriormente. Además, ninguna fama es más difícil de merecer que la de egregio poeta o de escritor o de filósofo, a las cuales principalmente aspiras, ni ninguna es más infructuosa para quien la posee. No te son desconocidas las quejas perpetuas, los antiguos y modernos ejemplos de la pobreza y de la desventura de los poetas sumos. En Homero todo es (por así decir) vago y elegantemente indefinido, tanto en la poesía como en la persona; de quien la patria, la vida, todo, es como un arcano impenetrable a los hombres. Solo, entre tanta incertidumbre e ignorancia, se sostiene por una constantísima tradición que Homero fue pobre e infeliz, como si la fama y la memoria de los siglos no hayan querido dejar lugar a dudas de que la fortuna de los demás poetas excelentes será común a la del príncipe de la poesía. Pero callando de los otros bienes, y hablando solo del honor, ninguna fama en

el transcurso de la vida suele ser menos honorable o menos útil para ser alabado por los demás que las especificadas hasta ahora. Puesto que la multitud de las personas que la obtienen sin mérito alguno y la misma inmensa dificultad de merecerla, quitan valor y prestigio a tales consideraciones; o más bien porque casi todos los hombres de mente ligeramente culta creen que tienen, o que pueden adquirir con facilidad, tanta destreza y facultad, tanto de letras amenas como de filosofía, que no reconocen como superiores a ellos a los que verdaderamente son diestros en estas cosas; por uno o por otro motivo, cierto es que el tener nombre de mediocre matemático, físico, filólogo, arqueólogo; de mediocre pintor, escultor, músico; de ser ligeramente versado incluso en una sola lengua, antigua o moderna, es suficiente para obtener del común de los hombres, incluso en las más cultas ciudades, mucha más consideración y estima de la que se puede lograr siendo conocido y celebrado con grandes alabanzas por filósofos o poetas insignes o por hombres excelentes en el arte del bello escribir. Así las dos partes más nobles, más fatigosas de adquirir, más extraordinarias, más estupendas, las dos cimas, por decir así, del arte y de la ciencia humana, digo la poesía y la filosofía, son en quien las profesa, especialmente hoy, las facultades más descuidadas del mundo; pospuestas incluso a las artes que se ejercitan manualmente, entre otras consideraciones, porque ninguno presume ni de poseer este arte sin haberlo procurado ni de poder obtenerlo sin estudio y fatiga. En fin, el poeta y el filósofo no tienen en vida otro fruto de su intelecto, otro premio a sus estudios que, quizá, una gloria nacida y mantenida entre un pequeñísimo número de personas; y también es esta una de las muchas cosas en las cuales concuerdan la poesía y la filosofía, *pobre* también ella *y desnuda,* como canta Petrarca[4], no solo de todo bien, sino de reverencia y honor.

---

[4] «Pobre y desnuda vas, filosofía». Petrarca, parte 4, son. 1., *La gola e'l sonno.*

## 10. Capítulo décimo

No pudiendo en el comercio con los hombres gozar casi beneficio alguno de tu gloria, la mayor utilidad que obtendrás será la de conservarla en el ánimo y de disfrutarla en el silencio de tu soledad, y tomarla como estímulo y consuelo ante nuevas fatigas, y asentar en ella el fundamento de nuevas esperanzas. Pero la gloria de los escritores, al igual que los demás bienes de los hombres, es más grata de lejos que de cerca, y nunca está, se puede decir, presente en quien la posee ni se halla en lugar alguno.

Así pues, por último, recurrirás con la imaginación a la posteridad, extremo refugio y consuelo de almas grandes. En el modo que Cicerón, rico no de una simple gloria ni esta vulgar y tenue, sino de una múltiple y extraordinaria, y tanta como un sumo antiguo y romano, entre hombres romanos y antiguos, era posible alcanzar; no obstante, se dirigió vehementemente a las generaciones futuras diciendo, si bien bajo otro nombre[5]: «¿Crees tú que me hubiese decidido a escoger y soportar tantas fatigas día y noche, en la ciudad y en el campo, si no hubiese creído que mi gloria pasaría los términos de mi vida? ¿No sería mucho mejor elegir un vivir ocioso y tranquilo, sin ninguna fatiga o ansiedad? Pero el ánimo mío, no sé cómo, erguida, alta la cabeza, miraba continuamente a la posteridad de modo que, una vez pasada la vida, entonces finalmente pudiera vivir». Cicerón se refiere a un sentimiento de la inmortalidad de los propios ánimos, implantado por la naturaleza en el pecho humano. Pero el verdadero motivo es que todos los bienes del mundo, apenas adquiridos, se reconocen indignos de las preocupaciones y de las fatigas soportadas para obtenerlos; máximamente la gloria, que entre todas, es la de mayor precio y la de menor utilidad. Como dijo Simónides[6]:

---

[5] *De Senect.* cap. 23.

[6] En *Stobeo,* ed. Gesner. Tigur. 1559, serm. 96, pág. 529.

Las bellas esperanzas a todos nos nutren
De semblanzas beatas;
Por la que cada uno inútilmente se fatiga;
Quién la aurora amiga, quién la edad
O la estación espera;
Y nadie en tierra el mortal curso apresura,
Aun cuando en el año advenir fáciles y píos
Con Plutón los otros dioses
La mente no prometa.

Así, por poco que uno compruebe y se convenza de la vanidad de la gloria, la esperanza, casi alojada y desahuciada de lugar en lugar, no teniendo al final sitio donde reposar en todo el espacio de la vida, no por ello se desvanece, y franqueando la misma muerte, se detiene en la posteridad. El hombre está siempre inclinado y necesitado de apoyarse en la creencia del bien futuro, del mismo modo que nunca está satisfecho con el bien presente. Por lo que quienes están deseosos de gloria, obteniéndola incluso en vida, se sustentan principalmente con la que esperan poseer tras la muerte; igualmente ninguno es tan feliz hoy, que despreciando la vana felicidad presente no se consuele con el pensamiento de la igualmente vana que él se promete en el advenir.

## 11. Capítulo undécimo

Pero en fin, ¿en qué consiste este recurso que hacemos a la posteridad? La naturaleza de la imaginación humana provoca que se tenga de los venideros mayor y mejor estima que de los presentes, e incluso que de los pasados; solo porque de los hombres que todavía no son no podemos tener ningún conocimiento, ni por experiencia ni por fama. Pero recurriendo a la razón y no a la imaginación, ¿podemos suponer que, en efecto, los que vendrán serán mejores que los presentes? Creo más bien lo contrario, y tengo por cierto el proverbio que dice que el mundo

envejece empeorando. Y creo que serían de mejor condición los hombres egregios antiguos, los cuales, al decir de Cicerón[7], no fueron inferiores de número a los que vendrán, y en virtud serán bastante superiores. Mas hay que reconocer que el más valeroso hombre de este siglo no recibirá de los antiguos alabanza alguna. Concédase que los futuros, en tantos sean libres de la competición, de la envidia, del amor y del odio, no ya entre ellos, sino hacia nosotros, serán por ello más objetivos jueces de nuestras cosas de lo que son los contemporáneos. ¿Quizá también lo serán para las demás cosas? ¿Afirmamos, por hablar solamente de lo que atañe a los estudios, que los posteriores tendrán un mayor número de poetas excelentes, de escritores óptimos, de filósofos verdaderos y profundos? Puesto que se ha visto que solo estos pueden tener digna estima de sus símiles. ¿O, que el juicio de estos tendrá mayor eficacia en la multitud de entonces de la que tiene la de los nuestros en la edad presente? ¿Creemos que en la mayoría de los hombres las facultades del corazón, de la imaginación, del intelecto, serán mayores de las que son hoy?

En la letra amena, ¿no vemos cuántos siglos han sido de tan perverso juicio que, despreciada la verdadera excelencia de la escritura, olvidados o desdeñados los óptimos escritores antiguos o nuevos, han amado y valorado constantemente este o aquel modo bárbaro, considerándolo incluso como el único adecuado y natural porque cualquier costumbre, por corrupta y pésima que sea, difícilmente se discierne de la naturaleza? ¿Y no se sabe que esto ha sucedido en siglos y naciones, en gentiles y nobles? ¿Qué certeza tenemos de que la posteridad alabe siempre los modos de escribir que nosotros alabamos? Si es que hoy se alaban los que son loables verdaderamente. Los juicios y las inclinaciones de los hombres sobre la belleza de la escritura son variables y mudan según los tiempos, las naturalezas de los lugares y de los pueblos, las costumbres, los usos, las personas. Ahora a esta

---

[7] *Somn. Scip.* cap. 7.

variedad e inconstancia es necesario que se someta igualmente la gloria de los escritores.

Todavía más variada y cambiante es la condición tanto de la filosofía como de las otras ciencias, si bien a primera vista parece lo contrario. Las letras amenas conciernen a lo bello, que depende en gran parte de las costumbres y de las opiniones; mientras que la ciencia compete a la verdad, que es inmóvil y no padece cambio. Pero la verdad está oculta a los mortales y los siglos descubren parte solo poco a poco. Mas los hombres, esforzándose por conocerla, hacen conjeturas y, abrazando esta o aquella apariencia en su lugar, se dividen en muchas opiniones y muchas sectas, por lo que se genera en la ciencia una gran división. Por otra parte, gracias a las nuevas noticias y con los nuevos destellos de la verdad, que aparecen poco a poco, crecen las ciencias de continuo; por tal cosa, y porque en distintas épocas prevalecen diversas opiniones, que ocupan el lugar de las certezas, sucede que ellas poco o nada duran en un mismo estado, cambiando forma y cualidad cada poco. Dejo el primer punto, es decir, la variedad, que quizá no es de menor daño para la gloria de los filósofos o de los científicos, tanto venideros como contemporáneos. Pero la mutabilidad de la ciencia y de la filosofía, ¿cuánto crees que perjudicará a esta gloria en la posteridad? Cuando por la realización de nuevos descubrimientos o por nuevas suposiciones y conjeturas, el estado de una y otra ciencia cambie notablemente de lo que ella es en nuestro siglo, ¿en qué estima se tendrán los escritos y las ideas de los hombres que hoy en dicha ciencia tienen mayores alabanzas? ¿Quién lee hoy día las obras de Galileo? Obras que fueron en su tiempo admiradísimas y que entonces en aquella materia no se podrían escribir ni cosas mejores ni más dignas de un intelecto brillante, ni llenas de mayores descubrimientos y de conceptos más nobles. No obstante, todo mediocre físico o matemático de la edad presente está en una posición, en una u otra ciencia, muy superior a Galileo. ¿Cuántos leen los escritos del canciller Bacon? ¿Quién se preocupa de Malebranche? Y la misma obra de Locke, si los

progresos de la ciencia casi fundada por él serán en el futuro tan rápidos como muestran ser, ¿cuánto tiempo estará en la mente de los hombres?

Sin duda, la misma fuerza del intelecto, los mismos trabajos y fatigas que los filósofos y científicos emplean para alcanzar la propia gloria, al pasar de los años son la causa de apagarla u oscurecerla. El progreso que ellos ocasionan en cada una de sus disciplinas, y por el que alcanzan la fama, origina otros avances por los cuales su nombre y sus escritos van poco a poco olvidándose. Y ciertamente resulta muy difícil a la mayoría de los hombres admirar y venerar en alguien unos conocimientos inferiores a los propios. Con todo esto, ¿quién puede dudar que la época próxima no dé a conocer la falsedad de tantas cosas afirmadas o creídas hoy por quien es sobresaliente en el saber y supere en mucho el conocimiento que de la verdad se tiene en la edad presente?

## 12. Capítulo duodécimo

En último lugar trataré de expresar mi parecer y darte mi consejo, y observa si para tu bien conviene más proseguir o abandonar el camino de esta gloria, tan pobre de utilidad, tan difícil e incierta de retener o conseguir, tan similar a la sombra que cuando la tengas entre las manos no podrás ni sentirla ni impedir que huya. Diré brevemente, sin simulación alguna, mi parecer. Estimo que esta maravillosa perspicacia tuya, la calidez y fecundidad de corazón e imaginación sean, de todas las cualidades que la suerte dispensa a los animales humanos, las más dañinas y lastimeras para quien las recibe. Pero, una vez recibidas, con dificultad se escapa a su daño: y, por otra parte, en estos tiempos, la única utilidad que casi pueden ofrecer es esta gloria, que tal vez se alcance al aplicar estas cualidades a las letras y a los estudios. Por lo tanto, de igual modo que los pobres, al ser por accidente amputados o malogrados sus miembros, se afanan en obtener de

su infortunio el mayor beneficio que puedan, aprovechándose de él para impulsar, por medio de la misericordia, la liberalidad de los hombres. Mi parecer es que debes esforzarte en lograr de algún modo el solo bien, aunque sea pequeño e incierto, que estas cualidades son aptas para producir. Comúnmente estas cualidades son consideradas como beneficios y dones de la naturaleza, y envidiadas a menudo, en los pasados o presentes que las tuvieron en suerte, por quien está privado de ellas. Cosa tan contraria al recto sentido, como si cualquier hombre sano envidiase a los míseros de los que antes hablaba, las calamidades de sus cuerpos; como si el sufrirlas se eligiese voluntariamente, por cuenta de la infeliz ganancia que rinden. Los demás esperan obrar según conceden los tiempos y gozar cuanto comporta esta condición mortal. Los grandes escritores, incapaces por naturaleza o costumbre de muchos placeres humanos; privados de otros muchos por voluntad; asiduamente negligentes en el comercio humano, si no es con los pocos que siguen los mismos estudios, tienen por destino llevar una vida similar a la muerte, y vivir, si obtienen la gloria, después de sepultos. Pero nuestro hado, dondequiera que nos lleve, consiste en continuar con ánimo fuerte y grande; tal cosa es requerida máxime a tu virtud y a la de aquellos que se te asemejan.

# Diálogo de Federico Ruysch y sus momias[1]

## Coro de los muertos en el estudio de Federico Ruysch

Sola en el mundo eterna, a la que se vuelve
Toda creada cosa,
En ti, muerte, se posa
Nuestra desnuda naturaleza
Triste, mas segura
Del antiguo dolor. Profunda noche
En la confusa mente
El pensamiento grave oscurece;
A la esperanza, al deseo, al árido espíritu
Aliento faltar siente;
Así de afán y de temor está libre,
Y la edad vacía y lenta
Sin tedio consume.
Vivimos: y cual de miedoso fantasma
Y de sudoroso sueño,
De lactante niño yerra en el alma
Confuso recuerdo:
Tal memoria sobre

---

[1] Véase, entre otros, sobre estas famosas momias, que en el lenguaje científico se llamarían preparaciones anatómicas, a Fontenelle, *Éloge de mons. Ruysch.*

El vivir nuestro por miedo está lejos
El recordar. ¿Qué fuimos?
¿Qué fue aquel punto acerbo
Que de vida tuvo nombre?
Cosa arcana y asombrosa
Es hoy la vida para nuestro pensamiento, y tal
Como a los vivos al pensamiento
La ignota muerte aparece. Como de la muerte
Viviendo rehuía, así rehúye
De la llama vital
Nuestra desnuda naturaleza;
Triste pero segura,
Porque ser feliz
Niega a los mortales y niega a los muertos el hado.

(RUYSCH. *Fuera del estudio, mirando por las rendijas de la puerta)*

¡Diantre! ¿Quién ha enseñado música a estos muertos, que cantan a medianoche como gallos? En verdad que siento sudores fríos, y poco falta para hallarme más muerto que ellos. No pensaba que, al haberlos preservado de la corrupción, resucitaran. Tanto da: a pesar de toda la filosofía, tiemblo de pies a cabeza. Maldito el diablo que me tentó para meter esta gente en casa. No sé qué hacer. Si los dejo encerrados, ¿cómo sé que no romperán la puerta, o que no salgan por el ojo de la cerradura, y vengan a buscarme al lecho? Pedir ayuda por miedo de los muertos tampoco me seduce. Vamos, tengamos valor e intentemos infundirles un poco de miedo a ellos.

*(Entrando)* Hijos, ¿a qué juego jugáis? ¿No recordáis que estáis muertos? ¿Qué es este alboroto? ¿Quizá os habéis ensoberbecido por la visita del zar[2] y creéis no estar ya sujetos

[2] El estudio de Ruysch fue visitado dos veces por el zar Pedro I, el cual lo compró y lo hizo llevar a San Petersburgo.

a las leyes de antes? Creo que habéis tenido intención de estar de broma y no de veras. Si habéis resucitado, me alegro por vosotros; pero no dispongo de tanto que me permita manteneros de vivos como cuando muertos; y por ello marchaos de mi casa. Si es cierto lo que se dice de los vampiros, y vosotros lo sois, buscad otra sangre para beber, que no estoy dispuesto a entregaros la mía, con la prodigalidad con la que os he dado la falsa que os he puesto en las venas[3]. En suma, si volvéis a estar tranquilos y en silencio, como habéis estado hasta ahora, estaremos en buena concordia, y en mi casa nada os faltará; si no, sabed que yo agarro la estaca de la puerta y os mato a todos.

Muerto.—No te dejes llevar por la cólera; te prometo que permaneceremos muertos como estamos, sin que tú nos mates.

Ruysch.—Entonces, ¿qué es esta locura que os ha dado ahora de cantar?

Muerto.—Hace poco, a media noche en punto, se ha cumplido por primera vez el año grande y matemático del que los antiguos escribieron tantas cosas; y esta igualmente es la primera vez que los muertos hablan. Y no solo nosotros; en cada cementerio, en cada sepulcro, en el fondo del mar, bajo la nieve o la arena, a cielo abierto, o en cualquier lugar en el que se encuentren, todos los muertos, sobre la medianoche, han cantado, como nosotros, la canción que has escuchado.

Ruysch.—¿Y durante cuánto tiempo proseguirán cantando o hablando?

Muerto.—De cantar han concluido ya. De hablar tienen facultad por un cuarto de hora. Luego vuelven al silencio hasta que de nuevo se cumpla el mismo año.

---

[3] El medio usado por Ruysch para conservar los cadáveres fue la inyección de una cierta materia compuesta por él, la cual producía efectos maravillosos.

RUYSCH.—Si esto es cierto, no creo que me interrumpáis el sueño otra vez. Hablad por lo tanto libremente, que yo me echaré a un lado y os escucharé con mucho gusto, por curiosidad, sin molestaros.

MUERTO.—No podemos hablar más que respondiendo a alguna persona viva. Quien no ha de contestar a los vivos, concluida la canción, se calla.

RUYSCH.—Lo siento verdaderamente, porque imagino que sería un gran divertimento escuchar lo que os diríais, si pudieseis hablar entre vosotros.

MUERTO.—Aunque pudiésemos, no escucharías nada; porque nada tendríamos que decirnos.

RUYSCH.—Mil preguntas que haceros me vienen a la mente. Pero como el tiempo es corto y no da lugar a elegir, decidme brevemente qué sensaciones sentisteis en el cuerpo y en el alma al momento de la muerte.

MUERTO.—Del momento mismo de la muerte, yo no me di cuenta.

LOS OTROS MUERTOS.—Ni tampoco nosotros.

RUYSCH.—¿Cómo, no os disteis cuenta?

MUERTO.—Verbigracia, como tú no te das cuenta nunca del momento en que comienzas a dormir, por mucha atención que pongas.

RUYSCH.—Pero dormir es cosa natural.

MUERTOS.—¿Y el morir no te parece natural? Muéstrame un hombre o una bestia o una planta que no muera.

RUYSCH.—Estoy tan sorprendido de veros cantar y hablar como de saber que no os percataseis de morir. «Así él, del golpe no advertido / Estaba combatiendo, y había fenecido», dice un poeta italiano. Pensaba que sobre este asunto de la muerte vuestros pares supiesen algo más que los vivos. Pero por lo tanto, volviendo al asunto, ¿no sentisteis ningún dolor en el momento de la muerte?

MUERTO.—¿Qué dolor es ese que el que lo siente no se apercibe?

Ruysch.—En cualquier caso, todos piensan que la experiencia de la muerte es dolorosísima.

Muerto.—Como si la muerte fuera una experiencia, y no lo contrario.

Ruysch.—Tanto quienes sobre la naturaleza del alma se unen al parecer de los epicúreos como quienes lo hacen a la opinión común a todos, o la mayor parte, concuerdan con lo que yo digo, es decir, creer que la muerte sea por propia naturaleza, y un dolor vivísimo sin comparación alguna.

Muerto.—Muy bien, pues preguntarás de nuestra parte a unos y a otros: si el hombre no tiene capacidad para advertir el momento en que las operaciones vitales, en mayor o menor grado, se interrumpen, o por sueño o por letargo o por síncope o por alguna otra causa, ¿cómo lo advertirá cuando las mismas operaciones cesen del todo, y no por breve espacio de tiempo, sino perpetuamente? Además, ¿cómo puede ser que una viva sensación tenga lugar en la muerte? Es más, ¿que la misma muerte sea por propia cualidad un sentimiento vivo? Cuando la facultad de sentir es débil y exigua, reducida a cosa tan mínima que falta y se anula, ¿creéis vos que la persona será capaz de un sentimiento intenso? Es más, este mismo extinguirse de la facultad de sentir, ¿creéis que deba ser un sentimiento grandísimo? No advertís que incluso los que mueren de males agudos y dolorosos, al avecinarse la muerte, más o menos poco antes de expirar, se calman y reposan de tal modo que puede observarse que su vida, reducida a pequeña cantidad, no es suficiente para el dolor, ya que este cesa antes que aquella. Eso podrá decir de nuestra parte a quien crea que morirá de dolor en el instante de la muerte.

Ruysch.—A los epicúreos quizá puedan bastar estas razones. Pero no a quienes conciben la sustancia del alma de otro modo; como yo he hecho en el pasado, y como haré de ahora en adelante con mayor motivo, tras haber oído hablar y cantar a los muertos. Porque estimando que el morir consis-

ta en una separación del alma del cuerpo, no comprenderán cómo estas dos cosas, enlazadas y casi fundidas entre ellas de modo que constituyen la una y la otra una sola persona, puedan separarse sin una grandísima violencia y un esfuerzo indecible.

MUERTO.—Dime, ¿el espíritu está quizá prendido al cuerpo con algún nervio, o con algún músculo o membrana que necesariamente tenga que romperse cuando el espíritu parte? ¿O acaso es un miembro del cuerpo, de modo que tenga que ser quebrado o cortado violentamente? ¿No ves que el alma sale del cuerpo cuando ya no puede permanecer en él y no tiene más lugar, y no por una fuerza que la arranque y desarraigue? Respóndeme también a lo siguiente: ¿Quizá al introducirse en el cuerpo, ella siente que la clavan o atan fuertemente, o como tú dices, funden? ¿Por qué, por lo tanto, sentirá desatarse al salir de él o, digamos, experimentará una sensación abrupta? Ten por seguro que la entrada y la salida del alma son igualmente calmadas, fáciles y suaves.

RUYSCH.—Entonces, ¿qué es la muerte, si no es dolor?

MUERTO.—Más bien placer que otra cosa. Sabed que el morir, como el dormirse, no se hace en un solo instante, sino por grados. Verdad que estos grados son más o menos, mayores o menores, según la variedad de las causas y los géneros de la muerte. En el último de tales instantes la muerte no produce ni dolor ni placer alguno, como tampoco el sueño. En los precedentes no puede generar dolor: porque el dolor es cosa viva, y los sentidos del hombre en aquel tiempo, es decir, comenzada la muerte, están moribundos, que es como decir extremadamente atenuados de fuerzas. Puede bien ser causa de placer: porque el placer no siempre es cosa viva; es más, quizá la mayor parte de los deleites humanos consisten en alguna clase de languidez. De modo que los sentidos en el hombre son capaces de sentir placer incluso cuando se extinguen, visto que muchísimas veces la misma languidez es placer, máxime cuando os libera de un padecimiento.

Para mí, si bien en la hora de la muerte no puse mucha atención a lo que sentía, porque me estaba prohibido por los médicos fatigar la mente, recuerdo, sin embargo, que la sensación que experimenté no fue muy diferente del deleite que es causado a los hombres por la languidez del sueño en el momento en que se adormecen.

Los otros muertos.—También a nosotros nos parece recordarlo igual.

Ruysch.—Sea como vos decís. Si bien todos con los que tenido ocasión de hablar sobre este asunto juzgaban muy diversamente; mas, que yo recuerde, no aducían la propia experiencia. Ahora decidme, ¿en los momentos de la muerte, mientras sentíais aquella dulzura, creíais morir, y que el deleite fuese una cortesía de la muerte, o imaginasteis otra cosa?

Muerto.—Hasta que estuve muerto no me convencí de no poder escapar de tal peligro; y, si no otra cosa, hasta el último momento que tuve facultad de pensar esperé que me quedase de vida una hora o dos, como estimo que suceda a muchos cuando mueren.

Los otros muertos.—A nosotros nos sucedió lo mismo.

Ruysch.—Por eso Cicerón[4] dice que nadie está tan decrépito que no se prometa vivir al menos un año. Pero ¿cómo advertisteis al fin, que el espíritu había salido del cuerpo? Decid: ¿cómo supisteis que estabais muertos? No responden. Hijos, ¿no me oís? Habrá pasado el cuarto de hora. Toquémoslos un poco. Han vuelto a morir de nuevo: no hay peligro de que me asusten otra vez, volvamos al lecho.

---

[4] *De Senectute,* cap. 7.

# Dichos memorables de Filippo Ottonieri

## 1. Capítulo primero

Filippo Ottonieri, del que me propongo escribir alguno de sus notables pensamientos, en parte oídos de su propia boca, en parte contados por otros, nació y vivió la mayor parte del tiempo en Nubiana, en la provincia de Valdivento, donde murió hace poco y en donde no se recuerda a nadie que fuese por él injuriado ni de hecho ni de palabra. Fue frecuentemente odiado por sus conciudadanos, pues parece que no estimaba en demasía muchas de las cosas que suelen ser amadas y procuradas con denuedo por la mayor parte de los hombres; si bien es cierto que no hacía gesto alguno de desprecio o reprobación a quienes tales cosas placían y buscaban. Se cree que era de hecho, y no solo de pensamiento, sino que también en la práctica, lo que otros hombres de su tiempo hacían profesión de ser, es decir, filósofo. Por eso a la gente le parecía singular, aunque no procurase ni pretendiese parecer diverso a la multitud en cosa alguna; a tal propósito decía sobre la máxima singularidad que hoy puede encontrarse en las costumbres o en los modos de vida o en los hechos de cualquier persona civilizada, parangonada con lo que fue estimado singular por los hombres antiguos, que no solo sería considerada por estos poco diversa, aunque parezca enorme a los coetáneos, de los usos ordinarios, incluso habría parecido mínima o nula a los

pueblos que fueron antiguamente más incivilizados o corruptos. Y considerando la singularidad de Jean Jacques Rousseau, que pareció singularísimo a nuestros abuelos, con la de Demócrito y la de los primeros filósofos cínicos, añadía que quien hoy viviese entre nosotros de modo tan diferente a como vivieron aquellos filósofos de los griegos de su tiempo, no sería tenido por hombre singular, sino que la pública opinión lo excluiría, por así decir, de la especie humana. Y juzgaba que, conociendo hasta qué punto era posible encontrar personas singulares en un lugar o un tiempo cualquiera, podía conocerse la medida de la civilización de los hombres de dicho lugar o tiempo.

En la vida, aunque moderadamente, se declaraba epicúreo, quizá más por broma que por convicción. Pero condenaba a Epicuro, diciendo que en sus tiempos y en su nación podía obtenerse mucho mayor placer con los estudios de la virtud y de la gloria que con el ocio, la negligencia y el empleo de la voluptuosidad del cuerpo, ocupaciones en las que Epicuro ubicaba el sumo bien de los hombres. Afirmaba que la doctrina epicúrea, adecuadísima en la edad moderna, fue del todo ajena a la antigua.

En filosofía, le placía considerarse socrático y a menudo, como Sócrates, se entretenía buena parte del día razonando filosóficamente con unos y con otros, y sobre todo con alguno de sus familiares, con cualquier asunto ofrecido por la ocasión. No frecuentaba, como Sócrates, ni las tiendas de los zapateros ni las de los carpinteros ni las de los herreros ni de otros semejantes, pues estimaba que si los herreros y los carpinteros de Atenas podían perder el tiempo en filosofar, los de Nubiana, si hubieran hecho lo mismo, habrían muerto de hambre. Ni tampoco razonaba al modo de Sócrates, interrogando y argumentando continuamente porque decía que, aun cuando los modernos sean más pacientes que los antiguos, no se encontraría hoy quien soportase responder a un millar de preguntas seguidas, y escuchase un centenar de conclusiones. Y en verdad no tenía de Sócrates más que el hablar a veces irónico y embaucador. Y buscando los orígenes de la famosa ironía socrática, decía, Sócrates que nacido con ánimo afable, y con grandísima disposición para amar, pero desventurado en las hechuras

de su cuerpo, probablemente ya desde la adolescencia, desahució el poder ser amado con más amor que el de la amistad, poco apta para satisfacer un corazón delicado y ardiente, que a menudo siente hacia los demás un afecto mucho más dulce. Además, por mucho que en él abundase el valor que nace de la razón, no parece que estuviese bastante provisto del que proviene de la naturaleza ni demás cualidades que en tiempos de guerra y de sedición, de las que tanto abusaron los atenienses, eran necesarias para tratar los asuntos públicos en su patria. Su aspecto ingrato y ridículo le habría causado un gran perjuicio en un pueblo que, incluso en la lengua hacía poca diferencia entre lo bueno y lo bello, y que además era propenso a bromear. Por lo tanto, en una ciudad libre y llena de estrépito, de pasiones, de negocios, de pasatiempos, de riquezas y de otras fortunas, Sócrates, pobre, rechazado por el amor, poco apto para los negocios públicos y, sin embargo, dotado de un intelecto grandísimo que, sumado a sus otras condiciones, debía acrecentar exageradamente sus pesares, se dispuso por pasatiempo a razonar sutilmente de las acciones, de las costumbres y de las cualidades de sus conciudadanos, ocupación en la que empleaba cierta ironía, como naturalmente debía suceder a quien se hallaba impedido de formar parte, por así decir, de la vida. Mas la mansedumbre y la magnanimidad de su naturaleza y también la celebridad que él conquista con sus razonamientos, con la que debió sentir de alguna manera consuelo su amor propio, hicieron que esta ironía no fuese desdeñosa y acerba, sino reposada y dulce.

Así, la filosofía por primera vez, según el famoso dicho de Cicerón, apeada del cielo, fue introducida por Sócrates en las ciudades y en las casas; alejada de la especulación de las cosas ocultas, en las cuales había estado ocupada hasta ese momento, se dirigió a considerar las costumbres y la vida de los hombres, y a disputar sobre las virtudes y los vicios, sobre las cosas buenas y útiles, y sobre las contrarias. Pero Sócrates nunca tuvo la intención de hacer esta innovación ni de enseñar cosa alguna ni de obtener el nombre de filósofo por sus conversaciones y diálogos, pues en aquel tiempo estaba reservado solo para físicos y metafísicos, por lo que no podía esperar tal apelativo. Es más, proclamó abiertamente no saber cosa alguna y no se propuso

más que entretenerse fabulando sobre los asuntos ajenos, prefiriendo este pasatiempo a la filosofía misma o a cualquier otra ciencia o arte, pues inclinado por naturaleza a las acciones mucho más que a las especulaciones, no intervenía en el discurrir sino por las dificultades que le impedían el obrar. Y en los diálogos siempre se ejercitó con mayor asiduidad y gusto con personas jóvenes y bellas; casi engañando el deseo y complaciéndose de ser estimado por aquellos de quien hubiera preferido mucho más ser amado. Desde el momento en que todas las escuelas de los filósofos griegos, que a su vez precedían de los indios, en adelante derivan de algún modo de la socrática, concluía Ottonieri que el origen de casi toda la filosofía griega, de la cual nace la moderna, fue la nariz chata y el rostro de sátiro de un hombre de excelente intelecto y calidísimo corazón. También decía que, en los libros de los socráticos, la persona de Sócrates es similar a las máscaras de nuestras comedias antiguas, tiene un nombre, un vestido, una índole, pero en lo restante varía en cada comedia.

No dejó escrita cosa alguna de filosofía ni de nada que perteneciese a su intimidad. Y siéndole preguntado por qué no se había dedicado a filosofar también por escrito, como solía hacerlo en voz alta, y por qué no disponía sus pensamientos en papel, respondió: «El leer es un conversar que se hace con quien escribe». Ahora, como en las fiestas y en los divertimentos públicos, los que no forman o no creen ser parte del espectáculo, velozmente se aburren, así en la conversación es más grato generalmente el hablar que el escuchar. Pero los libros es inevitable que sean como las personas que, estando con otras, no cesan de hablar y no escuchan nunca. Por tanto, es necesario que el libro diga muchas bellas y buenas cosas, y las diga muy bien, de tal modo que le sea perdonado por los lectores el hablar siempre. De lo contrario, a la fuerza se odiará cualquier libro, como a todo charlatán insaciable.

## 2. Capítulo segundo

No admitía distinción entre negocios y diversiones, y siempre que había estado ocupado en alguna cosa, por grave que fuera,

decía haberse divertido. Solo si tal vez había estado un momento sin ocupación, confesaba no haber tenido en ese intervalo pasatiempo alguno.

Decía que los placeres más ciertos que tiene nuestra vida son los que nacen de las imaginaciones falsas; y que los niños encuentran el todo incluso en la nada, y los hombres la nada en todo.

Asemejaba cada placer, llamado comúnmente real, a una alcachofa a la que, queriendo llegar al corazón, era necesario antes roer y tragar todas las hojas. Y añadía que tales alcachofas son rarísimas; que se encuentran en mayor número otras que, similares por fuera, carecen de corazón; y por ello, incapaz de habituarse a engullir tales hojas, se contentaba por lo general de abstenerse de unas y de otras.

Respondiendo a uno que le preguntó cuál sería el peor momento de la vida humana, dijo: «Excepto el tiempo del dolor, como el del temor, yo afirmaría que los peores momentos son los del placer, porque la esperanza y el recuerdo de estos momentos, los cuales ocupan el resto de la vida, son cosas mejores y bastante más dulces que los mismos deleites». Y equiparaba universalmente los placeres humanos con los olores, pues juzgaba estos más intensos y destacados que cualquier otra sensación, como sucede con el placer; y de todos los sentidos del hombre, el más lejano de poder ser satisfecho por los propios placeres estimaba que fuese el olfato. También parangonaba los olores a la expectativa de los bienes, diciendo que las cosas fragantes que son buenas para comer o degustar de algún modo, ordinariamente vencen con el olor al sabor, pues gustados placen menos que olidos, o menos de lo que por el olor se estimaría. Y contaba que a veces le había ocurrido tener que soportar impacientemente la demora de algún bien que estaba seguro de alcanzar, y ello no por una gran avidez de dicho bien, sino por temor a que menguase el goce por haberse hecho sobre él tales expectativas que lo representasen mucho mejor de lo que en realidad era. Y que, mientras tanto, había puesto todo su interés en librar la mente de la idea de aquel bien, como se hace de los malos pensamientos.

Decía también que cada uno de nosotros, desde que viene al mundo, es como uno que se acuesta en un lecho duro e incómodo y, una vez dentro, sintiéndose incómodo, comienza a removerse a uno y otro lado, a mudar lugar y posición cada poco, y así toda la noche, esperando siempre poder al fin conciliar un poco el sueño y creer estar incluso a punto de dormirse hasta que, llegada la hora, sin haber nunca reposado, se levanta.

Observando con más gente a algunas abejas ocupadas en sus cosas, dijo: «Beatas vosotras, si no comprendéis vuestra infelicidad.»

No creía que se pudiese ni contar todas las miserias de los hombres ni deplorar una lo suficiente.

A la cuestión de Horacio, de cómo es posible que nadie esté contento del propio estado, respondía: «El motivo es que ningún estado es feliz. No menos los súbditos que los príncipes, no menos los pobres que los ricos, no menos los débiles que los poderosos, si fueran felices, estarían contentísimos de su suerte, y no tendrían envidia a los demás, pues los hombres no son más insaciables de lo que lo son otros géneros: pero no se pueden satisfacer sino con la felicidad. Ahora, siendo siempre infelices, ¿qué sorpresa hay en que no estén nunca contentos?»

Notaba que en el caso de que alguien se encontrase en el estado más feliz posible en esta tierra, sin que pudiera prometerse de superarlo en ninguna parte y en ningún modo; casi se podría asegurar que este sería el más mísero de los hombres. Incluso los más ancianos tienen aspiraciones y esperanzas de mejorar su condición de alguna manera. Y recordaba una cita de Jenofonte[1] en la que se aconsejaba que, si se debe comprar un terreno, se compre de los que estén mal cultivados porque, dice, un terreno que no te dé más fruto del que da, no te alegrará tanto como lo haría si tú lo vieses prosperar de bien a mejor; y todos aquellos bienes que vemos que van mejorando nos dan más alegría que los demás.

---

[1] *Económico,* cap. 20, § 23.

Al contrario, advertía que ningún estado es tan mísero que no pueda empeorar, y que ningún mortal, por infelicísimo que sea, no puede ni consolarse ni jactarse diciendo ser tan infeliz que no pueda serlo más. Aunque la esperanza no tenga límites, los bienes de los hombres son limitados; es más, la condición del rico y el pobre, del señor y el siervo, se avecina, si nosotros compensamos la jerarquía de su estado con sus rutinas y deseos, descubrimos que generalmente tienen una misma cantidad de bien. La naturaleza no ha puesto término alguno a nuestros males; la misma imaginación no puede fingir tanta calamidad que no se verifique o no haya sido verificada por alguno de nuestra especie en el presente. Por tanto, mientras la mayor parte de los hombres no tienen en verdad que esperar aumento alguno de la cantidad de bienes que poseen, a nadie le faltará nunca en el espacio de su vida fundado motivo de temor, y aunque la fortuna puede reducirse rápidamente en tal grado que verdaderamente no tiene virtud para beneficiarnos más, no pierde, sin embargo, en tiempo alguno la facultad de ultrajarnos con daños nuevos, y tales de vencer y romper la misma firmeza de la desesperación.

Se reía muchas veces de los filósofos que consideraron al hombre capaz de sustraerse del poder de la fortuna, despreciando y reputando como ajenos todos los bienes y males que no están en su propia mano el conseguir o el evitar, o mantener o librarse; y que ubicaban la beatitud y la infelicidad propia en las cosas que dependen totalmente solo del hombre. Sobre tal opinión, entre otras cosas, decía: «Olvidemos ahora si hubo persona alguna que con las otras viviese como verdadero y perfecto filósofo, ninguno vivió ni vive en tal modo consigo mismo; y que tanto es posible no preocuparse de las cosas propias más que de las ajenas como preocuparse de las ajenas como si fueran propias. Suponiendo que la disposición de ánimo de la que hablan estos filósofos no solo fuese posible, que no es, sino que se encontrase aquí, cierta y actual en uno de nosotros; si fuese incluso más perfecta de lo que ellos dicen, confirmada y acrecentada

por uso larguísimo, comprobada en mil casos, ¿quizá por ello la beatitud y la infelicidad de este no estarían bajo el poder de la fortuna? ¿No subyacería la fortuna en esa disposición de ánimo de la que tales filósofos dicen deberíamos sustraernos? ¿La razón del hombre no está sometida continuamente a infinitos accidentes? Innumerables enfermedades que causan estupidez, delirio, frenesí, furor, tontería, y otros cientos de locuras breves o perennes, temporales o permanentes, ¿no la pueden turbar, debilitar, trastornar, extinguir? La memoria, custodia de la sabiduría, ¿no va siempre agotándose y disminuyendo desde la juventud en adelante? ¡Cuántos en la vejez se vuelven niños de mente! Y casi todos pierden el vigor del espíritu en esa edad. Como también por alguna mala disposición del cuerpo, aunque salva e intacta toda facultad del intelecto y de la memoria, el valor y la constancia suelen, cuando más, cuando menos, marchitarse, y no es rareza que se apaguen. En fin, es gran estulticia confesar que nuestro cuerpo está sujeto a cosas que no están en nuestro poder, y con todo ello negar que la mente, que depende casi en todo del cuerpo, se someta necesariamente a cosa alguna aparte de nosotros mismos.» Concluía que el hombre íntegramente, siempre y sin posibilidad de huida, está en poder de la fortuna.

Preguntado para qué nacen los hombres, respondió bromeando: «Para conocer cuanto mejor sea el no haber nacido.»

## 3. Capítulo tercero

A propósito de cierta desventura que le ocurrió, dijo: «El perder a una persona amada, por motivo de algún accidente repentino, o por enfermedad breve y rápida, no es tan amargo como verla desvanecerse poco a poco —y esto le había sucedido a él— por una larga enfermedad, de la cual ella no sea extinta sino después de mudado cuerpo y ánimo, y casi reducida a algo diferente de la que era. Cosa llena de miseria porque en tal caso

la persona amada no se disipa dejándote, a cambio, la imagen de sí que conservas en el alma, no menos amable de lo que había sido en el pasado; sin embargo, tras larga enfermedad, resta en los ojos diversa a la que antes amabas: de modo que todos los engaños del amor son arrancados violentamente del alma y cuando ella parte del presente para siempre, aquella imagen primera que guardabas en el pensamiento es cancelada por la nueva. Así pierdes a la persona amada por completo, como la que no te pudo sobrevivir ni siquiera en la imaginación, que en lugar de alguna consolación, no te ofrece más que materia de tristeza. Y en fin, desventuras similares no dejan lugar alguno para reposar del dolor que causan.»

Lamentándose uno de no sé qué pena diciendo: «Si pudiese librarme de este, todos los otros pesares serían soportables»; le respondió: «Al revés, entonces te parecerían graves, ahora te son ligeros.»

Diciendo otro: «Si este dolor hubiera durado más, no habría sido soportable»; respondió: «Al contrario, por la costumbre, lo habrías soportado mejor.»

En muchas cosas relativas a la naturaleza de los hombres se alejaba de los juicios comunes de la muchedumbre y, a veces, incluso del de los sabios. Por ejemplo, negaba que en peticiones y ruegos deban presentarse tales demandas y rogativas cuando aquellos que puedan satisfacerlas estén exultantes. Máximamente, decía, cuando la petición es tal que ella no puede ser satisfecha inmediatamente por parte de quien es rogado o solicitado, con solo o poco más que un simple consentimiento. Creo que en las personas el júbilo sea cosa, al hacer un ruego, no menos inoportuna y contraria que el dolor. Pues una y otra pasión colman igualmente al hombre del pensamiento de sí mismo, de modo que no dejan lugar a cosa ajena. Como en el dolor nuestro mal, así en la gran alegría el bien, tienen atentos y ocupados nuestros ánimos e ineptos para la preocupación de las necesidades y deseos de los demás. De la compasión especialmente son ajenísimos uno y otros sentimientos. El del dolor porque

el hombre está dirigido totalmente hacia la autocompasión. El de la alegría, porque entonces todas las cosas humanas, y toda la vida, nos parecen deleitables y placenteras; tanto, que desventuras y afanes semejan casi imaginaciones vanas o son rechazadas por el pensamiento, al ser demasiado discordes con la presente disposición de nuestro ánimo. Las mejores ocasiones para intentar conseguir que alguien obre inmediatamente, o se resuelva obrar en beneficio ajeno, son aquellas de alguna plácida y moderada alegría, ni extraordinaria ni intensa; o incluso mejor, las de una tal felicidad que, aunque intensa, no tiene objeto alguno determinado sino que nace de pensamientos vagos y consiste en una tranquila agitación del espíritu. En tal estado, los hombres están más dispuestos a la compasión que nunca, más confiados a quien les ruega y tal vez abracen de buena gana la ocasión de gratificar a los demás y de dirigir el movimiento confuso y el placentero ímpetu de sus pensamientos en alguna acción loable.

Negaba igualmente que el infeliz, contando o de algún modo demostrando sus males, obtenga ordinariamente mayor compasión y mayor preocupación de los que tienen con él un gran número de penas semejantes. Al contrario, después de oír las quejas o escuchar los pesares no se preocuparán más que de anteponer los suyos y considerarlos más graves; y sucede a menudo que, cuanto más conmovidos pienses que estén por tu estado, te interrumpirán contando su suerte, esforzándose en indicar que es menos tolerable que la tuya. Y decía que en tales casos sucede ordinariamente lo que en la *Ilíada* se lee de Aquiles, cuando Príamo, suplicante y lloroso, se le postró a los pies, toda vez que hubo terminado con su lamento miserable, Aquiles comenzó a llorar, no ya por los males de aquel, sino por las desventuras propias y por el recuerdo del padre y del amigo asesinado. Añadía que bien algo suele conferir a la compasión el haber experimentado otras veces en carne propia los mismos males que se oyen o se ven en otros, pero no el ampararlos al presente.

Decía que la negligencia y la desconsideración son la causa de cometer infinitas cosas crueles o malvadas, y muy a menudo tienen apariencia de maldad o crueldad: como, a modo de ejemplo, contaba que uno que se entretenía a la intemperie con algún pasatiempo dejaba a los siervos en un lugar descubierto enfriándose bajo la lluvia; no por ánimo duro y despiadado, sino por no pensar o por no evaluar con la mente su malestar. Y estimaba que en los hombres la desconsideración es mucho más común que la maldad, la inhumanidad y cosas similares; y que ella es el origen de un enorme número de malas obras, y que una grandísima parte de las acciones y de los comportamientos de los hombres que se atribuyen a una pésima cualidad moral, no sea verdaderamente más que desconsideración.

Dijo en cierta ocasión: «Para el benefactor es menor desaire la plena y expresa ingratitud que el verse retribuido de un beneficio grande con uno pequeño; pues el favorecido, o por grosería de juicio o por maldad, se cree o se pretende liberado de la obligación y el benefactor se ve obligado a parecer, o la educación le fuerza a hacer demostración de considerarse recompensado. De modo que, por una parte, es defraudado incluso de la desnuda e infructuosa gratitud del ánimo, la cual, en todo caso, verosímilmente se habría prometido; y por otra, le es arrebatada la posibilidad de quejarse abiertamente de la ingratitud o de manifestarse, pues que así efectivamente ha sido mal e injustamente correspondido.»

He escuchado también contar como suya esta sentencia: «Estamos inclinados y acostumbrados a creer en aquellos con quien conversamos, mucha agudeza y maestría para descubrir nuestros, o los que nos imaginamos nuestros, verdaderos valores, y para conocer la belleza o alguna otra virtud de todo dicho o acto nuestro; además suponemos en ellos mucha profundidad, y habitual costumbre de meditar, y mucha memoria para considerar esas virtudes y esos valores, y tenerlos siempre en mente: aunque si bien es cierto que, respecto a los demás, o no descubrimos tales virtudes o no nos confesamos el descubrirlas.»

## 4. CAPÍTULO CUARTO

Advertía que algunas veces los hombres irresolutos son perseverantísimos en sus propósitos, no obstante cualquier dificultad, y esto por su misma irresolución ya que si desechan la deliberación hecha, deberían decidirse de nuevo. En ciertas ocasiones son dispuestísimos y eficacísimos al poner en obra lo que han decidido: pues temiendo persuadirse en cualquier momento de abandonar la posición tomada y de retornar a la fatigosísima perplejidad y suspensión de ánimo, en la cual estuvieron antes de determinarse, apresuran la ejecución e invierten todas sus fuerzas, estimulados más por la ansiedad y la incertidumbre de vencerse a sí mismos que por el propio objeto de la empresa o por los obstáculos que tengan que superar para conseguirlo.

A veces decía riendo que las personas acostumbradas a comentar a los demás continuamente los propios pensamientos y sentimientos, se lamentan en voz alta, incluso estando solos, si una mosca les muerde o se les derrama un vaso o se les escapa de la mano, y que, por el contrario, las que están habituadas a guardar dentro de sí todo sentimiento, incluso si sufren una apoplejía, encontrándose en presencia de otros no abren la boca.

Estimaba que una buena parte de los hombres, antiguos y modernos, que son reputados grandes o extraordinarios consiguieron esta reputación en virtud principalmente del exceso de alguna cualidad suya sobre las demás. Y que uno en que las cualidades del espíritu estén equilibradas y proporcionadas, aun cuando ellas fueran o extraordinarias o formidablemente grandes, solo con dificultad podría hacer cosas dignas de uno u otro título y parecer a los presentes o futuros grande o extraordinario.

Distinguía en las modernas naciones civiles tres clases de personas. La primera, aquella en que la naturaleza propia, e incluso en gran parte la naturaleza común de los hombres, se encuentra cambiada y transformada por las convenciones y por las costumbres de la vida ciudadana. A esta clase de personas pertenecen

todas aquellas que son aptas para los negocios privados o públicos, que participan gustosamente en el comercio humano y son recíprocamente gratas con quienes les coincide convivir o tratar personalmente de uno u otro modo, en fin, al uso de la presente vida civilizada. Únicamente a este género decía, hablando universalmente, atañe y pertenece en dichas naciones la estima de los hombres. El segundo es aquel en que la naturaleza no se encuentra cambiada suficientemente de su primera condición; o por no haber sido, como se dice, cultivada o porque, por su estrechez e insuficiencia, fue poco apta para recibir y conservar las impresiones y los efectos de las convenciones, de la práctica y del ejemplo. Decía que este, el más numeroso de los tres, despreciado tanto por sí mismo como por los demás, digno de poca consideración, y en suma formado por gente que tiene o merece nombre de vulgo, en cualquier orden o estado sea puesto por la fortuna. El tercero, incomparablemente inferior de número a los otros dos, casi tan despreciado como el segundo, y a veces incluso más, lo constituyen personas en que la naturaleza por exuberancia de fuerza ha resistido las convenciones de nuestro vivir presente, y excluidas y rechazadas tales convenciones, les afectan de manera mínima, escasa para los negocios y para gobernarse con los hombres o para saber ser capaz de conversar o agradar o ser estimadas. Y subdividía este género en dos especies: una absolutamente fuerte y valiente, despreciadora del desprecio que le tienen todos, y a menudo más feliz con él que con el honor; diversa de los demás no solo por naturaleza, también por voluntad y de buen grado; lejana de las esperanzas o de los placeres del comercio con los hombres, y solitaria en el medio de la ciudad, tanto porque es rehuida como porque huye de los demás. De esta especie, añadía, no se encuentran sino rarísimos. En la naturaleza de la otra decía que se había unido y mezclado a la fuerza una clase de debilidad y de timidez, de modo que esta naturaleza combate consigo misma. Los hombres de esta segunda especie, no siendo por voluntad en absoluto contrarios a conversar con los demás, deseando en muchas y diversas cosas

mostrarse conformes o similares a los de la primera clase, lamentándose en el propio corazón del menosprecio que le dispensan, y despreciados por hombres desmedidamente inferiores tanto en ingenio como de ánimo, no son capaces, a pesar del cuidado y diligencia que muestran, de adiestrarse en el uso práctico de la vida ni de rendirse en la conversación tolerable ni para sí ni para los demás. Tales seres han sido en los últimos tiempos, y son en nuestra época (unos más, otros menos) no pocos de los mayores y más delicados ingenios. Como ejemplo insigne, utilizaba a Jean Jacques Rousseau, añadiendo a este otro ejemplo tomado de los antiguos, Virgilio, del cual en la *Vida latina* escrita por Donato el gramático[2], se cuenta con la autoridad de Meloso, también gramático, liberto por Meccenate, que en la conversación era torpe, muy poco diverso de los incultos. Y que esto sea verdad, y que Virgilio, por la misma maravillosa pureza de ingenio, fuese poco apto para prácticas con los hombres es algo que podía entenderse muy francamente, tanto por el artificio sutilísimo y fatigosísimo de su estilo como por la particular índole de su poesía, como también por lo que se lee al final de la segunda de sus *Geórgicas*. Donde el poeta, en contra de la costumbre de los antiguos romanos, y principalmente de los de gran ingenio, profesa el deseo de una vida oscura y solitaria; y tan vehementemente que observamos que él es forzado más que inclinado por su naturaleza; y que la desea más como remedio y refugio que como bien. Generalmente hablando, los hombres de una y otra especie no son tomados en consideración, excepto algunos, quizás, después de muertos; y los del segundo género, vivos o muertos, son considerados de poco o ningún valor. Pensaba que podía afirmarse universalmente que en nuestros tiempos la estima común de los hombres no se obtiene en vida de otra manera que apartándose y cambiando profundamente el ser natural. Además, porque en la presente época, por así decir, toda la vida civilizada es establecida

---

[2] Cap. 6.

por las personas de la primera clase, la naturaleza de las cuales es intermedia entre las dos restantes; concluía que también por esta vía, como por otras miles, se puede conocer que hoy día la costumbre, el manejo y la potestad de las cosas están casi totalmente en manos de la mediocridad.

Distinguía también tres estados de la vejez considerada respecto a las demás edades del hombre. En el principio de las naciones, cuando por costumbre y hábitos todas las edades fueron justas y virtuosas, y mientras la experiencia y el conocimiento de los hombres y de la vida no tuvieron como propiedad alienar las mentes de lo honesto y lo correcto, la vejez fue venerada sobre las demás edades porque con la justicia y afines valores, entonces comunes a todas, concurría en ella, como es natural, que se encuentre mayor cordura y prudencia que en las otras. Con el pasar del tiempo, por el contrario, corruptas y pervertidas las costumbres, ninguna edad fue más vil y abominable que la vejez; inclinada con el afecto al mal más que las otras, por la más larga costumbre, por el mayor conocimiento y práctica de las cosas humanas, por los efectos de la maldad de los demás, más largamente y en mayor número soportadas, y por la frialdad que ella tiene por naturaleza; y al mismo tiempo la impotencia a hacerlo, salvo con calumnias, fraudes, perfidias, astucias, simulaciones y, en definitiva, con las artes que entre las vilezas son abyectísimas. Desde que la corruptela de las naciones ha traspasado todo límite y que el desprecio de la rectitud y de la virtud es anterior en los hombres a la experiencia y el conocimiento del mundo y de la triste verdad; es más, por así decir, la experiencia y el conocimiento del desprecio precedieron al saber de la virtud, y el hombre, ya en su niñez, fue en ella experto, adoctrinado y depravado; la vejez devino, no digo ya venerable, que de ahí en adelante muy pocas cosas fueron capaces de este título, sino más tolerable que las demás edades. Desde el momento en que el fervor del ánimo y el vigor del cuerpo, que en el pasado, aprovechando la imaginación, y la nobleza de pensamientos, no raramente habían sido en alguna parte motivo de costumbres, de sentimientos y de

obras virtuosas, fueron solamente estímulos y funciones del mal querer y del mal obrar, y dieron espíritu y viveza a la maldad, la cual en el declinar de los años fue mitigada por la frialdad del corazón y por la debilidad de los miembros; cosas por lo demás que conducen más al vicio que a la virtud. Además que por la mucha experiencia y conocimiento de las cosas humanas, convertidas en algo completamente despreciable, fastidioso y vil; en lugar de dirigir contra la iniquidad a los buenos como en el pasado, adquirió la fuerza de disminuir y a veces apagar el amor a ellas en los tristes. Así que, en cuanto a las costumbres, hablando de la vejez en comparación con las demás edades, se puede decir que fue en los primeros tiempos, como es respecto a lo bueno lo mejor; en los tiempos corruptos, como a lo malo lo pésimo; y en los siguientes y peores, al contrario.

## 5. Capítulo quinto

Razonaba a menudo sobre la cualidad del amor propio que hoy día se llama egoísmo, ofreciéndosele, creo yo, frecuentemente ocasión de hablar. Contaré algunos de sus dichos con tal argumento. Decía que hoy, cuando alguien que ha estado contigo o todavía está, te alaba o vitupera, sinceramente o no, lo tendrás por bueno si te elogia, por malo si te censura, sea o no acertado su juicio.

Negaba que alguien en estos tiempos pueda amar sin rival; y preguntado del porqué, respondía: «porque ciertamente el amado o la amada es rival ardentísimo del amante».

Pongamos por caso, decía, que tú requieras un favor de cualquier persona, de tal demanda no te pueda satisfacer sin incurrir en el odio o en la mala voluntad de un tercero; y este tercero, tú y la persona solicitada, supongamos que por condición y poder sois los tres iguales, poco más o menos. Seguramente tu demanda no será satisfecha de ningún modo, añadiendo incluso que por haberte ayudado estás en deuda con quien te ayudó, y hacer-

lo más benévolo hacia ti que enemigo del tercero. Sin embargo, del odio y de la ira de los hombres se teme bastante más que del amor, y de la gratitud poco se aguarda. Y razonablemente, porque en general se ve que las dos primeras pasiones obran más a menudo, y en el obrar muestran mucha mayor eficacia que las contrarias. El motivo es que quien se esfuerza en dañar a quien odia y quien busca venganza, obra para sí; quien se resuelve a agradar a quien ama y quien agradece los beneficios recibidos, obra para los amigos y benefactores.

Decía que, universalmente, los obsequios y los favores que se hacen a los demás con esperanzas e intenciones de utilidad propia, raramente alcanzan ese fin porque los hombres, hoy sobre todo, que tienen más ciencia y más saber que en el pasado, son prestos a recibir pero avaros a dar. No obstante, de tales obsequios y favores, los que son prestados por algunos jóvenes a viejas ricas o poderosas, obtienen su fin, no solo más veces que los demás, sino que la mayor parte de las veces.

Estas consideraciones recién escritas, que conciernen principalmente a las costumbres modernas, recuerdo haberlas escuchado de su boca. Hoy no hay cosa alguna que ultraje a los hombres expertos y experimentados salvo el avergonzarse; sin embargo, de cosa alguna estos hombres se avergüenzan excepto de esto, si es que a caso alguna vez en eso incurren.

Asombroso poder es el de la moda. La cual, incuso donde las naciones y los hombres son tenaces con sus costumbres y obstinadísimos en juzgar, obrar y proceder según las tradiciones, incluso contra razón y con daño propio; ella, siempre que quiere, en un momento les hace deponer, variar, asumir usos, modos y juicios, aunque lo que abandonen sea razonable, útil, bello y conveniente, y lo que abrazan, lo contrario.

De infinitas cosas que en la vida común, o en los hombres particulares, son ciertamente ridículas, es rarísimo que se ría; y si alguno lo intenta, no siendo capaz de comunicar su risa a los demás, pronto para. Al contrario, de mil cosas gravísimas o convenientísimas todo el día se ríe, y con gran facilidad se contagia

la risa en los demás. Es más, la mayor parte de las cosas de las que se ríe ordinariamente son, en efecto, opuestas al ridículo; y de muchísimas se ríe por este motivo mismo, que ellas no son dignas de risa o en absoluto o en modo alguno.

Decimos y escuchamos en todo momento: «los buenos antiguos», «nuestros buenos antepasados» y «hombre hecho a la antigua», queriendo decir hombre de bien y en el que se puede confiar. Cada generación cree, por una parte, que los pasados fueron mejores que los presentes; por otra parte, que los pueblos mejoren alejándose cada día más de su primer estado, hacia el cual, si ellos retrocediesen, sin duda alguna empeorarían.

Ciertamente lo verdadero no es bello. No obstante, incluso lo verdadero puede muchas veces ofrecer algún placer, y si en las cosas humanas lo bello es de anteponer a lo verdadero, donde falte lo bello, es preferible esta a cualquier otra cosa. Ahora bien, en las grandes ciudades se está alejado de lo bello porque lo bello no tiene ya lugar alguno en la vida de los hombres. Está distante incluso lo verdadero: porque en las grandes ciudades toda cosa es fingida o vana. De modo que, por así decir, no se ve, no se oye, no se toca, no se respira más que falsedad, y es torva y desagradable. Lo que para los espíritus sensibles se puede decir que sea la mayor miseria del mundo.

Los que no tienen necesidad de abastecerse para satisfacer sus necesidades y dejan su cuidado a los demás, no pueden por lo común satisfacer, en modo alguno, o solo y con grandísima dificultad y peor que los demás, una necesidad principalísima que de todos modos tienen. Es decir, la de ocupar la vida que es bastante mayor que las demás necesidades particulares a las que, ocupándola se provee, y mayor incluso que la necesidad de vivir. Es más, el vivir, por sí mismo, no es necesidad porque separado de la felicidad no es un bien. Supuesta la vida, es suma y primera necesidad el conducirla con la menor infelicidad que se pueda, ya que la vida desocupada o vacua es infelicísima y el modo de ocupación con el cual la vida se hace menos infeliz que con ningún otro es el que consiste en atender a las propias necesidades.

Decía que la costumbre de vender y comprar hombres era cosa útil al género humano y aducía que la costumbre de inocular la vacuna de la viruela llegó de Constantinopla, de donde pasó a Inglaterra y de allí al resto de Europa, desde la Circassia, donde la enfermedad de la viruela natural, perjudicando la vida o las formas de los niños y los jóvenes, dañaba mucho el mercado que hacen esos pueblos con sus doncellas.

Contaba de sí mismo que, cuando salió de la escuela e ingresó al mundo se propuso, como jovenzuelo inexperto y amigo de la verdad que era, no alabar nunca a persona o cosa con lo que tropezase en el comercio con los hombres, a no ser que fuese tal que le pareciese verdaderamente loable. Pero que tras un año manteniendo tal propósito, no alabó cosa o persona alguna, temiendo olvidarse del todo por falta de ejercicio de lo aprendido no mucho antes sobre el género encomiástico o laudatorio en la retórica rompió el propósito, y poco después lo olvidó por completo.

## 6. Capítulo sexto

Acostumbraba a hacerse leer un libro u otro, por lo general de escritor antiguo, e intercalaba en las lecturas algún dicho suyo o apostillas en voz alta sobre este o aquel pasaje, sucesivamente. Oyendo leer en las *Vidas de los filósofos,* escrita por Diógenes Laercio[3], que interrogado Quilón sobre las diferencias entre instruidos e indoctos, respondió que en las buenas esperanzas. Dijo: «Hoy todo lo contrario, porque los ignorantes esperan y los sabios no esperan cosa alguna.»

Igualmente, leyéndose en dichas *Vidas*[4], cómo Sócrates afirmaba, que en el mundo hay un solo bien y este es la ciencia; y

---

[3] Lib. 1, segm. 69

[4] Lib. 2, segm. 31.

un solo mal, la ignorancia. Dijo: «De la ciencia y la ignorancia antigua no sé, pero hoy tornaría tal dicho al contrario.»

En el mismo libro[5], refiriéndose este dogma a la secta de los hegesíacos, «el sabio, cualquier cosa que se haga, la hará en su propio beneficio», dijo: «Si todos los que proceden de este modo son filósofos, venga Platón y lleve a acto su *República* en todo el mundo civilizado.»

Elogiaba mucho una sentencia de Bión boristenita citada por el mismo Laercio[6], que los más atormentados de todos son los que buscan la mayor felicidad. Y añadía que, al contrario, los más felices son los que pueden y saben nutrirse de las mínimas, y, una vez de pasadas, retornarlas y saborearlas a voluntad con la memoria.

Citaba, a propósito de las varias edades de las naciones civilizadas, el verso griego que dice: «los jóvenes hacen, los maduros consultan, los viejos desean», diciendo que en verdad no permanece en la edad presente más que el deseo.

A un paso de Plutarco[7], traducido por Marcelo Adriano el joven con estas palabras: «Mucho menos habrían aún los espartanos padecido la insolencia y bufonería de Estratocles; el cual, habiendo persuadido al pueblo (es decir, a los atenienses) de festejar la victoria; que más tarde, sabida la verdad de la derrota, se indignaba; dijo: "¿Qué injuria habéis recibido de mí, que supe teneros de fiesta y felices por espacio de tres días?"» Añadió Ottonieri: «Lo mismo podría responderse muy convenientemente a quienes se duelen de la naturaleza, quejándose de que ella, de lo que es en sí, tenga celada a todos la verdad, y cubierta con muchas apariencias vanas, pero bellas y placenteras: ¿qué injuria os hace ella al teneros contentos por tres o cuatro días?» Y en otra ocasión dijo poderse aplicar a nuestra especie universalmente, respecto a los errores naturales del hombre, lo que del niño

---

[5] Ibíd., segm. 95.

[6] Lib. 4, segm. 48.

[7] *Præcept. gerend. reipub.* opp. tom. 2, pág. 709 y ss.

vencido con engaños a tomar la medicina dice Tasso: «Y de su engaño vida recibe.»

En las *Paradojas* de Cicerón[8], siéndole leído un pasaje, que en vulgar se traduciría como sigue: «¿Quizá la voluptuosidad hace a las personas mejores o más loables? ¿Hay por casualidad alguno que de gozarlas se honre o pavonee?» Dijo: «Querido Cicerón, que los modernos devengan por la voluptuosidad o mejores o más loables no me atrevo a decirlo, pero más loados, seguro. Es más, has de saber que hoy solo este camino de elogio se proponen y siguen casi todos los jóvenes, es decir, el que lleva a la voluptuosidad. De las cuales no solo se jactan al obtenerlas, y hacen infinitas charlas con los amigos y extraños, con quien quiere y con quien no querría oír; además de esto, muchísimos las ansían y procuran, no solo como voluptuosidad, sino como motivo de elogio y de fama; y como materia para vanagloriarse; muchísimos incluso se atribuyen las no obtenidas o no buscadas o fingidas del todo.»

Notaba de la historia que escribió Arriano sobre las empresas de Alejandro Magno[9], que en la jornada de Isso, Darío colocó los soldados mercenarios griegos al frente del ejército, y Alejandro los suyos en la retaguardia; y estimaba que de esta sola circunstancia sin más se habría podido prever el éxito de la batalla.

No reprendía, es más, alababa y amaba que los escritores razonasen mucho de sí mismos, porque decía que en esto son casi siempre y casi todos elocuentes, y tienen por lo general un estilo bueno y adecuado, incluso contra lo acostumbrado del tiempo, o de la nación, o de ellos mismos. Y decía que aquello no era maravilla, pues los que escriben de las cosas propias tienen el ánimo fuertemente preso y ocupado de la materia; no carecen nunca ni de pensamientos ni de pasiones nacidas de tal materia en su mismo ánimo, sin necesidad de tomarlos de otros lugares ni beberlos de otras fuentes, comunes o habituales; y con fa-

---

[8] *Parad.* 1 in fine.

[9] Lib. 2, cap. 8, sect. 9; c. 9, sect. 5.

cilidad se abstienen de ornamentos frívolos o inadecuados, de gracias y de bellezas falsas o que tienen más apariencia que sustancia o de la afectación, y de todo lo que está fuera de lo natural. Y decía que era falsísimo que los lectores atiendan poco a lo que los escritores dicen de sí mismos: primero, porque todo lo que verdaderamente es pensado y sentido por el escritor mismo, y dicho de modo natural y apropiado, genera atención y causa efecto; luego, porque en ningún modo se representan ni vienen dichas con mayor verdad y eficacia las cosas de los demás que las propias, considerando que todos los hombres se asemejan, tanto en las cualidades naturales como en las accidentales, como en lo que depende del azar, y que las cosas humanas, al considerarlas en uno mismo, se ven mucho mejor y con mayor sentimiento que en los demás. Confirmando tales pensamientos aducía, entre otras cosas, la arenga de Demóstenes *Sobre la Corona*, en la que el orador, hablando de sí continuamente, se venció a sí mismo en elocuencia; y Cicerón, el cual las más de las veces donde toca las cosas propias hace otro tanto, lo que se ve en particular en la *Miloniana*, toda ella maravillosa, pero el fin maravillosísimo, donde el orador se introduce a sí mismo. Como igualmente bellísimo y elocuentísimo en las oraciones de Bossuet: entre todos los pasajes, aquel que cerrando los elogios al Príncipe de Condé, el orador hace mención de su propia vejez y cercana muerte. De los escritos del emperador Juliano, que en todos los demás es un sofista, y a menudo insoportable, el más juicioso y más loable es el titulado *Misopogone*, es decir, *contra la barba;* donde responde a los motes y a las calumnias de los de Antioquía contra él. En tal obra, dejando a un lado otras consideraciones, no es inferior a Luciano ni de gracia cómica ni de abundancia, agudeza y vivacidad de argucias, mientras que en la obra de los césares, a pesar de imitar a Luciano, está falto de gracia, pobre de agudeza y además de la pobreza, débil y casi insulso. Entre los italianos, que casi están privados de escrituras elocuentes, la apología que Lorenzo de Medici escribió para justificación propia es un ejemplo de gran elocuencia y perfecto en todo; y Torcuato Tasso, de gran

elocuencia en sus escritos, es casi siempre elocuentísimo cuando habla mucho de sí mismo, y sobre todo en las cartas, donde no razona, por así decir, sino de sus propios casos.

## 7. Capítulo séptimo

También se recuerdan muchas de sus ocurrencias y agudas respuestas, como la que dio a un jovenzuelo, muy estudioso de las letras, pero poco experto del mundo, el cual decía que del arte de gobernarse en la vida social y del conocimiento práctico de los hombres se aprenden cientos de páginas al día. Respondió Ottonieri: «Pero el libro tiene cinco millones de páginas.»

A otro joven desconsiderado y temerario, el cual para protegerse de los que le reprochaban los malos resultados que cosechaba diariamente y los fracasos que producía, acostumbraba a responder que de la vida no se puede tener más estima que de una comedia, dijo una vez Ottonieri: «Incluso en la comedia es mejor recibir aplausos que silbidos; y el comediante mal instruido en su arte, o poco diestro al ejercitarlo, al final se muere de hambre.»

Prendido por los sargentos del tribunal un granuja homicida, el cual por ser cojo, cometido el crimen, no había podido huir, dijo: «Ved, amigos, que la justicia, si bien se dice que es coja, alcanza, sin embargo, al malhechor, si es cojo.»

Viajando por Italia, siéndole dicho, no sé en dónde, por un cortesano que lo quería provocar: «Yo te hablaré francamente, si tú me das permiso»; respondió: «Tendré mucho interés en escucharte, porque viajando se buscan las cosas raras.»

Forzado por no sé qué necesidad, una vez, a pedir el dinero prestado a uno, el cual excusándose por no podérselo dar, concluyó afirmando, que si hubiera sido rico, no habría tenido más preocupación que las necesidades de los amigos; a lo que Ottonieri replicó: «Lamentaría mucho que estuvieras preocupado por culpa nuestra. Pido a Dios que no te haga nunca rico.»

De joven, habiendo compuesto algunos versos y adoptando ciertas palabras arcaicas, diciéndole una señora entrada en años, a la cual, por petición suya, le recitaba, que no las entendía porque esas palabras en este tiempo no se usaban, respondió: «Vaya, pensaba que eran adecuadas; porque son muy antiguas.»

De un avaro riquísimo, al cual le habían hecho un robo de poca cantidad, dijo que se había portado avaramente incluso con los ladrones.

De un calculador, que de cualquier cosa que oía o veía se ponía a computar, dijo: «Los otros hacen las cosas y este las cuenta.»

A unos arqueólogos que discutían sobre una figura antigua de Júpiter, hecha de terracota; preguntado por su parecer, dijo: «¿No veis que este es un Júpiter de Creta?»

De un necio que presumía de saber razonar muy bien y que en sus discursos, a cada dos palabras, recordaba la lógica, dijo: «Este es propiamente un hombre definido a la griega, es decir, un animal lógico.»

Cercano a la muerte, compuso él mismo esta inscripción, que después fue esculpida en su sepultura:

Huesos
de Filippo Ottonieri
nacido para las obras virtuosas
y la gloria
que vivió ocioso e inútil
y muerto sin fama
sin ignorar su natura
ni su fortuna

# Diálogo entre Cristóbal Colón y Pedro Gutiérrez

Colón.—Hermosa noche, amigo.

Gutiérrez.—Hermosa en verdad, y creo que viéndola desde tierra sería más bella.

Colón.—Vaya, también tú estás cansado de navegar.

Gutiérrez.—No del navegar, pero sí de esta navegación que resulta más larga de lo que había previsto, y me produce no poco fastidio. Con todo no debes pensar que yo me queje de ti, como hacen los demás. Al contrario, ten por cierto que cualquier decisión que tomes en este viaje siempre la secundaré, como hasta ahora, con todas mis fuerzas. Pero, por hablar, querría que me dijeses, con toda sinceridad, si todavía estás tan seguro como al principio de poder encontrar tierra en esta parte del mundo; o si, después de tanto tiempo y tantas experiencias en contra, empiezas a dudar.

Colón.—Hablando francamente, como se debe con persona amiga y reservada, confieso que comienzo a tener dudas, tanto más porque en el viaje bastantes signos que me habían dado gran esperanza han resultado vanos, como fue aquel de los pájaros que nos sobrevolaron, viniendo de poniente, pocos días después de haber partido de la Gomera, y que yo estimé fueran indicios de tierra poco lejana. Igualmente he visto día tras día que el resultado respecto a diversas cosas que nos deberían haber ocurrido durante

el viaje no se han correspondido con más de una conjetura y con más de un pronóstico hecho por mí antes de que nos pusiéramos a navegar. Por ello vengo considerando que como estas predicciones me han engañado, a pesar de que me parecieran casi ciertas, del mismo modo podría ocurrir que resultase también vana la conjetura principal, es decir, el de encontrar tierra al otro lado del océano. Bien es cierto que ella tiene fundamentos tales que si es falsa, me parecería por una parte que no se podría tener fe en ningún juicio humano, excepto que el no verse sobre cosas que se vean presentemente o se toquen. Pero, por otra parte, reparo en que la práctica no se concilia a menudo, es más, la mayor parte de las veces, con la especulación; e incluso me digo: ¿cómo puedes tú saber que cada una de las partes del mundo se asemeja a las otras en modo que, siendo el hemisferio de oriente ocupado parte por tierra y parte por agua, seguís que también el occidental deba estar dividido entre esta y aquella? ¿Cómo puedes saber que no esté todo ocupado por un mar único e inmenso? ¿O que en vez de tierra, o incluso tierra y agua, no contenga también cualquier otro elemento? Dado que haya tierra y mar, ¿no podría suceder que fuese inhabitado, o fuese inhabitable? Digamos que no está menos habitado que el nuestro: ¿qué certeza tienes de que haya criaturas racionales, como en este? Y aun cuando las haya, ¿cómo te aseguras de que sean hombres y no cualquier otro género de animales intelectivos? Y, siendo hombres, ¿que no sean diferentísimos de aquellos que tú conoces? Pongamos por caso, mucho mayores de cuerpo, más gallardos, más diestros, dotados naturalmente de mucho mayor ingenio y espíritu, incluso, bastante más civilizados y ricos de mucha más ciencia y arte. Estas cosas vengo pensando para mí mismo. Y la verdad, la naturaleza debe estar fornida de tanta potencia, y sus efectos ser tan varios y múltiples que no solo no se puede tener un juicio cierto de aquello que haya obrado y obre en lugares lejaní-

simos y del todo desconocidos al mundo nuestro, sino que incluso podemos dudar de que uno no se engañe mucho argumentando sobre esto y aquello, y no sería contrario a la verosimilitud el imaginar que las cosas del mundo desconocido, o todas o parte, fueran maravillosas y extrañas respecto a nosotros. He aquí que nosotros observamos con los propios ojos que la aguja en estos mares difiere de la estrella por un no pequeño espacio sobre poniente, cosa novísima, y hasta ahora inaudita a todos los navegantes, y de la cual, por mucho que fantasee, no consigo encontrar una razón que me contente. No digo con todo esto que se deba prestar oído a las fábulas de los antiguos acerca de las maravillas del mundo desconocido y de este océano como, por ejemplo, a la fábula narrada por Hannan[1] de los países que por las noches estaban llenos de llamas y de los torrentes de fuego que de allí desembocaban al mar: al contrario, vemos cómo hasta ahora cuán vanos han sido todos los temores de milagros y de novedades espantosas, sostenidos por nuestra gente en este viaje, como cuando al ver aquella cantidad de algas, que parecía que hiciesen de la marina casi un prado y nos impedían el seguir adelante, creían estar sobre los últimos confines del mar navegable. Pero quiero solamente inferir, respondiendo a tu pregunta, que aun cuando mi conjetura sea fundada en argumentos probabilísimos, no solo a mi juicio, sino de muchos geógrafos, astrónomos y excelentes navegantes, con los cuales he discutido, como sabes, en España, en Italia y en Portugal, sin embargo, podría suceder que errase porque, vuelvo a decir, vemos que muchas conclusiones deducidas con óptimas argumentaciones no resisten a la experiencia; y esto sucede más que nunca cuando ellas pertenecen a cosas en torno a las cuales se tienen poquísimas luces.

---

[1] Peripl. in Geogr. Græc. min. pág. 5.

GUTIÉRREZ.—De modo que tú, en esencia, has puesto tu vida y aquella de tus compañeros sobre el fundamento de una simple hipótesis.

COLÓN.—Así es, no puedo negarlo. Pero, dejando aparte que los hombres cada día ponen en peligro su vida con fundamentos mucho más débiles y por cosas de pequeñísima importancia, o incluso sin pensarlo; considéralo un momento. Si en el presente tú y yo, y todos nuestros compañeros no estuviéramos sobre esta nave, en medio de este mar, en esta soledad incognoscible, en estado incierto y arriesgado cuanto se quiera, ¿en qué otras condiciones de vida nos encontraríamos? ¿En qué estaríamos ocupados? ¿De qué modo pasaríamos estos días? ¿Quizás más felices? ¿O no estaríamos más bien soportando un mayor trabajo o diligencias, o bien llenos de aburrimiento? ¿Qué quiere decir un estado libre de incertidumbre y peligro? Si contento y feliz, este es preferible a cualquier otro; si tedioso y mísero, no veo que otro estado no sea preferible. No quiero recordar la gloria y la utilidad que conseguiremos, finalizando la empresa en modo conforme a lo esperado. Aunque otro fruto no nos venga de esta navegación, me parece que ella nos sea provechosísima en cuanto que por un tiempo ella nos tiene libres del tedio, nos hace amada la vida, nos hace apreciables muchas cosas que de otro modo no tendríamos en consideración. Escriben los antiguos, como habrás leído o escuchado, que los amantes infelices, arrojándose desde la roca de Santa Maura (que entonces se llamaba de Léucade) al mar, y salvándose, quedaban por gracia de Apolo libres de la pasión amorosa. Yo no sé si se deba creer que obtuvieran este efecto, pero sé bien que, escapados de aquel peligro, habrían por un poco de tiempo, incluso sin el favor de Apolo, tenido amor por la vida que antes sentían con odio, o por lo menos más amor o más aprecio que antes. Cada navegación es, a mi juicio, casi un salto desde la roca de Léucade, produciendo los mismos beneficios pero más perdurable que aquel, y por

este motivo ella es bastante superior. Se cree comúnmente que los hombres de mar y de guerra, estando a cada poco en peligro de muerte, tienen menos estima por la vida propia que los demás de la suya. Yo al mismo respecto juzgo que pocas personas tienen tanto amor y aprecio por la vida como los navegantes y soldados. Estos bienes que, teniéndolos, no se cuidan e incluso las cosas que ni siquiera tienen nombre de bienes, aparecen queridísimos y preciosísimos a los navegantes, solo por estar privados de ellos. ¿Quién pondría en el número de los bienes humanos el tener un poco de tierra que le sostenga? Nadie, excepto los navegantes, y más nosotros, que por la mucha incertidumbre sobre el éxito de este viaje no tenemos mayor deseo que la visión de un pedazo de tierra. Este es el primer pensamiento que se nos forma al despertarnos, con esto nos adormecemos; y, si incluso alguna vez descubrimos desde lejos la cumbre de un monte o de una selva, o cosa tal, no cabremos en nosotros mismos de contento; y tomada tierra, solamente el pensar de encontrarnos en tierra firme, de poder andar aquí y allí, caminando a nuestras anchas, nos parecerá por muchos días ser dichosos.

Gutiérrez.—Todo esto es muy cierto, tanto que si aquella especulativa conjetura tuya resulta tan cierta como es la justificación de haberla seguido, no podremos privarnos de gozar esta dicha un día u otro.

Colón.—Por lo que a mí respecta, si bien no oso asegurármelo; con todo, esperaría que estuviésemos para gozarla pronto. Desde hace algunos días, la sonda, como sabes, toca fondo, y la calidad de aquella materia que le viene dentro me parece buen indicio. Hacia la tarde, las nubes alrededor del Sol se mostraron de otra forma y de otro color que las de los días precedentes. El aire, como puedes sentir, se ha hecho un poco más dulce y más templado que antes. El viento no corre más, como antes, tan lleno ni tan derecho ni constante, sino más bien incierto y variado, como si fuese interrumpido

por algún obstáculo. Añade aquella caña que flotaba sobre el mar que parecía haber sido cortada hace poco; y aquella rama de árbol con aquellas bayas rojas y frescas. También las bandadas de pájaros, a pesar de que me han engañado otras veces, ahora son tantos que pasan, y tan grandes, y se multiplican de tal modo día tras día que pienso que se pueda tener cualquier fundamento, más aún cuando se ven entremezclados algunos pájaros que, por la forma, no me parecen marítimos. En suma, todos estos signos recogidos juntos, por mucho que yo quiera ser desconfiado, me tienen en expectativa grande y buena.

Gutiérrez.—Quiera Dios que esta vez ella se verifique.

# Elogio de los pájaros

Amelio, filósofo solitario, estando una mañana de primavera con sus libros, sentado a la sombra de su casa en el campo, leyendo, turbado por el cantar de los pájaros en la naturaleza, poco a poco se aplicó a escuchar y pensar, dejando la lectura; al final empuñó la pluma y en aquel mismo lugar escribió las cosas que siguen.

Son los pájaros, por su naturaleza, las más alegres criaturas de mundo. No lo digo porque al verlas o al oírlas siempre alegran, sino porque ellas de por sí sienten más alegría y felicidad que otros animales. Los demás animales se ven comúnmente serios y graves, y muchos de ellos parecen incluso melancólicos: raras veces dan signos de alegría, y estos son pequeños y breves; en la mayor parte de sus goces y placeres no reflejan ni dan signo alguno de alegría; de las campiñas verdes, de los panoramas abiertos y bellos, de los soles espléndidos, del aire cristalino y dulce; si disfrutan de ellos, no dan indicio alguno excepto las liebres, de las que se dice que de noche, cuando hay luna, y más con luna llena, saltan y juegan juntas, complaciéndose del claro, según escribe Jenofonte[1]. Los pájaros por lo general se muestran en los movimientos y en el aspecto jubilosos; y no de otra cosa procede la virtud que tienen de alegrarnos al verlos, sino de sus

---

[1] *Cyneget.* cap. 5, § 4.

formas y actos que, generalmente son tales que por naturaleza denotan habilidad y especial disposición a sentir goce y dicha, cuya apariencia no se puede reputar vana y engañosa. Por cada placer y cada contento que tienen, cantan; y cuanto mayor es el placer o el contento, más vigor y empeño ponen en el cantar. Y cantando buena parte del tiempo se deduce que ordinariamente están de buen humor y disfrutan. Y si bien se ha notado que mientras están en celo, cantan mejor y más a menudo, y más largamente que nunca, no hay que afirmar, sin embargo, que no canten por otros placeres y otros contentos más allá de los del amor. Y esto se sabe porque se observa claramente que el día sereno y plácido cantan más que en el oscuro e inquieto, y en la tempestad callan, como hacen con cualquier temor que sienten; y pasada aquella, reaparecen cantando y jugando los unos con los otros. Igualmente se advierte que por la mañana al despertarse acostumbran cantar, a lo que son movidos en parte por la dicha que tienen por el nuevo día, y en parte por el placer que tiene generalmente todo animal al sentirse restablecido y renovado por el sueño. También se alegran sumamente por las plantas verdes lozanas, por los valles fértiles, por las aguas puras y relucientes, por los bellos paisajes. En tales cosas se nota que lo que nos parece ameno y hermoso a nosotros también se lo parece a ellos; como se puede conocer por los cebos con los que son atraídos a las redes o a los cepos en los apostaderos y manganetas. Se puede conocer también por la condición de los lugares en el campo, que normalmente están más frecuentados por los pájaros, y su canto es asiduo y entusiasta. Mientras los demás animales, excepto quizá los que están domesticados y acostumbrados a vivir con los hombres, o ninguno o pocos sienten e interpretan al mismo modo el atractivo y la belleza de los lugares. Y no hay de qué sorprenderse, pues no se satisfacen sino de lo natural. Aunque, sin embargo, en estas cosas una grandísima parte de lo que llamamos natural no lo es; al contrario, es más bien artificial, como por ejemplo, los campos labrados, los árboles y las otras plantas cultivadas y dispuestas en orden, los ríos encauzados y

cosas similares, no tienen el estado ni la semblanza que tendrán naturalmente. De modo que la vista de cualquier país habitado por cualquier generación de hombres civilizados, sin ni siquiera considerar las ciudades ni los demás lugares donde los hombres se resuelven a estar juntos es cosa artificiosa, y muy diferente de la que sería por naturaleza. Dicen algunos, y coincidiría con nuestro propósito, que la voz de los pájaros es más gentil y más dulce, y el canto más modulado en nuestros parajes que aquellos en los que los hombres son salvajes y bastos; y concluyen que los pájaros, aun siendo libres, alcanzan un poco de la civilización de los hombres cuyas moradas suelen frecuentar.

Aunque lo que digan estos sea verdad o no, lo cierto es que es notable previsión de la naturaleza el asignar a un mismo género de animales el canto y el vuelo; de modo que los que tienen que recrear a los demás vivientes con la voz estén por lo general en lugar alto desde donde puede expandirse por mayor espacio y llegar a mayor número de oyentes. De tal modo que el aire, elemento destinado al sonido, esté poblado de criaturas cantoras y musicales. Verdaderamente mucho consuelo y placer nos otorga tanto, a mi parecer, a los demás animales como a los hombres, el oír el canto de los pájaros. Y ello creo que nazca principalmente, no de la dulzura de los sonidos, por mucha que ella sea ni de su variedad ni de la armonía entre ellos, sino por el significado de alegría que está contenida por naturaleza, tanto en el canto en general como en el canto de los pájaros en particular. El cual es, por así decir, una risa que el pájaro emite cuando siente un apacible bienestar.

Por lo que se podría decir de algún modo que los pájaros participan del privilegio que tiene el hombre de reír, el cual no tienen los otros animales; y por ello algunos pensaron que así como el hombre es definido como animal intelectivo o racional, pudiese no menos apropiadamente definirse como animal risible, pareciéndole a ellos que el reír no es menos propio y particular del hombre que la razón. Cosa ciertamente asombrosa esta que el hombre, que entre todas las criaturas es la más ator-

mentada y mísera, tenga la facultad de reír, ajena en los demás animales. Admirable es incluso el uso que nosotros hacemos de esta facultad, pues se ve a muchos que en alguna sombría desventura, a otros con gran tristeza de ánimo, a otros que casi no conservan amor alguno a la vida, ciertísimos de la vanidad de todo bien humano, incapaces de cualquier alegría y privados de toda esperanza, a pesar de todo, ríen. Es más, cuando conocen mejor la vanidad de los antedichos bienes y la infelicidad de la vida, y cuanto menos esperan y menos capaces son de disfrutar, tanto mayormente suelen los singulares hombres inclinarse a la risa. La naturaleza de la cual generalmente, y sus últimos principios y causas, en cuanto forma parte del ánimo, apenas se podría definir y explicar si no fuese diciendo que la risa es una especie de locura no perdurable o de desvarío y delirio. Por tal cosa los hombres, no estando nunca satisfechos ni nunca complacidos verdaderamente por cosa alguna, no pueden tener causa de risa que sea razonable y justa. Incluso sería curioso saber, dónde y en qué ocasión más verosímilmente el hombre se animó por primera vez a usar y conocer esta potencia. Porque no hay duda de que él, en el estado primitivo y salvaje, se muestra por lo general más serio, como hacen los demás animales, más melancólico. Por lo que hay opiniones de que la risa no solo apareció después del llanto, cosa que no se puede objetar, sino que se necesitó un buen espacio de tiempo para experimentarla y vivirla por primera vez. En aquellos tiempos ni la madre sonreía al niño ni este la reconocía por la sonrisa, como dice Virgilio. Que si hoy, al menos donde la gente se conduce en la vida civilizada, comienzan los hombres a reír poco después de nacer; lo hacen principalmente por virtud del ejemplo, porque ven a otros que ríen. Y creo que la primera ocasión y la primera causa de risa haya sido la embriaguez, otro efecto propio y particular del género humano. Esta tuvo origen mucho tiempo antes de que los hombres hayan tenido cualquier clase de civilización, pues sabemos que casi no se encuentra pueblo tan tosco que no se haya previsto de cualquier bebida o de cualquier otro medio de

embriagarse, y no lo suela usar abundantemente. De tales cosas no hay que asombrarse; considerando que los hombres, como son infelicísimos entre todos los animales, se complacen más que de cualquier otra cosa de toda alienación de mente no dolorosa, del olvido de sí mismos, de la suspensión, por así decir, de la vida; donde la interrupción o la disminución por algún tiempo del sentido y el conocimiento de los propios males reciben no poca satisfacción. Y en cuanto a la risa, se observa que los salvajes, aunque de aspecto serio y triste en otros tiempos, en la embriaguez ríen descocadamente, fabulando mucho y cantando, en contra de su costumbre. Pero sobre estas cosas trataré más detenidamente en una historia de la risa que tengo intención de hacer, en la cual, después de buscar su nacimiento, continuaré narrando sus hechos y casos y fortunas, de allí en adelante hasta el tiempo presente, en el cual él adquiere una dignidad y estatus que nunca tuvo, ocupando en las naciones civilizadas un lugar y desempeñando una función con la que suple de algún modo a las ejercidas en otro tiempo por la virtud, la justicia, el honor y otras similares; y en muchas ocasiones conteniendo y alejando a los hombres de las malas obras. Para concluir con el canto de los pájaros, digo que desde el momento en que la alegría vista o conocida en otros, de la cual no se tenga envidia, suele consolar y animar; por ello, muy loablemente, la *natura* previó que el canto de los pájaros, el cual es demostración de júbilo y una especie de risa, fuese público, mientras que el canto y la risa de los hombres, por respeto al resto del mundo, fuese privado, y sabiamente obró para que la tierra y el cielo fueran poblados de animales que todo día, con voces de contento resonantes y solemnes, casi aplaudieran a la vida universal e incitasen a los demás vivientes al gozo, dando continuo testimonio, aunque falso, de la felicidad de las cosas.

Y que los pájaros sean y se muestren más jubilosos que los demás animales no es sino una gran razón. Porque ciertamente, como he señalado al principio, tienen una naturaleza mejor adaptada para gozar y ser felices. Primeramente, no parece que

estén sometidos al tedio. Cambian de lugar cada poco; pasan de un país a otro por lejanos que estén, y de la ínfima a la superior parte del aire en poco espacio de tiempo y con facilidad admirable; ven y experimentan en su vida cosas infinitas y diversísimas: ejercitan continuamente su cuerpo, gozan sobremanera de la vida al aire libre. Los demás animales, satisfechas sus necesidades, aman estar quietos y ociosos; ninguno, excepto los peces y algunos insectos voladores, se mueve por deporte. Así, el hombre salvaje, excepto por satisfacer día tras día sus necesidades, las cuales requieren pequeña y breve obra, o si la tormenta o alguna fiera u otra razón no le fuerza, apenas acostumbra a mover un paso: ama principalmente el ocio y la negligencia; consume, poco menos, días enteros sentado perezosamente en silencio en su cabañuela informe o al abierto o en las grutas y cavernas de los peñascos y las rocas. Los pájaros, por el contrario, poquísimo se demoran en un mismo lugar; van y vienen de continuo sin necesidad alguna; acostumbran a volar por placer y tal vez vuelan por entretenimiento a más de un centenar de millas del lugar que suelen frecuentar y el día mismo, al crepúsculo, regresan. Incluso en el breve tiempo que se detienen en un lugar no los ves nunca estar parados: siempre se vuelven aquí o allí, siempre deambulan, se repliegan, se despliegan, se agitan, se sacuden; con esa viveza, agilidad, esa presteza de movimientos indescriptibles. En suma, desde que el pájaro ha salido del huevo hasta que muere, salvo en los intervalos del sueño, no reposa ni un momento. Por tales consideraciones parece que puede afirmarse que naturalmente el estado normal de los animales, comprendido también el hombre, sea el reposo; el de los pájaros, el movimiento.

A estas cualidades y condiciones exteriores corresponden las intrínsecas, es decir, las del ánimo; por las cuales igualmente son más aptos para la felicidad que los otros animales. Tienen el oído agudísimo y una vista penetrante y perfecta, de modo que nuestro intelecto fatigosamente se puede hacer una imagen adecuada; por tal potencia gozan cada día de inmensos y variadísimos espectáculos, además, descubren en un vistazo tanto espacio de

tierra y divisan claramente tantos países con la mirada, tantos, que apenas se pueden comprender con la mente del hombre; se deduce que deben tener una grandísima fuerza y vivacidad, y una gran potencia de imaginación. No de la profunda, férvida y tempestuosa, como tuvieron Dante y Tasso, el cual es funestísimo don y principio de afán y angustias gravísimas y perpetuas; sino de la rica, varia, ligera, inestable y candorosa, la cual es fortísima fuente de pensamientos amenos y agradables, de errores dulces, de varios placeres y consuelos; y la mayor y que es la más fructífera gracia con la que la naturaleza puede ser generosa con las ánimas vivas. De modo que los pájaros tienen de esta facultad gran abundancia, buena y útil para la jovialidad del ánimo, sin por ello participar de lo nocivo y penoso. Y así como abundan de vida exterior, igualmente son ricos de la interior, pero de tal modo que tal exuberancia redunda en su beneficio y placer, como en los niños; no en daño y miseria insigne, como sucede por lo general en los hombres. Pues el pájaro, en cuanto a la perspicacia y a la movilidad corporal, tiene con el niño una manifiesta similitud; así en la cualidad del ánimo, razonablemente se puede pensar que se le asemeje. Si los bienes de la infancia fueran comunes a las otras edades y los males no mayores en estas que en aquella, quizá el hombre tendría motivos para soportar la vida pacientemente.

Según mi parecer, la naturaleza de los pájaros, si nosotros la consideramos bajo ciertos aspectos, supera en perfección a la de los demás animales. A modo de ejemplo, si consideramos que el pájaro vence por mucho al resto de los animales en los sentidos de la vista y el oído, que según el orden natural al que pertenece el género de las criaturas animadas, son los sentidos principales, de esto se deriva que la naturaleza del pájaro es más perfecta que el resto de naturalezas de dicho género. Es más, siendo los otros animales, como está arriba escrito, inclinados naturalmente al reposo y los pájaros al movimiento; y el movimiento siendo cosa más viva que el reposo, mejor dicho, consistiendo la vida en el movimiento, y los pájaros prodigando movimiento más que

cualquier otro animal; y además de esto, la vista y el oído, que superan a los demás animales, y que predominan entre sus potencias, siendo los dos sentidos más particulares de los vivientes, por ser los más vivos y móviles, tanto por sí mismos como por las repercusiones que producen; y, finalmente, además de las cosas antedichas, se concluye que el pájaro posee mayor acopio de vida exterior e interior de la que tienen los demás animales. Ahora bien, si la vida es cosa más perfecta que su contrario, al menos en las criaturas vivientes; y si por ello la mayor abundancia de vida es mayor perfección, también por ello se deriva que la naturaleza de los pájaros es más perfecta. A tal propósito no ha de quedar en silencio que los pájaros están igualmente adaptados a soportar los extremos del frío y del calor; incluso sin intervalo de tiempo entre uno y otro, pues muchas veces vemos que desde la Tierra, en poco más de un instante, se elevan en el aire hasta lugares altísimos, que es como decir a sitios desmesuradamente fríos; y muchos de ellos, en breve tiempo, atraviesan volando diferentes climas.

En fin, así como Anacreonte deseaba poder transformarse en espejo para ser mirado continuamente por quien amaba, o en falda para cubrirla, o en ungüento para ungirla, o en agua para lavarla, o en estola que ella ciñese al pecho, o en perla que portase al cuello, o en zapato, que al menos ella apretase con el pie, igualmente yo querría, por breve tiempo, convertirme en pájaro para sentir el contento y la alegría de su existencia.

# Cántico del gallo silvestre

Afirman algunos sabios y escritores hebreos que entre el cielo y la Tierra, mejor dicho, en medio de uno y otra, vive cierto gallo salvaje que tiene sus pies en la tierra y toca con la cresta y el pico el cielo[1]. Este gallo gigante, además de otras particularidades que sobre él se pueden leer en los autores citados, tiene uso de razón; o quizá, como un papagayo, ha sido amaestrado no sé por quién para proferir palabras a modo de los hombres: porque se ha encontrado en un pergamino antiguo, escrito en caracteres judíos y lengua entre caldea, targúmica, rabínica, cabalística y talmúdica, un cántico titulado, *Scir detarnegòl bara letzafra,* es decir, *Cántico matutino del gallo silvestre,* el cual, con gran esfuerzo y preguntando a más de un rabino, cabalista, teólogo, jurisconsulto y filósofo hebreo, he sido capaz de entender y de traducir como se muestra a continuación. No he podido todavía descubrir si este cántico es repetido por el gallo de tiempo en tiempo, o todas las mañanas; o ha sido cantado una sola vez; o si se oye cantar o alguien lo ha oído; o si dicha lengua es propiamente la lengua del gallo o ha sido traducida de alguna otra. En cuanto a lo infrascrito, para hacerlo lo más fiel posible (en lo que me he esforzado todo lo que he podido), he preferido usar la prosa más bien que el verso, si bien es prosa poética. El estilo discontinuo,

---

[1] Véase, entre otros, Buxtorf, *Lexic. Chaldaic. Talmud, et Rabbin.* col. 2653 y ss.

y quizá alguna vez ampuloso, no me debe ser imputado, siendo conforme al del texto original y que responde en esto al uso de la lengua, máxime de los poetas de Oriente.

¡Arriba, mortales, despertad! El día renace, torna la verdad sobre la Tierra y parten las vanas imágenes. Resurgid, retomad la gravedad de la vida, regresad del mundo falso al verdadero.

Cada uno en este tiempo recoge y recorre con la mente todos los pensamientos de su vida presente; reclama a la memoria los proyectos, los estudios y ocupaciones; requiere los placeres y afanes que le sucederán durante el día nuevo. Y cada cual en este momento está más deseoso que nunca de encontrar en la propia mente expectativas gozosas y pensamientos dulces. Pero pocos son satisfechos de este deseo: para todos el despertar es dañino. El mísero no está siquiera alzado, que retorna en manos de su infelicidad. Placibilísima cosa es el sueño, que a conciliarlo concurren o alegría o esperanza. Una y otra hasta la vigilia del día siguiente se conservan enteras y salvas, pero en esta falta o declina.

Si el sueño de los mortales fuese perpetuo y una misma cosa con la vida; si bajo el astro diurno, languideciendo por la Tierra en profundísima calma todos los vivientes, no apareciese obra alguna, ni el mugido de los bueyes por los prados ni el estrépito de las fieras por la foresta ni cantos de los pájaros en el aire ni susurro de abejas o mariposas recorriese por la campiña; ni voz ni movimiento alguno, sino de las aguas, del viento o la tempestad, surgiese en parte alguna, cierto, el universo sería inútil pero, ¿se encontraría cantidad menor de felicidad o mayor de miseria, de la que hoy se encuentra? Yo te consulto a ti, ¡oh, Sol!, autor del día y gobernador de la vigilia: en el espacio de los siglos por ti distinguidos y consumados hasta hoy surgiendo y tramontando, ¿viste alguna vez a uno solo de los vivientes ser feliz? De las obras innumerables de los mortales por ti vistas hasta ahora, ¿piensas tú que siquiera una alcanzase su propósito, que fue la satisfacción o durable o transitoria de la criatura que la produjo? Es más, ¿ves en el presente o viste alguna vez

la felicidad dentro de los confines del mundo? ¿En qué campo reside, en qué bosque, en qué montaña, en qué valle, en qué país habitado o desierto, en qué planeta de tantos que tus llamas iluminan y calientan? ¿Quizá se oculta a tu presencia y reside en el fondo de las cavernas o en la profundidad de la tierra o del mar? ¿Qué cosa animada es partícipe de ella, qué planta o qué cosa a la que das vida, qué criatura provista o privada de virtudes vegetativas o animales? Y tú mismo, tú que casi un gigante incansable, velozmente, día y noche, sin sueño ni descanso, recorres el desmesurado camino que te ha sido prescrito, ¿eres tú feliz o infeliz?[2]

Mortales, despertad. No estáis todavía libres de la vida. Vendrá un tiempo en que ninguna fuerza externa, ningún intrínseco movimiento os sacudirá de la calma del sueño, sino que en ella siempre e insaciablemente reposaréis. Por ahora no se os ha concedido la muerte: solo de cuando en cuando se os concede por breve espacio de tiempo una semejanza de aquella. Pues la vida no podría conservarse si no fuese interrumpida frecuentemente. Una falta demasiado larga de este sueño breve y caduco es mal de por sí mortífero, y motivo de sueño eterno. Tal cosa es la vida, que para soportarla es necesario de tiempo en tiempo deponerla, retomar un poco de aliento y reanimarse experimentando casi una parte de muerte.

Parece que la esencia de las cosas tenga por propio y único objeto el morir. No pudiendo morir lo que no era, por ello de la nada brotan las cosas que son. Cierto que la causa final del ser no es la felicidad por el hecho de que ninguna cosa es feliz. Cierto es que las criaturas animadas se proponen este fin en cada

---

[2] Como un gran número de gentiles y de cristianos antiguos, muchos de ellos también judíos (entre los cuales, Filón de Alejandría y el rabino Maimónides), fueron de la opinión de que el Sol, e igualmente los planetas y las estrellas, tenían alma y vida. Véase Gassendi, *Physic.* sect. 2, lib. 2, cap. 5; y Petau, *Theologic. dogm. de sex dier. opific.* lib. 1, cap. 12, § 5 y ss.

obra suya pero de ninguna lo obtienen, y a pesar de que toda su vida se las ingenian, se esmeran y penan siempre por ella, no logran verdaderamente otra cosa y sus fatigas no se encauzan, al final, más que a alcanzar el designio de la naturaleza, que no es otro que la muerte.

De todos modos, el primer tiempo del día suele ser para los vivientes el más soportable. Pocos al momento de despertarse reencuentran en su mente pensamientos agradables y felices pero casi todos los producen y forman al momento, pues los ánimos en esa hora, aunque sin materia alguna especial y determinada, se inclinan sobre todo a la alegría o están dispuestos más que en los otros tiempos a soportar los males. Donde si alguno, cuando fue ganado por el sueño, se encontraba ocupado por la desesperación, despertándose, acepta nuevamente en el ánimo la esperanza, aunque ella en ningún modo le convenga. Muchos infortunios y aflicciones, muchas causas de temor y afán parecen en ese tiempo bastante menores de lo que parecían la tarde anterior. Incluso a menudo la angustia del día pasado es desdeñada y tomada a broma, como efecto de errores y de vanas imaginaciones. La tarde es comparable a la vejez; por el contrario, el principio de la mañana se asemeja a la juventud: esta por ser más reconfortante e ingenua; la tarde por triste, desalentadora e inclinada a esperar el mal. Pero como la juventud de la vida entera, así como la que los mortales experimentan cada día, es brevísima y huidiza, rápidamente el día también se torna para ellos edad anciana.

La flor de los años, si bien es lo mejor de la vida, es cosa en el fondo mísera. No obstante, este pobre bien se desvanece en tan poco tiempo que cuando el viviente tiene más signos de la decadencia del propio ser, apenas ha experimentado la perfección ni ha podido sentir y conocer plenamente sus propias fuerzas, que ya menguan. En cualquier género de criaturas mortales, la mayor parte de la vida es marchitarse. La naturaleza inclina y dirige cada obra suya a la muerte: pues no por otro motivo la vejez prevalece tan manifiesta, y de tan largamente, en la vida y en el mundo.

Cada parte del universo se apresura infatigablemente a la muerte, con solicitud y celeridad admirables. Solo el universo mismo parece inmune a la decadencia y a la languidez: ya que si en otoño e invierno se muestra casi enfermo y viejo, rejuvenece siempre en la estación nueva. Pero así como los mortales, si bien desde el primer momento de cada día retoman alguna parte de juventud, envejecen, sin embargo, todos los días y finalmente se extinguen; así el universo, si bien en el principio de los años rejuvenece, no obstante continuamente se marchita. Tiempo vendrá en que este universo y la naturaleza misma se apaguen. Y del mismo modo que de grandísimos reinos, de imperios humanos, y de asombrosos descubrimientos, que fueron famosísimos en otras épocas no resta hoy signo ni fama alguna, igualmente del mundo entero, y de las infinitas vicisitudes y calamidades de las cosas creadas, no permanecerá siquiera un vestigio, solo un desnudo silencio y una calma altísima llenarán el inmenso espacio. Así este arcano admirable y espantoso de la existencia universal, antes de ser esclarecido ni entendido, se desvanecerá y se perderá[3].

[3] Esta es una conclusión poética, no filosófica. Hablando filosóficamente, la existencia que nunca ha comenzado jamás tendrá fin.

# Fragmento apócrifo de Estratón de Lampsaco

Este fragmento, que yo por pasatiempo he traducido del griego, está tomado de un manuscrito que se encontraba hace algunos años, y quizá todavía se encuentre, en la biblioteca de los monjes del monte Athos. Lo titulo «Fragmento apócrifo» porque, como todos podrán observar, las cosas que se leen en el capítulo del fin del mundo no han podido ser sino escritos hace poco; mientras que Estratón de Lampsaco, filósofo peripatético, llamado el Físico, vivió cerca de trescientos años antes de la era cristiana. Si bien es cierto que el capítulo del origen del mundo concuerda con lo poco que nos ha llegado de las opiniones del filósofo a través de los escritores antiguos. Y se podría afirmar que el primer capítulo, e incluso el principio del otro, sean verdaderamente de Estratón, aunque el resto haya sido añadido por cualquier docto griego no antes del siglo pasado. Juzguen los eruditos lectores.

## 1. Del origen del mundo

Las cosas materiales, así como todas perecen y tienen un fin, también todas tuvieron un comienzo. Pero la materia misma ningún comienzo tuvo, es decir, que ella es por su propia fuerza *ab aeterno*. Podemos advertir que las cosas materiales crecen y disminuyen y al fin se disuelven, por lo que se concluye que ellas

no son desde siempre, sino que son generadas y producidas; por el contrario, de aquello que ni crece ni disminuye y que nunca perece deberá creerse que no ha tenido origen ni proviene de cosa alguna. Y ciertamente en ningún modo se podría probar que de las dos argumentaciones, si una fuera falsa, la otra sería verdadera. Mas si estamos seguros de que una es verdadera, lo mismo tenemos que conceder a la otra. Observamos que la materia no se incrementa nunca ni una mínima cantidad ni ninguna mínima cantidad se pierde, de modo que tal materia no está sujeta a perecer. Por tanto, los diversos modos de ser de la materia son caducos y pasajeros, pero ningún signo de caducidad ni de mortalidad se descubre en la materia universalmente, ni ningún signo de que haya tenido comienzo ni que para ser le hiciese falta o necesite causa alguna o fuerza fuera de sí. El mundo, es decir, el ser de la materia, es cosa comenzada y caduca. Ahora hablaremos del origen del mundo.

La materia en general, así como las plantas y las criaturas animadas en particular, tiene en sí por naturaleza una o más fuerzas propias que la agitan y mueven en diversísimos modos continuamente. Tales fuerzas podemos conjeturarlas e incluso denominar por sus efectos, pero no conocer en sí ni descubrir su naturaleza. Ni tampoco podemos saber si los efectos que nosotros referimos a una misma fuerza procedan verdaderamente de una o de más o si, por el contrario, esas fuerzas que nosotros denominamos con diferentes nombres son verdaderamente diferentes fuerzas o una sola. Dado que continuamente el hombre con diversos vocablos denota una sola pasión o fuerza, a modo de ejemplo, la ambición, el amor al placer y similares, de cada una de estas fuentes derivan efectos a veces simplemente diferentes, a veces también contrarios a los de las demás y son, de hecho, una misma pasión, es decir, el amor a sí mismo, el cual obra en distintos casos diversamente. Esta fuerza, por lo tanto, o se debe decir esta fuerza de la materia, moviéndose como hemos dicho y agitándose continuamente, forma de la materia innumerables criaturas, es decir, las modifica de variadísimos modos. Tales criaturas,

comprendiéndolas todas juntas, y considerándolas distribuidas en ciertos géneros y ciertas especies, y unidas entre sí en cierto orden y en ciertas relaciones que provienen de su naturaleza, se llaman mundo. Pero puesto que dicha fuerza no cesa jamás de actuar y modificar la materia, las criaturas que ella continuamente forma también las destruye, formando de la materia nuevas criaturas; aunque se destruyen las criaturas individuales, los géneros y las especies de las mismas se mantienen, o todas o la mayor parte, y que los órdenes y las relaciones naturales de las cosas no se cambian o en todo o en la mayor parte, por lo que se dice que tal mundo dura todavía. Pero infinitos mundos en el espacio infinito de la eternidad, habiendo durando más o menos tiempo, finalmente han desaparecido, perdiéndose por los continuos cambios de la materia ocasionados por la antedicha fuerza, los géneros o las especies de los que ese mundo se componía, carentes de las relaciones y órdenes que los gobernaban. Mas no por ello la materia ha disminuido en cualquier partícula, solo han desaparecido tales modos de ser, sucediendo inmanentemente a cada uno de ellos otro modo, es decir, otro mundo, sucesivamente.

## 2. Del fin del mundo

Este mundo presente del que los hombres forman parte, es decir, una de las especies del cual está compuesto, cuánto tiempo ha durado hasta aquí no se puede decir fácilmente, como tampoco se puede saber cuánto tiempo durará de hoy en adelante. Los órdenes que lo rigen parecen inmutables y como tales son creídos, porque ellos no cambian sino poco a poco y tras una duración incomprensible de tiempo, de modo que las mutaciones casi no caen bajo el conocimiento, y mucho menos de los sentidos del hombre. Tal extensión de tiempo, sea la que sea, es, no obstante, mínima con respecto a la duración eterna de la materia. Se ve en este mundo presente un continuo perecer de

los individuos y un continuo transformarse unas cosas en otras; pero puesto que la destrucción es compensada continuamente por la producción y los géneros se conservan, se estima que ese mundo no tenga ni tenga por qué tener en sí causa alguna por la cual deba ni pueda perecer, ni tenga que demostrar signo alguno de caducidad. No obstante, se puede conocer lo contrario, y esto por más de un indicio, entre ellos, este.

Sabemos que la Tierra, por motivo de su continuo girar alrededor del propio eje, huyendo del centro las partes alrededor del Ecuador, y empujándose hacia el centro las de alrededor de los polos, ha cambiado y cambia continuamente de figura, deviniendo en torno al Ecuador cada día más colmada, y por lo contrario en torno a los polos siempre deprimiéndose más. Por lo tanto, de este hecho debe suceder que tras cierto tiempo, la cantidad del cual, por cuanto sea mensurable en sí, no puede ser conocida por los hombres, la Tierra se aplane por un lado y otro del Ecuador de modo que, perdida completamente la figura globosa, se transforme en una delgada mesa redonda. Esta rueda, girando continuamente en torno a su centro, atenuándose y dilatándose cada día más, en algún momento, al huir del centro todas sus partes, quedará horadada por el medio. Y tal agujero, ampliándose día tras día, reducirá la Tierra a la figura de un anillo y al final se deshará en pedazos, los cuales alejados de la presente órbita de la Tierra, y perdido el movimiento circular, se precipitará al Sol o quizá a cualquier otro planeta.

Podría aventurarse para confirmar este razonamiento un ejemplo: el del anillo de Saturno, sobre la naturaleza del cual no concuerdan los físicos. Y aunque nueva e inaudita, no sería por ello inverosímil conjetura el presumir que dicho anillo fuese al comienzo uno de los planetas menores destinados al sistema de Saturno; hasta aplanado y después horadado en el centro por motivos conformes a los que hemos dicho sobre la Tierra, pero bastante más pronto, por ser de materia quizá menos densa y más blanda, cayese de su órbita en el planeta de Saturno, en el cual, por virtud atrayente de su masa y de su centro, haya sido retenido, tal como lo vemos

estar verdaderamente, alrededor de tal centro. Y se podría creer que este anillo, que continúa todavía girando alrededor, como hace en torno a su centro, que es igualmente el del globo de Saturno, disminuya y se dilate continuamente, y siempre crezca el intervalo que hay entre este y el globo antedicho, aun cuando esto ocurra más lentamente de lo que se requeriría para que tales mutaciones hubieran podido notarse y conocerse por los hombres, máxime tan distantes. Estas cosas, o seriamente o por broma, son dichas sobre el anillo de Saturno.

Ahora bien, este cambio que nosotros sabemos que ha acaecido y acaece cada día en la figura de la Tierra, no hay razón alguna de que por los mismos motivos no intervenga igualmente en cada planeta, aunque en los demás no sea tan manifiesto a la vista como en Júpiter. Ni que solo intervenga en los que, a semejanza de la Tierra, giran alrededor del Sol, y que por eso, lo mismo, sin duda alguna, interviene incluso en aquellos planetas que, la razón presume, orbitan alrededor de cada estrella. Por lo tanto, igual que se ha conjeturado para la Tierra, todos los planetas al cabo de cierto tiempo, reducidos por sí mismos a pedazos, tenderán a precipitarse, algunos en el Sol, otros en sus estrellas. En cuyas llamas manifiesto es que no solo pocos o muchos individuos, sino que universalmente esos géneros y esas especies que ahora se comprenden en la Tierra y en los planetas serán destruidos desde, por así decir, la raíz. Y esto por ventura, o alguna cosa a esta semejante, tuvieron en la mente los filósofos, tanto griegos como bárbaros, los cuales afirmaron que al final este mundo perecerá por el fuego. Pero como nosotros observamos que también el Sol gira entorno al propio eje, y que lo mismo se debe creer de las estrellas, se sigue que uno y otras al pasar el tiempo deban no menos que los planetas desvanecerse y sus llamas dispersarse por el espacio. Entonces el movimiento circular de las esferas mundanas, el cual es principalísima parte de las presentes leyes naturales y que es principio y fuente de la conservación de este universo, será causa también de la destrucción de tal universo y de dichos órdenes.

Disipados los planetas, la Tierra, el Sol y las estrellas, pero no su materia, se formarán de esta nuevas criaturas, distintas en nuevos géneros y nuevas especies, y nacerán por las fuerzas eternas de la materia nuevos órdenes de las cosas y un nuevo mundo. Pero las cualidades de este y de aquellos, como también de los innumerables que ya han sido y de los infinitos que serán, no podemos nosotros ni siquiera conjeturarlas.

# Diálogo de Timandro y Eleandro

Timandro.—Os quiero decir, es más, debo decirlo forzosamente. La sustancia y la intención de vuestro escribir y de vuestro hablar me parecen censurables.

Eleandro.—Cuando no os parezca tal también el obrar, no me infundiréis demasiada ofensa, porque las palabras y los escritos poco importan.

Timandro.—En el obrar no tengo de qué reprenderos. Sé que no hacéis bien a los demás por no poder, y veo que no hacéis mal por no querer. Pero en las palabras y los escritos sois reprobable, y no os concedo que hoy estas cosas importen poco; porque nuestra vida presente no consiste, se puede decir, en nada más. Dejemos las palabras por ahora, y hablemos de los escritos. La incesante censura y escarnio que hacéis de la especie humana, en primer lugar, están pasados de moda.

Eleandro.—También mi cerebro está pasado de moda. Y no es extraño que los hijos nazcan semejantes al padre.

Timandro.—Ni tampoco es novedoso que vuestros libros, como toda cosa contraria al uso corriente, tengan mala fortuna.

Eleandro.—Poco importa. No por ello irán buscando pan por las casas.

Timandro.—Cuarenta o cincuenta años atrás, los filósofos solían difamar a la especie humana, pero en este siglo hacen todo lo contrario.

ELEANDRO.—¿Creéis vos que cuarenta o cincuenta años atrás los filósofos, difamando a los hombres, dijeron lo falso o lo verdadero?

TIMANDRO.—Más bien y más a menudo lo verdadero que lo falso.

ELEANDRO.—¿Creéis que en estos cuarenta o cincuenta años, la especie humana se haya transformado en lo contrario de lo que antes era?

TIMANDRO.—No lo creo, pero esto no añade nada a nuestro propósito.

ELEANDRO.—¿Por qué no cuenta? ¿Quizá ha crecido en poder o subido en tal grado que los escritores de hoy están obligados a adularla o forzados a reverenciarla?

TIMANDRO.—Esto es bromear sobre cosas serias.

ELEANDRO.—Por lo tanto, volviendo a la cuestión, yo no ignoro que los hombres de este siglo, haciendo mal a sus iguales, según la moda antigua, se han puesto a hablar bien de ellos, al contrario del siglo precedente. Pero yo, que no hago daño ni a iguales ni a desiguales, no creo estar obligado a hablar bien de los demás contra mi conciencia.

TIMANDRO.—Vos estáis obligados como todos los demás hombres a procurar ser útil a vuestra especie.

ELEANDRO.—Si mi especie procura hacerme lo contrario, no entiendo cómo tengo esta obligación que vos decís. Pero supongamos que la tenga. ¿Qué debo hacer, si no puedo?

TIMANDRO.—No podéis, y otros pocos pueden, con los hechos. Pero con los escritos bien podéis servir, y debéis. Y no se ayuda con los libros que muerden continuamente al hombre en general; al contrario, se daña muchísimo.

ELEANDRO.—Acepto que no se apoye y estimo que no se dañe. ¿Pero creéis vos que los libros puedan ser útiles a la especie humana?

TIMANDRO.—No solo yo, sino que todo el mundo lo cree.

ELEANDRO.—¿Qué libros?

TIMANDRO.—De muchos géneros, pero especialmente de moral.

Eleandro.—Esto no es creído por todo el mundo porque yo, entre otros, no lo creo, como respondió una mujer a Sócrates. Si algún libro pudiese ser útil, pienso que serían sobre todo los poéticos: digo poéticos tomando este vocablo en sentido lato, es decir, libros destinados a estimular la imaginación; y comprendo no menos de prosa que de versos. Ahora bien, yo tengo en poca estima la poesía que, leída y meditada, no deja en el ánimo del lector un sentimiento noble tal que por media hora le impida considerar un pensamiento vil y hacer una acción indigna. Pero si el lector carece de confianza en su principal amigo una hora después de la lectura, yo no desprecio por ello esa poesía, pues entonces me convendría despreciar las más bellas, más cálidas y más nobles poesías del mundo. Además, excluyo de este discurso a los lectores que viven en grandes ciudades, los cuales, aun en el caso de que lean atentamente, no pueden ser ayudados ni por media hora ni muy complacidos ni conmovidos por clase alguna de poesía.

Timandro.—Vos habláis, como vuestra costumbre, malignamente, y de modo que dais a entender que por lo general sois muy mal acogido y tratado por los demás, pues esta es la mayor parte de las veces la causa del mal ánimo y del desprecio que algunos hacen profesión de tener a la propia especie.

Eleandro.—Verdaderamente yo no digo que los hombres me hayan dado o me den muy buen trato, sobre todo porque, diciendo esto, sería ejemplo único. Pero tampoco me han causado un gran daño pues, no deseando nada ni compitiendo con ellos, no me he expuesto a sus ofensas sino poquísimo. Aunque os digo y os aseguro que conozco y sé clarísimamente no ser capaz de hacer una mínima parte de lo que se requiere para rendirse grato a las personas; y de ser, cuanto se pueda decir, inepto para conversar con los demás, es más, para la misma vida, por culpa o de mi naturaleza o mía propia; por eso si los hombres me tratasen mejor de lo que lo hacen, yo les estimaría menos de lo que les estimo.

TIMANDRO.—Entonces todavía sois más condenable, porque el odio y la voluntad de, por así decir, vengarse de los hombres, habiendo sido ofendido injustamente, tendría excusa. Pero vuestro odio, según lo que decís, no tiene causa particular alguna; sino quizá una ambición insólita y mísera de adquirir fama por la misantropía, como Timón: deseo abominable en sí, ajeno por lo demás a este siglo, dedicado sobre todo a la filantropía.

ELEANDRO.—De la ambición no es el caso de que yo os responda, porque ya he dicho que no deseo nada de los hombres, y si esto no os parece creíble, aunque sea cierto, al menos debéis creer que la ambición no me mueve a escribir cosas que hoy, como vos mismo afirmáis, producen vergüenza y no alabanzas a quien las escribe. Del odio luego hacia toda la especie estoy tan lejano que no solamente no quiero, sino que no puedo ni siquiera odiar a quien me ofende personalmente; es más, soy del todo incapaz e impenetrable al odio. Cosa que no es pequeña parte de mis tantas ineptitudes para el comercio con el mundo. Mas no puedo enmendarme: pienso que, comúnmente, cualquiera se persuade, que perjudicando o dañando a quien sea, se beneficia o se place a sí mismo; se induce a ofender; no por hacer mal a los demás (que esto no es propiamente el fin de ningún acto o pensamiento posible), sino para hacer bien a sí; tal deseo es natural y no merece odio. Además de a todo vicio o culpa que veo en los demás, antes de indignarme, quiero examinarme a mí mismo, presuponiendo en mí los casos antecedentes y las causas convenientes a tal propósito; y encontrándome siempre deshonrado o capaz de los mismos defectos, no tengo ánimo para irritarme. Reservo siempre el enojo para cuando vea una maldad que no pueda tener lugar en mi naturaleza: pero hasta ahora no la he visto. Por lo demás, el concepto de la vanidad de las cosas humanas me llena continuamente la mente de modo que no me decido a meterme en ninguna de sus batallas; y la ira y el odio me parecen pasiones mucho mayores y más fuertes de lo que es conveniente a la tenuidad de

la vida. Del ánimo de Timón al mío, observad qué diferencia hay. Timón, odiando y huyendo de los demás, amaba y acariciaba solo a Alcibíades, como causa de muchos futuros males a su común patria. Yo, sin odiarlo, lo habría rehuido más que a los demás, y advertiría a los ciudadanos del peligro, y los exhortaría a prevenirlo. Algunos dicen que Timón no odiaba a los hombres, sino a las fieras con semblanza humana. Yo no odio ni a los hombres ni a las fieras.

Timandro.—Pero tampoco amáis a ninguno.

Eleandro.—Escuchad, amigo mío. He nacido para amar, he amado, y quizá con tanto afecto cuanto jamás pudo alma viva. Hoy, si bien no estoy todavía, como veis, en edad naturalmente fría ni quizá siquiera templada, no me avergüenza decir que no amo a nadie salvo a mí mismo, por necesidad natural y lo menos que me es posible. Con todo, estoy dispuesto y preparado a escoger padecer yo que ser motivo de padecimiento para los demás. Y de esto, por poca noticia que tengáis de mis costumbres, creo que podéis ser testigo.

Timandro.—No os lo niego.

Eleandro.—De modo que yo no ceso de procurar a los hombres por mi parte, posponiendo incluso mi propio interés, el mayor, es más, el único bien al que me he restringido a desear por mí mismo, es decir, el no padecer.

Timandro.—¿Mas confesáis vos explícitamente no amar ni siquiera nuestra común especie?

Eleandro.—Sí, explícitamente. Pero como si a mí correspondiese, haría castigar a los culpables, si bien no les odio; así, si pudiese, haría cualquier beneficio a mi especie, aunque no la ame.

Timandro.—Bien, así sea. Pero en fin, si no os mueven injurias recibidas ni odio ni ambición, ¿qué os empuja a emplear este modo de escribir?

Eleandro.—Diversas cosas. En primer lugar, la intolerancia a toda simulación e hipocresía, a las cuales me pliego tal vez en el hablar, pero nunca en los escritos, pues a menudo estoy obligado a hablar, pero nunca soy forzado a escribir; y si tuviese que decir lo

que no pienso, no me produciría un gran placer destilar mi cerebro sobre el papel. Todos los sabios se ríen de quien escribe latín en el presente, que nadie habla esa lengua, y pocos la entienden. Yo no entiendo cómo no es igualmente ridícula esta continua presuposición que se hace escribiendo y hablando de ciertas cualidades humanas que todos saben que ya no se encuentran en hombre nacido, y ciertos entes racionales o fantásticos, adorados tiempo atrás, pero hoy tomados enteramente por nada por quien los nombra y por quien los oye nominar. Que se usen máscaras y disfraces para engañar a los demás o para no ser reconocidos no me parece extraño, pero que todos vayan enmascarados con la misma máscara y disfrazados del mismo modo, sin engañar el uno al otro, y conociéndose óptimamente entre ellos, me parece una niñería. Arránquense las máscaras, permanezcan con sus ropas: no harán menor efecto que antes y estarán más cómodos. Pues finalmente, este fingir siempre, si bien inútil, y este representar una persona diversa de la propia, no se puede hacer sin apuro y gran incordio. Si los hombres del estado primitivo, solitario y salvaje, hubieran pasado a la civilización moderna de golpe y no por grados, ¿creemos que se encontrarían en las lenguas los nombres de las cosas dichas anteriormente, así como en las naciones la costumbre de repetirlas cada poco, y de hacer mil razonamientos sobre ellas? En verdad este uso me parece como una de esas ceremonias o prácticas antiguas, extrañísimas a los hábitos presentes, las cuales con todo se mantienen, por virtud de la costumbre. Pero yo que no me puedo adaptar a las ceremonias, no me adapto tampoco a ese uso: y escribo en lengua moderna, y no la de los tiempos troyanos. En segundo lugar, no busco yo tanto morder en mis escritos a nuestra especie cuanto dolerme de su destino. Ninguna cosa creo sea más manifiesta y palpable que la infelicidad necesaria de todos los vivientes. Si esta infelicidad no es verdadera, todo es falso, y dejamos este y cualquier otro discurso. Si es verdadera, ¿por qué no ha de ser lícito el quejarme abierta y libremente, y decir, yo padezco? Pero si me lamentase llorando (y esta es la tercera causa que me mueve),

aburriría no poco a los demás y a mí mismo sin fruto alguno. Riendo de nuestros males encuentro algún consuelo; y procuro causarlo en otros del mismo modo. Si esto no sucede, tengo por seguro que el reír de nuestros males es el único provecho que se pueda obtener, y el único remedio que tenemos. Dicen los poetas que la desesperación tiene siempre en la boca una sonrisa. No debéis pensar que yo no compadezca la infelicidad humana. Pero no pudiéndose remediar con ninguna fuerza, ningún arte, ninguna industria, ningún pacto; estimo bastante más digno del hombre, y de una desesperación magnánima, el reír de los males comunes que el ponerme a suspirar, lagrimar y chillar junto a los demás, o incitarles a hacerlo. Por último, me queda decir que yo deseo tanto como vos, y tanto como cualquier otro, el bien de mi especie en general, pero no lo espero de ningún modo; no sé complacerme ni deleitarme con ciertas buenas expectativas, como veo hacer a muchos filósofos en este siglo y mi desesperación, por ser entera, y continua, y fundada en un juicio seguro y en una certeza, no me deja lugar a sueños e imaginaciones agradables sobre el futuro, ni ánimo de emprender cosa alguna y ponerla en práctica. Y bien sabéis que el hombre no se dispone a intentar lo que sabe que no conseguirá, y cuando se dispone, obre de mala gana y con poca fuerza; y que escribiendo de modo diverso o contrario a la opinión propia, aunque esta fuese falsa, no se hace nunca cosa digna de consideración.

Timandro.—Pero es bien necesario reformar el juicio propio cuando es diverso de la verdad, como el vuestro.

Eleandro.—Yo juzgo que soy infeliz, y en esto sé que no me engaño. Si los demás no lo son, me congratulo con ellos con toda el alma. También estoy seguro de no librarme de la infelicidad, antes de que muera. Si los otros tienen esperanzas diferentes para sí, me alegro igualmente.

Timandro.—Todos somos infelices y todos lo han sido, y creo no queráis vanagloriaros de que esta sentencia vuestra sea novedosa. Pero la condición humana se puede mejorar mucho de lo que ella es, como ya ha sido mejorada indescrip-

tiblemente de lo que fue. Vos demostráis no recordar, o no querer recordar, que el hombre es perfectible.

ELEANDRO.—Perfectible lo creeré fiándome de vos; pero perfecto, que es lo que mayormente importa, no sé cuándo lo creeré ni fiándome de quién.

TIMANDRO.—No ha llegado todavía a la perfección, porque le ha faltado tiempo; pero no se puede dudar que esté por alcanzarla.

ELEANDRO.—No lo dudo. Estos pocos años que han transcurrido desde el principio del mundo al presente no podían ser suficientes; y no se debe hacer juicio de la índole, del destino y de las facultades del hombre, además, que ha habido otros asuntos. Pero ahora no se atiende a otra cosa que a perfeccionar nuestra especie.

TIMANDRO.—Cierto que a esto se atiende con sumo estudio en todo el mundo civil. Y considerando la abundancia y la eficacia de medios, una y otra aumentadas increíblemente desde hace poco, se puede creer que el resultado se deba conseguir en más o menos tiempo: y esta esperanza es de no pequeña alegría por motivo de las empresas y operaciones útiles que ella promueve o alumbra. Por eso si fue alguna vez dañino y reprensible, en el presente es dañosísimo y abominable el ostentar esta vuestra desesperación, e inculcar a los hombres la necesidad de su miseria, la vanidad de la vida, la debilidad y pequeñez de su especie, y la maldad de su naturaleza, lo que no puede hacer más que postrarles el ánimo; despojarles de la autoestima, primer fundamento de la vida honesta, de la útil, de la gloriosa; y disuadirlos de procurar el propio bien.

ELEANDRO.—Yo querría que me dijeseis precisamente si os parece que lo que yo creo y digo sobre la felicidad de los hombres es verdadero o falso.

TIMANDRO.—Vos retomáis vuestras habituales armas; y cuando yo os confiese que lo que decís es cierto, pensáis vencer la disputa. Ahora, yo os respondo que no toda verdad hay que predicarla a todos ni en todo tiempo.

Eleandro.—De gracia, satisfacedme de otra pregunta. Estas verdades que digo pero no pregono, ¿son en la filosofía, verdades principales o accesorias?

Timandro.—Yo considero que sean la sustancia de toda la filosofía.

Eleandro.—Entonces se engañan grandemente los que dicen y predican que la perfección del hombre consiste en el conocimiento de la verdad, y que todos sus males provienen de las opiniones falsas y de la ignorancia, y que el género humano, por lo tanto, finalmente será feliz, cuando cada uno o la mayor parte de los hombres conozcan la verdad y siguiéndola compondrán y gobernarán su vida. Y estas cosas las dicen más o menos todos los filósofos antiguos y modernos. He aquí que a vuestro juicio las verdades que son la sustancia de toda filosofía deben ocultarse a la mayor parte de los hombres; y creo que fácilmente consentiréis que deban ser ignoradas u olvidadas por todos: porque sabidas, y conservadas en la mente, no hacen sino dañar. Lo que es tanto como decir que la filosofía deba extirparse del mundo. No ignoro que la última conclusión que se obtiene de la filosofía verdadera y perfecta es que no es necesario filosofar. De lo que se deduce que la filosofía, primeramente, es inútil porque para esta consecuencia de no filosofar no es necesario ser filósofo; segundo, es dañosísima porque esta última conclusión no se aprende sino en detrimento propio, y una vez aprendida no puede realizarse; no estando en arbitrio de los hombres olvidar las verdades conocidas, y deponiéndose más fácilmente cualquier otro hábito que el de filosofar. En suma, la filosofía, esperando y prometiendo al principio curar nuestros males, al final se reduce a desear en vano remediarse a sí misma. Dado todo esto, pregunto por qué se deba creer que la edad presente sea más próxima y dispuesta a la perfección que las pasadas. ¿Quizá por el mayor conocimiento de la verdad; el cual se ve que es contrario a la felicidad de los hombres? ¿O quizá porque en el presente solo unos pocos conocen que no es necesario filosofar, sin que por ello tengan la facultad de abstenerse de

ello? Pero los primeros hombres de hecho no filosofaron, y los salvajes se abstuvieron sin dificultad. ¿Qué otros medios, nuevos o mayores, que no tuvieron los antepasados, tenemos nosotros para aproximarnos a la perfección?

TIMANDRO.—Muchos, y de gran utilidad, pero el exponerlos requeriría un discurso infinito.

ELEANDRO.—Dejémoslos a un lado por ahora, y volviendo a lo que a mí se refiere, digo que si en mis escritos yo recuerdo algunas verdades duras y tristes, por desahogo del alma o para consolarme con la risa, y no por otra cosa, yo no ceso sin embargo en los mismos libros de deplorar, desaconsejar y reprender el estudio de esa mísera y fría verdad, el conocimiento de la cual es fuente de despreocupación e indiferencia o de bajeza de ánimo, iniquidad y deshonestidad de acción, y perversidad de costumbres; mientras, por el contrario, alabo y exalto las opiniones, si bien falsas, que generan actos y pensamientos nobles, fuertes, magnánimos, virtuosos y útiles al bien común o privado: las imaginaciones bellas y felices que, a pesar de vanas, dan valor a la vida, las ilusiones naturales del ánimo, y en fin, los errores antiguos, muy diferentes de los errores bárbaros, los cuales solamente, y no los antiguos, habrían debido caer por obra de la civilización moderna y de la filosofía. Pero estos, según mi opinión, traspasando los límites (como es propio e inevitable de las cosas humanas): no mucho después de alejarnos de una barbarie, nos han precipitado en otra, no menor que la primera, aunque nacida de la razón y del saber, y no de la ignorancia, por ello menos presente y manifiesta en el cuerpo que en el espíritu, menos robusta en las obras, y por así decir, más débil e intrínseca. En cualquier modo, dudo, o me inclino más bien a creer que los errores antiguos, en cuanto son necesarios para el buen estado de las naciones civilizadas son y deben ser cada día más difíciles de renovar. Sobre la perfección del hombre, yo os juro que si fuese ya alcanzada, habría escrito al menos un volumen de alabanzas al género humano. Pero puesto que

no me ha tocado a mí verla, y no espero que me corresponda en mi vida, estoy dispuesto a asignar en mi testamento una buena parte de mi patrimonio para que, cuando el género humano sea perfecto, se emplee en escribirle y declamarle públicamente un panegírico todos los años, y para que le sea edificado un templo a la antigua o una estatua o lo que se crea conveniente.

# Copérnico
## Diálogo

### 1. PRIMERA ESCENA

La Hora prima y el Sol

Hora prima.—Buenos días, Excelencia.
Sol.—Sí, mejor buenas noches.
Hora prima.—Los caballos están listos.
Sol.—Bien.
Hora prima.—Venus ha salido hace un rato.
Sol.—Bien, entre o salga a su voluntad.
Hora prima.—¿Qué quiere decir, su Excelencia?
Sol.—Quiero que me dejes en paz.
Hora prima.—Pero, Excelencia, la noche ya ha durado tanto que no puede durar más; y si nosotros nos demoramos, vea, Excelencia, que luego no nazca algún desorden.
Sol.—Nazca lo que quiera, que yo no me muevo.
Hora prima.—¡Oh!, Excelencia, ¿qué es esto? ¿Se siente mal?
Sol.—No, no. Yo no me siento mal, sino que no me quiero mover, y ocúpate de tus asuntos.
Hora prima.—¿Cómo debo ocuparme si no venís vos, que soy la primera Hora del día? ¿Y el día cómo puede ser, si vuestra Excelencia no se digna, como acostumbra, a salir?
Sol.—Si no la eres del día, la serás de la noche; o bien las Horas de la noche doblarán turno y tú y tus compañeras estaréis

ociosas. Porque, ¿sabes qué? Estoy cansado de este continuo dar vueltas para dar fuego a cuatro animaluchos que viven en un puñado de fango tan pequeño que yo, que tengo buena vista, no alcanzo a verlo, y esta noche he decidido no tener más fatiga por esto; y si los hombres quieren ver fuego, que tengan sus fuegos encendidos o se provean de otro modo.

HORA PRIMA.—¿Y en qué modo, Excelencia, quiere que se provean los pobres? Mantener sus lucernas o encender tantas velas que se consuman en el espacio de un día será un gasto excesivo. Que si fuese ya descubierto cierto aire que sirve para quemar y para iluminar las calles, las habitaciones, los comercios, las cantinas y cualquier cosa, y todo con poco dispendio, entonces diría que el caso no sería tan nocivo. Pero el hecho es que deben pasar todavía trescientos años, poco más o menos, antes de que los hombres encuentren tal remedio, y mientras agotarán el aceite y la cera y la pez y el sebo, y no tendrán más que quemar.

SOL.—Irán a la caza de las luciérnagas, y de esos gusanos que brillan.

HORA PRIMA.—¿Y del frío, cómo se resguardarán? Pues sin la ayuda que les prestaba vuestra Excelencia no bastará prender fuego a todas las selvas para calentarlos. Sin contar que morirán también de hambre porque la tierra no dará ya sus frutos. Y así, al cabo de pocos años, se perderá la simiente de esos pobres animales, los cuales cuando hayan andado un trecho aquí y allá por la tierra, a tientas, buscando de qué vivir y cómo calentarse; finalmente consumida toda cosa que puedan engullir, y apagada la última chispa de fuego, morirán todos en la oscuridad, helados como pedazos de cuarzo.

SOL.—¿Qué me puede importar esto? ¿Qué soy yo, la niñera del género humano, o quizá el cocinero, que deba hacer germinar y preparar los alimentos? ¿Y por qué me debo preocupar si una pequeña cantidad de criaturitas invisi-

bles, alejadas de mí millones de kilómetros, no ven y no pueden soportar el frío sin mi luz? Además, si yo debo también servir, como si dijéramos, de estufa o de fogón a esta familia humana, es razonable que, queriendo la familia calentarse, venga ella cerca del fogón y no que el fogón vaya en busca de la casa, por esto, si la Tierra tiene necesidad de mi presencia, camine ella y se esfuerce en procurarla, que yo no tengo necesidad de cosa alguna de la Tierra para que yo la busque a ella.

Hora prima.—Vuestra Excelencia quiere decir, si entiendo bien, que lo que en el pasado ha hecho lo haga ahora la Tierra.

Sol.—Sí, ahora, y en el futuro también.

Hora prima.—Cierto que vuestra Excelencia tiene motivos para actuar así, además, puede hacer lo que crea oportuno. Pero con todo, dígnese, Excelencia, de considerar cuántas cosas bellas es necesario que se arruinen para establecer este nuevo orden. El día ya no tendrá su hermoso carro dorado, con sus majestuosos caballos purificados en el mar, y dejando otras particularidades, nosotras, pobres Horas, no tendremos ya lugar en el cielo, y de sirvientes celestes devendremos terrestres; si es que no nos convertimos, como yo creo, en humo. Pero sea esto como sea: el punto será persuadir a la Tierra de girar a nuestro alrededor; cosa que ha de ser bastante difícil, pues no está acostumbrada, y le debe parecer extraño tener que correr siempre y fatigarse tanto, no habiéndose movido nunca de su sitio hasta ahora. Y si vuestra Excelencia, por lo que parece, comienza a prestar atención a la pereza, yo oigo que la Tierra no esté inclinada a la fatiga más de lo que estuvo en otros tiempos.

Sol.—La necesidad, en esta cosa, le espoleará, y le hará saltar y correr cuanto convenga. Pero de todos modos, para conseguirlo, la vía más rápida y la más segura es encontrar un poeta o un filósofo que persuada a la Tierra para moverse o que, si no la

puede convencer, la haga ir por la fuerza. Porque al final este asunto está en manos de los filósofos y de los poetas; es más, ellos pueden casi todo. Los poetas han sido los que en el pasado (porque yo era más joven y los escuchaba), con aquellas bellas canciones, me han hecho hacer de buena gana como adiestramiento o como un ejercicio honorable este estupidísimo esfuerzo de correr desesperadamente, tan grande y grueso como soy, alrededor de un granito de arena. Pero ahora que he madurado, y que me he adiestrado en filosofía, busco en cada cosa la utilidad y no lo bello; y los sentimientos de los poetas, si no me mueven el estómago, me hacen reír. Quiero, para hacer una cosa, tener buenas razones y que sean profundas; y puesto que yo no encuentro ninguna razón para anteponer a la vida ociosa y acomodada la vida activa, la cual no podría dar fruto que pagase el esfuerzo, quizá exceptuando solamente la esperanza (no habiendo en el mundo un fruto que valga mucho); por ello he decidido dejar las fatigas y el malestar a los demás, y yo por mi parte viviré en casa quieto y sin preocupaciones. Esta mutación en mí, como te he dicho, además de lo que ha cooperado la edad, la han hecho los filósofos; gente que en este tiempo ha comenzado a tener más poder, y aumenta cada día más. Así que, queriendo hacer ahora que la Tierra se mueva y se ponga a correr en círculos en mi lugar; por una parte verdaderamente sería necesario más que un filósofo un poeta; porque los poetas, bien con una fábula, bien con otra, dando a entender que las cosas del mundo sean de valor y de peso, y que sean placenteras y bellas, y creando mil esperanzas alegres, a menudo animan a los demás a esforzarse; y los filósofos los desaniman. Pero por otra parte, porque los filósofos han comenzado a sobresalir, yo temo que un poeta no sería escuchado hoy en la Tierra más de lo fuese a escucharlo yo; o que aun cuando fuese escuchado, no causaría efecto alguno. Será mejor que recurramos a un filósofo: que si bien los filósofos son generalmente poco aptos, y menos inclinados a mover a los demás a obrar, sin embargo, puede ser que en este

caso tan extremo sientan el impulso contrario a su costumbre, excepto si la Tierra juzga que le es más ventajoso disiparse que tener que afanarse tanto; cosa de la que no diría que estuviese equivocada: basta, nosotros ya veremos qué sucede. Tú deberás hacer una cosa: irás allá a la Tierra o mandarás a una de tus compañeras, la que quieras, y si ella encuentra alguno de esos filósofos que esté fuera de casa al fresco, explorando el cielo y las estrellas; como probablemente encontrará, por la novedad de esta noche tan larga; ella, sin más, lo alzará, se lo echará a la espalda y así vuelva y me lo traiga hasta aquí, que yo veré de convencerlo a hacer lo necesario. ¿Has entendido bien?

Hora prima.—Excelencia, sí. Seréis complacido.

## 2. ESCENA SEGUNDA

(Copérnico *sobre la azotea de su casa, mirando el cielo a levante, por medio de un cilindro de papel, porque todavía no se habían inventado los prismáticos)*

Gran cosa es esta. O todos los relojes fallan o el Sol debería haberse elevado ya hace más de una hora: y aquí no se ve, ni siquiera se vislumbra, el alba; a pesar de que el cielo esté claro y terso como un espejo. Ve ahora al *Almagesto* o al *Sacrobosco*, y di que te indiquen las razones de este caso. He escuchado hablar muchas veces de la noche que Júpiter pasó con la mujer de Anfitrión, y también recuerdo haber leído hace poco en un libro moderno de un español que los peruanos cuentan que una vez, en la Antigüedad, hubo en su país una noche larguísima, interminable; y que al final el Sol salió fuera de cierto lago, que llaman Titicaca. Pero hasta hoy he pensado que cosas tales no eran sino habladurías, y lo tenía por seguro, como hacen todos los hombres razonables. Ahora me doy cuenta de que la razón y la ciencia no explican, a decir verdad, nada; me inclino a creer que estas y símiles cosas

puedan ser ciertas ciertísimas: es más, estoy por ir a todos los lagos y a todos los pantanos que pueda e intentar pescar el Sol. Pero ¿qué es este estruendo que oigo, que parece como las alas de un pájaro grande?

## 3. ESCENA TERCERA

### LA HORA ÚLTIMA Y COPÉRNICO

HORA ÚLTIMA.—Copérnico, yo soy la Hora última.

COPÉRNICO.—¿La Hora última? Bien, aquí es necesario someterse. Solo, si se puede, dame un poco de tiempo para que yo pueda hacer testamento y ordenar mis cosas antes de morir.

HORA ÚLTIMA.—¿Qué morir? Yo no soy la última Hora de tu vida.

COPÉRNICO.—¡Oh!, ¿quién eres entonces? ¿La última Hora del oficio del breviario?

HORA ÚLTIMA.—Bien creo que esta te será más querida que las demás, cuando te encuentres en el coro.

COPÉRNICO.—Pero ¿cómo sabes que soy canónico? ¿Y cómo me conoces, que incluso antes me has llamado por el nombre?

HORA ÚLTIMA.—Yo he recabado información sobre ti de algunos que aquí abajo estaban por la calle. Brevemente, yo soy la última Hora del día.

COPÉRNICO.—Ah, entiendo: la primera Hora está enferma y por eso el día todavía no se ve.

HORA ÚLTIMA.—Déjame decir. El día ya no tendrá lugar ni hoy ni mañana ni nunca si tú no lo remedias.

COPÉRNICO.—Estaría bien esto; que me tocase a mí el encargo de hacer el día.

HORA ÚLTIMA.—Yo te diré cómo. Pero primero es necesario que vengas conmigo sin demora a la casa del Sol, mi amo. Te contaré el resto; y parte te será dicho por su Excelencia cuando lleguemos.

Copérnico.—Todo esto está muy bien. Pero el camino, si yo no me engaño, debe ser bastante largo. ¿Y cómo podré portar tantas provisiones que sean suficientes para no morir de hambre algún año antes de llegar? Además, que la tierra de su Excelencia no creo que produzca ni siquiera para un desayuno.

Hora última.—Olvida esas dudas. Tú no tendrás que estar mucho en casa del Sol y el viaje se hace en un momento, porque yo soy espíritu, por si no lo sabes.

Copérnico.—Pero yo soy un cuerpo.

Hora última.—Está bien, no tienes por qué entorpecer con esos discursos, que no eres un filósofo metafísico. Ven aquí, súbete a mis espaldas y déjame hacer a mí el resto.

Copérnico.—Bien, hecho. Veamos cómo acaba esta novedad.

## 4. ESCENA CUARTA

### Copérnico y el Sol

Copérnico.—Ilustrísimo Señor.

Sol.—Perdona, Copérnico, si no te ofrezco asiento, pues aquí no se acostumbran las sillas, mas concluiremos pronto. Ya sabes del asunto por mi sirvienta. Por mi parte, y por lo que la muchacha me ha dicho de tus capacidades, encuentro que eres el apropiado para el objetivo que se persigue.

Copérnico.—Señor, yo veo en este asunto muchos problemas.

Sol.—Los problemas no deben asustar a un hombre de tu clase. Además se dice que ellos infunden ánimo al valiente. ¿Y después cuáles son, al final, estas dificultades?

Copérnico.—Primeramente, por grande que sea el poder de la filosofía, no estoy seguro de que sea tan grande como para persuadir a la Tierra para que se ponga en movimiento, en lugar de estar quieta y acomodada; y esforzarse en lugar de estar ociosa: máxime en estos tiempos, que no son ya los tiempos heroicos.

SOL.—Pues si no puedes persuadirla, la obligarás.

COPÉRNICO.—De buena gana, Ilustrísimo, si yo fuese un Hércules o un Orlando y no un canónico de Varmia.

SOL.—¿Qué importa eso? ¿No se cuenta de un matemático antiguo vuestro, el cual decía que si tuviera un lugar fuera del mundo, estando allí, confiaba en que podría mover el cielo y la Tierra? Ahora tú no tienes que mover el cielo; y he aquí que te encuentras en lugar que está fuera de la Tierra. Por lo tanto, si no eres menos que el antiguo, no puede suceder que tú no la puedas mover, quiera o no quiera ella.

COPÉRNICO.—Señor mío. Esto se podría hacer pero se necesitaría una palanca; la cual necesitaría ser tan larga que no solo yo, sino que vuestra Señoría Ilustrísima, aun cuando sea rica, no tiene, sin embargo, tanto que alcanzase a sufragar la mitad del gasto de la materia para hacerla, y de la fabricación. Una dificultad más grave es la que sigue, que es como un nudo enredado de dificultades. La Tierra hasta hoy ha tenido la sede más importante en el universo, que es decir el centro; y (como vos sabéis) estando ella inmóvil, y sin otra preocupación que mirar entorno, todos los astros del universo, tanto los mayores como los más pequeños, y tanto los resplandecientes como los oscuros, han girado arriba y abajo y a los lados continuamente, con una prisa, una fachenda, una furia que asombra pensarlo. Y así, mostrando todas las cosas estar ocupadas en su servicio, parecía que el universo era semejante a una corte; en la cual la Tierra se acomodaba en un trono y los demás astros, a modo de cortesanos, guardias, sirvientes, atendían a unas cosas u otras. Así que, en efecto, la Tierra ha creído ser siempre emperatriz del universo; y en verdad estando así las cosas como han estado en el pasado, no se puede decir que ella discurriese mal, incluso no diría que su convicción fuese infundada. Además, ¿qué os podría decir de los hombres? Que considerándonos (como nos consideraremos siempre) más que primeros y más que importantísimos entre las criaturas terrestres, cada uno de

nosotros, aunque estuviera vestido con harapos y no tuviese más que un trozo de pan duro para roer, se tendría seguro por un emperador; y no solo de Constantinopla o de Alemania o de la mitad de la Tierra, como eran los emperadores romanos, sino un emperador del universo; un emperador del Sol, de los planetas, de todas las estrellas visibles e invisibles; y causa final de las estrellas, los planetas, de vuestra Señoría Ilustrísima, y de todas las cosas. Pero ahora, si queremos que la Tierra abandone su lugar en el centro, si hacemos que se mueva, que rote, que se afane continuamente, que cumpla lo que ni más ni menos han hecho los demás planetas hasta hoy; en fin, que ella se convierta en otro planeta, implicará que su majestad terrestre y la majestad humana deberán desalojar el trono y dejar el imperio, quedándose, sin embargo, con sus andrajos y sus miserias, que no son pocas.

Sol.—En suma, ¿qué quiere concluir con este discurso el señor Nicolás? ¿Quizá tiene cargo de conciencia de que el hecho sea un delito de lesa majestad?

Copérnico.—No, Ilustrísimo; porque ni los códices ni el *Digesto* ni los libros que tratan de derecho público ni del derecho del Imperio ni del derecho internacional o de derecho natural hacen mención de este crimen de lesa majestad, que yo sepa. Pero quiero decir, en esencia, que nuestro hecho no será simplemente material, como parece a primera vista que sea; y que sus efectos no pertenecerán solamente a la física, pues desbaratará los grados de dignidad de las cosas, y el orden de los entes, trastocará los fines de las criaturas, y por tanto, hará una grandísima alteración incluso en la metafísica, es más, a todo lo que concierne a la parte especulativa del saber, y resultará que los hombres, si bien sabrán y querrán razonar sanamente, encontrarán ser otra cosa de lo que han sido hasta ahora, o de lo que han imaginado ser.

Sol.—Hijo mío, estas cosas no me dan miedo, que tanto respeto tengo a la metafísica como a la física, y también a la alquimia o a la nigromancia, si quieres. Y los hombres se contentarán

de ser lo que son: y si esto no les gusta, razonarán erradamente y argumentarán menospreciando la evidencia de las cosas, como facilísimamente podrán hacer, y de este modo continuarán a considerarse por lo que quieran, o barones o duques o emperadores o lo que prefieran para consolarse, que a mí con estos juicios no me crearán pesar alguno.

COPÉRNICO.—Está bien, dejemos a un lado los hombres y la Tierra. Considerad, Ilustrísimo, lo que es razonable que suceda con los otros planetas. Que cuando vean a la Tierra hacer todas las cosas que hacen ellos, y convertida en uno de ellos, ya no querrán permanecer tan lisos, simples y desguarnecidos, tan desiertos y tristes como han estado siempre; ni que la Tierra sola tenga tantos ornamentos. También querrán ellos ríos, mares, montañas, plantas, y entre otras cosas animales y habitantes; no viendo razón alguna de ser menos que la Tierra en ninguna parte. Y he aquí otra transformación grandísima en el mundo; y una infinidad de familias y poblaciones nuevas, que en un momento se verán surgir en todas partes, como setas.

SOL.—Y tú dejarás que surjan; y sean cuantas sean, que mi luz y calor bastará para todas sin que yo aumente el gasto; y el mundo tendrá con qué alimentarlos, vestirlos, alojarlos, tratarles confortablemente, sin débitos.

COPÉRNICO.—Pero vaya vuestra Señoría Ilustrísima un poco más allá y verá nacer otro contratiempo. Que las estrellas, viendo que habéis decidido posaros, no ya sobre un taburete, sino sobre un trono; y que tenéis alrededor esta corte y este pueblo de planetas; no solo querrán también sentarse ellas y reposar, sino que también querrán reinar: y para que pueda haber reino tiene que haber súbditos, querrán tener sus planetas, como tenéis vos; cada una los suyos propios. Tales planetas nuevos, convendrá que estén habitados y ornados como está la Tierra. Y aquí no os voy a hablar del pobre género humano, convertido ya antes, respecto a este mundo solo, en poco más que nada; a qué se reducirá cuando broten tantos miles de

mundos, de manera que no habrá una mínima estrella de la Vía Láctea que no tenga el suyo. Mas considerando solamente vuestro interés, digo que hasta hoy vos habéis sido, si no primo del universo, ciertamente segundo, es decir, después de la Tierra, y no habéis tenido ningún igual; visto que las estrellas no han tenido el coraje de igualaros: pero en este nuevo estado del universo tendréis tantos iguales como sean las estrellas con sus mundos. Así que cuidad de que esta mutación que queremos hacer no sea con perjuicio de vuestra dignidad.

Sol.—¿No recuerdas lo que dijo vuestro César cuando, atravesando los Alpes, pasó cerca de un suburbio de pobres bárbaros: que preferiría ser el primero en ese suburbio que segundo en Roma? A mí igualmente debería complacerme más ser primero en este mundo que segundo en el universo. Pero no es tal ambición lo que me empuja a querer mudar el estado presente de las cosas; solo es el amor a la tranquilidad, o para decirlo todo, a la pereza. De manera que el tener iguales o no tenerlos, o de estar en primer lugar o en el último, no me preocupo demasiado porque, a diferencia de Cicerón, tengo en más estima al ocio que a la dignidad.

Copérnico.—Este ocio, Ilustrísimo, yo por mi parte, lo mejor que pueda, me las ingeniaré para alcanzarlo. Pero dudo, aun entendiendo la intención, que os dure mucho. Es más, estoy casi seguro de que no pasarán muchos años antes de que estéis obligado a girar como una polea de pozo, o como un molino, sin cambiar lugar. Además, sospecho que al final, en un plazo de más o menos tiempo, volveréis a orbitar; no digo en torno a la Tierra pues ¿qué os importa a vos esta? Sino que el mismo girar que vos haréis servirá de argumento para moveros. Mas basta, que ocurra lo que deba ocurrir; no obstante todas las dificultades y cualquier otra consideración, si vos perseveráis en vuestro propósito, yo trataré de serviros; pero si no soy capaz de hacerlo, pensad que no he podido, y no digáis que soy de poco ánimo.

Sol.—Está bien, Copérnico. Prueba.

COPÉRNICO.—Quedaría solo una pequeña dificultad.

SOL.—Dime, ¿cuál?

COPÉRNICO.—Que yo no querría, por esta cosa, ser quemado vivo, como el Fénix: porque sucediendo esto, estoy seguro de no poder resucitar de mis cenizas como hace el pájaro, y de no ver nunca más, de tal hora en adelante, la faz de vuestra Señoría.

SOL.—Escucha, Copérnico. Tú sabes que hubo un tiempo, cuando vosotros los filósofos no habíais nacido, en el tiempo en que la poesía tenía el campo libre, en que yo he sido profeta. Quiero que me dejes profetizar una última vez y que, en recuerdo de mi antigua virtud, confíes en mí. Digo que quizá, después de ti, a algunos de los que aprueben lo que hayas hecho, puede que les toque cierta quemadura o alguna cosa similar; pero tú, por culpa de esta empresa, por lo que yo puedo saber, no padecerás nada. Y si quieres estar más seguro, toma este partido: el libro que escribirás sobre este propósito dedícalo al Papa[1]. De este modo, te prometo que ni siquiera perderás la canonjía.

---

[1] Copérnico, en efecto, lo dedicó al pontífice Pablo III.

# Diálogo de Plotino y Porfirio

Una vez habiendo yo, Porfirio, acariciado el pensamiento de quitarme la vida, fui advertido por Plotino, y salió a mi encuentro súbitamente, cuando estaba en casa, y diciendo que no procede tal pensamiento de la meditación de mente sana, sino de alguna disposición melancólica, me conminó a cambiar de país. Porfirio en la *Vida de Plotino;* lo mismo en aquella de Porfirio escrita por Eunapio, que añade que Plotino escribió en un libro las disputas tenidas con Porfirio en aquella ocasión,

Plotino.—Porfirio, sabes que soy tu amigo, y sabes cuánto. No debes asombrarte si vengo observando tus acciones y dichos y tu estado con cierta curiosidad; pues nace de esto que te tengo en mucha estima. Hace ya muchos días que te veo triste y muy pensativo; que con tal mirada y por ciertas palabras que se te escapan, en fin, sin más preámbulo ni más rodeos, creo que tienes en mente una mala intención.

Porfirio.—¿Cómo, qué quieres decir?

Plotino.—Una mala intención contra ti mismo. El hecho es estimado pésimo augurio nombrarlo. Mira, Porfirio mío, no me ocultes la verdad, no hagas tal injuria al gran amor que nos profesamos desde tanto tiempo. Sé bien que te incomodo al decirte esto, y entiendo que preferirías tener tu propósito en secreto, pero en momento de tanta gravedad yo no puedo callar, y no debes tomar a mal hablar con alguien

que te quiere tanto a ti como a sí mismo. Conversemos reposadamente y pensemos los motivos: desahogarás tu ánimo conmigo, te afligirás, llorarás; que yo lo sufro contigo: y al final yo no impediré que hagas lo que encontremos que sea razonable, y de tu utilidad.

PORFIRIO.—Yo nunca he rehusado hacer nada que me pidieses, Plotino. Y ahora te confieso todo lo que querría haber tenido en secreto y que no confesaría a otros por cosa alguna del mundo; la intención que en mí sospechas, es cierta. Si quieres que nos pongamos a razonar sobre esta materia, si bien a mi ánimo repugna mucho, pues tales deliberaciones parece que se complazcan de un silencio altísimo, y que la mente en pensamientos así ame estar solitaria y recogida en sí misma más que nunca, estoy dispuesto a hacerlo a tu modo. Es más, comenzaré yo mismo; esta inclinación no procede de una desgracia que me haya sucedido, o que creo que me sucederá; es un fastidio de la vida, del tedio que siento, tan vehemente que parece dolor y ansia; y no solo lo conozco, lo veo, gusto y toco en la vanidad de toda cosa que acontece en la jornada. De manera que no solo mi intelecto, sino todas las sensaciones, incluso del cuerpo, están (con un modo de decir extraño, pero conforme al caso) llenas de esta vanidad. No podrás decirme que esta disposición mía no sea razonable, aunque consentiré fácilmente que sea debida en gran parte a algún mal corporal. Pero no obstante es muy procedente: las demás disposiciones de los hombres fuera de esta, por la cual, de alguna manera, se vive y se estima que la vida y las cosas humanas tengan alguna sustancia, son, alguna más alguna menos, lejanas a la razón, y se fundan en algún engaño o en alguna imagen falsa. Y ninguna cosa es más cabal que el tedio. Los placeres son todos vanos. El dolor mismo, hablo del dolor del alma, por lo general es también vano; pues si observas la causa o la materia, considerándola bien, es de poca realidad o de ninguna. Lo mismo digo del temor; lo mismo de la esperanza. Solo el tedio, que

nace siempre de la vanidad de las cosas, no es nunca vanidad ni engaño; nunca está fundado en lo falso. Y se puede decir que, siendo todo lo demás vano, al tedio redúzcase, y en él consista todo cuanto la vida de los hombres tiene de sustancial y de real.

Plotino.—Así sea. No quiero ahora contradecirte sobre esta parte. Pero debemos considerar el hecho que has planteado: considerarlo más profundamente y en sí mismo. Yo no diré que es sentencia de Platón, que conoces, de que al hombre no es lícito, al modo de siervo fugitivo, sustraerse por propia autoridad de la casi cárcel en la cual se encuentra por voluntad de los dioses, es decir, privarse de la vida espontáneamente.

Porfirio.—Te suplico, Plotino; dejemos a un lado a Platón y sus doctrinas y fantasías. Una cosa es alabar, comentar y defender ciertas opiniones en las escuelas y en los libros; y otra es seguirlas en la vida práctica. En la escuela y en los libros me es lícito aprobar las opiniones de Platón y seguirlas, pues tal es la costumbre de hoy; en la vida, no es que no lo apruebe, abomino de él. Sé que se dice que Platón esparció en sus escritos doctrinas sobre la vida del advenir, de modo que los hombres, con dudas y sospechas sobre su estado después de la muerte, por tal incertidumbre, y por temor de penas y de calamidades futuras, se abstuvieran en vida de hacer injusticia y otras malas obras[1] . Si yo estimase que Platón hubiese sido autor de estas dudas y de estas creencias, y que fueran invenciones suyas, yo diría: «Ves, Platón, cuanto o la naturaleza o el destino o la necesidad, o cualquier poder autor y señor del universo ha sido y es perpetuamente enemigo de nuestra especie.» A la cual muchas, innumerables razones podrán contender la superioridad que nosotros, por otros títulos, nos arrogamos de tener entre los

[1] Diógenes Laercio, *Vit. Plat.* segm. 80.

animales; pero ninguna razón se encontrará que le despoje del principado que el antiquísimo Homero le atribuía; el principado de la infelicidad. Sin embargo, la naturaleza nos destinó como medicina para todos los males la muerte: que aun por los que no acostumbraran a razonar sería poco temida; por los demás deseada. Y sería un consuelo dulcísimo en nuestra vida, llena de tantos dolores, la expectación y el pensamiento de nuestro final. Tú con esta duda terrible, suscitada por ti en la mente de los hombres, has arrebatado a este pensamiento toda dulzura, y lo has hecho el más amargo de todos. Tú eres el motivo de que se vea a los infelicísimos mortales temer más al puerto que a la tempestad, y rechazar con la mente el único remedio y reposo contra las presentes angustias y ansias de la vida. Tú has sido con los hombres más cruel que el destino o la necesidad o la naturaleza. Y no pudiéndose esta duda de algún modo resolver ni nuestras mentes ser libradas nunca, has reducido para siempre a tus semejantes a esta condición, que ellos entenderán la muerte llena de aflicción y más mísera que la vida. Ya que por obra tuya, mientras los animales mueren sin temor alguno, la calma y la seguridad del ánimo están excluidas perpetuamente de la última hora del hombre. Esto faltaba, oh Platón, a la infelicidad de la especie humana.

El propósito que te habías propuesto, salvaguardar a los hombres de la violencia y de la injusticia, no lo has conseguido. Pues esas dudas y creencias asustan a todos los hombres en las horas extremas, cuando no son capaces de hacer daño: en el curso de la vida atemorizan frecuentemente a los buenos, que no tienen voluntad de perjudicar, sino de servir; atemorizan a las personas apocadas y a los débiles de cuerpo, que a la violencia y a la iniquidad no tienen ni la naturaleza inclinada ni suficiente el corazón y la mano. Pero los taimados y los atrevidos, los que poco sienten el poder de la imaginación, en fin, a aquellos que en general requerirían otro freno que la sola ley, no se asustan ni evitan el mal obrar,

como vemos ejemplos diariamente, y como la experiencia de todos los siglos, de tus días hasta hoy, hace manifiesto. Las buenas leyes, y la buena educación, y la cultura de las costumbres y de las mentes conservan en la sociedad de los hombres la justicia y la mansedumbre; pero en el momento en que los animales amaestrados y suavizados por un poco de civilización, y acostumbrados a considerar las cosas, y a obrar un poco con el entendimiento, casi por necesidad aborrecen casi siempre poner mano en las personas y en la sangre de los compañeros, se abstienen por lo general de hacer daño a los demás de cualquier modo, y raras veces y con esfuerzo se inducen a correr los peligros que porta consigo el contravenir la ley. Nada hacen ya a este buen empeño las imágenes amenazantes ni los tristes relatos de cosas feroces y espantosas: al contrario, como suele hacer la multitud y la crueldad de los suplicios que se usan en los estados, aumentan, por un lado la vileza del ánimo, y por otro la atrocidad, principales enemigas y pestes del consorcio humano.

Pero tú, sin embargo, has mostrado y prometido recompensas a los buenos. ¿Qué recompensa? Un estado que nos parece lleno de tedio y todavía menos tolerable que esta vida. A todos es evidente la acerbidad de tus suplicios, pero la dulzura de tus premios es oculta y arcana, e incomprensible a la mente del hombre, por lo que ninguna eficacia tienen tales premios para alentarnos a la rectitud y a la virtud. Y en verdad, muy pocos canallas, por temor del pavoroso Tártaro, se abstienen de alguna mala acción; me atrevo a afirmar que ningún bueno se dispuso a obrar bien, con cualquier mínima acción, por ansia de tu Eliseo, que no puede tener en nuestra imaginación semblanza de cosa deseable. Además que muy leve consuelo sería incluso la espera de este bien, ¿qué esperanza has permitido que puedan tener los virtuosos y los justos, si tu Minos, Eaco y Radamante, jueces rigurosísimos e inexorables, no perdonarán cualquier sombra o vestigio de culpa? ¿Y qué hombre puede sentirse o creerse tan

íntegro y puro como tú requieres? De tal modo que alcanzar esa felicidad sea lo que sea es casi imposible, y no bastará la conciencia de la más recta y trabajosa vida para salvar al hombre en su última hora de la incertidumbre de su estado futuro y del temor de los castigos. Así en tu doctrina el temor, superando infinitamente la esperanza, es nombrado señor del hombre, y el fruto de tales doctrinas al final consiste en esto: que el género humano, ejemplo admirable de infelicidad en esa vida, espera no que la muerte sea el final de sus miserias, sino de tener que ser después de ella bastante más infeliz. Con lo que has sido más cruel, no solo que la naturaleza o el destino, sino más que el tirano más fiero y el más despiadado carnicero que hubiese en el mundo.

¿Con qué barbarie se puede parangonar tu decreto, que el hombre no pueda poner fin a sus padecimientos, a los dolores, a las angustias, venciendo el horror de la muerte y, voluntariamente, privándose del espíritu? Cierto que no tiene lugar en los demás animales el deseo de poner fin a la vida, porque su infelicidad tiene más estrechos confines que la infelicidad de los hombres; ni tendría tampoco lugar el coraje de extinguirla voluntariamente. Pero si tales disposiciones cayeran en la naturaleza de los animales, ningún impedimento tendrían de poder morir; ninguna prohibición, ninguna duda les despojaría de la facultad de sustraerse de sus males. He aquí que tú eres incluso en esto inferior a las fieras: y la libertad que tendrían si fuesen en grado de usarla; esa que la naturaleza misma, tan avara con nosotros, no nos ha negado; falta por tu culpa en el hombre. De modo que solo el género de vivientes que es capaz de desear la muerte es el único que no tiene en su mano el morir. La naturaleza, el destino y la fortuna la flagelan de continuo sanguinosamente, con pena nuestra y dolor inestimable: tú acudes y nos atas fuertemente los brazos y encadenas los pies, de modo que no nos sea posible ni protegernos ni retraernos de sus golpes. En verdad, cuando yo considero la

grandeza de la infelicidad humana, pienso que de ella se deba más que a otra cosa inculpar a tus doctrinas, y que conviene a los hombres lamentarse más de ti que de la naturaleza, la cual, ciertamente, no nos destinó otra vida que la infelicísima, aunque por otra parte nos permitió ponerle fin cuando quisiéramos. Y no se puede decir que sea muy grande la miseria que, solo con que yo quiera, puede durar brevemente; después, aun cuando la persona no se decidiese a dejar la vida, el solo pensamiento de poder a su voluntad sustraerse de la miseria sería tal consuelo y tal alivio de cualquier calamidad que por virtud de ello todas serían fáciles de soportar. De modo que la gravedad intolerable de nuestra infelicidad se debe no a otra cosa que a la duda de que si truncando voluntariamente la propia vida se incurrirá en miseria mayor que la presente. Ni solo mayor, sino que tan indefinible atrocidad y duración, que puesto que el presente sea cierto y esas penas inciertas, no obstante razonablemente deba el temor de ellas, sin proporción o comparación alguna, prevalecer sobre el sentimiento de cualquier mal de esta vida. Tal duda, ¡oh, Platón!, bien sencillo te ha sido suscitar, pero antes desaparecerá la estirpe de los hombres que tal duda resuelta. Por ello cosa alguna nació ni nacerá en tiempo alguno, tan calamitosa y funesta para la especie humana, como tu ingenio.

Diría estas cosas si creyese que Platón ha sido autor e inventor de tales doctrinas, aunque sé muy bien que no lo fue. Pero de todos modos, sobre esta materia se ha dicho bastante y yo querría dejarla a un lado

Plotino.—Porfirio, ciertamente yo amo a Platón, como sabes. Pero no quiero razonar basándome en el principio de autoridad, y menos contigo y en una cuestión tal, sino que quiero discutir con razones. Y si he pasado de puntillas por la sentencia platónica, lo he hecho más a modo de proemio que por otra cosa. Y retomando el razonamiento que tenía en mente, digo que ni Platón ni cualquier otro filósofo solamen-

te, sino que la naturaleza misma parece que nos enseñe que el sustraerse del mundo por mera voluntad nuestra no sea cosa lícita. No es necesario que me extienda sobre este artículo: pues si piensas un poco, no puede ser que desconozcas que el matarse por propia mano sin necesidad es contra natura. Es más, para decirlo mejor, es el acto más contra natura que se pueda cometer. Porque todo el orden de las cosas sería subvertido si se destruyesen por sí mismas. Y parece que haya cierta repugnancia en que uno se valga de la vida para apagar esa vida que el ser sirva al no ser. Además, que si cosa alguna nos es impuesta y ordenada por la naturaleza, seguro que ella nos manda severísimamente y, sobre todo, y no solo a los hombres, igualmente a cualquier criatura del universo, es atender a la conservación propia y de favorecerla de todos los modos, que es justo lo contrario de matarse. Y sin más argumentos, ¿no sentimos que nuestra inclinación por sí misma nos empuja y nos hace odiar la muerte y temerla y tener horror incluso a nuestro despecho? Por lo tanto, este acto de matarse es contra natura y tan contrario cuanto vemos que no podría deducir que fuese lícito.

PORFIRIO.—Yo ya he considerado todo lo que me has dicho: que, como muestras, es imposible que la mente no se percate por poco que uno se detenga a pensar sobre este asunto. Me parece que a tus razones se puede responder con muchas otras, y en más modos, mas intentaré ser breve. Dudas que sea lícito morir sin necesidad: yo te pregunto si nos es lícito ser infelices. La naturaleza prohíbe matarse. Extraño me parecería que no teniendo ella o voluntad o poder para hacerme ni feliz ni libre de la miseria, tuviese facultad de obligarme a vivir. Si la naturaleza nos ha originado amor por la conservación propia y odio a la muerte, ella no nos ha dado menos odio por la infelicidad y amor a nuestra mejoría; al contrario, tanto mayor y tanto más principales estas últimas inclinaciones cuanto que la felicidad es el fin de cada uno de nuestros actos y de todo nuestro amor y

odio; y que no se huye la muerte ni la vida se ama por sí misma, sino respecto al amor de nuestra mejora y odio del mal y de nuestro daño. ¿Cómo entonces puede ser contrario a la naturaleza que yo rehúya la infelicidad del único modo que tienen los hombres de evitarla? Que es el de quitarme de en medio, pues mientras vivo no la puedo eludir. ¿Y cómo puede ser cierto que la naturaleza me prohíba arrojarme a la muerte, que sin duda es lo mejor para mí; y repudiar la vida, que me es manifiestamente dañosa y mala; pues no me sirve más que para padecer, y a esto por necesidad me vale y me conduce de hecho?

Plotino.—De cualquier modo, esas razones no me convencen de que el matarse no sea contra *natura,* pues nuestro sentido porta demasiado manifiesta contrariedad y aversión a la muerte: y vemos que las bestias, las cuales (cuando no son forzadas por los hombres o extraviadas) obran en toda cosa naturalmente; no solo no realizan nunca este acto, sino que por más que se sientan atribuladas y míseras, se muestran lejanísimas de él. Y en fin, no se encuentra, sino entre los hombres, a algunos que lo cometen; y no entre la gente que tiene un modo de vivir natural; ya que en estos no se encontrará ninguno que no abomine, aunque tenga noticia o imaginación alguna; sino solo entre las mentes alteradas y corruptas, que no viven según la naturaleza.

Porfirio.—Muy bien, te concedo que esta acción sea contra natura, como tú quieres. ¿Pero qué importancia tiene si nosotros no somos criaturas naturales, por así decir? Me refiero a los hombres civilizados[2] . Compáranos no ya a los vivientes de cualquier otra especie que quieras, sino a las naciones

---

[2] Mucho difieren las opiniones del siglo decimonoveno con las de Porfirio relativas al estado natural y a la civilización. Pero esta diferencia no tendría otra disputa que de nombres en lo que pertenece a los argumentos de Porfirio sobre la muerte voluntaria. Llamando mejoramiento o perfeccionamiento o progreso lo que Porfirio llama corruptela, y naturaleza

allá de las partes de la India y de Etiopía, las cuales, como se dice, todavía conservan las costumbres primitivas y salvajes, y difícilmente podrás decir que estos hombres y aquellos sean criaturas de una misma especie; y esta mutación de vida, y máximamente de ánimo, he tenido siempre por seguro que no ha sido sin infinito crecimiento de infelicidad. Cierto que las gentes salvajes no sienten nunca el deseo de dar fin a la vida ni tampoco fantasean con el deseo de la muerte: mientras que los hombres acostumbrados a nuestro mundo, como decimos, civilizado, la desean muchísimas veces, y algunos la obtienen. Ahora bien, si es lícito al hombre civilizado vivir *contra natura,* y contra natura ser tan mísero, ¿por qué no le será lícito morir contra natura? Ocurriendo que de esta infelicidad nueva, que a nosotros resulta de la alteración del estado natural, no nos podemos librar de otra manera que con la muerte. En cuanto a retornar al estado primigenio y a la vida proyectada por la naturaleza, no se podría apenas, y quizá de ningún modo, en cuanto a la vida material, y respecto a la vida interior, que es lo que más nos interesa, sin duda alguna sería absolutamente imposible. ¿Qué cosa es menos natural que la medicina, tanto la quirúrgica como la que obra con fármacos? Que una y otra, la mayor parte de las veces, tanto en las operaciones que hacen, tanto en los materiales, en los instrumentos y en los modos que utilizan, están alejadísimos de la naturaleza; y los animales y los hombres salvajes no los conocen. No obstante, por el hecho de que incluso las enfermedades que intentan curar son ajenas a la naturaleza y no tienen lugar sino por motivo de la civilización, es decir, de la corrupción de nuestro estado; por ello tales artes, si bien no son naturales, son y se estiman oportunas e incluso necesarias. Por lo tanto, este acto de matarse, que nos libera de la infelicidad producida

---

mejorada o perfeccionada lo que llama segunda naturaleza, el valor de estos razonamientos no disminuirían en parte alguna.

por la corrupción, de que sea contra natura no se deriva que sea censurable, proporcionando a males no naturales remedios no naturales y sería duro e inicuo que la razón, que por hacernos más míseros de lo que naturalmente somos, soliendo contrariar a la naturaleza en las demás cosas, en esta se aliase con ella para arrebatarnos el extremo refugio que nos queda, el único que la razón enseña y obligarnos a perseverar en la miseria.

La verdad es esta, Plotino. La naturaleza primitiva de los hombres antiguos y de las gentes salvajes e incivilizadas ya no es la nuestra: el hábito y la razón nos han proporcionado otra naturaleza que tenemos y tendremos siempre, en lugar de la primera. No era natural en el hombre originario el buscar la muerte voluntariamente ni tampoco el desearla. Hoy estas cosas son naturales, es decir, conformes a nuestra nueva naturaleza, la cual, tendiendo ella todavía y moviéndose necesariamente como la antigua hacia lo que parece lo mejor para nosotros, hace que muchas veces deseemos y busquemos lo que verdaderamente es el mayor bien del hombre, es decir, la muerte. Y no es asombroso, pues esta segunda naturaleza está gobernada y dirigida en la mayor parte por la razón. La cual tiene por ciertísimo que la muerte no es que sea verdaderamente un mal, como dicta la impresión primitiva, sino que es el único remedio válido para nuestros males, la cosa más deseable para los hombres y la mejor. Entonces, me pregunto: ¿miden los hombres civilizados el resto de las acciones por su naturaleza primitiva? ¿Cuándo y qué acciones? No mesuran con la naturaleza primitiva, sino que con esta otra nuestra, es decir, la razón. ¿Por qué entonces solo este acto de quitarse la vida debe medirse no con la nueva naturaleza o de la razón, sino con la naturaleza primitiva? ¿Por qué debería la naturaleza primitiva, la cual no da ya leyes a nuestra vida, legislar la muerte? ¿Por qué no debe la razón gobernar la muerte, si rige la vida? Y vemos que, de hecho, la razón y la infelicidad de nuestro presente estado no solo extinguen, sobre todo en

los desafortunados y afligidos, el aborrecimiento de la propia muerte de la que hablabas, sino que lo transforman en deseo y amor, como he dicho antes. Nacido tal deseo y amor, que según la naturaleza no habría podido nacer, y siendo la infelicidad generada por alteración nuestra y no causada por la naturaleza, sería manifiesta repugnancia y contradicción que todavía tuviese lugar la prohibición natural de matarse. Esto parece que baste para saber si el matarse a sí mismo es lícito. Falta saber si es útil.

PLOTINO.—De esto no es necesario que me hables, Porfirio mío, que cuando esta acción sea lícita (pues una que no sea justa ni recta no concedo que pueda ser lícita), no albergo duda alguna de que no sea utilísima. Pues la cuestión en suma se reduce a esto: cuál de las dos cosas es mejor, el no padecer o el padecer. Yo bien sé que el gozar unido al placer verosímilmente sería elegido por casi todos los hombres antes que el no padecer y el no gozar: tanto es el deseo, y por así decir, la sed que el ánimo tiene del goce. Pero la elección no cae bajo estos términos: porque el goce y el placer, para hablar propio y bien, es tan imposible cuanto el padecimiento es inevitable. Y hablo de un padecimiento tan continuo como es continuo el deseo y la necesidad que tenemos del goce y de la felicidad, el cual no es satisfecho nunca. Dejando a un lado los padecimientos particulares y accidentales que intervienen en cada hombre, y que son igualmente ciertos, quiero decir que deben suceder (más o menos, y de una u otra cualidad) incluso en la más afortunada vida del mundo; y en verdad, un padecimiento único y breve, que la persona estuviese segura de que, continuando su vida, le debiese ocurrir, sería suficiente para hacer que, según razón, la muerte fuese preferible a la vida, pues tal padecimiento no tendría compensación alguna, no pudiendo sobrevenir en nuestra vida un bien o un placer verdadero.

PORFIRIO.—A mí me parece que el tedio mismo y el encontrarse privado de toda esperanza de mejorar estado y fortuna sean

causa suficiente para originar el deseo de dar fin a la vida incluso a quien se encuentre en estado y en fortuna no solo mala, sino incluso próspera. Y muchas veces me he asombrado de que en ningún lugar se haya hecho mención de príncipes que hayan querido morir solamente por el tedio y por saciedad de la propia condición, como de gentes anónimas se lee y se oye continuamente. Quiénes eran aquellos que, después de oír a Hegesías, filósofo cirenaico, recitar sus lecciones sobre la miseria de la vida, saliendo de la escuela, iban y se mataban (por lo que Hegesías fue llamado con el sobrenombre de *inductor de la muerte);* y se dice, como creo que sabes, que al final el rey Ptolomeo le prohibió que volviese a tratar esa materia[3]. Si bien se encuentra de algunos, como del rey Mitrídates, de Cleopatra, de Otón romano, y quizá de varios príncipes más, que a sí mismos se dieron muerte, estos lo hicieron por encontrarse entonces en adversidad y miseria, y para huir de otras más graves. Tengo por verosímil que los príncipes, más fácilmente que los demás, engendrasen odio por su estado y fastidio por todas las cosas y deseasen morir. Porque, estando ellos más o menos en la cima de la llamada felicidad humana, teniendo poco más que esperar, o quizá nada, de los demandados bienes de la vida (pues los poseen todos), no se pueden prometer mejor el mañana que el día de hoy. Y siempre el presente, por afortunado que sea, es infeliz y desagradable: solo el futuro puede ser placentero. Pero lo que sea esto, en fin, podemos conocer que (excepto el temor de las cosas de otro mundo) lo que retiene a los hombres para no abandonar la vida voluntariamente, y lo que les induce a amarla y a preferirla a la muerte no es más que un simple y manifestísimo error, por así decir, de cómputo y de medida, es decir, un error que se hace en el computar, en el medir, en el parangonar

[3] Cicerón, *Tuscul.* lib. 1, cap. 34. Valerio Massimo. lib. 8. cap. 9. Diógenes Laercio, lib. 2, segm. 86. Suida, voc. Ἀρίστιππος.

entre ellos los beneficios y los daños. Tal error tiene lugar, se podría decir, tantas veces como son los momentos en que se abraza la vida o se consienta vivir y se contenta ya sea con el juicio y con la voluntad o con el simple hecho.

Plotino.—Así es ciertamente, Porfirio mío. Pero pese a todo, deja que te aconseje, y permíteme que te ruegue que prestes atención sobre este diseño tuyo, más bien a la naturaleza que a la razón. Y hablo de la naturaleza primitiva, a esa madre nuestra y del universo, que si bien no ha mostrado amarnos y nos ha hecho infelices, sin embargo, ha sido bastante menos enemiga y maléfica de lo que hemos sido nosotros con el propio ingenio, con la curiosidad incesante y desmesurada, con la especulación, con los discursos, con los sueños, con opiniones y míseras doctrinas; y que, particularmente, se ha esforzado en medicar nuestra infelicidad al ocultársenos o transfigurándose la mayor parte. Y por cuanto sea grande nuestra alteración, y disminuida la potencia de la naturaleza, no ha sido reducido a nada ni hemos cambiado e innovado tanto que no permanezca en cada uno gran parte del hombre antiguo. Lo cual, a pesar de nuestra estulticia, no podrá ser nunca de otro modo. He aquí lo que tú llamas error de cálculo, verdaderamente error y no menos grande que palpable; se comete continuamente y no solo por los estúpidos y los idiotas, también por los ingeniosos, los doctos, los sabios; y se cometerá eternamente si la naturaleza misma que ha originado nuestro género o el raciocinio y la misma mano del hombre no lo apaga. Y créeme que no hay molestia de la vida ni desesperación ni sentido de la nulidad de las cosas, de la vanidad de las preocupaciones, de la soledad del hombre ni odio del mundo y de sí mismo que pueda durar mucho: si bien estas disposiciones del ánimo sean muy razonables y sus contrarias irracionales. Mas con todo esto, pasado un poco de tiempo, cambiado ligeramente la disposición del cuerpo poco a poco y muchas veces en un instante, por causas insignificantes y apenas perceptibles, retorna el gus-

to por la vida, nace una u otra esperanza nueva y las cosas humanas retoman aquella apariencia, y muéstranse dignas de atención; no ciertamente al intelecto pero sí, por decirlo de algún modo, al ánimo. Y esto basta para que la persona, aun bien conocedora y persuadida de la verdad, a pesar de la resistencia de la razón, persevere en la vida y proceda como hacen las demás, pues tal sentido (se puede decir) y no el intelecto es lo que nos gobierna.

Sea razonable matarse, sea contra razón acomodar el ánimo a la vida: ciertamente es un acto orgulloso e inhumano. Y no debe satisfacer más ni escoger ser un monstruo según la razón un hombre que según naturaleza. ¿Y por qué no queremos tener consideración alguna por los amigos; de los lazos de sangre; de los hijos, de los hermanos, de los padres, de la mujer; de las personas familiares con las que estamos acostumbrados a vivir desde hace tiempo; que, muriendo, es necesario dejar para siempre? ¿No sentiremos en nuestro corazón dolor alguno por esta separación? ¿No tendremos en cuenta lo que sentirán ellos por la pérdida de la persona querida o familiar, y por la atrocidad del caso? Bien sé que el ánimo del sapiente no debe ser demasiado blando ni dejarse vencer por la piedad y la aflicción de modo que sea perturbado, que caiga a tierra, que ceda y que disminuya como vil, que se abandone a lágrimas inmoderadas, a actos indignos de la estabilidad de quien tiene pleno y claro conocimiento de la condición humana, pero esta fortaleza de ánimo se use en los acontecimientos tristes que provienen de la fortuna, y que no se pueden evitar; no abusar de ella para privarnos voluntariamente, para siempre, de la vista, del coloquio, de la costumbre de los amados. Tener por nada el dolor de la separación y de la pérdida de los parientes, de los íntimos, de los compañeros, o no ser capaz en tal momento de dolor alguno, no es de sabio sino de ignorante. No dar ninguna importancia a apenar con la muerte propia a los amigos y a los familiares es de quien no presta atención a los demás y

demasiada presta a sí mismo. Y en verdad, quien pone fin a su vida no tiene preocupación o pensamiento alguno por los demás, no busca más que la propia utilidad; se deshace, por así decir, de sus prójimos y de todo el género humano, tanto que en esta acción de privarse de la vida aparece el más franco, el más sórdido, o cierto, el menos bello y menos moderado amor por sí mismo que se encuentre en el mundo.

Por último, Porfirio mío, las molestias y los males de la vida, si bien muchos y continuos, aun cuando como en ti hoy se verifican, no tienen lugar infortunios y calamidades extraordinarias, o dolores amargos en el cuerpo; no son difíciles de soportar, sobre todo a un hombre sabio y fuerte como tú. Y la vida es cosa de tan poca importancia que el hombre, en cuanto a sí, no debería ser muy solícito ni de retenerla ni de dejarla. Por ello, sin querer ponderar, es asunto demasiado curioso; por cada leve causa que se le ofrezca de tomar un partido u otro, no debería rechazar hacerlo, y siendo ello rogado por un amigo, ¿por qué no deberías complacerle? Ahora yo te ruego encarecidamente, Porfirio mío, por la memoria de los años que nuestra amistad ha durado, abandona ese pensamiento, no quieras ser motivo de gran dolor para tus buenos amigos, que te aman con toda el alma; a mí, que no tengo persona más querida ni compañía más dulce. Ayúdanos a soportar la vida antes de, sin más recuerdo de nosotros, abandonarnos. Vivamos, Porfirio mío, y reconfortémonos: no rechacemos cargar con la parte que el destino ha establecido de los males de nuestra especie. Atendamos a hacernos compañía y alentémonos, y ayudémonos recíprocamente para cumplir del mejor modo esta fatiga de la vida. La cual, sin duda, será breve. Y cuando la muerte venga, entonces no nos doleremos, e incluso en este último tiempo los amigos y los compañeros nos confortaremos y nos alegrará el pensamiento de que, después de apagarnos, muchas veces nos recordarán y nos amarán todavía.

# Diálogo entre un vendedor de almanaques y un paseante

Vendedor.—¡Almanaques, almanaques nuevos, lunares nuevos! ¿Necesita, señor, almanaques?

Paseante.—¿Almanaques para el nuevo año?

Vendedor.—Sí, señor.

Paseante.—¿Creéis que será feliz este nuevo año?

Vendedor.—¡Oh, ilustrísimo! ¡Sí, seguro!

Paseante.—¿Como el año pasado?

Vendedor.—Más, bastante más.

Paseante.—¿Como el anterior?

Vendedor.—Más, más, ilustrísimo.

Paseante.—¿Como el precedente? ¿No os gustaría que el nuevo año fuese como alguno de los últimos?

Vendedor.—Señor, no. No me gustaría.

Paseante.—¿Cuántos nuevos años han pasado desde que vendéis almanaques?

Vendedor.—Serán veinte años, ilustrísimo.

Paseante.—¿A cuál de estos veinte años querríais que semejase el año venidero?

Vendedor.—¿Yo? No sabría.

Paseante.—¿No os acordáis de ningún año en particular que os pareciese feliz?

Vendedor.—No en verdad, ilustrísimo.

Paseante.—Sin embargo, la vida es una cosa bella. ¿No es cierto?

VENDEDOR.—Esto se sabe.

PASEANTE.—¿No volveríais a vivir estos veinte años e incluso todo el tiempo pasado, comenzando desde vuestro nacimiento?

VENDEDOR.—Ojalá, caro señor, permitiera Dios que se pudiese.

PASEANTE.—Pero ¿y si tuvieses que repetir la vida que habéis tenido, ni más ni menos, con todos los placeres y penas que habéis pasado?

VENDEDOR.—Esto no lo querría.

PASEANTE.—¡Oh! ¿Qué otra vida querríais rehacer? ¿La vida que yo he tenido, o la de un príncipe o la de quién? ¿O no creéis que yo, y que el príncipe, y que cualquier otro respondería como vos, y que si tuviera que repetir la vida que ha tenido, ninguno querría volver atrás?

VENDEDOR.—Esto creo.

PASEANTE.—¿Ni tampoco vos regresaríais atrás con este pacto, no pudiendo de otro modo?

VENDEDOR.—Señor, no; de verdad, no regresaría.

PASEANTE.—¡Oh! ¿Qué vida querríais entonces?

VENDEDOR.—Querría una vida así, como Dios me la mandase, sin más condiciones.

PASEANTE.—¿Una vida al azar y no saber nada más, como no se sabe del nuevo año?

VENDEDOR.—Eso es.

PASEANTE.—Así querría también yo si tuviese que revivir, y así todos. Pero esto es signo de que el caso, hasta este último año, ha tratado a todos mal. Y se ve claramente que cada uno es de la opinión de que ha sido más o de más peso el mal que le ha tocado que el bien; pues con la condición de tener la vida de antes, con todo su bien y todo su mal, ninguno querría renacer. Esa vida que es una cosa bella no es la vida que se conoce, sino la que se ignora; no la vida pasada, sino la futura. Con el nuevo año, el azar comenzará a tratar bien a vos, a mí y a todos los demás, y comenzará la vida feliz. ¿No es cierto?

Vendedor.—Esperemos.

Paseante.—En fin, mostradme el almanaque más hermoso que tengáis.

Vendedor.—Aquí está, ilustrísimo. Este vale treinta monedas.

Paseante.—Toma las treinta monedas.

Vendedor.—Gracias, ilustrísimo. Hasta la vista. ¡Almanaques, almanaques nuevos, lunares nuevos!

# Diálogo entre Tristán y un amigo

Amigo.—He leído vuestro libro. Melancólico, como es vuestra costumbre.

Tristán.—Sí, mi costumbre.

Amigo.—Melancólico, desconsolado, desesperado; se ve que esta vida os parece abominable.

Tristán.—¿Qué os puedo decir? Yo tenía fija en mente esta locura, que la vida humana fuese infeliz.

Amigo.—Infeliz sí, quizá. Pero al fin…

Tristán.—No, no, al contrario; si es felicísima. Ahora he cambiado de opinión. Pero cuando escribí ese libro yo tenía esa locura en la cabeza, como os digo. Y estaba tan persuadido que todo habría esperado, excepto en poner en duda las observaciones que hacía a tal propósito, creyendo que la conciencia de cada lector debía dar prontísimo testimonio a cada una de ellas. Solo imaginé que quizá hubiese alguna disputa sobre la utilidad o el daño de tales observaciones, pero nunca sobre su veracidad: más bien creí que mi voz quejumbrosa, por ser de males comunes, sería repetida en el corazón de quien la escuchase. Y sintiendo luego negarme, no solo alguna proposición particular, sino el todo, y decir que la vida no es infeliz, y que si a mí me parecía tal, debía ser por culpa de enfermedad o de otra miseria mía particular, primero me quede atónito, perplejo, inmóvil como una piedra, y durante muchos días creí encontrarme en otro mundo; más tarde, vuelto en mí, me

indigné un poco; luego reí, y dije: los hombres son en general como los maridos. Los maridos, si quieren vivir tranquilos, es necesario que crean a las mujeres fieles, cada uno a la suya; y así hacen, aun cuando medio mundo sabe que la verdad es otra. Quien quiere o debe vivir en un pueblo, conviene que lo crea uno de los mejores de la tierra habitable; y tal lo cree. Los hombres universalmente, queriendo vivir, conviene que crean la vida bella y estimable, y así la creen; y se irritan con quien piensa de otro modo. Porque, en el fondo, el género humano cree siempre, no la verdad, sino lo que es o parece que sea más útil. El género humano, que ha creído y creerá tantas tonterías, no creerá nunca ni de no saber nada, ni de ser nada, ni de tener nada que esperar. Ningún filósofo que enseñase alguna de estas tres cosas tendría fortuna o crearía escuela, especialmente en el pueblo, pues, además de que las tres son poco aptas para quien quiere vivir, las dos primeras ofenden la soberbia del hombre, la tercera y también las anteriores necesitan coraje y fortaleza de ánimo para ser creídas. Y los hombres son cobardes, débiles, de ánimo innoble y miserable; dóciles siempre a esperar bien, porque están siempre inclinados a variar la opinión sobre el bien según la necesidad gobierne su vida; raudos a abandonar las armas, como dice Petrarca[1], a su fortuna, raudos y resolutísimos para consolarse de cualquier desventura, y aceptar cualquier compensación a cambio de lo que les es negado o han perdido, acomodarse a cualquier condición, a cualquier suerte más inicua o más bárbara, y cuando son privados de toda cosa deseable, vivir de creencias falsas, tan fuertes y firmes como si fuesen las más verdaderas o más fundadas del mundo. Yo, al igual que la Europa meridional ríe de los maridos enamorados de las mujeres infieles, así río del género humano enamorado de la vida; y juzgo poco firme el querer dejarse engañar y estafar como estúpidos, y además de los males que

[1] Parte 2, Canción 5, «Salía de la fuente de mi vida».

se sufren, ser casi el hazmerreír de la naturaleza y el destino. Hablo siempre de los engaños, no de la imaginación, sino del intelecto. Si estos sentimientos míos nacen de la enfermedad, no lo sé. Sé que, enfermo o sano, pisoteo la bellaquería de los hombres, rechazo toda consolación y todo engaño pueril, y tengo el coraje de sostener las privaciones de toda esperanza, de mirar intrépidamente el desierto de la vida, no disimular parte alguna de la infelicidad humana, y de aceptar todas las consecuencias de una filosofía dolorosa, pero cierta. La cual si no es útil para nada más, procura a los hombres fuertes la orgullosa complacencia de ver arrancado todo manto de la cubierta y misteriosa crueldad del destino humano. Yo decía estas cosas para mí, casi como si tal filosofía dolorosa fuese de mi invención, viéndola rechazada por todos, como se rechazan las cosas nuevas y nunca escuchadas. Pero más tarde, meditando, recordé que era tan nueva como Salomón y Homero, y como los poetas y filósofos más antiguos que se conocen, los cuales están todos llenos, llenísimos, de representaciones, de fábulas, de sentencias, expresando la extrema infelicidad humana; y entre ellos quien dice que el hombre es el más miserable de los animales; quien dice que mejor es no nacer, y para quien ha nacido, morir en la cuna; otros, que quien es amado por los dioses muere joven, y una infinidad de cosas más con este argumento[2]. Y también recordé que desde aquellos tiempos hasta ayer o anteayer, todos los poetas, y todos los filósofos, y todos los grandes o mediocres escritores, de un modo u otro, han repetido o confirmado las mismas doctrinas. Así que volví de nuevo a sorprenderme; y así entre el asombro, la indignación y la risa pasé mucho tiempo hasta que, estudiando más profundamente esta materia, conocí que la infelicidad del hombre era uno de los errores inveterados del intelecto, y que la falsedad de esta opinión y la felicidad de la vida eran

[2] Véase Estobeo, *Serm.* 96, pág. 527 y ss. *Serm.* 119, pág. 601 y ss.

unos de los grandes descubrimientos del siglo decimonoveno. Entonces me aquieté, y confieso que me había equivocado al creer lo que creía.

AMIGO.—¿Y habéis cambiado de opinión?

TRISTÁN.—Seguro. ¿Queréis que yo contradiga las verdades descubiertas por el siglo?

AMIGO.—¿Y creéis vos todo lo que cree el siglo?

TRISTÁN.—Ciertamente. ¿Es una sorpresa?

AMIGO.—¿Creéis entonces en la perfectibilidad infinita del hombre?

TRISTÁN.—Sin duda.

AMIGO.—¿Creéis que, de hecho, la especie humana va mejorando día a día?

TRISTÁN.—Sí, cierto. Y bien es verdad que algunas veces pienso que los antiguos valían, por la vigorosidad de su cuerpo, cada uno por cuatro de nosotros. Y el cuerpo es el hombre, pues (dejando todo lo demás) la magnanimidad, el coraje, las pasiones, la capacidad de hacer, de gozar, todo lo que hace noble y viva la vida, depende del vigor del cuerpo, y sin él no tiene lugar. Uno que sea débil de cuerpo no es hombre, sino niño; incluso peor, pues su suerte es estar viendo vivir a los demás, a lo sumo charlar, pero la vida no es para él. Y no obstante antiguamente la debilidad del cuerpo fue ignominiosa, incluso en los siglos más civilizados. Pero entre nosotros ya desde hace muchísimo tiempo la educación no se digna a pensar en el cuerpo, cosa demasiado baja y abyecta, piensa en el espíritu: y por querer cultivar el espíritu, arruina el cuerpo, sin percatarse de que, arruinándolo, arruina también el espíritu. Y aunque eso se podría remediar gracias a la educación, no se podría nunca sin cambiar radicalmente el estado moderno de la sociedad, encontrar remedio que valiese en orden a las demás partes de la vida privada y pública, que todas, por sus propiedades, contribuyeron antiguamente a perfeccionar o conservar el cuerpo y hoy contribuyen a corromperlo. El efecto es que, en comparación con los antiguos, nosotros somos poco más que infantes,

y que de los antiguos confrontados con nosotros se puede decir que más que nunca fueron hombres. Hablo así de los individuos comparados con los individuos, como de las masas (por usar esta graciosísima palabra moderna) comparadas con las masas. Y añado que los antiguos fueron incomparablemente más vigorosos que nosotros incluso en los sistemas morales y metafísicos. De todos modos, yo no me dejo amedrentar por tan pequeñas objeciones, creo constantemente que la especie humana va siempre perfeccionándose.

Amigo.—Creéis entonces, o al menos así se entiende, que el saber o, como se dice, la ilustración, crece continuamente.

Tristán.—Ciertísimo. Si bien veo que cuanto crece la voluntad de aprender, así desciende la de estudiar. Y es cosa sorprendente contar el número de doctos, de verdaderos doctos, que vivían contemporáneamente cincuenta años atrás, e incluso antes, y ver cuán desmesuradamente mayor era que en la edad presente. No me digáis que los doctos son pocos porque en general los conocimientos no se acumulan ya en pocos individuos, sino que se dividen entre muchos: y que el número de estos compensa la rareza de los otros. Los conocimientos no son como las riquezas, que se dividen y se reúnen, y siempre suman lo mismo. Donde todos saben poco, poco se sabe, pues la ciencia persigue la ciencia, y no se esparce. La instrucción superficial puede ser, no propiamente dividida entre muchos, sino común a muchos indoctos. El resto del saber no pertenece sino a quien sea docto, y gran parte de él a quien sea doctísimo. Y, exceptuando los casos fortuitos, solo quien sea doctísimo y provisto de un inmenso capital de conocimientos es capaz de comprender sólidamente y aumentar el saber humano. Ahora, excepto quizá en Alemania, donde la doctrina no ha podido todavía brotar, ¿no os parece que el ver surgir estos hombres doctísimos sea cada día más difícil? Hago estas reflexiones así por hablar, y por filosofar un poco, o quizá por sofistería; no porque yo no esté persuadido de lo que decís. Al contrario,

aun cuando viese el mundo lleno de ignorantes impostores por un lado, y de ignorantes presuntuosos por otro, no obstante creeré, como creo que el saber y la ilustración crecen continuamente.

AMIGO.—En consecuencia, creéis que este siglo es superior a los pasados.

TRISTÁN.—Seguro. Así han creído de sí todos los siglos, incluso los más bárbaros; y así lo cree mi siglo, y yo con él. Si más tarde me preguntase en qué es superior a los demás, si en lo que pertenece al cuerpo o en lo que pertenece al espíritu, me remito a las cosas dichas antes.

AMIGO.—En suma, en dos palabras, ¿pensáis vos acerca de la naturaleza y los destinos de los hombres y de las cosas (pues ahora no hablamos ni de literatura ni de política) lo que piensan los diarios?

TRISTÁN.—Exacto. Creo y abrazo la profunda filosofía de los diarios, los cuales, matando toda literatura y todo estudio, máximamente graves y fastidiosos, son maestros y luz de la edad presente. ¿No es cierto?

AMIGO.—Ciertísimo. Si esto que decís, lo decís de verdad y no por burla. Vos os habéis convertido en uno de los nuestros.

TRISTÁN.—Sí, ciertamente, de los vuestros.

AMIGO.—¡Oh!, ¿entonces, qué haréis con vuestro libro? ¿Queréis que pase a la posteridad con esos pensamientos tan contrarios a las opiniones que ahora tenéis?

TRISTÁN.—¿A la posteridad? Río porque bromeáis; y si no bromeáis, más reiré. No diré por deferencia a mí, sino por deferencia a los individuos o a las cosas individuales del siglo décimo noveno, bien sabéis que no se ha de temer a la posteridad, la cual tendrá tanta noticia cuanto tuvieron los antepasados. «Los individuos han desaparecido ante las masas», dicen elegantemente los pensadores modernos. Lo que quiere decir que es inútil que el individuo sienta preocupación alguna, pues, por cualquier mérito, ni siquiera el mísero premio de la gloria puede esperar ni en vigilia ni en sueño. Deje hacer a las masas; las cuales qué

cosa estén por hacer sin individuos, estando compuestas por individuos, deseo y espero que me lo expliquen los que entienden de individuos y de masas, y que hoy ilustran el mundo. Pero para volver al propósito del libro y de la posteridad, los libros, especialmente los que ahora se escriben, por lo común se escriben en menor tiempo del que se necesita para leerlos, veis bien que, así como cuestan lo que valen, así duran proporcionalmente a lo que cuestan. Yo creo que el siglo futuro hará un grandísimo borrón sobre la inmensa bibliografía del siglo decimonoveno; o dirá: yo tengo bibliotecas enteras de libros que han costado veinte, treinta años de esfuerzos, y algunos menos, pero todos un enorme trabajo. Leamos estos primero, porque es verosímil que de ellos se saque mayor provecho; y cuando de esta clase no tenga más para leer, entonces comentaré con los libros improvisados. Amigo mío, este siglo es un siglo de niños, y los poquísimos hombres que quedan deben esconderse avergonzados, como el que caminaba derecho en el país de los cojos. Y estos buenos chicos quieren hacer en todo lo que en otro tiempo han hecho los hombres y hacerlo como niños, así de golpe, sin más esfuerzo preparatorio. Es más, quieren que el grado que ha alcanzado la civilización, y que la índole de tiempo presente y futuro los absuelvan a ellos y a sus sucesores perpetuamente de cualquier necesidad de sudores y fatigas para convertirse en aptos para las cosas. Me decía hace pocos días un amigo, hombre de manejos y asuntos, que incluso la mediocridad es una rareza: casi todos son ineptos, casi todos incapaces para los oficios o acciones para los que necesidad o fortuna o vocación los han destinado. En esto me parece que consiste en parte la diferencia que hay entre este y los demás siglos. En los anteriores, como en este, lo grande ha sido escasísimo; pero, sin embargo, la mediocridad ha sido abundante y no como hoy. Donde es tal el ruido y la confusión, queriendo todos ser todo, que no se presta atención alguna a los pocos grandes que todavía creo que hay; los cuales, entre la inmensa multitud de competidores, no pueden abrirse camino. Y así,

mientras todos los ínfimos se creen ilustres, la oscuridad y la nulidad del éxito se convierte en el hecho común, tanto de los ínfimos como de los sumos. ¡Pero viva la estadística! ¡Vivan las ciencias económicas, morales y políticas, las enciclopedias portátiles, los manuales, y las hermosas creaciones de nuestro siglo! ¡Y viva siempre el siglo decimonoveno! Quizá pobre de cosas, pero riquísimo y larguísimo de palabras: que siempre ha sido una señal óptima, como sabéis. Y consolémonos, que por otros sesenta y seis años este siglo será el único que hable y diga sus razones.

AMIGO.—Vos habláis, por lo que parece, irónicamente. Pero deberíais recordar al menos que este es un siglo de transición

TRISTÁN.—¿Qué queréis decir vos con eso? Todos los siglos, más o menos, han sido y serán de transición, pues la sociedad humana no se detiene nunca ni llegará nunca un siglo en el cual ella alcance un estado que perdure. Así que esta bellísima palabra o no excusa en absoluto al siglo decimonoveno, o tal excusa es común a todos los siglos. Queda saber, andando la sociedad por las vías que hoy sigue, qué llevará a término, es decir, si la transición que ahora se hace, sea de lo bueno a lo mejor o de lo malo a lo peor. Quizá queréis decirme que la presente es transición por excelencia, es decir, un pasaje rápido de un estado de la civilización a otro diversísimo del precedente. En tal caso, pido licencia para reír de este pasaje rápido, y respondo que todas las transiciones convienen que sean hechas despacio; porque si se hacen de golpe, de allí a poquísimo tiempo se vuelve atrás, para después rehacerlas paso a paso. Así ha sucedido siempre. La razón es que la naturaleza no da saltos y que forzando la naturaleza no se consiguen efectos permanentes. O para decirlo claramente, que tales transiciones precipitadas son transiciones aparentes, pero no reales.

AMIGO.—Os ruego no hagáis estos discursos con demasiadas personas porque os ganaréis muchos enemigos.

TRISTÁN.—Poco importa. Ni enemigos ni amigos me harán gran daño.

Amigo.—O más probablemente seréis despreciado como poco conocedor de la filosofía moderna y poco preocupado por el progreso de la civilización y de la Ilustración.

Tristán.—Me desagrada, pero ¿qué se puede hacer? Si me desprecian, trataré de consolarme.

Amigo.—¿Pero al final habéis cambiado de opinión o no? ¿Y qué se ha de hacer con este libro?

Tristán.—Quemarlo es lo mejor. No queriendo quemarlo, conservarlo como un libro de sueños poéticos, de invención y de caprichos melancólicos, o como una expresión de la infelicidad del autor: porque, en confianza, querido amigo, os creo felices a vos y felices a los demás; pero en cuanto a mí, con vuestro permiso y del siglo, soy infelicísimo y por tal me tengo; y todos los diarios de los dos mundos no me convencerán de lo contrario.

Amigo.—Yo desconozco los motivos de la infelicidad de la que me habláis. Pero si uno es feliz o infeliz solo puede juzgarlo la persona misma, y tal juicio no puede ser errado.

Tristán.—Ciertísimo. Y además os digo francamente que yo no me someto a mi infelicidad ni agacho la cabeza ante el destino ni hago pactos con él, como hacen los demás hombres; y oso desear la muerte, y desearla sobre todo con tanto ardor y con tanta sinceridad con cuanto creo firmemente que no sea deseada en el mundo sino por poquísimos. No os hablaría así si no fuese bien cierto que, llegada la hora, el hecho no desmentirá mis palabras, pues aunque no vea todavía ningún fin a mi vida, tengo un profundo convencimiento que casi me hace seguro que la hora que yo digo no sea lejana. Demasiado maduro estoy para la muerte, demasiado absurdo e increíble me parece tener que, muerto como estoy espiritualmente, concluida en mí totalmente la fábula de la vida, durar todavía cuarenta o cincuenta años, con los que me amenaza la naturaleza. Con el solo pensamiento me estremezco. Pero como sucede con todos los males que vencen, por así decir, la fuerza de la imaginación, así este me

parece una ilusión o un sueño, imposible de verificarse. Es más, si alguien me habla de un advenir lejano como de algo que me pertenezca, no puedo evitar sonreír para mí mismo: tanta confianza tengo en que la vida que me queda por cumplir no sea larga. Y esto, puedo decir, es el único pensamiento que me sostiene. Libros y estudios, que a menudo me sorprendo de haber amado tanto, propósitos de cosas grandes, y esperanzas de gloria y de inmortalidad, son cosas de las cuales ha pasado también el tiempo hasta de reírse. De los propósitos y de las esperanzas de este siglo no me burlo: les deseo con todo el alma el mayor éxito posible, y alabo, admiro y honro alta y sincerísimamente la buena voluntad, pero no envidio por ello a los sucesores ni quienes deben vivir todavía largamente. En otros tiempos he envidiado a los idiotas y estultos, y a quienes tienen un gran concepto de sí mismos; y de buena gana me habría convertido en uno de ellos. Hoy ya no envidio ni estultos, ni sabios, ni grandes, ni mediocres, ni débiles, ni poderosos. Envidio a los muertos, y solo con ellos me intercambiaría. Cada imaginación agradable, cada pensamiento del advenir que yo me hago, como acaece, en mi soledad, y con lo que voy pasando el tiempo, consiste en la muerte, y de ahí no sabe salir. Ni en este deseo el recuerdo de los sueños de la primera edad y el pensamiento de haber vivido en vano logran turbarme como solían. Si obtengo la muerte, moriré tranquilo y contento, como si nada más hubiera esperado ni deseado en el mundo. Esta es la única gracia que puede reconciliarme con el destino. Si me fuese propuesta por un lado la fortuna y la fama de César o de Alejandro, limpia de toda mancha, y por otro el morir hoy, y que debiese escoger, yo escogería morir hoy, y no necesitaría tiempo para decidirme.

# Noticias sobre estos diálogos

Estos diálogos, compuestos en 1824, publicados por primera vez en Milán en 1827, reeditados en Florencia en 1834 con el añadido del «Diálogo entre un vendedor de almanaques y un paseante», y el «Diálogo entre Tristán y un amigo», compuestos en 1832, vuelven a la luz corregidos considerablemente por el autor, y aumentados con el «Fragmento apócrifo de Estratón de Lampsaco», escrito en 1825, el «Copérnico», y el «Diálogo de Plotino y Porfirio», compuestos en 1827. El «Diálogo de un profesor de Humanidades y Salustio», que se encuentra en las anteriores ediciones, en esta falta por voluntad del autor[1].

---

[1] Como deja escrito el propio Leopardi, hemos decidido prescindir para esta edición de los diálogos excluidos por el autor, así como de aquellos consistentes en fragmentos o que quedaron inconclusos. *[Nota del Traductor]*.